Rafael María Rosales

DESTINO DE UN PUEBLO

San Cristóbal
1981

RAFAEL MARIA ROSALES

DESTINO DE UN PUEBLO

San Cristóbal — 1981

A la memoria de mi querido
hijo Reinaldo José, afectuosamente.

PROLOGO

Siempre quise escribir este libro sin aspiración diferente a la búsqueda de la imagen auténtica del Táchira político, tan distante del conflicto nacional y de las complicidades y de las responsabilidades de representación en la injusticia de gobiernos autócratas, astutos y audaces, puesto que se le tuvo ignorado y preterido porque así convenía al caudillismo imperante y a la prepotencia de los gamonales descalificados por el pueblo, al cual se le negaba su derecho a la soberanía del voto y su participación en la forja del destino nacional.

El aporte moral de las gentes tachirenses, con todas sus virtudes y con todos sus defectos humanos acaso menos abultados que los de otras colectividades, y las vicisitudes propias de la negación del estado de derecho, es fundamental a la creación de la nacionalidad desde la acción comunera en 1779 y 1781; la declaración de Independencia de La Grita, San Antonio y San Cristóbal en 1810; la participación decisiva con 500 efectivos a la iniciación de la Campaña Admirable en 1813; el fogueo de las guerrillas en los años siguientes de infidencia; la complacencia y adhesión a la estada del Libertador en 1820, y la permanente devoción colectiva al sistema liberal de la democracia coherente y no inmadura o mistificada por las trampas de las ideologías u oligarquías políticas. Esa fue la conducta tachirense antes de 1899 y esa ha sido después de la incorporación de la provincia venezolana a la polilítica nacional, aun cuando haya quienes piensen o digan lo contrario.

No quiero excusar los regímenes de fuerza presididos por hombres tachirenses —sin la voluntad del pueblo vigilante en la almena fronteriza—, pero si repetir lo que sociólogos o politólogos expresan, al analizar hechos y circunstancias sobre la ausencia de entendimiento, unidad, sensatez, desprendimiento y sana ambición de patriotismo de los dirigentes en el exilio, en la cárcel y en la calle, o sea la provocación de desequilibrio de los principios de libertad, al no saber o no querer saber cuál es la estrategia y la probabilidad de coordinar la capacidad,

la influencia, el valor y la decisión pa ra eliminar el prurito del hombre al querer siempre gobernarse por sí mismo y vulnerar la dignidad y la majestad del Estado, como si éste fuese una isla personal y lejana de las angustias, de las aspiraciones y de las necesidades del pueblo forzado al subdesarrollo mental o material, pues la política, la economía y la cultura son manidas emanaciones de la ciencia política divorciada de la cordura, de la verdad y de la eficacia, porque los clanes monopolistas, escudados en el miedo y en el poder escamoteado, aupan sus conscientes o inconscientes equivocaciones para que el individuo no tenga derecho "a la vida, la libertad y la seguridad de su persona", y menos sortear las dificultades para fijar la paz y la tranquilidad sociales, y la superación de la indigencia.

En este libro quiero dejar constancia del comportamiento del Táchira frente a las dictaduras no tachirenses sino presididas circunstancialmente por hombres tachirenses, a fin de que analistas imparciales y justos de la historia dictaminen la veracidad de ese comportamiento, pues el sectarismo y el egocentrismo, con máscara de víctimas desprevenidas, sostienen el péndulo de la rabia y el rencor para encararlo con desdén regionalista.

Este libro es la culminación de un deseo integral. Es porque siempre quise escribir, igualmente, "El Táchra en la emancipación" —editado en 1964 y ahora en proceso de revisión para una segunda edición—, para explicar y comprobar la participación directa y precursora en la independencia venezolana, pues historiadores y políticos en función negativa así lo pregonaban por resentimiento o por ignorancia. Asimismo escribí "Imagen Cultural del Táchira", con el único propósito de asomar aspectos concretos de nuestra cultura musical, pictórica, periodística, humanística y folklórica, y también el libro "Del habla popular" —igualmente en proceso de revisión para su segunda edición—, el cual pretende la idea de mostrar no solamente el ingenio popular sino, asimismo, la castiza manera de hablar las gentes tachirenses y la forma de abonar con claridad y sabiduría la simiente de la cultura con la voz y la sentencia del saber del pueblo.

He escrito otros libros. Todos sin ninguna pretensión literaria (líbreme Dios de semejante audacia), pero sí con el interés y la ilusión del carbonero que permite encender una llama, al señalar cauces de la vida tachirense —con excepción del libro "Reyes Vargas, paladín del procerato mestizo" prologado por el extraordinario conductor intelectual Cecilio Zubillaga Perera—, dentro de la inconfundible imagen del hombre y del paisaje regionales.

Este libro lo ofrecemos al lector como signo de un pueblo muchas

veces confundido por el lucro insensato de la mezquindad o de la negación de hasta sus propios hijos, al sumarse a la indiferencia y a la vocinglería de los gérmenes de la mala intención, o al juego de los políticos inmersos en la glotonería de la sociedad de consumo para provecho propio o de sus parcialidades. Es porque no debe frustrarse el mensaje cierto, decidor e influyente de nuestro pasado histórico y menos el de una Venezuela que a todos nos pertenece, y la cual ha vivido y vive dentro de la crisis auspiciada por los autócratas del caudillismo primario y del canibalismo de la democracia morbosa —como diría Ortega y Gasset— después. Las últimas décadas sostienen la democracia sofisticada, escamoteada y distorsionada con la restricción de las garantías individuales, el desbarajuste, el despilfarro y la ineptitud para administrar, y tras los telones de fondo de la corrupción —sin que nadie pueda tirar la primera piedra—, alzar cortinas de humo para esconder los fracasos. Es porque la demagogia cuenta con la habilidad contratada de asesores internos y externos y, desgraciadamente, el país soporta y sufre el drama del petróleo. De otro modo la honestidad política daría el ejemplo de elecciones ganadas con la exclusiva voluntad del pueblo.

Hubo dictaduras regidas por militares tachirenses, producto de la endemia nacional como dilema de calamidad en casi siglo y medio de vida independiente, como igualmente hubo dictaduras regidas por militares del oriente, del llano o del centro venezolano, con tantos o mayores vicios de rigor o privilegio. Pero el Táchira sabe devolver la fe democrática con la esperanza —a veces tímida— del gobierno de transición, desconcertado por los presagios, de Eleazar López Contreras, y una libertad desconocida hasta entonces con Isaías Medina Angarita, quien según sus propias y sinceras palabras llegó a Miraflores "sin intrigas, sin querer desplazar a nadie, limpia la conciencia, con el espíritu abierto a las más generosas corrientes" ante la "suprema responsabilidad" de gobernar a Venezuela sin retaliaciones, si presos políticos, sin exiliados y sin discriminaciones, al abrir las compuertas a la libertad de los partidos y de los sindicatos y a la alegría de la democracia en su más acentuado concepto de respeto y liberalidad. También el Táchira dió un presidente amplio, progresista y nacionalista -¿por qué dudarlo?- como Carlos Andrés Pérez a quien el pueblo venezolano en libres comicios le dió el mayor caudal de votos que Presidente alguno haya obtenido hasta ahora, y el cual supo cumplir sus difíciles funciones, pese a fallas y a la equivocación de alguna medida, sin tener un amago siquiera de desestabilización del sistema o de desconcierto o desencanto en el modus vivendi de las clases menos favorecidas por la suerte.

No aspira nunca el pueblo venezolano a la pérdida de la sensatez en el examen justo de la historia, pues sucede a veces que ésta se observa o se acepta condicionalmente, según la ideología o la simpatía de quien la lee, la escribe o la hace, y es por ello por lo que Francisco Herrera Luque dice en su "Historia fabulada": "La historia de Venezue-

la es historia sagrada y al que discrepe del dogma lo agarra la inquisición". Por eso, sin pesimismo por supuesto, intento asomar un balance histórico de la política tachirense a través de sus seis Presidentes, sin la más mínima intención polémica, y sí con la de concatenar hechos para el conocimiento real de los mismos.

Lógicamente la política es una ciencia pero los resentimientos del hombre en su envoltura supersticiosa, mezquina, aldeana y rencorosa, la minimizan o la pervierten con la artera pequeñez para entenderla o aplicarla. Por ello la razón es convertida en absolutismo o mandonería. Es porque en nuestro país quien ejerce una posición dirigente se obnubila; o por capricho, disgusto o egoísmo atropella o cobra deudas por manpuesto. Nadie está exento, entonces, de ser sometido al desprecio público, al cuestionamiento político, de ser amenazado o ir a la cárcel cuando menos lo piensa. Yo, por ejemplo, quiero dejar constancia de tres carcelazos temerarios, injustos. El primero en 1932, cuando dirigí un periodiquito en treintidosavo, en Rubio,y un Mujiquita quiso acallar la protesta de un insulto a mi tierra nativa y que, por cierto, me obligó a firmar una caución —ordenada por el Presidente del Estado— en la en la jefatura civil, con la prohibición del dicho periodiquito. La segunda vez fuí hecho preso por diez días,en 1946, cuando en la misma ciudad de Rubio asesinaron al joven profesional del derecho Rosendo Ovalles Durán. Para la fecha yo era Presidente del Partido Liberal del Táchira y en forma arbitraria el gobierno del señor Rómulo Betancourt dispuso una redada y el periódico "Vanguardia", de San Cristóbal, dirigido por el médico Antonio María Noguera, apresuradamente y con la peor mala fé destacó titulares para informar la detención de los presuntos autores intelectuales del referido y lamentable hecho. Afortunadamente para la época era director del cuerpo represivo que hizo la averiguación correspondiente, el señor Lucas Ovalles Durán, hermano de la víctima, quien por razones obvias se inhibió, pero naturalmente estuvo al tanto de la investigación del oscuro crimen. En este libro queda constancia del acontecer político que rodeó al mismo. Es el caso que al quedar libre de la equivocación o determinación malsana o, mejor, infame, el abogado amigo y rubiense José Rosario Osorio me visitó para felicitarme a nombre de la colonia rubiense en San Crsitóbal, por mi inocencia, y a nombre del Gobernador del Estado, el paisano y amigo Leonardo Ruiz Pineda. Aproveché el detalle para protestar nuevamente la coartada incalificable del ultraje. Desde luego de la calumnia algo queda. dice la conseja popular. Es porque la murmuración y la difamación. en andas de la maldad, pretendieron manchar el esfuerzo de mi espíritu público y porque algunos periodistas con intención maligna, también. quisieron repetirlo. El tercero y absurdo carcelazo lo tuve cuando al General tachirense Jesús María Castro León se le ocurrió invadir por San Antonio, alentado según se dice por compañeros de armas que a la hora cero no lo secundaron. El motivo de tal detención fue debido a

la escogencia de un amigo —sin que yo lo supiera— para que fuese Diputado Suplente al Congreso Nacional. Con tal carácter concurrí, eventualmente, a la Cámara de Diputados. El gobierno nuevamente presidido por el señor Rómulo Betancourt —esta vez en coalición con Copei—, ordenó el encarcelamiento preventivo de las personas que hubiesen ejercido alguna función pública destacada en la administracón depuesta en 1958. Los amigos Luis Jugo y Francisco Giffuni, luego de 24 horas en la Digepol, lograron trasladarme bajo su responsabilidad a mi hogar —en el cual hubo una requisa fascista— y de donde no pude salir durante veinte días. Comprobada mi ninguna vinculación con el pretendido golpe del capachero sin garra, al cual ni siquiera conocí, fuí liberado. Quede claro que nunca conspiré, pues solamente fui espectador de la confabulación de los partidos del status para encender con el verbalismo demagógico los caminos venezolanaos con la violencia, en vez de buscar el entendimiento civilizado y la convivencia democrática con la práctica de la filosofía del bien y la eficacia, única manera de llevar a cabo la revolución económica requerida por todas las clases previa la instancia de la revolución política para que así —y abusando de la frase inelegante de un político desencantado— no se presencia más el caso de una democracia en calzoncillos; de una democracia —como la historia— comprometida como diría Sartre, o "aguachinada" —para usar la traducción de una expresión de Churchill— y cada vez más politizada y dilapidadora al permitir la contracción económica con el aumento del gasto público, la fuga de capitales, las inauguraciones y los viajes sin justificación y una espiral inflacionaria que ya llega, en 1981, a más del 20% según la información de los entendidos

Años más tarde, en 1969, cometí el grave error de aceptar el cargo de Administrador de la Aduana de San Antonio del Táchira. Allí pronto hube de enfrentarme a la mala fe y a la maldad de un Juez de Hacienda y de un Interventor de la dicha Aduana, pues ambos tramaron lo indecible para amargarme la vida por no tolerar la venalidad del uno ni la ratería del otro, en ese mundo complejo de la mafia fronteriza. El primero me amenazó con cárcel al frenar subterfugios rabulescos y deshonestidad comprobada, y el segundo dedicó imaginación y mediocridad enfermizas para enviar anónimos a la Contraloría General de la Nación y así pretender socavar mi entereza de funcionario, con más de 28 años de servicio público. Por supuesto la Controlaría dio pábulo al anonimato, pues cuando hubo el comiso de un automóvil por parte del DAS, en Cúcuta, al acudir yo a recibir a un Ministro venezolano, y el cual automóvil estaba al servicio de la Aduana por autorización de la Dirección respectiva del Ministerio de Hacienda, en tanto el Juzgado dictaba sentencia y el dicho Ministerio estaba en condiciones de proveer el transporte oficial del Administrador de la referida Aduana, me condenó a ciegas, es decir, sin juzgarme. Es porque la dicha Contraloría sin darme oportunidad a defenderme ni tomar en cuenta mi

apelación para explicar el desaguisado provocado por el anonimista, no obstante la facultad concedida por el artículo 159 de la Ley Orgánica de la Hacienda Pública Nacional, me declaró incurso en culpabilidad administrativa, cuando la verdad es que el dicho automóvil usado no era propiedad del Fisco y debía ser devuelto, como otros decomisados por la Guardia Nacional en San Cristóbal, una vez establecido el derecho de reclamo por su legítimo dueño, un diplomático radicado en Bogotá según el DAS. La inventiva malévola del anonimista para la denuncia, como otras de poca monta pero también con intención maligna, utilizó una cédula y el nombre de su dueño. En los Tribunales de San Cristóbal está la declaración del dueño de la cédula y en la misma hace constar que él no hizo ni pensó nunca en alguna denuncia de tal naturaleza. Sin embargo, la Contraloría, sin identificar al denunciante ni indagar la procedencia del asunto, no solamente no contestó mis oficios de solicitud de defensa sino envió alegre e injustamente a los Tribunales ordinarios y de Hacienda los expedientes respectivos, y se debió sentir satisfecha al pretender defender el patrimonio nacional con la millonaria suma de Bs. 18.000, a lo cual llegaba el avalúo del automóvil que, repito, no era propiedad del Fisco. Igual procedimiento usó la Fiscalía General de la República cuando reclamé, y luego el amarillismo periodístico hizo y hace lo demás. Exponer a la vindicta y al goce del belicismo del odio y de la calumnia el revés de la verdad para atropellar a un hombre honrado que entregó la mayor parte de su vida al servicio público. Es porque se intenta descubrir corruptos en las nebulosas del accidente político, por no tener carnet, y se deja pasar por debajo de la mesa a los peces gordos, a los que verdaderamente conculcan con glotonería al Fisco. Uno de los jueces, en San Cristóbal, sentenció a mi favor pero otro superior revocó el auto para recomendar una nueva experticia del automóvil y el cual ya había sido entregado dos años antes a su dueño, como lo testifica el nombrado DAS. Por eso fue a la Corte Suprema. Como puede verse, es grandísimo el celo de la justicia con las baratijas de una moral condicionada a los eventos folklóricos. Es obvio aceptar que yo era el titular de la Aduana, no tenía carnet ni compadrazgo con las alturas oficiales y, por lo mismo, el mundo se me vino encima con trompetas y timbales. A título referencial inserto en el Apéndice de este libro, copia de uno de los oficios enviados por mí a la Contraloría de la Nación y el cual, como los otros enviados, tampoco se me respondió, lo cual está en contravención con la Constitución Nacional que obliga respuesta a toda representación pública. Esto da una idea de la manera como se juzga a los marginados por la suerte y el privilegio. Es la perturbación de la democracia exasperada, como diría Ortega y Gasset.

x x x

El Táchira sigue siendo una esperanza y también una tentación,

particularmente para los políticos que tratan en toda instancia de halagarlo con promesas que, por supuesto, no son cumplidas porque siempre resulta al revés lo prometido. Es el resultado o el soportal de las paradojas o de las contradicciones de la politiquería tropical.

Creí necesarias las precedentes reflexiones para la primera edición de este libro, pues la conciencia y el espíritu de servicio que ha inspirado mis acciones —todas de buena fe— estimulan el reconocimiento de mis errores humanos, unos rectificados y otros, seguramente, sin que la vida me dé tiempo de corregirlos. Es porque el hombre que viene de abajo, sin una profesión y sin posibilidad para alcanzar su autonomía, está dominado por las contingencias, los engaños y las sorpresas de la vida. Mucho es sobrevivir a los gritos de la jauría y a los embates de una sociedad de consumo, con el alma elevada a la voluntad de Dios. Quede constancia, sí, de que mi sencilla obra de funcionario público y de escritor formado a pulso, ha estado asistida únicamente por el anhelo del buen nombre tachirense, por el entusiasmo y la sinceridad de querer ser útil a la Sociedad y al Estado, y, lógicamente, por la imparcialidad, si imparcialidad es escribir con el espíritu de la verdad y no con el cálculo de la conveniencia.

El Estado venezolano ha estado sujeto a los vendavales y a los desgarrones de la política; al pesimismo de la teoría capitalista; al anacronismo de las estructuras y sistemas más bien feudales; a la lenta, polémica y egoísta democracia, singularmente en las dos últimas décadas cuando una emergencia desmedida e inmersa en la ineptitud y dos parcialidades políticas, son corresponsables de la disipación más chiflada, de los aciertos y de los sorpresivos desaciertos del sistema, sin que los cambios ofrecidos permitan la indispensable coherencia ni la afirmación racional y justa para enfrentar seria, capaz y urgentemente el bien nacional y la evolución permanente, sin decadencia ni deterioro, a fin de erradicar el colonialismo político y mental, los privilegios plutocráticos y permitir el avance sin tregua hacia la revolución que consolide el bienestar común y elimine el vacío de poder. Es porque conviene más a los dirigentes la rebatiña o el determinismo de las voluntades resentidas y soberbias, al herir o mantener alterada la serenidad y la tranquilidad de la conciencia nacional, al disentir— haya o no razón— con ensañamiento, con encono y hasta con canibalismo político.

Las generacionese nuevas piden el relevo de la política enguerrillada e ineficaz con la agudización de los problemas —especialmente los de las desigualdades socio-económicas— y las abultadas necesidades de los pobres, así el petróleo derrame la abundancia de sus aberraciones y, claro está, el relevo de los políticos que no permiten la estabilidad integral y coherente del régimen democrático ni el progreso

de la libertad individual en la amplitud de todos los niveles, con el disfrutar de la independencia y el sosegado bienestar del pueblo, pues les interesa más la discordia y el provecho personal o partidista.

El Táchira, por consiguiente, confía en el rescate de la responsabilidad colectiva con el cuerdo y liberal entendimiento de todos. Y por lo que a mí se refiere, ruego al lector ver en estas páginas el propósito sano de contar las cosas como han sido y como son, porque es indispensable entender la justicia en sus cabales proporciones. Esa y no otra es la intención de este libro.

Rafael María Rosales

San Cristóbal, 1981.

INTEGRACION DE LA PROVINCIA A LA POLITICA NACIONAL

CAPITULO I

El origen y la formación de los pueblos; la esencia y la influencia de su carácter; la dimensión de sus antecedentes estructurales, y el pensamiento que esplende en cada uno de sus ciclos, como testimonio evolutivo, se basan en la objetividad de la historia, en la realidad de la psicología y en la firme comunicación de la sociología. Son tres elementos distintos pero afines en el proceso constitutivo de un pueblo y los cuales deben ser estudiados cuidadosamente al hacerse una revisión honrada, clara y rotunda de los mismos, y al llegar a la búsqueda de la actitud y quehacer de una colectividad cualquiera a fin de no desviar, con propósito deliberado, el análisis o la crítica de todas y cada una de las peculiaridades existentes en los aspectos cultural, político, histórico o social para un concepto definitivo y ecuánime. Porque sucede, casi sempre, que el sentido o realidad socio-cultural se soslaya, así como la incidencia psicológica de determinados sucesos y etapas, y entonces la historia se escudriña y se escribe con ánimo egoísta y equivocado o con sentido político o de conveniencia ideológica, cuando no con interesada malquerencia o especulación mítica o neurótica. En consecuencia, lo positivo o valedero de un hecho, un régimen o una época, puede resultar pesimista, negativo o arbitrario efecto para el conocimiento de su verdad, de su circunstancia, de su intención o de su conflicto, y convertirse en una satisfactoria ocurrencia para la afición sectaria y morbosa de quienes saben disimular las palabras, ante la realidad que es faro irradiante, y propiciar la sorda obscuridad, la indiferencia o la inutilidad de la acción creadora, al tomar como objetivo al hombre, producto de la circunstancia histórica, y la contradicción criolla o la complacencia nacional, acaso equivocado celo en la aplicación del pensamiento democrático —distorsionado siempre con la intención de no provocar la dormida conciencia de los "estratos populares"— por no identificarse al ámbito y a las consecuencias que impulsan su acción.

La imagen de cada pueblo, enmarcada en su antropología y en su etnología, y alentada por la actitud psicológcia —más bien una arbitraria proyección sociológica— y la realidad histórica de sus generaciones, refleja lo precedente y lo futuro de su destino en la responsabilidad doméstica y pública como parte integradora al todo del país, es decir, a la identificacón nacionalista. donde caben horas luminosas y opacas, proezas y aberraciones, lirismos y dramas crepi-

tantes. Es porque sobre una realidad existente no puede construirse otra distinta, basándose en el sentido apresurado o de encargo o en la conducta aislada y circunstancial del individuo o de la sociedad. Claro está que a veces hay factores, tal un mucho o un poco, determinantes en una estructura social más bien inoperante por su inestabilidad y por la debilidad de su disciplina dinámica, ya que su proceso se retarda por el tradicionalismo autocrático absolutista, aupado por la ventisca del caudilismo enfermizo con patente centralista o regionalista. Es la influencia del todo, pero no la específica del ideal generador del nacionalismo, traumatizado con las perspectivas del cálculo o de la mezquindad.

El pueblo tachirense, pobre, aislado, sin conocimiento y sin estudio de sus recursos humanos y naturales, sin vías de penetración y sin fisonomía política porque por muchos años, no obstante su contribución precursora y decisivamente independentista y su presencia influyente y definitiva en la víspera y el día del crear de la nacionalidad, estuvo a merced de los caprichos y de las voluntades de la prepotencia tropical, del caudillismo circunscrito al área metropolitana y regional, sujeto a una administración distante por los medios de comunicación, y por la desidia de las autoridades provinciales de las cuales dependía; oscilante en los vaivenes de ese turnar de los políticos del centro, del llano y del oriente de la República, por ejemplo, y amarrado a las imposiciones autoritarias y deprimentes de los Delegados de un Ejecutivo Federal despreocupado, vacilante y desconocedor de los problemas y de las angustias interioranas, por lo cual se debatía en la espera de la solución de sus múltiples dificultades, en la penuria de sus posibilidades y en la inercia para rescatar su personalidad de pueblo aguerrido y emprendedor, culto y heroico, pues sus ideas, lo recio de su índole social y la verdad de su tradición cultural e histórica, tenía como asidero la contradictoria fluctuación de la política que aún sustentaba el paternalismo deprimente del caudillismo o el color de la autocracia guzmancista con su barniz de progreso, pero sin que tal barniz alcanzase al mínimo las aspiraciones provinciales, y las posteriores alternativas del crespismo, porque la determinación de los menos era calculada aplicación de las migajas para desesperanza de los más.

La autoridad moral de ese pueblo, el tachirense, esa su revelación de capacidad y valimiento, no podía asomar siquiera a la empalizada de una oligarquía regida por la discutible nobleza de algunos apellidos que venían sucediéndose con el privilegio de alguna Cédula de "gracias al sacar"; por el antecedente iniciador de la Revolución con "las clases elevadas de la Colonia", según Laureano Vallenilla Lanz; por la viveza criolla o por la circunstancia de la transmisión de las tierras con aventura de incidencia o equívoco conquistador y la fanfarronería de

ese rebullir de mezclas por las chocantes siete castas aún a veces en discusión y discriminación inconcebibles y que vienen desde el criollo quisquilloso hasta el salto atrás y que a lo mejor, sin proponérselo, fue ron niveladoras de la igualdad democrática practicada en una hora de siesta o de anochecer complaciente. Por eso la imagen del pueblo tachirense es desdibujada por la pobreza mental de cuantos no ahondan en el vigor de sus virtudes sencillas pero sinceras, en lo ponderable de sus características, y todo es negación y mezquindad en la torpeza de los descreídos y los ignaros. Por eso, igualmente, la repercusión de su historia y de su empeño cultural, es ahogada por los mayorazgos todavía latentes en los conciliábulos de la política metropolitana, en la ciénaga del caudillismo feudal o en los pujos de la burguesía comodona, pues prevalece la jaquetonería colonial en el disfrazado ensayo elemental y acomodaticio de la democracia y el poder está en el área central sin permitir la integración de la periferia y sin que lo institucional o lo jurídico tengan asidero. Cuando esta integración asomó, a medias o con males parecidos a los existentes, ante la expectación capitalina, la cual tuvo antes la dureza de las mesnadas orientales y llaneras, como también de las liberales corianas, sin que por ello se despertase un odio semejante al posterior contra las montoneras andinas, ni se despotricase contra el centro, pues el vínculo patriótico es fuerza del calor auténtico del alma venezolana y no señalamiento de la ambición personalista o caudillista, el país político fue vencido por la sorpresiva realidad. En todo caso hubo una consecuencia y no una causa del modo de ser criollo o hispanoamericano.

Tal vez para fijar un hito en la conciencia nacional en un momento vacilante de nuestra historia política, cuando la ineficacia y el caudillismo parasitario dividían, una vez más, la percepción sociológica —distante siempre de la necesidad ideológica que pudiese permitir el madurar de la conciencia y la despersonalización del poder en favor de los analfabetos y consiguientemente la quiebra de las camarillas oligárquicas al eliminar las sinuosidades de la desorganización tradicional— mantenía roto el espíritu de convivencia y por ello la patria continuaba desintegrada por la pasión y por la ambición de las medianías o mediocridades herederas del federalismo traumatizado, del guzmancismo achacoso, por lo que solamente vivificaban el encono, el resentimiento y los resabios oligárquicos en el descarnado dolor de Venezuela, sin que tuviesen valor la escritura y el carácter de las instituciones democráticas ni la realidad republicana del país todavía rural, el cual reclamaba una revolución política para tratar de llenar el vacío de poder. Surgió, entonces, la **Revolución Liberal Reestauradora**, llamada así por la influyente perspectiva fronteriza y por el deseo de darle al país la renovación política requerida por el atraso de tantos años y la desesperanza con el ir y venir de las parcialidades hegemónicas, y también por el despliegue de la bandera amarilla en tierra de los cuicas

o sea la solidaridad de uno de los caudillismos regionales de mayor ingerencia en el forcejeo por el poder, y, asimismo, porque alrededor del gestor de esa Revolución, según González Guinán, se ha unido el liberalismo venezolano, tan llevado y traído por las crisis políticas y administrativas y el cambiable rumbo de sus jefes, lo mismo que el nacionalismo o conservadurismo criollo.

Con la Revolución Liberal Restauradora el Táchira, y con él toda la provincia nacional, se incorporó, puede decirse que hipotéticamente, a la política y a la administración pública, cuando el tiempo, la espera y la realidad exasperaban la sensibilidad adormecida de los pueblos interioranos, que ya no podían continuar indiferentes al clamor venezolano y al ejercicio de la sinrazón, pues los subgrupos hacían esfuerzos para ascender al estrado de los grupos monopolistas y así no dejar frustrar del todo la débil integración de la "democracia limitada", asediada por la voracidad y las conveniencias.

La historia imparcial, serena, desapasionada, sin egoísmos ni resentimientos, juzgará y justificará esa lamentablemente desviada Revolución —como ya lo está haciendo, no en la rabia, la envidia o la diatriba de hasta los mismos tachirenses—, porque no fue obra de la casualidad sino de la necesidad política y social con sentido nacionalista lo que llevó a los sesenta (1) del tachirense Cipriano Castro (2) hasta el Capitolio Federal. Podrá aducirse que fue un golpe de audacia y de suerte lo que favoreció al "hombre de la levita gris", pero nadie negará que fue la rebelión de la provincia —aupadora del temple de su espada— la que impuso la diferencia del tipo de caudillo con mentalidad remozada en el liberalismo colombiano —, distinto al liberalismo de nuestra Federación— el valor y la decisón, el aval de la campaña del militar prontamente ganador del título de "siempre vencedor jamás vencido", no como benevolencia de los aduladores de turno sino como estímulo a su arrojo y predestinado dominio del poder y de las masas campesinas en un momento histórico nacional o de clima histórico, como diría Gino Germani. Lamentablemente el pensamiento y la proyección movilizadora contra el aburguesamiento y a la vez de la integración del alma nacional fueron desviados por la lisonja y la intriga activadas presurosamente por los estertores de una oligarquía jugándose una última carta en los conciliábulos valencianos y caraqueños. Ahí estuvo el primero y el más grave error de Castro; dar beligerancia a los rezagos de una casta ya en decadencia pero todavía lista para asomar un triunfo en la jugada que en cierto modo debilitaba la bravura y la intención formalista de dar carácter representativo y liberal a una democracia enferma, con el descaminado 23 de mayo. Si en verdad Castro debía agradeccer la entablillada de su pierna rota, no podía enajenar su designio ni su acción y menos las esperanzas de una nación anquilosada por el caudillismo semifeudal, en el entreguismo

aventurero y calculador de los Tello Mendoza, los Matos y otros que de una vez desplazaron a los forjadores de la revolución restauradora.

....(1).Cuando el mes de mayo abre la cortina de su fragancia, corren pronósticos de nueva historia en la densa niebla de Capacho, San Cristóbal y La Grita. Jóvenes de ruana y sombrero, que poco o nada saben de lo pregonado en la metrópoli como vaho o pretensión de inteligencia elitesca, más bien tutelaje caudillesco de ambición semiletrada o soberbia retrasada por el "dejar hacer", impulsan la esperanza del rumor revolucionario latente desde un siglo atrás en la popular hazaña comunera, y a espaldas de un Juan Pablo Peñaloza influyente e inflexible. Rubio también espera el patrón de un nuevo acontecer político en la ondulada música de sus cafetales. La inquietud aupa desde más allá del río Táchira. El mes de mayo avanza y el ayer es un acicate para el hacer de hoy. En el viejo camino real de San Antonio anochecen sesenta hombres. La luna alumbra sus intenciones. Dos son los Jefes. Uno es pequeño, vivaz y valiente. El otro robusto, silencioso y cazurro. El 23 de mayo de 1899 aparecen confiados y airosos en Capacho Nuevo o sea Independencia. Los nombres de esos 60 valientes —no todos tachirenses— que cruzan la frontera a paso de proyección histórica, en un país inmerso en el decrecer de la plusvalía social, económica y política y a la vez obnubilado por la indiferencia y el descrédito irracional hacia la montaña, los anotamos en el Apéndice de este libro, como una clarinada de buena fe en un momento crucial de la vida venezolana, puesto que los impulsaba la voluntad de la integración, frustrada más tarde por la contradicción de los acres ciclos de nuestra siempre obstaculizada convivencia y el empeño en negar los derechos humanos.

Igualmente insertamos la proclama del General Cipriano Castro, del día 24 de mayo de 1899, la cual contiene el anhelo de la revolución restauradora, cuya intención tuvo la resonancia de un confiar en el bien y la necesidad nacionales, y fue distorsionada por el adular de las camarillas y la oligarquía en traje de banqero caraqueño y en entrega castrense deslucida desde una Valencia competidora de la capital nacional.

(2) Nació el 12 de octubre de 1858 en Libertad, Distrito Capacho del Estado Táchira, y murió el 5 de diciembre de 1924 en Santurce, Puerto Rico.

ANTECEDENTES DEL 23 DE MAYO

CAPITULO II

Siglo y medio atrás el Táchira es —como después— una isla atada a los azares y continúa circuído por las depresiones de una política incoherente, porque la hegemonía del poder caudillista, surgido al disolverse la Gran Colombia, lo mantiene desintegrado de la vida nacional. La oligarquía político - económica controla a su capricho la acción y la energía humanas. Arrinconado, entonces, el Táchira permanece sujeto a los vaivenes de los complejos fronterizos sin que la irradiación de sus reservas morales y culturales, así como políticas y el progresivo vigor de su riqueza agrícola, pudiesen conocerse a la luz de su historia de esfuerzo ni el hito precursor en la realidad de la emancipación de dos pueblos afines como son Venezuela y Colombia.

Los vapores de la guerra federal repechan las estribaciones regionales con su huella de interrogantes. Nuestras gentes son liberales pero no apegadas a las incidencias desastrosas de una contienda atosigante. Sacramento Velasco derrota dos veces al federalismo en acción. Guzmán Blanco cobra muy caro la actitud tachirense. El caudillismo impone cada vez más su supremacía. También los círculos mantuanos regodean el gusto de sus privilegios, no obstante el mestizaje y el color competidores, y el silencio contenido de la gleba apretada en su impotencia y en su ignorancia. El espíritu igualitario de Táchira es generar trabajo y mantener vocación de libertad, por la dimensión de su gesto comunero en 1779, y esperar el instante del reconocimiento a sus virtudes democráticas y culturales.

El café y los modestos ganados sustentan el empeño de laboriosidad del pueblo tachirense, y preserva de la sed de soberbia del Gobierno Central con sus Delegados autoritarios y los cuales, a pesar de sus intentos y actitudes, no pueden doblegar a nuestro pueblo en vigilia a fin de mantener y mejorar su patrimonio agrícola e histórico.

La acción oficial es nula en el campo administrativo, la social es inexistente y la política es el desgarrón de la prevalencia del máuser al silenciar la protesta y, por lo mismo, los bienes y servicios —como en toda la provincia venezolana— son el abandono tipificado en la indiferencia de los tales Delegados o de los personeros de la autoridad merideña que, como poder regional, nada hace por el Táchira.

Del llano viene el ganado de engorde cuyo mercado mayor es el oriente colombiano, donde durante la época colonial y por diseño territorial de Don Juan Maldonado, los valles cucuteños —dependientes de la Villa de San Cristóbal— son lugar de desarrollo para los mautes venezolanos. Las casas alemanas en San Cristóbal y Rubio son puntales en el aprovechar la riqueza regional pero, a la vez, permiten ventaja y oportunidad a la recolección de las cosechas con financiamiento y suministros, cuando ni el Gobierno ni el comercio ni la lejana banca toman la iniciativa para frenar el interés monopolista de los importadores europeos y más tarde de los norteamericanos.

En las postrimerías del siglo XIX la actividad económica tiene el sello de la comunidad rural. El imperialismo estadounidense ya compite con el coloniaismo europeo. Nuestra Venezuela es —lo sigue siendo— una tentación. Sin embargo el Táchira constituye —como siempre— callada reserva de inquietudes. En La Grita está el faro irradiante. La juventud se prepara para la participación ulterior, pues el Colegio "Corazón de Jesús", del trujillano Monseñor J. M. Jáuregui Moreno es la campanada para el alerta. Si no existen las Universidades éstas son reemplazadas por el humanismo del célebre Colegio gritense y con el del Federal de una San Cristóbal firme en su fe y en su hacer cultural, porque nuestros pocos institutos de instrucción ya tienen una primaria y una secundaria avanzadas.

El esfuerzo humano carece de tierras suficientes, de créditos asequibles, de herramientas adecuadas, de directrices técnicas. Todo puede lograrse por la propia iniciativa. En Caracas, Maracaibo, Trujillo o Coro, son escogidos los atormentadores del alma regional. Es porque al ascender al poder Antonio Guzmán Blanco, en 1870, éste desata su ojeriza contra el Táchira. En este año llega a nuestra tierra el General Eugenio Leopoldo Machado como Comandante del ejército revolucionario de abril y prontamente se vincula a la familia tachirense, pues se casa con una distinguida hija de Táriba. Por cierto se le confunde con el llamado Chingo Machado —de ingrata recordación para algunos estudiosos de nuestro pasado— lo cual parece ser un error que a nosotros nos corrige cordialmente el militar y diplomático Santiago Ochoa Briceño, descendiente de valiosos representantes del Táchira culto, y conocedor de nuestra historia. Ojalá que la versión de algunos analistas de nuestra historia no prosiga en la equivocación, y el General Machado quede exento de los imponderables de la desoladora creencia, pues durante el ejercicio del poder en el Táchira, con su Secretario, el trujillano Pío León, realiza reformas en la legislación y estructura una adecuada política liberal.

Pedro Manuel Rojas, Hermenegildo Zavarse, Juan Bautista Arau-

jo, Jorge Sutherland, cumplen la dura imposición guzmancista sin alcanzar el sometimiento que esperaban, al alternarse en la severidad antitachirense con más pena que gloria. Se alternan así mismo los tutelajes pero fracasan los propósitos. El bravo e influyente León de la Cordillera, con varias incursiones al Táchira, no puede cumplir el pacto hecho con Guzmán Blanco. Tampoco puede Eugenio Sandoval, no obstante el poder trujillano que lo sustenta, al desmoronarse el poder zuliano de Sutherland. La veintena de años de la hegemonía guzmancista actualiza hombres y empeños. Digamos Zavarse y Rojas se repiten en la retaliación guzmancista contra el Táchira. Recuérdese siempre lo acontecido en 1886, cuando el Autócrata Civilizador —llamado así por lo que le hizo a Caracas, que no a la provincia—, según referencia del historiador y político nuestro César González Martínez, ordena al General Pedro Vallenilla —Delegado Nacional en el Táchira en 1886— emplear en su gobierno solamente a "guzmancistas", de cualquier lugar del país, y en su indignación amenaza con un genocidio, pues le escribe al dicho Vallenilla que debe eliminar a todo andino y omnímodamente remata: "no se preocupe por una revolución, por el contrario, no haga nada por impedirla. Esto es precisamente, lo que deseo, que estalle un movimiento en los Andes contra la autoridad del gobierno nacional. Entonces, yo marcharé con un ejército de 4.000 o 5.000 soldados y dejaré la región tan liberal como lo hice en Apure, después de su rebelión..." (Los caimanes y caribes devoraron 2.000 soldados enemigos apureños).

Quede claro que el Táchira siempre simpatizó con el liberalismo, pero no con el autoritario y vanidoso guzmancista, que tan mal lo trató. O sea que aquí no triunfó la federación y fue después, ya consolidada la misma, cuando Don Jesús Contreras la proclamó en La Grita. El ya nombrado historiador y cronista González Martínez dice, con relación a la amenaza guzmancista, lo siguiente: "Del hecho de que en el bienio 1886—1888 casi no ejerciera personalmente el poder, sino que se fue a Europa y la elección, en ese año de 1888, del Doctor Juan Pablo Rojas Paúl para Presidente dela República con los hechos subsiguientes de la política nacional, evitaron que el General Guzmán Blanco cumpliera su amenaza respecto del Táchira". Podría pensarse, o afirmarse más bien, que Guzmán Blanco fue el primer antitachirense. Después le seguirán otros y otros. Algunos saben esconder o disimular su animadversión hacia el altivo, noble y gran pueblo tachirense.

El Táchira acrece su fisonomía agraria y fortalece su conducta a objeto de llevar a cabo su defensa y su progresiva preparación para la hora propicia, pues no quiere ser tierra de conquista o flagelada por el exceso guzmancista. Por eso levanta su bandera de rebelión, como en 1781, 1810, 1813 y 1820, y madura su participación en la política, de la cual ha estado desligado, primeramente por el gobierno provin-

cial y luego del central, o sea al arbitrio de los Delegados. Lógicamente confía en el tiempo oportuno y mientras tanto alcanza transitoriamente un gobierno con el tachirense Juan Entrena. En 1872 Zavarse está nuevamente en nuestra tierra. Sin embargo el poder de la dureza estimula la labor del campo. Las palas y los barretones son las armas del confiar en la esperanza. La guerra larga obliga al impulso del remedio democrático y, por lo mismo, en 1876 se alcanzan unas elecciones no muy convincentes. En Capacho ya se vislumbra la presencia de un líder para el rescate de la potencia moral que siempre ha sido nuestro pueblo regional. Vivaz y altivo hay un jinete que ya caracolea su caballo y lleva la revolución por dentro, con limpios arrestos de conductor fogueado en el latín y el liberalismo aprendidos en Pamplona. Por ello levanta su voz y proclama el escamoteo a la soberanía popular. Ese conductor se llama Cipriano Castro y como dice el pueblo: le late en la cueva a Guzmán Blanco.

Más allá de Capacho, más allá de Las Lomas del Viento, pero de la misma greda barruntada de agreste soledad, un mozo cazurro, de talante prudente y de pocas dudas, no quiere las guerritas del federalismo esporádico y rumia su capacidad de agricultor en la sencillez de la inclinada topografía. Sin embargo cree intuir cosas novedosas en el piafar de la protesta capachera desde su Mulera silenciosa.

En 1880 Cipriano Castro purga días de cárcel por razones de su carácter y de su acción ya inquietantes. Puede evadirse a Cúcuta y allí se consustancia cada vez más con la incertidumbre venezolana, al sentir y auscultar la patria en el hondón de su nostalgia.

En 1884 Antonio Fernández llega como Presidente del Gran Estado Los Andes, integrado como se sabe por las secciones de Trujillo, Mérida y Táchira. Fernández, como Zavarse, como los otros, en su nefasta función de Delegados del gobierno central, propicia el fermento del desgano nacional. La situación es atosigante.

En 1885 Cipriano Castro rastrea su inquietud en alguna pensión cucuteña y aligera sus pasos de asilado para no sumarse al sopor de la desidia de la Venezuela sin asidero. Al año siguiente asalta a Capacho. El gobierno de su enemigo personal, General Espíritu Santo Morales, está zozobrando. En el combate del 2 de junio de 1886, el fogoso capachero es el héroe. De La Mulera llega el mozo embozado en su zamarrería y en su sencillez. El gesto noble de Castro, al entregarle el cadáver del General Evaristo Jaime (padre de Evaristo Velasco Jaime), hermano de su novia Josefita Jaime, y Comandante de las fuerzas del gobierno regional, lo gana para su causa. Es Juan Vicente Gómez.

Cuando ya gobierna en el país el Dr. Juan Pablo Rojas Paúl, en

1888, Cipriano Castro es nombrado Jefe de la Sección Táchira del Gran Estado Los Andes, como para poner un dique al descontento en la frontera y atenuar el mal causado por los Delegados del guzmancismo aterrador. Su gobierno, pues, es una alternativa para la regionalidad y tiene visos de rescate. Lo sucede en el gobierno de la Sección el rubiense General Rafael Rojas Fernández, de conocida y digna trayectoria.

Dejado el poder civil, en 1890, Cipriano Castro es electo Diputado al Congreso Nacional, por el Estado Táchira. En el guerrero victorioso de asonadas populares y dignificadoras del gentilicio tachirense, despierta el orador y pronto alcanza renombre de dirigente nacional. En la metrópoli se da cuenta de la realidad apretada en la mano pero no adherida al corazón y menos al patriotismo. El cuerpo y el alma nacionales son una colonia dentro de la desesperanza del país. Caracas no puede emanar con soltura el agua de sus lluvias americanas, aquellas que el cielo de la libertad alimentó las sementeras de cinco naciones. Y allí está el provinciano enfervorizado con el amor de la ciudad y siente la sordidez de la feria de las ambiciones personales. Allí el provinciano con visión de nacionalismo futuro ensancha su pasión regional, al abrocharse el concepto amplio de la patria. Por supuesto es el provinciano con espíritu y no el provinciano lleno de aserrín atrofiado con los espejismos de la insinceridad cuando considera a su provincia una desazón y se avergüenza intonsamente de su origen al creer la bondad de sus montes y la luz de su cielo una sombra para su mente torpe y mediocre. Cipriano Castro es el interiorano predestinado y desde su tribuna de representante de su preterida región comprende mejor a la Venezuela aislada por la prepotencia oligárquica y de una vez fortalece su fe en el saber esperar el logro de las mejores soluciones. Es porque ya desea estudiar la búsqueda hacia la incorporación provincial a la política nacional.

El Dr. Raimundo Andueza Palacio, el artífice del continuismo y por ende de la guerra para romper el civilismo en desarrollo con Rojas Paúl, ejerce las funciones de Presidente de la República pero no tiene la habilidad debida para enfrentar la situación del país nacional y menos la del país político. Es cuando Venezuela se alborota. Gira alrededor de quienes no piensan en la actividad del desarrollo nacional sino en la ventaja del provecho propio. La levita de Andueza Palacio es un remolino de estrafalarias incidencias. En tales circunstancias el Presidente Andueza Palacio piensa en el valeroso Diputado Cipriano Castro y lo envía a los Andes para que, como una salvación, le haga frente a la Revolución Legalista acaudillada por el General Araujo y su gente y, a la vez, apoyada por el Dr. Victorino Márquez Bustillos, Presidente estatal. Castro comprende su responsabilidad. Viene al Táchira y convoca a sus correligionarios para defender al Presidente en

afanes de bailarín de Corte. Es el año de 1892. Capacho es la moral del inquieto Jefe en aquellos momentos pro-anduecistas. Es el guerrero ya de jipijapa, altas polainas y su innegable ímpetu de valentía. Gana la primera acción en Táriba y ya victorioso en el Táchira va a Mérida y la ocupa. Pretende seguir adelante y vencer al General Joaquín Crespo, Jefe de la dicha Revolución Legalista. Allí, en Mérida, se encuentra con el General José María García Gómez —años después Ministro suyo— quien le reprocha su equivocación y le hacer ver que no vale la pena defender a Andueza cuya causa está perdida. El guerrero acepta la verdad circunstancial, envaina su espada y con su aliado Juan Vicente Gómez repasa la frontera.

Bella Vista y Buenos Aires, en Los Vados, son nombres de asientos rurales del valle cucuteño que entran en la historia de la realidad política venezolana. Es porque allí Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez fraguan su decisión de incorporar a provincia venezolana al poder nacional. El uno es el estadista y el guerrero. El otro es el táctico y el logístico.

Cunde el descontento en la provincia. El gobierno central apabulla las aspiraciones de la periferia. En Mérida y Táchira gobiernan los más destacados adversarios de Castro: Espíritu Santo Morales y Juan Pablo Peñaloza. Todo impele al espíritu de la rebelión. Castro en su exilio, es el símbolo para la actitud del despertar nacional y del sacudimiento. Ha deshecho la rigidez de trujilanos y zulianos así como de centrales y otras latitudes con su serio guerrear de 1892. Desde entonces la Venezuela desintegrada conoce que en el Táchira ha despertado un caudillo llamado Cipriano Castro o sea el mismo que en la propia capital, en 1890, ha sonreído ante la burla de algunos por su verbo montañés, tan castizo, y comprobado que a una Inglaterra delirante en su colonialismo no se le combate con discursos o desplantes, sino con actitudes resueltas de coraje y soberanía, como lo probó después en 1902. Claro está que en 1895 no hubo plomo contra la Albión altanera pero sí una inclinación obligante —posteriormente entreguista— con unos Estados Unidos de Norteamérica cada vez más intercesores de la autonomía americana, al imponer una dependencia política propiciadora de la dependencia económica en una Venezuela subdesarrollada.

En 1897 se divide la fuerza dominante en el Táchira, por la desavenencia de Juan Pablo Peñaloza y Obdulio Casique, dos figuras del liberalismo, y así la necesidad de la sucesión presidencial sufre escoriaciones. En Bella Vista y Buenos Aires tal noticia provoca inusitada satisfacción.

El Mocho Hernández ha regresado del país norteño como agente ganadero estadounidense y lanza su candidatura presidencia pa-

ra oponerse a la de Ignacio Andrade, el preferido de Joaquín Crespo. Se efectuan otras elecciones fraudulentas en Venezuela, y Crespo delega el poder en el menos calificado de sus lugartenientes o sea Ignacio Andrade, que no puede enfrentarse a la realidad ni a las necesidades nacionales. El Mocho Hernández, una especie de piache de la política en sombra, es defraudado y luego puede sonreir cuando al General Joaquín Crespo una bala traidora lo hace desaparecer de la escena nacional en la Mata Carmelera.

Llega la hora de la provincia y la expectativa confía en el renacer de un auténtico caudillo. En Bella Vista y Buenos Aires hay actividad de singular circunstancia. En La Donjuana el deslumbrante médico y político Carlos Rangel Garbiras, con quien se reune para discutir la situación venezolana y definir la invasión oportuna, quiere ser el mentor y el jefe de la revolución ideada por el inquieto capachero. Pero la razón impone la superioridad y la jefatura de un Cipriano Castro imponderable ante las circunstancias y el devenir. Justo es reconocer que el Doctor Santiago Briceño avala la moral de la indispensable revolución restauradora. Su influencia, su inteligencia y su peso en las decisiones andinas le dan toque singular a la estructuración de la política restauradora. Por algo Mariano Picón Salas, al referirse a su influir en la formación de Cipriano Castro lo llamó el Aristóteles del nuevo Alejandro.

Mensajes van y vienen para y de Capacho, Rubio, San Cristóbal, Táriba y otros lugares del Táchira. Los Velasco, Bello, Buitrago, García, Fernández, Niño, cuantos más, corresponden al dinamismo y al aliento de una frontera en viril nerviosismo. Rangel Garbiras queda para la derrota y el desprestigio de 1901. En el país la situación es deficitaria en todos los órdenes: la economía depauperada, la agricultura y el comercio cargando las consecuencias de la guerra larga; la vida social inexistente como la tranquilidad y la estabilidad políticas. La moral y la salud apenas una anémica emanación de la sangre estancada en los canjilones, mientras la oligarquía conservadora y la liberal son la permanencia de un largo siglo de yerros, rencores y desolación. Ante tal panorama asoma el 23 de mayo de 1899 y el bravo capachero que con solamente sesenta hombres pasa la frontera colombo-venezolana, y en victoriosa campaña gana los combates de Tononó, Las Pilas, El Zumbador, Cordero, Tovar, Parapara, Nirgua y Tocuyito, el 22 de octubre llega triunfante a Caracas con su Revolución Restauradora. Solamente ha dejado atrás la imposibilidad de tomar a San Cristóbal, donde Juan Pablo Peñaloza mantiene un sitio de valor inigualable (1). Pero ya la Revolución es un hecho indes-

tructible y la incorporación de la provincia a la política nacional una realidad trascendental. Cipriano Castro es el forjador de ese hecho y de esa realidad.

(1) El General Juan Pablo Peñaloza es el caudillo del extinguido Partido Liberal del Táchira y el símbolo de la revolución venezolana en el período de las dictaduras de Castro y Gómez. Venezuela no ha reconocido plenamente los méritos de este gran hijo suyo y menos el Táchira, su tierra nativa. Mantuvo siempre la llama de la revolución. Nació en La Grita y cargado de grillos y con la tortura de su hemiplegia murió en el Castillo de Puerto Cabello. Fue maestro de escuela, guerrillero de la libertad y combatiente del despotismo. Al invadir el General Castro con sus célebres SESENTA, el Gobierno de Andrade es mantenido por el General Espíritu Santo Morales como Presidente del Estado Los Andes y el General Juan Pablo Peñaloza como Jefe de la Sección Táchira. Triunfa Castro en diferentes lugares del Táchira y la victoria mayor la obtiene en El Zumbador al derrotar las fuerzas del General Morales, quien nada quiso hacer para mantener la unidad liberal. Peñaloza entiende entonces que el liberalismo tachirense debe combatir sólo a un Jefe en acción avasalladora de vencedor. Por eso dispone la defensa de San Cristóbal de la cual el General Cosme Corona es el logístico y el contendor de avanzada. Improvisadas trincheras son el acicate del empuje de un Peñaloza dispuesto a morir antes que rendirse. Castro fracasa ante el sitio de la capital tachirense. Con Peñaloza hay una juventud reveladora de valor e inteligencia. La encabeza Eleazar Silva, Pablo Romero Durán, Luis y Rafael Quintero, los Castilla Entrena. Ernesto Velasco y otros. No pudiendo tomar a San Cristóbal, Castro sigue adelante su marcha triunfal a Caracas. Cuando finaliza el año de 1899, Peñaloza es todavía Jefe de la Sección Táchira. Pero ante el éxito de Castro, ya con el poder en la República, antes de aliarse con las huestes del General Hernández y no ser apóstata del liberalismo que él ha sostenido, y por cuanto él mismo reconoce nacionalmente a Castro como Jefe, considera indispensable su separación del poder y de la jefatura partidista regional. Convoca entonces a su casa de habitación a los rectores del partido liberal para informarlos de su honrosa actitud. Es levantada una acta definidora de tal actitud el día 6 de diciembre de 1899. Tal acta, de singular importancia para conocer los antecedentes de la revolución liberal restauradora y de un caudillo como Peñaloza, la insertamos en el Apéndice de este libro, precedida de la nota del Cronista de Lobatera, José del Rosario Guerrero Briceño, quien obtuvo la copia correspondiente.

EL TACHIRA FRENTE A LA PERDIDA DE LA REVOLUCION

CAPITULO III

No intentamos justificar la acción dictatorial de Cipriano Castro y menos la consecuencia de su régimen con la supresión de la dinámica de la democracia liberal y unificadora que, como es obvio comprobar, otros tampoco quisieron establecer en el período post-independentista —pues apenas hubo breves paréntesis de honradez y sacrificio—, sino la fuerza reparadora del hecho de 1899, al repercutir en el alma nacional como una reivindicación y como un gesto integrador de la solidaridad venezolana. Obsérvese que cuando los historiadores, sin sectarismo o mezquindad ideológica, hablan de la grandeza de Napoleón, por ejemplo, no aluden a su ansia desmedida de poder sino a su visión universal al propiciar ese monumento jurídico del Código Civil y al modelar instituciones que aún tienen vigencia e influencia en el mundo de la cultura. Y la cita no tiene ningún interés comparativo, porque la dimensión del gran corso anda remota del caudillismo criollo. Pero no hay que confundir la realidad del hecho histórico con la parcialidad de la conveniencia política y por eso la revolucción de Cipriano Castro conlleva una significación especial a lo largo de la tragedia y del caos de la vida nacional.

Por ahí andan panfletos y libros interesados en desfigurar el sentido y el contenido de la revolución restauradora, por su desviación hacia la autocracia arrogante aun cuando sin estudiar sus fenómenos circundantes, y en ahondar en los vicios y arranques megalómanos del hombre asediado por la adulación y el atraso de la actividad fiscal y económica así como de las energías espirituales, con el deliberado propósito de empequeñecer su obra y cobrar a la región andina lo que ésta no debe —como expectadora que fue, si se quiere, de los juegos políticos de la metrópoli—, y particularmente ensañarse contra el Táchira por la implantación de la hegemonía regional en el poder político y público, lo cual no fue deseo tachirense sino consecuencia y compadrazgo para romper el hilo de una nueva doctrina liberal propiciadora del "clima ideológico" que restaurase la imagen de Venezuela con un ejercicio republicano distinto y garantizado con la conciencia culta, desligada de taras, egoísmos y prejuicios, es decir, de un Táchira sin caudillos ni cacicazgos políticos, pues su inicial conduc

tor fue, precisamente, Cipriano Castro, con una nueva concepción de la actitud política, ya que su bachillerato pamplonés y sus fogueos de parlamentario romántico inspirado en el calor del liberalismo colombiano —tan diferente, a pesar de su lastre oligárquico, al venezolano pre-restaurador— le daban la fortuna de la secuencia democrática, lo mismo que la tradición emancipista tachirense, por lo cual es sensible aquella desviación. Fácil es comprender lo innoble de la postura de quienes escriben los planfletos y los libros inclinados a estudiar superficial y rencorosamente a Castro y su revolución con intención regionalista, pero las generaciones del presente y específicamente las equivocadas en la apreciación del criterio histórico, sociológico e ideológico de la realidad, y en el análisis señaladamente político por la enseñanza del historiar acomodaticio o por los sofismas de una evolución sociopolítica invertidora de los valores humanos y éticos, aprenden a negar lo que es madura entrega de las masas aleccionadas por el rumbo integracionista y renovador de la sensibilidad nacionalista, y a la vez fruto del esperar para la concepción armonizadora de la República. Es porque desconocen esas generaciones el hondo mensaje que caló en todas las conciencias, con el calor de la esperanza, así se pretenda muchas veces no reconocerlo o detestarlo hasta en la angustia de su sacrificio.

Ignoran también las generaciones de nuestra época que la campaña de Cipriano Castro fue la resultante de un espíritu castrense de la mejor calificación, pues el recorrido desde el Táchira hasta Caracas tuvo la contextura cierta de un Caudillo en acción de esfuerzo y dedicación, y no la simple vocinglería de una actitud pasiva y demagógica. Al siguiente día de su alzamiento contra la situación venezolana que, como es fácil observar a través de la cercana historia, tenía la realidad de un vacío de poder, al saber que de Rubio se habían movilizado fuerzas para atacarlo, va al sitio llamado Tononó para interceptarlas. Allí derrota al General Ramón Nonato Velasco y al Coronel Antonio Pulgar, quienes mueren en la acción. Obtiene, además, su primera provisión de armas y municiones. El 27 del mismo mes de mayo se enfrenta en Las Pilas, cerca de San Cristóbal, a las fuerzas comandadas por los Generales Pedro Cuberos y Leopoldo Sarría. También los derrota y refuerza sus provisiones bélicas y sólo debe lamentar la herida de uno de sus brillantes oficiales, el entonces Coronel Régulo L. Olivares. El 11 de junio triunfa, en el Páramo del Zumbador, contra el General Espíritu Santo Morales, quien como Presidente del Gran Estado Los Andes, se moviliza de Mérida para atacarlo. Luego de cuatro horas de combate el Restaurador aumenta su bagaje y da sabor de prestigio a sus condiciones de militar y

de caudillo. El 27 y el 28 de julio debe enfrentarse a un ejército de más de 6.000 soldados comandados por el General Antonio Fernández, en Cordero. Es extraordinaria su hazaña. Su sagaz habilidad y acierto, su táctica militar, su valor y su talento se imponen una vez más, y se fortalecen sus recursos para proseguir ya no en una limitación de su fervor revolucionario sino con la prestancia y la confianza de su poder de decisión para incorporar a su región nativa y a la provincia toda de Venezuela, al ejercicio del sistema institucional, pues la hegemonía central no daba opción a la periferia. El 31 de julio posee un Estado Mayor sólido, valeroso y sereno al cual informa su determinación de avanzar a Mérida, Trujillo y el Centro del país. El riesgo es grande y el camino largo y tortuoso. La naturaleza no le es favorable pero el destino impulsa la decisión afortunada. Por otra parte el potencial de su valor y el de sus oficiales, así como de sus pertrechos, avalan el reto de las circunstancias. El 2 de agosto de 1899 emprende su marcha triunfal. En Tovar gana otro combate y despeja la ruta. Los trujillanos dan paso a las dianas madrugadoras. Parapara y Nirgua son otros sitios para la historia de su brillante hoja de militar y de caudillo, pues la revolución restauradora lleva adelante su bandera. Por último Tocuyito, cerca de Valencia, le da la hora decisiva para connquistar el poder. Es el 14 de septiembre. En la capital carabobeña repone la herida de su pierna y descansa en el vivac que cambia el ambiente bélico por el de la zalamería. Allí mismo comienza a desviarse el sincero propósito de la revolución. Entra como héroe a Caracas el 22 de octubre de 1899. Ha logrado en cinco meses la integración nacional, con la sola excepción de la capital tachirense donde un Juan Pablo Peñaloza imbatible mantiene la sombra del Presidente caído, hasta diciembre de ese año, como consecuencia del sitio mantenido con coraje.

No creemos equivocarnos al decir que todavía, quienes han escrito libros sobre y contra Castro, no han hecho la verdadera y ecuánime evaluación de sus condiciones de militar —salvo el Dr. José Giacoppini Zárraga—, pues se detienen casi siempre en la parte negativa de su existencia. Es porque Cipriano Castro no fue un advenedizo sino un conductor y un militar prestigioso en una época menguada del país (1).

Nadie puede ignorar o dejar de aceptar los destellos de algunos venezolanos a través de la accidentada política nuestra como, pongamos por caso, la sagacidad del demagogo Antonio Leocadio Guzmán o el empeño civilizador de su hijo Antonio Guzmán Blanco; pero ambos, como Crespo y después otros, son producto del medio y ambos vigorizan los signos del caudillismo que descolora

la fisonomía nacional. Sin embargo, y pese a los aspectos negativos de su obra, no puede silenciarse lo que es acción expectante en la dinámica política y esencialmente en la ilustración autocrática. La revolución restauradora, pues, es un hito y en razón de su circunstancia no cabe eludir la perdurabilidad del proceso integrador con espíritu venezolanista iniciado en la valiente y justificada audacia e intrepidez de los sesenta hombres que cruzan la frontera aquel 23 de mayo perdido en la indiferencia de quienes restan la sinceridad y la necesidad que lo inspiró.

Junto al caso histórico de 1899 aparece la raíz del poder hegemónico andino, según la filosofía convencional de cuantos preten den cargar a nuestra región, exclusivamente y con optimista desparpajo, el saldo deudor de una cuenta, cuando, puede decirse sin eufemismo, otros lugares han sido y siguen siendo los beneficiarios mayormente con los saldos activos como resultado de las preocupaciones y de las realizaciones de períodos que, con altibajos, sobresaltos, angustias, dolores y exacciones aseguraron la unidad nacional, sanearon las finanzas, dieron vigor al Estado, agilizaron su desarollo y elevaron su progreso, y también afirmaron el crédito de la tranquilidad social y de la estabilidad política que otros despilfarraron con la demagogia, la violencia y la mala administración del país. La especulación cortesana —servilismo disfrazado de conformidad— y el indiferentismo auscultador y tolerante ante la oligarquía y la autocracia que dieron fuego y sostén a los períodos dictatoriales, acumulan epítetos y prosa ripiosa para verlos con resentimiento o cálculo personal, ideológico o político, y no con lucidez para estimular lo que algunos ensayistas o historiadores plantean como rígida y valedera tesis de poder hegemónico regional. Olvidan todos que el servilismo proliferó audaz y descaradamente a lo largo del país y cada quien pagó su tributo, pues la adulación y la pasividad estuvieron diariamente enroscándose como parásita en la alguna veces exacerbada petulancia del primer caudillo montañés, cuyo mesianismo rebotó en la capitulación voluntaria de los que iban a fracturar su tradición burguesa o su conciencia en la Casa Amarilla. Hubo una fauna de politiqueros y capituladores que, como antes y como después, fueron partícipes del entronizamiento de la zalamería como medio para trepar y para obtener el usufructo de las prebendas y de las utilidades provenientes de los clanes monopolizadores de un comercio y de una industria sin bases ni características, y de una agricultura sujeta al régimen semifeudal y al dorado exprimir de los intereses capitalizables. O sea que si Castro hubiese querido reformar los sistemas fiscales y tributarios y aún revolucionar la carcomida estructura de la hacienda y de la administración nacio-

nales, la valla de la oligarquía —la misma de todas las épocas— estaba opuesta para no dejar que la incipiente economía de la nación alcanzase siquiera un mediano desarrollo. Su primer enfrentamiento económico fue con una crisis nacional que trajo como consecuencia la brutal reclamación extranjera. Por consiguiente, no habiendo independencia de la entonces mínima capacidad económica, mal podía haber un afortunado actuar de la libertad política.

No pretendemos, en ningún caso, insinuar la irresponsabilidad de Castro en los años de su gobierno monocrático y sí el de la integral participación andina —fundamentalmente la tachirense— en ese período de nuestro existir republicano, pues no fue la presencia del hombre tachirense lo que caracterizó a los nueve años de la Restauración, cuyo numen se diluyó en esa barahunda de reverencias y saraos invertidoras del sentido de la confiada y ampulosa plataforma de "nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos". El hombre tachirense no fue sino un accidente mientras los de otras latitudes fueron, casi podría afirmarse de una vez, los gestores de esa deplorable inversión. En todo caso habría que dividir esa responsabilidad, porque si es una realidad la permanencia en la política venezolana de los regímenes presidencialistas y duros con patente regionalista occidental, sin embargo Castro no gobernó exclusivamente con los andinos, esencialmente con los tachirenses, pues ha de recordarse que todavía resuenan las voces reclamadoras de la falta de gratitud y consecuencia al disgregar y devolver a la sombra de su anonimia a los que fueron actores del triunfo restaurador. Por ejemplo, uno de los forjadores del triunfo venezolano cuando la invasión del ejército colombiano a cuya cabeza vino Rangel Garbiras, el General tachirense Román Moreno, digna y virilmente reclama a Castro su olvido a la amistad y al esfuerzo por sostenerlo en el poder, y, por lo mismo, en julio de 1903 le escribe una carta de la cual es este diciente párrafo: "...Si lo que usted me tiene es mala voluntad; si el engrandecimiento de su personalidad ha empequeñecido mis títulos en esta causa hasta el extremo de hacerlos despreciables, sea. Pero entonces, como por mis venas corre sangre, no puedo aceptar un vejamen impunemente y como no he estado acostumbrado a la adyección, me creo autorizado para repetirle constantemente, que usted conmigo no ha sido sino un ingrato. Así me respondió Morales (General Espíritu Santo Morales) también; pero él quizá lo haría por estupidez y usted es un ingrato por maldad, con quien no ha hecho sino servirle". Solamente un tachirense sincero y valiente podía hablar así a Castro en los días de su prepotencia política. Otros más lo harían después, con la misma leal-

tad de principios. como antes ya la habían hecho los tachirenses Pulido, León Arellano y Torres.

Pero en tanto un Táchira altivo y leal alzaba la voz en defensa de la patria con el deseo de estar libre de la maza mandona, había la entrega a la adulona conveniencia de una clase dirigente en la cual quedaba el lastre del guzmancismo senil y del crespismo realengo, y de cuyo estertor salió aquella indolente consigna de **no pagar caraqueño ni cobrar andino,** al iniciarse la animadversión a la región occidental.

Véase, como justificación de lo que decimos con relación a la participación en el Gobierno de los andinos, la formación del primer Gabinete castrista y escudríñense la procedencia, la ideología y los atributos de sus integrantes, con el Mocho Hernández y Matos a la cabeza. El más desprevenido puede constatar, tal vez, el espíritu de convivencia y la habilidad política de un Castro con el empeño de vencer al caudillismo histórico, como lo afirmó en su mensaje al Congreso en 1903, y en la búsqueda del acercamiento nacional, no obstante los visos oligárquicos de la amalgama política de su presentación y el censurable olvido de sus compañeros. Es el viejo caudillo federalista José Ignacio Pulido, al conocer la formación del primer Gabinete **restaurador,** quien dice a Castro: "Cipriano: ¿Y dónde están nombrados los compañeros de tu campaña? éllos tienen derecho y deben ser tus principales colaboradores, como lo fueron en la guerra". Esta razonable crítica no hace mella en la envalentonada determinación del político que llega a la Casa Amarilla en medio del júbilo caraqueño y el aplauso de los Generales que se le sumaron y cuyo prestigio iba a sucumbir en la derrota definitiva o en el entreguismo sin pena ni gloria. No recuerda el nuevo caudillo a los que en el vivac azaroso y difícil lo estimularon y sostuvieron para la victoria. Es otro error político de Castro. Tal error —como los demás— lo capitaliza discreta y calculadamente el más astuto y el más zorro de los políticos autóctonos: Juan Vicente Gómez, el logístico antes y después de la restauracicón.

El Táchira es un espectador distante y en vigilia. No concurre, como se ve, al festín de la factoría de los viejos y de los nuevos politiqueros. Juan Pablo Peñaloza —que no es un gran político— ha dejado la huella de su resistencia. Por eso y por la consistencia de su fervor revolucionario y de la paciente espera para la hora luminosa, acude a alentar la conciencia de la siempre frustrada Venezuela, cada vez que su hemiplegía o su pobreza se lo permiten. Es confirmada tal actitud cuando aquí, del Táchira, sa-

le la célebre carta redactada y fechada en Rubio el 24 de julio de 1900, o sea apenas a nueve meses del éxito restaurador, en la cual esos tres varones de la regionnalidad: Pablo María Pulido Rubio, Dr. Pedro León Arellano y J. A. Torres —que mencionamos antes—, recuerdan al inquieto **Cabito** su incumplimiento en la aplicación del ideal que le llevó al solio de los Presidentes, es decir, a la pérdida de la revolución. Este detalle revela rotundamente el alto concepto que de la dignidad democrática tienen el pueblo y los hombres tachirenses, porque cuando los áulicos de todos los tiempos estimulan o fomentan el olvido castrista, tres varones nuestros salvan el honor venezolano en el comenzar de la dominación dictatorial que a través de los años se nos achaca en forma exclusiva, siendo como han sido muchos los que actúan y disfrutan la situación política a la cual se le ha pretendido dar fundamental evidencia regionalista. De modo que es a los politiqueros de turno a quienes cuantitativa y cualitativamente corresponde la responsabilidad junto con Castro. Valdría la pena hacer un estudio a base de lo irrebatible de la estadística para preguntar: ¿quiénes fueron y quiénes han sido los favorecidos con las posiciones burocráticas? Igualmente debería hacerse un análisis de la inversión de los precarios presupuestos para conocer las zonas favorecidas con las obras tendientes a solucionar, en parte, ingentes problemas locales.

(1) El Coronel José Teófilo Velasco, estudioso de la historia, conocedor de la acción militar del General Cipriano Castro, por estar vinculado a gentes que con el guerrero estuvieron en el vivac en distintas ocasiones y, claro está, por ser un oficial egresado de la Escuela de Estado Mayor, escribe actualmente la historia militar de quien supo brillar por su capacidad, por su valor y por su táctica castrenses y colocarse, sin lugar a duda, entre los mejores y eficientes militares de Venezuela. Esta es una verdad indiscutible.

LA DIMENSION DEL CAUDILLO Y LOS ATAQUES DISCRIMINADOS

CAPITULO IV

Hasta la fecha se ha querido culpar al Táchira de las dictaduras a partir de 1899; pero en el fondo del interés no hay sino una premeditada conveniencia histórica, ya que la verdad no es esa, así como así, porque la realidad y la misma y desapasionada revisión de los hechos, determinan una responsabilidad integral a los hombres de Venezuela. Pero además de esa culpa unilateral y sistemática, nuestro pueblo ha tenido que soportar el resentimiento de varias generaciones y hasta el menosprecio de los ignaros y peormente de algunos cultos que tienen pobrísima e irreal impreión de lo que es reserva física y humana de mucha importancia para la patria, y de la tradición histórica, heroica, cultural, étnica y laboriosa de un pueblo que no puede calficarse por la melancolía de su niebla sino por la pujanza de su destino. ¿Por qué se niegan los méritos de Castro, su nacionalismo, su capacidad militar, sus dotes de estratega, su valor personal y su característica de Jefe? ¿Por qué se desconoce la importancia de la cultura y de la moral de un pueblo social e históricamente integrado a la unidad nacional? ¿Por qué se ignora su primer grito de rebelión en 1779 y su participación en la gesta emancipadora?

Es conveniente advertir que fueron tachirenses los primeros en mostrar su desacuerdo con Castro al no darle a su gobierno rasgos de avance democrático y una participación activa al régimen liberal que la nación esperaba, y que fue la esencia de su revolución, lo cual debía cambiar la permanencia de la crisis política sostenida por el renovar de la farsa montada por el caudillismo atosigante y la mediocridad en mentes pusilánimes. También fueron tachirenses los que se sumaron a los resentidos y a los que realmente tenían derecho al reclamo para declararse adversarios del hombre que, no habiéndoles dado ocasión de figurar en el tren burocrático o de medrar a expensas de una hegemonía que no podía ser asidero de compadres sino panacea de turiferarios y caballeros de industria, optaron no ya por la rebelión armada o por la fórmula de un buscar en el consenso de la opinión pública suficientes acciones para cortar de raíz los males que seguía padeciendo la República en la orgía encrespada por la altanería y el sensualismo, sino por la diatriba que permitía a otros lanzar sus dar-

dos y avivar enconos contra el Táchira, como sistema de venganza o resentimiento por la pérdida del poder o de las ventajas largos años usufructuadas. De ahí el que haya de justificarse, en razón de un proceso de negación y de falta de amor a la tierra nativa, la frase del gran maestro de las juventudes andinas, don Carlos Rangel Lamus, de que el Táchira ha sido víctima de sus propios hijos. No fue hecha la frase para justificar a Castro ni a ningún otro tachirense en función de su misma jerarquía, advertimos, sino como expresión admonitiva de ese crecer de la indiferencia entre nosotros mismos y de ese olvidar la tierra y sus problemas agudizados por el abandono y por el látigo castigador en horas angustiosas de la era de la arbitrariedad; pero en el caso aquí tratado tiene sentido justificador por la falta de nobleza con el paisano que, caído y enfermo, deambula en el exilio y expía la magnitud de sus errores y sus demasías. Algunos de esos tachirenses se hacen célebres a costa de Castro, cuando ya éste es víctima de la confianza dada a su compadre Juan Vicente Gómez y no tiene poder alguno. Razonable hubiese sido el que se le combatiese directa y lealmente en la época de su omnímodo hacer, como sí lo hicieron dignamente otros tachirenses o como lo hicieron los hombres de otras regiones, valientemente, digamos el imbatible valenciano General Antonio Paredes (1) o el ireductible Carlos León.

Varios son los libros y muchos los ensayos y artículos escritos sobre Cipriano Castro. Esto quiere decir que su figura política y heroica merece la atención de la historia. En realidad la merece. Es más: se le debe dar el sitio exacto a su dimensión de caudillo y de constructor de la integración venezolana —reconocida hasta por un Andrés Eloy Blanco en el "Salón de Lectura"— y de militar que en varios campos, singularmente en La Victoria —la más grande batalla realizada hasta ahora en el país—, probó su competencia, su estrategia y su visión para guerrear en una época cuando solamente el valor y la inteligencia compensaban las dificultades y las circunstancias. Desde luego, la mayoría de esos libros, ensayos y artículos son para denigrar y tratar de destruír la obra de Castro y de paso arremeter contra la tierra en la cual se gestó el movimiento liberal de la unificación de Venezuela. Algunos escritores, con mezquindad, resentimiento, fobia o complacencia por la antipatía gratuita hacia los Andes, al querer analizar a Castro se detiene en sus defectos, en sus momentos de glotonería palaciega y sensual, pero se cuidan de llegar a sus facetas rutilantes, a su carrera de estadista y de militar, de forjador de la unidad nacional. Por ello falta la biografía imparcial y cierta de Cipriano Castro con sonoridad de pasión venezolana. Tal biografía no puede ser la del hombre sin resabios ni aberraciones sino la del conduc-

tor integral, con luces y sombras, pero con una personalidad descollante en un mundo de falsos demócratas y de mediocres estadistas.

Es hora ya de justificar a Castro como guerrero y como constructor de la unificación venezolana y como sostenedor de la soberanía cuando —como lo dice el Dr. Domingo Alberto Rangel— "resiste a la agresión y la audacia de sus medidas defensivas", las cuales "acreditan las grandezas de que era capaz cuando lo animaba un ideal noble". Su dimensión venezolanista debe caber en el reconocimiento a su obra de integración nacional y no en el odio de los falsificadores de la vida republicana y convivente para no herir el fundamento y el drama de la nacionalidad en su esplendidez igualitaria. Hay quienes han ahondado en sus cualidades de militar eficaz e intuitivo, de patriota sin reservas. El Dr José Giacoppini Zárraga, por ejemplo, con clara objetividad, con dominio absoluto de las peculiaridades castristas y de la historia política contemporánea, se ha especializado en bucear en los pliegues de esa historia para evaluar el hacer y el acontecer de la revolución restauradora y avalar con su palabra lúcida, con el análisis y la crítica de su serenidad y con la fría verdad de los hechos, lo que fue y lo que significa para Venezuela la presencia de Cipriano Castro en la vida política nacional. Y el más sagaz y el más capaz de los historiadores nuestros, quien domina e interpreta con erudita vocación el sentido y la influencia de la realidad venezolana o sea el Dr. Ramón J. Velásquez, tiene el estudio del caudillismo criollo, del carácter y de la acción de los hombres que a fines del siglo pasado y en el presente siglo han brillado o palidecido en la historia nacional. En ese estudio, que no ha publicado todavía y del cual deja conocer, en conferencias de calificada trascendencia, la verdad desconocida y la interpretación real de los hechos, resalta el diagnóstico certero de la pasión autóctona que todos advertimos cuando nos detenemos a observar la vida y la obra del General Cipriano Castro nacionalista y del General Juan Vicente Gómez telúrico. Venezuela y América esperan ese estudio de Ramón José Velásquez. La veterana pluma de este tachirense universal nos ha de propiciar el gusto de un concepto nacional, ecuánime y culto acerca de la doctrina de un pueblo que en el mismo Velásquez tiene su mejor recomendación. También un hombre de la izquierda revolucionaria —para usar una adjetivación de la hora presente— juzga a Castro con un si es no es imparcial y al referirse a su sinceridad nacionalista y a su condición de caudillo, lo exalta. Este venezolano es el Dr. Domingo Alberto Rangel, quien si algunas veces abusa de la dialéctica propia del militante de las nuevas concepciones políticas, tiene el mérito indiscutible de su

talento, de saber escribir y de decir las cosas con valentía. Rangel reconoce la dimensión de Jefe y de apasionado nacionalismo del discutido y discutible **Cabito**. Veamos lo que dice acerca del abuso de la prepotencia imperialista cuando el bloqueo de 1902: "Frente al bloqueo alcanza su plena dimensión la figura de Cipriano Castro. Hay que honrar a aquel hombrecillo y a sus andinos que no vacilaron en llamar a sus conciudadanos a la defensa del país. "La planta insolente del extranjero ha osado profanar el sagrado suelo de la patria. Las palabras pueden resultar, para el gusto de hoy, un poco recargadas. Pero hay en ellas algo del espíritu de Simón Bolívar. "Si la naturaleza resiste..." Es el nervio bolivariano, la audacia de un Libertador, la que vibra en ambas frases. 1812 y 1902, noventa años en los cuales no se agota la grandeza y el heroismo. Y como si presintiese Castro que la sombra de los libertadores descendía sobre él, invocó en la proclama a los "nuevos Carabobos y Ayacuchos" que habrían de salvaguardar otra vez la independencia de Venezuela. Esa proclama anunció que el país tenía jefe. Los venezolanos corrieron a leerla en las carteleras de los diarios, en las esquinas mugrientas de las jefaturas civiles y en una especie de emisora de radio que en el país primitivo de 1902 eran las pulperías de las calles y caminos "La planta insolente del extranjero..." Sonaron las palabras como goterón de lluvia en techo de zinc y un ruido de tambores pobló el universo mental de cada venezolano. La lámina del viejo heroísmo venezolano se calentó al rojo vivo para destellar en electrizada lengua de las decisiones. Y sobre aquel país conmovido que volvía a registrarse la entraña ardorosa un hombrecito de barba cerrada y ojos llameantes que quiso ser grande en el momento estelar de su carrera política".

La calidad del escritor exalta la cualidad del jefe en un momento extraordinario. Capacho, pues, tiene en los restos de su ilustre hijo, Cipriano Castro, al depositarlos por voluntad de un gran dirigente venezolano en la rosa de sus vientos, un símbolo de la Venezuela hermosa en su destino integrador y heroico.

---

(1) El periodista José Emilio Castellanos publicó en El Nacional, de Caracas, importante trabajo de investigación según el cual puede saberse que no fue el General Cipriano Castro quien dió la orden de ejecución del General Paredes, sino alguno de esos celosos y excedidos colaboradores suyos. con el apuro de silenciar una voz discordante en el coro de aduladores de la restauración. Véase el Capítulo XVIII.

EL GOMECISMO, UNA PESADILLA.
EL TACHIRA UNA VICTIMA

CAPITULO V

Sesenta fueron los hombres que invadieron con Castro. A lo largo de su expedición victoriosa se le suman hombres de otras regiones y muchos de los caudillos locales, así como nacionales, hasta llegar a Caracas. De modo que la invasión fue de tachirenses pero la revolución tuvo una amalgama de varones deseosos de cambiar la faz de la política nacional, aun cuando muchos de esos caudillos y caudillejos contribuyeron a entorpecer la idea de una democracia dirigida a resarcir el padecer de las hegemonías caídas, para encaramar en el solio de los Presidentes el ultraje de un nuevo cesarismo. Es porque la mayoría de aquellas venía del resabio y del primitivismo de la sociedad analfabeta en parte y al mismo tiempo semifeudal, a la vez que del auge de las camarillas oligárquicas, con olor a sementeras, pues no hay duda en sostener como elemento lo rural de nuestra sociología.

De esos sesenta valientes debe destacarse a otro tachirense sin los alcances un tanto cultos de Castro, cazurro él, inteligente, insensible y calculador, el cual no solamente financia la empresa del 99 sino es su instrumeno y su ejecutor logístico, como segundo jefe de la misma y sabe esperar nueve años para cobrar con creces su participación, sus actos distinguidos, como las batallas de Tocuyito y Ciudad Bolívar, su aguante a las rabietas del capachero vivaz y soberbio, y sus emolumentos, el 19 de diciembre de 1908. Es Juan Vicente Gómez con su ancha faja de sonantes morocotas tras la aventura en gélidas y quemantes sinuosidades geográficas, su bonachona simpatía de hombre atrayente que nunca hubo de casarse, quien va a cambiar la secuencia histórica de la Restauración por la más deseable, en ese instante de la transición insospechada, de la Rehabilitación. Y eso era lo que requería el país: rehabilitarse de sus muchos males como el endémico caudillismo, los rezagos partidistas, las deudas que habían estado a punto de hacer perder la soberanía, el desangrar de las guerras civiles, la inseguridad social y la inestabilidad política y, como consecuencia de todo, la realidad de la democracia frustrada una vez más.

Ante el nuevo jerarca de los destinos patrios acuden los aduladores de todos los tiempos que, en el primer quinquenio, ven fallidas sus aspiraciones de entronizar su rapacidad y más bien

reciben lecciones del montañés dúctil, astuto, malicioso, experimentado y disimulado. Es porque Juan Vicente Gómez, sorteador de dificultades y aguantador de goterones, es hombre sencillo y retraído. No le halagan los saraos ni los escotes tentadores de los cortesanos salones donde, por lo demás, se le tiene como gañán inculto. El sabe tolerar las cosas para engañar y reir de último, en la intimidad de su estudiada sutileza. Por supuesto que los planes de los pescadores en río revuelto fracasan y el empeño de la lisonja se relaja en el embeleco de una prensa irresponsable merodeadora en la paz bucólica de Maracay, pues Gómez evade la artificiosa atracción metropolitana. Sin embargo, el clan que ha disfrutado de las ventajas del poder no puede quedarse a la deriva y opera con diligencia para llegar hasta las botas ya curadas de alergias en la campiña aragüeña pero, lamentablemente para él mismo, no puede minar la fortaleza física del jefe que va a ejercer largo tiempo el mando en Venezuela por intuición y con visión de campesino desconfiado y a la vez previsivo, y opta por la pasividad y por la onda de ir y venir cabe el silbador viento de los samanes en ronda de estrategia. Es porque el temperamento frío de Gómez, sin entrega a las reverencias, avaro terrígeno pero con sentido nacionalista —nada de lo suyo salió al exterior—, simple en sus modales, agudo y egoísta en sus determinaciones a la vez que psicólogo por naturaleza, y también cazurro, sabe nivelar las clases en disputa de genuflexiones y aisla lo que no es su misma seguridad o bien para sus intereses.

Con Gómez prosigue el hombre tachirense en función de gobierno, sostenido por los más caracterizados hombres de empresa y de presa, por los intelectuales y el ejército, por las fuerzas vivas venezolanas todas, que ningún esfuerzo hacen para oponerse al capricho y a la soledad de garantías, o, por mejor decirlo, por la aclamación de una mayoría aburguesada y complaciente que durante veintisiete años no quiso acudir en apoyo de la rebeldía gestada en diferentes ocasiones, principalmente promovida y demostrada por hombres e ideas tachirenses. Le convenía más a esa mayoría —como antes y como después—, que los andinos siguiesen cuidando y protegiendo sus intereses.

El tacto de Gómez se manifiesta en la eliminación gradual e inteligente del caudillismo metropolitano y provinciano y en crear un ejército leal —al cual comenzó a capacitar con los conocimientos del Coronel chileno Mc' Gill y la precupación directa del tachirense General Félix Galavís—, dispuesto a darlo todo por su jefe, sin que para ello tenga que acudir al expediente de los ascensos apresurados e indiscriminados, a las condecoraciones a granel y a

los créditos y aumentos de sueldos. Así el semifeudalismo cerril es convertido en sumisa disposición humana y solamente quedan a ras de tierra los tentáculos de una oligarquía obligada a aguzar sus sentidos para no desaparecer o dejar muy a la vista las huellas de sus permanentes apetitos. La insensibilidad del hombre que no cree en la democracia como sistema sino como coyuntura para forjar el régimen duro que ha de mantenerlo en la jerarquía dominadora, es práctica enseñoreada en el país desde la pastoril acuarela de Las Delicias y es el limpio paisaje telúrico lo que hace amable, a ratos, aquel ceño endurecido por el sopor de casi tres décadas que concluyen con la afirmación de la obligada paz, la industrialización maracayera, en un formal remozamiento de la metrópoli con diferentes barrios que cambian los costados caraqueños, en la instalación de Colegios particulares, en la primera Ley del Trabajo como obligación internacional con la Liga de Naciones, luego de la primera guerra mundial, y en algunas manifestaciones culturales desde el rejuvenecimiento del Teatro Municipal.

Al formar Gómez su ejército no lo manda solamente apoyado en él y menos en tachirenses exclusivamente, pues también lo hace en hombres de todas las regiones venezolanas y en la flor y nata de la intelectualidad del país, pues difícilmente otro Jefe de Estado puede estar rodeado de los mejores valores de su época como Gómez. Revísese la composición de sus Gabinetes, de sus Presidentes de Estado y del Congreso que era feudo suyo, y de sus representantes diplomáticos. Ahí estuvieron los hombres de mayor altura intelectual y profesional, y cada uno de ellos veía en Juan Vicente Gómez no solamente el fenómeno telúrico sino a la montaña como sombra estimuladora. De modo que fue la adolorida Venezuela y no el altivo Táchira —sufrido como el que más por la jaquetonería mandona—, la que participó en el poder con Gómez. Y hay que recalcar que fue nuestra región fronteriza la que dio los hombres mayormente empeñados en eliminar esa pesadilla del gomecismo convertida en drama de pasiones y ebullición de petróleo exudando lágrimas. Díganlo esos veinte mil tachirenses emigrados por el despotismo de Eustoquio Gómez y aquellas familias que desmigajaron la ventisca para huir del incendio de Pregonero y de los sicarios del primo valentón como única manera de salvar sus vidas; díganlo los agricultores rubienses que vieron desaparacer sus fundos por el monopolio y su juventud nunca doblegada, y esos hombres de los páramos apretando su corazón en la clandestina rebeldía, y la soledad urbana y rural ante el asedio de la recluta, y que, no obstante la persecución y la cárcel, se enfrentaron muchas veces al gomecismo al gritar desde cada cerro

del Táchira influyente su anhelo liberalizador o cruzar la frontera en son de guerra como aquellos que el 30 de abril de 1919, encabezados por los Peñuela, de Rubio, rasgaron las vestiduras del león en Buenavista y San Antonio, y los miles de hombres que purgaron el delito de su audacia, como los que fracasaron en el asalto a Eustoquio Gómez en La Palmita, o los infelices ahorcados en Pirineos por el asalto a la casa de Evaristo Gómez, y díganlo, asimismo, los de la intrepidez y el valor permanentes tras el fulgurante romanticismo de Juan Pablo Peñaloza, o los que con Olivares y Pulido Méndez concluían en la planificación de una intentona con quien en 1935 desempeñaba la Cartera de Guerra y Marina o el que en Cumaná vio fallido su interés revolucionario cuando le fue destrozada una pierna, llamado Francisco Angarita Arvelo, después colgado de los testículos con Argimiro Arellano. Era el tachirense auténtico, el del valor y la revolución constantes, el tan incomprendido siempre.

Hay una verdad que duele decir pero que hay que aceptarse en su desconcertante realidad: la de la presencia de algunos pocos tachirenses incultos en la cosa pública, y lo cual, con gobiernos llamados de avanzada democrática, también ha sucedido, sin que sean precisamente tachirenses. Tal cosa era inevitable con Gómez, hombre práctico y de ascendencia inmediata campesina pues la remota no lo era, quien tenía de la amistad un concepto muy a su manera —diferente a Castro negador de los suyos en el momento de la victoria— y que, previsor e intuitivo, sabía de la lealtad y de la seriedad de cada uno de sus servidores, como de la sinceridad y ambición personal y política de sus detractores siempre solapados; y bien sabido es que el tachirense no es hipócrita sino firme en su palabra y en su acción. Algunos de estos **paisas** —como despectivamente llaman algunos a los andinos, y en cambio nosotros llamamos paisas a los colombianos pero más bien en sentido familiar— formaron parte de la legión andante y atropelladamente represiva de la sagrada, una especie de policía política en función de tormento como alguna otra de ahora y de siempre —la mayoría de nuestros gobiernos, incluyendo a los democráticos, han tenido estos cuerpos represivos y conculcadores de los derechos humanos—, y que la jerga burlona y sarcástica de la miedosa inventiva popular denominaba también los **chácharos**, como si en la palabreja quisiera vengar el odio a una región tan lejana de la barbarie en la forma concebida por quienes tan burda como ignorantemente nos llamaron "zafios serranos" y a un Gobierno que de andino tenía el nombre, pero que era tan venezolano como el de Páez, el de los Monagas, el de Falcón, el de Guzmán o el de Crespo, tan dictatoriales y hegemónicos como el castrista y el gomecis-

ta, con las solas variantes de la época, la región y las circunstancias. Pero no es únicamente con Gómez que sirven incultos, pues antes y después el país ha visto y sentido las dentelladas de la rusticidad, a menos que hayan sido más civilizadas las montoneras llaneras, orientales, corianas o centrales, pies en el suelo, que las alpargatudas andinas, por ejemplo. Tampoco son solamente tachirenses quienes forman parte de la sagrada, porque en élla hubo vecinos de otros lugares del país cobijados en el valor personal y en la temible amenaza de sus bigotes y de sus sombreros de anchas alas y de sus peinillas deprimentes. Sensiblemente a lo largo de la accidentada vida política venezolana hemos visto actuar a los incultos y a los mediocres, aun cuando sin el cognomento de **chácharos**, y a otros medianamente cultos desangrar la esperanza y la vida criollas en playas y cárceles para desvergüenza de regímenes con señuelo y etiqueta democráticos (1). Por supuesto que la presencia de algunos de esos vecinos incultos del Táchira contribuyó a formar una conciencia equivocada acerca de nuestra realidad histórica y cultural, ,y de ahí la malquerencia gratuita y singularmente el tono deprimente utilizado para referirse a nuestras cosas; porque hasta intelectuales que sí tuvieron razón para odiar a Gómez, indiscriminadamente se complacieron —y aún se complacen— en considerar a nuestra tierra como productora de hordas y no de gentes honradas, laboriosas y adelantadas, pues hasta el dialecto —con arcaísmos y rusticismos españoles y raíces cultas— nos lo critican con acerbo desdén. Pero los tales no se detienen un momento a analizar que con Gómez sirvió la más distinguida selección de la sociedad nacional, lo cual quiere decir que esos hombres social y culturalmente influyentes —con tachirenses igualmente cultos— dieron prestigio nacional e internacionalmente a una Venezuela que, no obstante la dureza de la dictadura gomecista, se imponía en los lapsos de su aislada ponderación. Varios tachirenses fueron acicate y eslabón de grandes aciertos e iniciativas. al lado de los talentosos individuos de distintos sitios de nuestra geografía, en pro del gentilicio y cuyas actuaciones todavía tienen recordación y ascendencia. Podemos citar, entre otros de valimiento, a Román Cárdenas el organizador de la Hacienda Pública; a Rubén González el reformador de la educación; a Samuel Darío Maldonado el sanitarista e investigador del clima nacional; a Diógenes Escalante el de la esperanza y severo como un Lord inglés; a López Contreras el estructurador de un nuevo estilo oficial; a Isaías Medina Angarita el venezolano excepcional que hizo realidad a la Venezuela posible sin cárceles ni persecuciones; a Emiio Fernández el valiente y honesto; a Emilio Constantino Guerrero, Abel Santos, José Abel Montilla, Félix María Galavís y al conciliador Leopoldo Baptista Galindo, y a muchos más que

antes como opositores y luego como servidores de Venezuela, colmaron etapas de honda significación en la adolorida historia de una época, y cuyos méritos y prestigio no pueden ser ahogados por la vocinglería y el encono.

Hay quienes se satisfacen en afirmar, enfáticamente, el analfabetismo de Juan Vicente Gómez —igual que el analfabetismo andino, cuando la verdad es que el atraso cultural era igual en toda la provincia venezolana— y en propagar tontamente la especie de que era un palurdo colombiano de origen oscuro.

Nada mas lejos de lo cierto. Todo ha sido una telaraña hecha por la insidia desmedida y por quienes no se preocupan en realizar una investigación seria y ecuánime o de los que premeditadamente soslayan lo positivo de las vidas humanas al así convenir a su pequeñez o a su interés sectario para negar algún detalle, cualidad u honra genealógica del hombre que ya pertenece a la historia.

En realidad Gómez no tuvo educación esmerada y menos una instrucción siquiera mediana (¿la tuvieron la mayoría de nuestros caudillos?). Sin embargo, sí estudió parte de la primaria en Cúcuta y allí mismo pudo ser hasta contabilista en cierne, según pudo combrobarlo ese estudioso de la historia que fue Luis Eduardo Pacheco. Además, tuvo una regular letra, coordinaba más o menos bien su pensamiento así como analizaba las cosas para conformar un criterio prudente y meditativo a la vez que previsivo y con proyección imaginativa, lo cual le sirvió en la vida y en su gestión de Jefe de Estado para entenderse, con astucia, sagacidad y hasta ironía, con intelectuales, diplomáticos, cortesanos y toda esa gama de politiqueros que de puro vivos no fueron sino simples majaderos ante el mañoso dictador. ¿No provendrán de ahí algunas de esas triquiñuelas de la oposición sin rectitud, valentía o seriedad?

Gómez nació en La Mulera, zona rural del Municipio San Antonio del Táchira, el 24 de julio de 1857 y murió en Maracay el 17 de diciembre de 1935 con el pecho cargado de **latas** (como él llamaba las numerosas condecoraciones que no usó ni en los actos solemnes), ante la expectativa de un pueblo y de un continente. Descendía de uno de los conquistadores de mayor figuración en los albores de la Nueva Granada o sea el célebre Capitán Don Pedro Gómez de Orozco, asistente a las fundaciones de Santa Fe, Tunja, Tocaima, Pamplona, así como en Mérida de Venezuela y la fundación de San Cristóbal. A esta honra de la ascendencia paterna debe agregarse la del Primer Obispo venezolano, el tachirense Mon-

señor Gregorio Jaimes de Pastrana, Obispo de Santa Marta, y la de una sierva neogranadina. Seguramente Gómez ignoró tan ilustre parentela y de tal circunstancia se perdieron los aduladores y los áulicos que por legiones quisieron hacer mella en su sencillez de labriego poderoso, de sombrío escudriñador, de alma atesorada por la voluntad del saber esperar para el desquite, de recia contextura para el dominio de lo difícil, sin cambiar nunca la sobriedad de su vida ni lo parco de su modo de ser.

A la luz de la historia esta es la verdad de su capacidad intelectual, del lugar de su nacimiento y de su calificado origen, metamorfoseado en la evidencia de la fuerza para sojuzgar a un pueblo conforme por el temor a la cárcel, a los grillos, y mortificar a su tierra tachirense siempre antigomecista. Pero a pesar del poder ejercido omnímodamente, con mano fuerte y ceño adusto, no fue ostentoso ni tampoco nadie logró plegarlo a los halagos o a la vanidad. La pluma veterana y erudita de Mario Briceño Iragorry, el escritor clásico, hizo un perfil exacto y desapasionado —sin justificarlo, por supuesto, como tampoco lo hacemos nosotros— del hombre que durante 27 años mantuvo férreamente en el puño a Venezuela, en su novela "Los Riberas". Ese perfil bien vale la pena lo conozcan las actuales generaciones y quienes envalentonados con el poder o el intelectualismo unilateral para solo mostrar la podredumbre de la dolorosa realidad histórica, soslayan el drama colectivo con intención puramente detractora y no profundizan lo negativo individual para entender lo positivo del dictador — una consecuencia del medio y de las circunstancias— que no dejaba vacío de poder en el mundo rural que aún cargaba con las secuelas monárquicas y la soledad del principio de independencia, por el atraso, la ignorancia y la frustración republicana invalidadora del estado de derecho.

La muerte natural del montañés sencillo y consecuente con sus amigos, fue lo que propició el volver al camino oxidado para el asomo de la democracia. Y fueron los áulicos y los señorones que soslayaron la realidad nacional —porque la agonía del pueblo convenía a sus intereses—, los que indultaron el entreguismo con la pasividad, los que nada hicieron por cambiar el estilo y la personal manera de mandar del astuto gendarme mulereño que, por el tachirense Leopoldo Baptista Galindo, excepcionalmente, concedió la amnistía de 1925, y, por consiguiente, permitieron el extravío de la doctrina que da al individuo y al Estado la seguridad del servicio y la majestad para elevar los valores humanos y las formas de la igualdad social mediante la práctica sincera de la democracia.

Con el gomecismo demoníaco y prepotente se cierra un ciclo angustioso. El sarcasmo silencia la comentada y alabada paz en la pastoril cazurrería de Las Delicias. Hay una Venezuela campesina —con el alarde urbano dado por los grupos asfixiantes— ahogada en la desesperanza social cuando el latifundio envalentona la aún excedida acción de los jefes civiles. La represa del sordo resentimiento inunda los valles de la gritería y rebasa sañuda y torpemente la confianza montañesa —donde tanto se ha combatido a Gómez— en el momento en que sus hombres afirman la moral de su espera, como otros, en la dignidad nacional. Por ello el alma regional recibe el trauma de la incomprensión y descontcertada debe limpiar la ofensa irresponsable de los salivazos del rencor injusto y temerario. Menos mal que siempre existe un Táchira noble y recto, y compensa los mazasos incalificables con la invitación a revisar la realidad histórca y polítca y a conocer sus vivencias y su no desmentida cultura. Concluye la pesadilla pero se escarnece a la víctima.

---

(1) En la patria dolorosa, matriz y castigo de una Venezuela violenta, aflora también el espíritu de humanidad tachirense, como rechazo al empeño de llamar indiscriminadamente chácharos a cuantos no se avinieron con el gomecismo ni con ninguno de esos períodos de la convulsión asfixiante de los derechos humanos. De ahí el que tomemos de "El Nacional" un comentario de quien firma con las iniciales J.R.S., la sección "Memoria de Venezuela", para destacar la actitud de Evaristo Velasco Jaime, nativo de Capacho, al reprochar como Alcaide de ese antro del dolor venezolano llamado La Rotunda, el modo como se trataba a los presos en 1913. Tal comentario, con la carta de Velasco Jaime para Eloy Tarazona, lo insertamos en el Apéndice de este libro. De paso hemos de recordar que allí, en La Rotunda, escribió José Rafael Pocaterra su extraordinario libro "Memorias de un venezolano de la decadencia", cuyo mensaje poco han sabido interpretar algunos llamados revolucionarios. Tal libro fue enviado en clave y por partes al humanista tachirense Manuel Antonio Pulido Méndez, y fue portador el Cabo de presos también tachirense Macedonio Guerrero, amigo de la familia Pulido. Los originales los tradujo Morela Iturbe. Pulido Méndez va a México en 1921 y allí publica con el apoyo del singular americano José Vasconcelos tal documento desgarrador de Pocaterra. Es otra muestra de la verdad de un Táchira distinto al que unos cuantos confunden a la hora de examinarlo superficialmente.

EL MILITARISMO SE HUMANIZA CON EL ENSAYO DEMOCRATICO

CAPITULO V I

Otro tachirense, ya no cazurro sino un tanto liberal a lo antiguo pero con atributos de cultura, decencia y habilidad política, insurge como faro vacilante en noche de tempestad para atenuar el odio y la vanidad de cuantos no tenían razón para cobrar su venganza o su impotencia en el instante de la gran expectativa, cuando todo era un río rebosado por la impaciencia, la intemperancia y el oportunismo de los menos para desorientación de los más.

Sin embargo, con el General Eleazar López Contreras, (1) el militar que sabe sortear dificultades en ese embarazoso proceso de la paz obtenida con llantos, la democracia alcanza significación o empieza a tener nueva fisonomía a partir de 1936, aun cuando un nuevo zurcido constitucional demora el paso a la autoridad integral del pueblo, al no darle mayor participación en el derecho a elegir sus representantes o permitir una relativa permeabilidad para el uso de las proyecciones sociales. Claro que el tal zurcido da una tonalidad vistosa y generosa al ansia reivindicadora del pueblo al rebajar en dos años el período presidencial. Es un gesto de sereno desprendimiento.

López Contreras, intelectual, historiador y hombre de sensibilidad social y política, tuvo desaciertos y titubeos, pero igualmente tuvo un sincero deseo de aplicar la moderna concepción del Estado en la inspiración de su valor moral y cultural como ensayo democrático, aunque sin desligarse de una vez de las influencias de los sostenedores del absolutismo, acaso impelido por la gravedad de la circunstancia nacional o la atávica duda y la misma conveniencia de la difícil etapa de la transición. Quizá por la lectura o la asimilación de las ideas de filósofos como Nietsche y Hegel, quiso exaltar el poder del Estado al robustecer su acción y al propio tiempo someter el mismo al fruto de su ponderación. Pero faltó lo fundamental a la transición o sea una más ágil democratización de los estamentos institucionales y directamente ir contra el "tradicionalismo ideológico.". Proclive a la búsqueda de las conquistas sociales y políticas —recuérdense sus realizaciones en estos campos, y sus huellas en la tecnificación de la docencia, la asistencia a la salud y la organización fiscal, del trabajo y de la educación, la creación del Banco Central y del Consejo Venezolano de Niño, así como el

estímulo a la capacidad del hombre—, se le vio indeciso para alentar enfáticamente la conducta oficial sostenedora y defensora de la dignidad humana, tal vez por la imposición del resabio heredado de la dictadura inflexible que todavía ataba a la mayoría de quienes le rodearon al soltar las amarras del gomecismo y su misma naturaleza de con una mano alentar los valores y con la otra invertirlos y hasta por la incitación de algunos exiliados que cambiaron su faz antigomecista por un fascismo, un nazismo o un socialismo totalitario manifiestos a la primera salida de su siesta gubernamental. Esta naturaleza compleja —consecuencia de los viejos resabios emulsionados con los nuevos— le quitó la voluntad de dar toda la fuerza de su inteligencia al equilibrio de la transición y cercó la timidez de los que no quisieron, en el Congreso y otros estrados, aupar esa voluntad con reformas avanzadas y progresistas. De ahí el que en el primer momento de la crisis —sostenida por la fiebre aturdidora de la conciencia nacional— fallase contra algunos familiares del dictador, del cual era albacea y heredero conjuntamente, y más tarde contra sus propios amigos y compañeros, y permitiese los excesos de un pueblo que aun cuando todavía estaba anestesiado por la larga noche de la dureza, al despertar no era difícil controlar en sus abusos a la propiedad y a las personas.

El Estado, por supuesto, se balanceaba en manos de López Contreras y en el mar de los contrasentidos. Por eso la libertad individual sufría escoriaciones y hasta persecuciones innecesarias y la libertad de pensamiento tenía altibajos cuando no accidentes sorpresivos. El hecho de la expulsión de los dirigentes que señalan la huella de la llamada generación del 28, es desconcertante y al mismo tiempo satisfactoria para algunos conformes con el "Libro Rojo" y el cognomento de comunistas dado a los expulsados, la mayoría de los cuales efectivamente eran marxistas, leninistas, apristas,etc. (Hay venezolanos que juzgan acertada la expulsión de algunos de los líderes del año 28, en razón de que al no hacerlo así López Contreras, no hubiese podido gobernar ni mantener la tranquilidad del país, lo cual es muy discutible. Sin embargo, algunos de esos mismos líderes lo comprenden así, posteriormente. Pero es la historia la que juzga el hecho y da su veredicto). Pero había Tribunales para juzgar. Por consiguiente —creemos nosotros— no cabía el exilio forzado o lo que desde entonces se denominó extrañamiento, es decir, se volvió a negar al hijo el calor directo de la madre. No obstante la justicia racional contradice ese hecho y si en verdad hay quienes comprueban la convicción izquierdista —cosa juzgada en el derecho de gentes— de cuanto fueron aventados con pasaportes y bolívares oficiales, tales desterrados son acepta-

dos, más tarde, en el seno de la familia venezolana —como era lógico— y al ser hombres de poder por el cuartelazo o la consulta popular, conceden singulares honores al hombre que los fijó en las páginas retaliadoras de aquel indeseable libro, y los cuales, al fin y al cabo, justifican al Presidente en su dimensión reparadora y en lo que él representa en la historia del país, pero en cambio niegan, siquiera un reconocimiento al esclarecido venezolano que les permite libre acción política, respeta sus derechos humanos y le da a la nación la concordia que no ha vuelto a tener, y después encarcelan al que contribuye a llevarlos por primera vez al mando en 1945. ¿Cómo puede calificarse esta actitud? ¿Nobleza lo primero, injusticia y retaliación políticas lo segundo y lo tercero? Tales cuestiones son la realidad y el revanchismo de las contradicciones de la historia política venezolana. Son los enguerrillamientos para la tardía integración de la conciencia nacional.

Es el 14 de febrero de 1936 cuando la República aspira a formar conciencia y a salir del adormecimiento canceroso de su angustia interior en solicitud del camino que la conduzca no ya al liberalismo garantizador de mayores libertades para el pueblo y menos influencias del poder de los dirigentes, sino a la democracia representativa que aumenta la autoridad de éstos, siempre que la misma sea dada por aquél. Pero igualmente ese 14 de febrero la demagogia deja asomar sus fauces y en el revoltillo de la palabras se esconde la ambición de quienes no tardan en romper la unidad del ideal esencialmente venezolanista, pues el recargo de doctrinas exóticas enerva el sentido de la responsablidad y del nacionalismo creador.

Con López Contreras sirven tachirenses capaces y cultos, sensibles y adictos al hacer de la democracia, y también hombres talentosos de otras regiones del país, como antes, como siempre. Todos concuerdan en dar fuerza al Estado, pero igualmente —con algunas excepciones— en robustecer el personalismo con detrimento de la aspiración federalista cuya realidad estuvo en la sangre vertida sobre los cauces llameantes de la palúdica igualdad y después en la utopía de los especuladores de toda revolución. Desde luego, ninguno de los Presidentes de nuestra República ha tenido una filosofía formal para gobernar, ni tampoco ha gobernado sino mandado porque la Constitución, que es la fuerza y la vivencia de nuestro sistema republicano y democrático, ha sido una colcha en la cual cada Jefe de Estado deja los remiendos de su voluntad, su capricho o su circunstancia; y si no la remienda entonces suspende las garantías del individuo, algunas veces con razón pero la mayo-

ría de las veces innecesariamente. La independencia, que es la realidad histórica y social legada por nuestros Libertadores con la afirmación de la soberanía, garantiza el status permanente de la libertad, pero la mayoría de los Presidentes venezolanos no ha respetado la Constitución ni las Leyes en el ejercicio de su Magistratura, con el acatamiento debido, es decir, aplicando la esencia pura de la filosofía democrática. Es porque ninguno puede tirar la primera piedra.

Naturalmente López Contreras, como intelectual y como militar, comprende su responsabilidad histórica y aun cuando actúa dubitativamente y en algunos instantes funge de ideólogo maquiavélico, sabe apreciar integralmente la crisis de la libertad y ofrece al país un temeroso derecho al ejercicio democrático, más limitado que prudencial, bajo la consigna especulada en los mentideros exaltados o desconcertados de "calma y cordura". Pero nadie osará negar, a esta hora, el beneficio del Gobierno del espigado **queniqueo** al superar la prolongada etapa autocrática y permitir el recomenzar de una obra bien intencionada —más tarde deshecha por la teoría mal practicada por la violencia y la intransigencia monopartidista—. Esa obra es la de la integración fundada por Cipriano Castro, solidificada por Isaías Medina Angarita y maltrecha después por los desajustes de los sub-grupos, llamados de izquierda o de derecha, con hogueras y amasijos atrayendo la inmadurez política de un pueblo desconcertado.

En todo caso el Táchira devuelve la confianza a la República con el aliento a sus auténticos valores morales, por cuanto la alternativa de seguir mandando es modificada por el acierto de una progresiva normalidad republicana así los goznes dictatoriales entraben la apertura de la plenitud popular. Es el volver al cauce extraviado y la vez recuperado por la sorpresiva revolución de 1899. López Contreras es el artífice del hecho y a él debe reconocerle la historia lo positivo de su acción personal, que es la misma aspiración tachirense en la búsqueda de los caminos expeditos hacia la democracia y por los cuales luchó en valerosa lid, en un régimen que si tuvo disonancias también tuvo atinadas consecuencias inmediatas. Hay una tregua, con su incidencia, para reconstruir el diálogo roto por la tragedia del destino de Venezuela, golpeado y traicionado tántas veces. Nuestra región empieza a ser comprendida en lo cierto de su cultura, de su pensamiento y de su pasión venezolanista y en ese su querer una patria grande, próspera y segura en todos los órdenes de la vida republicana. Es porque las gentes, a pesar de su obcecación, comprueban que los tachirenses no somos mache-

teros sino hombres sinceros y decorosos para actuar en el vivir civilizado de la sociedad, pues en la época gomecista se suponía y hasta se divulgaba tontamente que los tachirenses no sabíamos ni caminar sobre la dura piedra que otros sostenían para rasgar la esperanza de las generaciones, cuando la verdad es que tenemos personalidad propia e influyente en la historia, en el arte, en la cultura general, en todos los campos de la vida nacional.

Con López Contreras empieza, pues, a tener fisonomía el pensamiento de un Táchira culto. Los derechos jurídicos y sociales de la democracia vuelven a tomar cuerpo, aunque sus mecanismos —por oxidación del silencio, de la falta de ese lubricante que es la soberanía del pueblo— no alcanza a mover satisfactoriamente la conciencia pública. Hay días y hasta meses para la luna de miel de la convivencia con el despertar del pueblo. Pero pronto afloran las indigestiones de los ideólogos y de los líderes que llegan ahitos de teorías y de pequeñeces, por lo que el camino de los derechos y de los deberes se ve obstaculizado por la demagogia y la impaciencia de quienes antes fueron tan pacientes o tan indiferentes y ni siquiera dieron estímulo al fervor popular. Así y todo hay una sensibilidad nueva para templar el alma nacional y para conocer la personalidad de una tierra precursora de la soberanía al darse integralmente al bien del país en los días de la emancipación.

La opininón pública —sin la buena intención, desprendimiento y capacidad de los orientadores —tiene manifestaciones alentadoras a un clima que si en parte debilita el equilibrio normativo de la igualdad democrática, al menos propicia un concepto más cercano al vivir democrático. López Contreras y su equipo de hombres alternados por la eficacia, la inteligencia, la vinculación o la influencia de la provincia, es el forjador de una nueva situación. Nada más innegable que esto. Desde luego algunos dirán que no fue el hombre tachirense el ejecutor del cambio político esperado en el país a partir de 1936 sino la válvula que contenía un estado de conciencia nacional. ¿Entonces quién reformó la acción del poder tiránico, cuando tenía todos los medios para continuarlo a su antojo, influyendo como influía el presidencialismo? Son los mismos que estarían dispuestos a asegurar, si las cosas hubiesen seguido igual a como Gómez las hacía, que los andinos no tenemos capacidad ni sensibilidad democráticas porque solamente servimos para militares chafarotes y, por lo mismo, somos los únicos culpables de las calamidades venezolanas y los únicos con actitud o caparazón de dictadores, pues los anteriores dictadores —estranguladores de la fe del pueblo— a lo largo de nuestra vida política, son simples accidentes. Pero no, el Táchira impone siempre su pensamiento renovador y se

enfrenta a Castro y a Gómez en el campo de la protesta armada y en la tribuna que es doctrina válida de oposición, pues no pueden olvidarse y menos negarse su actitud resuelta en periódicas invasiones fronterizas y la actitud revolucionaria, por ejemplo, de la Asociación de Estudiantes del Táchira de nuestro Liceo Simón Bolívar —atemperada por el acerado maestro Carlos Rangel Lamus— de 1930 a 1935, la soltura de la Sociedad Bolivariana de Damas y las expresiones firmemente alentadoras del espíritu de libertad de una prensa que al encarcelar a sus Directores o suspenderla, volvía con mayores arrestos a mortificar al régimen cazurro nacional, pues el regional en cierto modo toleraba esas expresiones. Día llegará, por consiguiente, en que se le haga justicia al Táchira, así como a López Contreras, quien ya entró a la historia con su dimensión de estadista y el cual no solamente restableció el sistema democrático sino le dió vida, impulso y facultad para su desarrollo, aunque lento, y devolvió la fe a un pueblo hundido en el pesimismo de la historia. No hay duda, pues, que fue un militar con atributos de prócer civil y civilizador. Promulgó la Ley de Trabajo y el reparto de utlidades; creó el Banco Central y el Industrial; la Contraloría General y el Consejo Venezolano del Niño, el Instituto Pedagógico, la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación y el Museo de Bellas Artes; fundó la Guardia Nacional —ahora Fuerzas Armadas de Cooperación— y los Ministerios de Sanidad, Agricultura y Cría, del Trabajo y Comunicaciones; la Revista Nacional de Cultura; transformó la mengua en dignidad de las Fuerzas Armadas; nacionalizó el Puerto de La Guaira; dió vigencia a algunos partidos políticos y sindicatos; para sorpresa de muchos se despojó de su uniforme militar y acortó a 5 años el período presidencial —era de 7 años— y, no obstante las contradicciones de algunas de sus ejecutorias, permitió una nueva imagen del Estado al darle consistencia republicana y democrática, y propiciar —dentro de las grandes dificultades a las cuales supo enfrentarse con serenidad y tolerancia— un clima político de positivos alcances para la permanencia y el progreso de la vida institucional del país, con la eliminación de la dictadura y de los vestigios caudillistas y la formación de la nueva estructura política, social y administrativa y, a la vez, la proyección de un heredero —dentro de los términos constitucionales vigentes— con la más amplia seguridad democrática, como lo fue ese otro excepcional tachirense Isaías Medina Angarita, el cual justifica el pensamiento y la acción del tachirensismo civilizado.

(1)..Nació en Queniquea el 5 de mayo de 1883 y murió en Caracas el 2 *de enero de 1973.*

UNA NUEVA CONCIENCIA PARA UN ERROR SIN PRECEDENTES

CAPITULO VII

La tregua permite el vigorizamiento de un proceso en el cual tres generaciones derrotadas entienden que su cárcel y su exilio logran compensación con el asombro de un período democrático, liberal y humano como antes no lo hubo en la Venezuela agobiada por la saña y la irritación caudillistas y sectarias, y la presencia de una región como siempre lo ha sido: defensora y propulsora de los derechos humanos, porque es un tachirense eminente el que permite a la familia nacional no derramar lágrimas por retaliaciones, la abolición de la cárcel y el destierro, y alcanzar la elevación de los valores éticos y firmes de la dignidad del individuo y de la sociedad, el ejercicio democrático de los partidos y de los sindicatos sin el temor oficial, el respeto irrestricto a la libertad del pensamiento hablado y escrito, singulares reformas al desvencijado sistema económico y social, extraordinarias realizaciones progresistas y justas con la revisión tributaria, la para entonces tímida y después audaz y beneficiosa reforma petrolera, la educación, la cultura, la vivienda, la moderna reurbanización del barrio El Silencio, en Caracas, la nacionalización del Poder Judicial, la creación del Bienestar Estudiantil, la transformación estructural de la actividad laboral, la reglamentación de la Ley de Sociedades Cooperativas, la reforma parcial de la Ley del Trabajo, la promulgación del Reglamento del Trabajo, el saneamiento, el Código Civil para no negar sus derechos a los hijos naturales, el voto municipal por primera vez a la mujer, la reforma agraria sin conveniencias partidistas, la elección directa de los representantes del pueblo a los cuerpos deliberantes, el Seguro Social Obligatorio, la creación de la Cédula de Identidad, la normalización de las instituciones y, en fin, todo cuanto es corolario de su régimen singular. Nadie podía imaginar que un Gobierno semejante fuese derribado para fundar, graciosa e irritantemente, una nueva hegemonía: la del sectarismo y el monopartidismo con tendencia a sistematizarse. Sin embargo, la historia ya recoge la expectativa del suspenso y deja en blanco la página donde ha de escribirse la verdad del período más democráticamente sincero post-independentista. El tiempo enaltecerá la honra del tachirense querido y sacrificado en condiciones deprimentes, para el mal de Venezuela, que fue Isaías Medina Angarita y quien nació en San Cristóbal el 6 de julio de

1897 y murió en Caracas el martes 5 de septiembre de 1953, y fue llevado al Cementerio General del Sur a hombros del pueblo y con las lágrimas en rumor por el sostenido entonar del "Gloria al bravo pueblo".

La política es una pasión y a la vez una vocación; y el hombre que la practica o la intuye, ha de estar asistido por la capacidad y la inteligencia, por la buena fe y un espíritu superior, ajeno al cálculo y a la postura, a las adjetivaciones funestas y al tráfico de influencias. Es porque el Estado y la Sociedad requieren la dirección de los suficientes y no de los ignaros, de los ecuánimes y no de los sectarios, de los honrados y no de los glotones.

Isaías Medina Angarita es un caso ecepcional en el trajinar de la convulsa vida política nacional, pues formado —como López Contreras— en los cuarteles gomecistas llegó a ser uno de los Estadistas de mayor relieve en los estrados de la democracia americana, ya que no fue, en Venezuela, un Jefe de Estado más sino el Magistrado que por congénita moral fue comprensivo, amplio, liberal, simpático, suficiente, humano, honrado. Si el país rechazó en el silencio de su impotencia una veces y de su indiferencia o complacencia otras, la autoritaria presencia del Gran Elector (1) detrás de la cortina de la ambición de los grupos o de los partidos, en el caso de este tachirense insigne hubo una inspiración mesiánica; y si en el primer momento el pueblo venezolano desconfió de él, porque se lo consideraba fascistoide y machetero según la opinión de cuantos no conocen a fondo la auténtica fisonomía de nuestra región, más tarde supo apreciarlo grandemente el espíritu nacional en su exacta fulguración de repúblico —pues sin la revalorización del voto popular se dió íntegramente al bien venezolano— y quererlo con el afecto con que se quiere lo que es parte de nuestra propia naturaleza. Quizá ningún Jefe de Estado nuestro ha tenido un cariño tan sincero y a la vez tan merecido, como el que tuvo y tiene quien positivamente fue el Presidente de todos los venezolanos, sin distinciones ni sectas y en toda oportunidad realizó giras por todo el país de brazo con el pueblo, confundido con él, sin la vigilancia de las bayonetas y sin el nerviosismo de los edecanes y escoltas, porque el Ejército estaba en sus cuarteles custodiando la soberanía y los cuerpos represivos no existían. Es porque si al pueblo puede arrastrarse por gestos antes que por ideas, como lo sugiere el ilustre Gregorio Marañón, Isaías Medina Angarita atraía no solamente por el gesto de su simpatía y el calor humano de su recia personalidad, sino por sus ideas liberales y por su convicción democrática.

No fue la aventura ni el golpe de Estado lo que llevó a Medina al poder, porque si en realidad hubo la recomendación prudencial para su elección a la silla de Miraflores en un momento aún atado a la transición política y al personalismo asfixiante, fue el Congreso Nacional en limpia jornada y frente a un contendiente de especial relieve —Don Rómulo Gallegos—, el que lo eligió Presidente constitucional en sus sesiones ordinarias de 1941. Por otra parte, la Constitución de la República así lo tenía previsto. Había una coherencia para el paso a la constitucionalidad creciente, pero un ejército desconcertado y desconcertante y un partido colocado en lo incierto de su verdad al apagar el fuego fatuo de su civilismo, estimulado por los discutibles ideales y las apremiantes necesidades de ese ejército, se confabulan para dar al traste con la convivencia política y la progresiva estabilidad democrática. De aquí el que Venezuela convenga en considerar un grave error el de los militares y a la vez una tremenda responsabilidad histórica la asumida por ellos como gestores —con los principales dirigentes de "Acción Democrática"— del 18 de octubre de 1945, cuando con la asonada hacen retroceder el proceso cívico, es decir, la evolución de un vivir decente y tranquilo en esta patria de conflictiva vida democrática y víctima de las oligarquías, de las mediocridades de las frustraciones y de la aspiración no sincronizada de los políticos olvidados de la instrumentación de normas y valores para rectores de la misma. Es porque esos militares, la mayoría tachirenses, argumentan razones personales económicas y, por boca de los ideólogos, la permanencia de una estructura civil y militar a la vez que administrativa semejante a la de los períodos presidenciales inmediatamente anteriores —lo que no era cierto pues cuando la remuneración de las fuerzas era deficiente por razones de precarios ingresos, sin embargo algunas mejoras habían sido logradas así como un trato distinto y una superación en estudios y formación castrenses; y la estructura político-administrativa así como la social alcanzaba sensibles progresos, y en todo caso cabía la discusión de altura con el compañero accesible—, acabaron con el gobierno de un varón de su misma ascendencia y profesión, de un venezolano profundamente humano y equilibradamente amplio como, para bien de la esperanza nacional, fue el General Isaías Medina Angarita, quien, salido de los cuarteles donde aún perduraba la sombra del machete, forjó, condujo, sostuvo y fomentó una nueva forma de estimular al Estado con el auspicio de la doctrina y la disciplina del civilismo en clima democrático y republicano. No aceptar esta realidad es negar la verdad de los hechos y negar la bondad de un régimen alentador de la actuación de los partidos políticos, la reforma fiscal, la rectificación de la política petrole-

ra, en fin, la vivencia de una patria unida, sin llantos ni persecuciones, sin muertes ni enajenaciones, sin allanamientos ni violaciones a la libertad, soberana y alegre. Estos militares del 18 de octubre tuvieron el apoyo integral de los principales dirigentes de un partido político que días antes, no obstante su oposición sistemática al régimen presidido por Medina, daba su respaldo a la candidatura del eximio tachirense doctor Diógenes Escalante, cuya enfermedad constituyó grave trauma político al país, y que de su probidad hizo un ensayo convencional del golpismo para, de la noche al día, trepar al gobierno de facto, lo cual combatió antes y después, cuando su máximo y sagaz dirigente creó inflexible doctrina —la llamada doctrina Betancourt, antes proclamada en La Argentina— para rechazar cualquier gobierno de tal naturaleza.

Lógico hubiese sido que aquellos militares octubristas —y hasta en cierto modo aceptable— adelantaran transformaciones necesarias a un Estado anquilosado y anacrónico con relación a la dinámica social y política del nuevo tiempo y no retrotraerlo al patrón tradicional de la aridez, la discordia y la infecundidad, con el agravante del aprismo —un marxismo tropicalizado— más bien snobismo innecesario como para afirmar la autonomía venezolana. Prefirieron supeditarse a los políticos profesionales y desautorizar y desacreditar la pretendida moral del octubrismo.

Muchas galeradas se han escrito —y se seguirán escribiendo— con la intención de justificar el golpe del 18 de octubre de 1945, pero ninguna de las razones expuestas es valedera para defender lo indefendible, ya que la historia no puede ser parcializado juez de un accidente histórico-político —que nunca revolucionario— proporcionador de la quiebra de un proceso democrático iniciado por tachirenses en una nación donde una mano dura sostenía los privilegios de unos usufructuarios —no tachirenses— del poder. Y si censurable es el hecho en sí, por sus proyecciones y consecuencias, criticable es la actitud de los militares y de los dirigentes acciodemocratistas al conjurarse para derrocar al gobernante que había hecho posible la unificación nacional y dado alegría al rostro de la venezolanidad, sin el dolor de los grillos ni la humedad de los calabozos, sin las penalidades y la nostalgia del destierro y sin las garras de la persecución y de la muerte. Igualmente criticable es el que tachirenses con mentalidad remozada, patriótica y profesionalmente hayan hecho contubernio con quienes en Barranquilla mostraron animadversión al ejército —distorsionado por el gomecismo— y a la tierra andina, en andas de la dialéctica tropical o del socialismo sofisticado con la burocratización

del totalitarismo de la izquierda —aceptada por el Presidente Medina— fácilmente provocador de la crisis democrática, para lograr el rompimiento de la evolución que devolvía al Táchira la confianza y el aprecio venezolanos, pues en condiciones de paz y de armonía, y también de progreso y de superación, el General Isaías Medina Angarita tendía un puente de plata al paso del candidato civil que, a su vez, lo tendería en el período siguiente con la elección directa y secreta del hombre que el pueblo, y nada más que el pueblo, quisiese, y luego proseguiría el turnar democrático con los Presidentes del cualquier lugar del país, y a esta hora nuestra región no seguiría cargando con el saldo deudor que la fobia gratuita no deja prescribir, ni el país hubiese sufrido la dura década del perezjimenismo. ¿Podía pedirse más, entonces? ¿No era ese el camino lógico y recomendable para periclitar los ciclos autocráticos y la burla o el engaño al pueblo?

Algunos impacientes argumentan que el peor error del Presidente Medina consistió en no haber propiciado el voto directo y secreto para la elección del Presidente de la República. Por supuesto que la razón, en sí, tiene validez o asidero y hubiese sido un promisorio ideal republicano el que tal cosa hubiese sido prevista en la reforma constitucional a la cual el mismo Medina Angarita puso el ejecútese; pero debe aceptarse fría y conscientemente que en Venezuela no podía preverse, así como así, lo esencial del destino histórico. Además, la misma naturaleza gradual de las conquistas populares —desasistidas de la madurez por el dolor de los períodos caudillistas y monocráticos— exigía un avance sin prisa aunque sin pausa. El mismo Presidente Medina lo advirtió con la mejor buena fe. Es porque la etapa de la hegemonía militar había sido penosa y larga, y era a los Andes —especialmente al Táchira— a los cuales se cargaba la culpa de los males sufridos en la dicha etapa que, con todos sus dolores y exacciones, cumplió ciclos acaso necesarios a la sedimentación de las guerras civiles, la tranquilidad pública y el saneamiento interno y externo de las deudas nacionales. Luego entonces no cabía el apuro o el azar del golpe sino el diálogo para la concreta realidad de la evolución que, en manos de Medina, se cumplía ventajosa y normalmente. Y si los hombres del Táchira habían sido sustentadores —tal como lo dice la historia remendada con intencional propósito— con la mayoría de los venezolanos, de la dictadura, debía corresponder a un tachirense culto y humano la honra de trazar el camino hacia la democracia unitaria y liberal, pues no otra cosa fue el período medinista: una tregua para revitalizar la herencia de los libertadores y la economía, y estimular la capacitación y el auge del hombre responsable y patriota, y el cambio del gobierno paternalista y perso-

nalista por el de la confianza y bienestar de las masas. Por eso se quiso y se quiere, a la vez que se recuerda gratamente, a Isaías Medina Angarita en la Venezuela comprensiva y posible que él mismo alentó con devota pasión.

Al desaparecer de la escena pública la candidatura del Dr. Diógenes Escalante, surge la del Dr. Angel Biaggini. Esta no tenía el prestigio internacional ni nacional de aquélla, pero tampoco desmerecía su realidad civilista. De modo que si "Acción Democrática" se avenía con la de Escalante y hasta dos de sus líderes —el señor Rómulo Betancourt y el Dr. Raúl Leoni— fueron a Washington a pactar su respaldo personal y el de su partido a Escalante, no hay motivo fehaciente o justificado por el cual no pudiese buscarse la misma solución, dentro de los términos constitucionales o, al menos, razonables, con Biaggini. Todo, conforme al deseo patriota de una salida airosa, civilista, serena, lúcida y recomendable al bien del país. La situación era la misma. La única variante era el nombre del candidato. Sin embargo, fue la conspiración largos años madurada —tal como lo confiesan algunos de los insatisfechos años después— y no la proposición política, persuasiva, inteligente y conciliadora que salvara la diferencia o el interés entre el gobierno, el ejército y la oposición, lo que surgió como fórmula sorpresiva y violenta para la Venezuela que iba a encontrar, otra vez, los viejos cauces de los ríos alterados por las lágrimas de la discordia. Se perdía, así, una obra hecha con simpatía y buena intención en pro de la restauración de la concordia y de la vivencia democrática nacionales.

Una llamada Junta Revolucionaria de Gobierno tomó el poder ante el asombro y desconcierto de un pueblo prontamente perturbado en su conciencia al encender su rencor en la diáspora antiandinista. Nuevamente el destierro, la cárcel, la persecución, los Tribunales de excepción y hasta la tortura física (recuérdese el escándalo nacional por las torturas en "El Trocadero", de Caracas, y del cual fue abanderado el partido "Unión Republicana Democrática), fueron la respuesta a la esperanza y a la búsqueda de nuevas estructuras para una democracia que, en tal oportunidad, como ha sucedido siempre en Venezuela, dejó de ser padecimiento para convertirse en trastorno monopolista por obra de quienes a lo largo de su indiscutible y valiente lucha política habían forjado la promesa de la democracia representativa, por cuanto el poder público, ejercido un tanto liberalmente en proceso evolutivo a partir de 1936, volvía a la pesantez autocrática con la citada Junta Revolucionaria, cuyo control correspondía al partido "Acción Democrática", con origen y actividad civilistas y reconocida probidad política muy prontamente echado al mar embravecido y a la vez frí-

volo de las acciones y las palabras, pues así convenía al pensamiento de los dirigentes para cumplir el programa madurado en el exilio —cuando las ideas eran sazonadas con la estrechez barranquillera— y tomar la revancha con el gomecismo y el lopecismo aún latentes en el tropicalismo de los clanes y, asimismo, con el medinismo liberal y democrático que le había dado libertad de acción en toda Venezuela. Tal revancha se inicia con el atropello, al crear un controvertido, antinacional y todavía censurable Tribunal de excepción, en el cual son andinos quienes en su mayoría aparecen haciendo bulto al interés político antes que al deseo moralizador. En la Procuraduría General de la Nación se cocinan las listas retaliadoras.

El pueblo venezolano conoce la realidad de la democracia surgida del cuartelazo y del desconocimiento civilista, es decir, del clima cuartelario y de la apetencia política, pues en carne propia soportó las consecuencias insospechadas del tal suceso, y son muchos los hombres de charreteras y sin ellas —participantes o simpatizantes con el tal movimiento octubrista— los que poco después lamentan la equivocación de su vida.

Venezuela quiso ser leal a su gran Presidente Medina Angarita. Sólo las circunstancias favorables a la causa del golpe hicieron variar el rumbo de esa lealtad. Su región nativa respondió con su deber y con su hombría al anhelo mayoritario de los venezolanos, para que no fuese verdad el recomenzar de la angustia nacional. Y a no ser por la escasez de armamento y por la falta física del valeroso y cumplido caballero Francisco Angartita Arvelo —quien para la fecha hallábase en Caracas atendiendo a su esposa gravemente enferma y con la cual se cometieron desafueros infortunados cuando aquél fue detenido— que, como militar, hubiese podido dar permanencia de entusiasmo a la decisión de las gentes occidentales dispuestas a defender el régimen con firme institucionalidad de Medina, desde su posición de Presidente del Estado Táchira, las cosas habrían tenido un desarrollo distinto, pues ha de recordarse que cuando la radio anunciaba, simbólicamente, la invasión de un ejército leal de Los Andes, en la metrópoli se achicaban los valientes de bolsillo. Debe afirmarse con entera exactitud que el Táchira fue el último Estado de la República en rendirse y eso porque en la madrugada del 21 de octubre de 1945 no quedábamos sino un pequeño grupo de civiles, encabezado por el bizarro venezolano Dr. Fidel Rotondaro, en la Casa de Gobierno, frente al Parque Sucre, con solamente cinco máuseres mohosos, pues el Jefe de la Zona Militar, General David López Henriquez, y su comando ya estaba con los octubristas. Como fuimos testigos y ac-

tores en el desarrollo del acontecer tachirense en aquellos días de alteración moral y política del mes de octubre de 1945, creemos indispensabe narrar cómo fue la llamada "Revolución de Octubre" en San Cristóbal.

---

(1) El primer propósito del General Eleazar López Contreras fue el de propiciar un candidato civil en el período inmediato al suyo. Entre otros, preferentemente, pensó en el extraordinario tachirense Dr Diógenes Escalante. Pero en reunión en "La Quebradita" se planteó la alternativa entre un civil o un militar. De optarse por el candidato civil los generales del gomecismo organizarían una revolución y de ser un militar lo apoyarían. Quien hizo las gestiones de la segunda opción, en reuniones discretas con los militares, fue el Dr. Victoriano Márquez Bustillos, y quien llevó la voz cantante en "La Quebradita", fue el General León Jurado, el cual logró algún ascendiente durante el régimen medinista. En todo caso, ganó el país y la historia con la escogencia de un militar joven, civilista y desprejuiciado como el General Medina, para candidato.

LA LLAMADA REVOLUCION DE OCTUBRE EN EL TACHIRA

CAPITULO VIII

La tarde del jueves 18 de octubre de 1945 se anunció en la sede del Gobierno del Estado Táchira una noticia vaga acerca de un golpe militar en Caracas. Al término de la misma tarde se confirmó la asonada, aunque su origen era confuso, pues la primera impresión era la de que tal golpe lo dirigía el General Eleazar López Contreras, quien para la época hacía campaña a su propia candidatura a la Presidencia de la República. Esta fue la razón por la cual los dirigentes de "Acción Democrática", en San Cristóbal, en el primer momento del golpe, acudieron a la Casa de Gobierno a ofrecer su apoyo constitucional al Encargado de la Presidencia del Estado, Dr. Fidel Rotondaro, y también a la emisora "La Voz del Táchira", al pronunciarse contra quienes rompían el orden jurídico del país, lo cual comprueba que los conspiradores acciondemocratistas fueron algunos dirigentes nacionales y no los de la provincia, siempre marginados de las determinaciones trascendentales. Es más, el Dr. César Morales Carrero llevó un editorial para la edición del siguiente día, viernes, de "Fronteras", periódico de cuya dirección estaba encargado por ausencia de su Director, el Dr. Leonardo Ruiz Pineda. Tal editorial no fue publicado porque la misma noche del jueves el partido político antes nombrado supo, por el dicho Dr. Ruiz Pineda, quien había ido a la capital metropolitana a participar en resonante concentración pública en el Nuevo Circo, que el golpe tenía el apoyo y la participación de los principales dirigentes de "Acción Democrática".

La única noticia oficial del suceso se obtuvo el jueves en la noche por un telegrama del Dr. Ibrahin García, Encargado del Ministerio de Relaciones Interiores, comunicando escuetamente el hecho, porque al titular del tal Despacho, el gran escritor Arturo Uslar Pietri, se le hizo preso al acudir a Miraflores en vez de a un cuartel, cuando de antemano sabía que allí estaban sucediendo "cosas raras", al hablar telefónicamente de su casa con un portero del nombrado Palacio oficial. Por lo tanto el Gobierno Regional no tenía una orientación precisa de los acontecimientos en la metrópoli y solamente se informaba por los usufructuarios de la asonada llamada por los mismos **gloriosa revolución** de octubre, sin que nadie sepa, a esta hora, en qué consistió tal gloria. Sin embargo, fueron tomadas las medidas que el caso requería como alerta y se-

guridad públicas. Y debe afirmarse, enfáticamente, que el pueblo tachirense se solidarizó inmediata, decidida y mayoritariamente, con el gobierno constitucional del Presidente Medina Angarita. Posteriormente al telegrama del Dr. García fue recibido otro, firmado por un funcionario subalterno —lo cual orienta acerca de la moral y de la organización de los golpistas—, informando el fracaso o entrega del gobierno legítimo. Sabido es que los llamados revolucionarios no tenían seguridad del triunfo y que la noche del jueves eran débiles. Por lo mismo, también es sabido de su acercamiento al General López Contreras en solicitud de un posible entendimiento con Medina para solucionar razonablemente lo provocado por la rebelión. Como es lógico intuir, López Contreras rechazó la sugestión de los alzados porque de haberlo hecho confirmaba la sospecha de su participación en el golpe que, en el primer momento, creyó le era favorable. Es oportuno advertir que el divorcio de López Contreras y Medina Angarita, además de error incalificable para mantener el equilibrio de la transición política en progresivo auge, fue perjudicial a la unidad nacional y a la integración propiciada por el Táchira (1).

La entidad política no se entregaba. De todos los pueblos interioranos tachirenses se recibían telegramas y llamadas telefónicas

---

(1) El distanciamiento de los ejecutores del cambio de la fisonomía y de la realidad política nacionales, tuvo su origen en que Medina se consideró un personero de la nación y no un instrumento del gran elector. El recelo, por tal distanciamiento, prendió fuego al carbón del personalismo y algunas figuras prestantes en los Gabinetes de Medina hizo lo demás. López Contreras y sus amigos ya consideraban peligroso el régimen amplio y liberal de Medina, quien, por otra parte, no podía considerarse ya una consecuencia de la Revolución Liberal Restauradora, sino el dirigente de un país con aspiración de superar la etapa militar-rural. Por eso y frente al suceso de la segunda guerra mundial tuvo una actuación decorosa e influyente en la convivencia del hemisferio, al propiciar un entendimiento y un estímulo inclinado al desarrollo de la cultura y de la política con sentido unversalista. Por ello, también, tuvo el apoyo de 'Unión Municipal' y "Unión Popular", Organizaciones que agrupaban a parcialidades del Partido Comunista, el cual constitucionalmente no podía actuar. Lógicamente esto escandalizó a los conservadores del país y esto mismo contribuyó a que el General Eleazar López Contreras lanzara su candidatura presidencial frente a la del Partido Democrático Venezolano fundado por el General Isaías Medina Angarita. Error grande, pues, el recelo y el distanciamiento de dos valiosas figuras de la vida política nacional, derrotadas por la misma causa.

apoyando y alentando al gobierno legítimamente constituído y pidiendo armas para defenderlo varonilmente. Eramos nosotros, precisamente, los encargados de recibir y de responder tales manifestaciones espontáneas, decidoras de la voluntad de un pueblo con tradición de lucha, heroicidad y esperanza. Aquí estaba la imagen de un Táchira respetuoso de las instituciones, así como antes se había opuesto a Castro y a Gómez con la actitud cívica de Rubio y La Grita y con el repudio armado desde la frontera y los caminos donde la gleba, en su momento de rebeldía como cuando la revolución comunera o la suma a la "Campaña Admirable" y las invasiones de Fernández, Peñuela y Peñaloza, afilaba la conformidad de sus palas y de sus barretones para combatir contra el desmán sin importarle que su vida acabara en los desfiladeros o en la cárcel, y hasta se arriesgaba contra Eustoquio Gómez al acorralarlo en La Palmita y dejarlo con un dedo menos en una mano, así como luego hirió a un hermano suyo en la misma San Cristóbal, y se aventuró en la Jefatura Civil de Michelena, con ingeniosa maña, para cobrar con sangre los desafueros de uno de los temibles lugartenientes del gomecismo.

El día viernes 19 de octubre fue pasado un telegrama circular a los Presidentes de los Estados Zulia, Mérida, Trujillo, Lara y Falcón, invitándolos a tomar una acción conexa y firme en favor del régimen constitucional. Este telegrama del Encargado de la Presidencia del Estado Táchira se cruzó con otro enviado por alguno de los más altos dignatarios de los Estados nombrados, sugiriendo establecer un Comando único en la ciudad de Valera, al cual debían converger las fuerzas disponibles y dispuestas del occidente venezolano así como las voluntades firmes a la evolución pacífica y progresiva de las instituciones democráticas, con el primordial a fin de defender y sostener al régimen presidido por el General Medina Angarita (1). Mientras tal idea defensiva y táctica estimulaba a los hombres de mentalidad más avanzadamente democrática que la de los impacientes, se alistaban los varones que aún mantenían su confianza en la solución de la crisis, resueltos a empuñar el arma que no dejara salir de Miraflores al Magistrado que había logrado la convivencia de la venezolanidad y el comenzar de la transformación socio-económica y socio-política de la nueva patria, o sea la modificación estructural de una realidad del Estado sometido al alejamiento de las relaciones humanas y de la despersonalización al buscar los instrumentos de un cambio social y económico dentro de la buena fe política. Por ello se formó en la antigua Casa de Abastos de "La Ermita", en San Cristóbal, un resuelto aunque bisoño ejército de unos 2.000 hombres; pero le faltaba lo más difícil de encontrar en tan turbado trance: jefe y

armas. Debemos advertir que nuestra Entidad se encontraba desguarnecida; y nos consta que el Presidente del Estado, Mayor Francisco Angarita Arvelo, hizo conocer, reiteradamente, tal circunstancia al Jefe del Estado venezolano, argumentando entre otras razones la de nuestra situación fronteriza. ¿Quién había influído —y por qué— para que a nuestra tierra se la tuviese desprovista de la indispensable seguridad? Siempre habrá una pregunta que hacer con relación a la despreocupada actitud de las altas esferas oficiales con las cosas del Táchira. La invocada hegemonía andina no contribuyó a cambiar —aunque haya quienes no lo crean— el aislamiento en que se ha querido tener siempre a nuestra región.

El Jefe de la Primera Zona Militar, con jurisdicción en los tres Estados andinos, conforme al plan combinado sugerido, debía movilizarse a Mérida y de ahí a Valera para promover y asegurar las providencias estratégicas y ofensivas del caso. Pero en la tarde del viernes estaba muy sosegadamente cortándose el pelo como en cualquier día de siesta burocrática, lo que hace suponer claramente que el único juramentado en el Táchira o sea el para entonces Radiotelegrafista de la Zona, Teniente Andrés Roa, ahora abogado al realizar un esfuerzo encomiable, y quien parece ser recibió instrucciones esa tarde del viernes desde el avión que cruzó el cielo expectante de La Villa de Don Juan Maldonado —se dice que uno de los hermanos Vargas u otro rebelde—, lo había hecho pasar al golpismo. Puede entenderse, pues, que quienes estábamos con el gobierno legítimo no teníamos ninguna garantía y menos podíamos contar con el apoyo militar de la plaza en tal emergencia, porque el indeciso jefe de la misma nada hacía ni nada significaba en aquellos días de incertidumbre y de crisis marcadamente desconsoladoras del valor o debilidad castrense regional, no obstante la favorable actitud popular. Solamente había una válvula abierta de confianza; el pueblo, esa masa anónima e ilusa donde la virtud puede glorificarse o degenerar con la buena fe o la ambición de los caudillos o dirigentes, aun cuando ya dijimos que el caudillismo había llegado a su término y ahora solamente quedaban los hombres dispuestos a defender la evolución serena del poder público y los que volvían por los atajos a perturbar esa evolución. Pero también las voces de Luis Felipe Prato, Abdelkader Márquez y Gabriel Casanova Esparza colaboraban para sostener moral y psicológicamente el poder de Medina, pues desde los micrófonos de la emisora sancristobalense "La Voz el Táchira", incitaban a la región y al país a no permitir la caída del gobierno más liberal y más humano desde la independencia patria, en la forma de una impresionante consigna que en el tránsito herziano asustaba a quienes creían ver surgir, en la encrucijada de la hora, un

nuevo Cipriano Castro desguazando miles de kilómetros abruptos y sólo para hombres como en 1899.

La noche del viernes 19 de octubre el Dr. Rotondaro pidió opinión acerca de la conveniencia de ordenar la detención de los principales dirigentes de "Acción Democrática". Nosotros opinamos no ser procedente tal detención o, al menos, prudente tal determinación, por dos razones; la primera porque permanecía sin ninguna alteración el orden público; y la segunda porque al hacer detenciones el proselitismo del partido dicho podía provocar —no obstante su pequeña fuerza entonces— disturbios inquietantes, por lo que convenía más bien una vigilancia previsiva. Nuestra opinión pareció sensata al Dr. Rotondaro. Sin embargo, cuatro horas más tarde supimos de la detención preventiva de algunos dirigentes adefistas.

Y llega el sábado 20 de octubre. La situación política tachirense no varía y, por el contrario, hay una calma atosigante. Los demás Estados occidentales ya se han plegado al golpe militar-accion-democratista. Parece mentira que solamente un mínimo grupo de civiles hayamos podido mantener la moral de un pueblo y en cierto modo detener las garras silenciosas de la fuerza. Bueno es advertir que no hubo ninguna alteración del orden público ni ningún amago de amenaza a los civiles que estábamos en la llamada Casa de Los Leones.

En conversación con nuestro amigo Ernesto Branger —Tesorero General del Estado en aquellos días y amigo personal del General Medina Angarita— le decimos: bueno, Ernesto, en el centro dirán que el valor del Táchira se perdió; y mientras el General Medina permanece preso e inactivo pensando o esperando que aquí vamos a defender su gobierno, estamos con los brazos cruzados ¿esperando qué? Branger nos contestó: "Tienes razón, Rosales, pero qué hacemos si no tenemos jefe militar; con el valor de Fidel (se refería al Dr. Rotondaro) y los hombres de "La Ermita", que no tienen con qué pelear, no es suficiente". Respondimos que en Colombia podían buscarse armas y al efecto una gestión tendiente a ese fin debía adelantarse por medio de nuestra Embajada en dicho país y que como estábamos en emergencia, el gobierno podía incautar el dinero existente en los Bancos locales, dando garantía para reintegrarlo en el momento conveniente. No quedaba otra alternativa que poner manos a la obra. Así se hizo, pues el Dr. Rotondaro dispuso lo que indicaba la hora de la coyuntura octubrista. El Encargado de la Secretaría General de Gobierno, ese caballero de la seriedad, don Aurelio Ferrero Troconis, pidió el Balance de los Bancos locales y se conoció la existencia de una suma suficiente de dinero para adquirir equipo bélico de urgencia. El Dr. Fidel Rotondaro nombró una comisión integrada por el Dr. y Capitán Alberto Bustamante —para la fecha Cónsul General de Ve-

nezuela en Cúcuta, Ernestro Branger Semidey y Luis Felipe Prato —éste Cónsul de Venezuela en Pamplona—, para que fuese al vecino país e hiciese los contactos indispensables al logro del armamento útil a la fervorosa disposición de los hombres de "La Ermita". Igualmente fue convenido enviar un radiograma al Embajador de Venezuela, Dr. Atilano Carnevali, a Bogotá, comunicándole que una comisión del gobierno tachirense iría a Cúcuta, a entrevistarse con él al día siguiente o sea el domingo, para tratar asuntos urgentes. El Embajador respondió que enviaría a un delegado suyo.

Hicimos las credenciales: una para el Embajador Carnevali; otra para el Gobernador del Norte de Santander, y la tercera para el Administrador de la Aduana de San Antonio del Táchira. El propósito, lamentablemente demorado, no pasó del gesto ilusorio, porque los acontecimientos del sábado en la noche precipitaron el final de la resistencia pasiva pero leal del Táchira. Los Estados occidentales, como antes dijimos ya habíanse sumado a la asonada y el jefe militar de la plaza de San Cristóbal —que lo era de la zona andina también —aunque sin hacerlo saber al gobierno civil. Por consiguiente, un Táchira desarmado y sin jefe no podía enfrentarse con su simple brío a las bayonetas; y sacar a pelear a los inermes hombres de la Casa de Abastos ermitaña —a pesar de su vehemente deseo de hacerlo— era exponerlos a una criminal masacre que aún estaría remordiéndonos la conciencia.

Alberto Bustamante, ya en traje civil, nos dijo, como a las diez de la noche: "Yo vine de Cúcuta a pelear y a defender al Gobierno, pero no a que me maten como un pendejo; aquí no hay armas; sólo unos pocos fusiles que se trancan a la primera descarga; me voy para Colombia". Esta era la verdad y esa la situación de los auténticos amigos de Medina y de su política conciliadora humana y liberal. No había con qué pelear. Por eso la lealtad del gobierno tachirense estaba asediado por una realidad desconcertante. La suerte, por lo tanto, estaba echada a favor de los revolucionarios octubristas y todo el país era controlado ya por la flamante Junta de Gobierno sostenida por la juventud militar. Dos generaciones encontradas en la encrucijada del destino histórico de un pueblo sorprendido habían hecho suyo el poder. La República perdía su reencuentro con el camino sincero de la democracia y el animado rostro de la convivencia. Rota estaba la esperanza de un Táchira viril en la soledad de su frustración.

Los acontecimientos de la noche del sábado se precipitaron así: algunos dizque revolucionarios llegaron a la Casa de Gobierno y

uno de ellos insinuó la formación de una "Junta Revolucionaria" en el Táchira. Recordamos que era un empleado de la Unidad Sanitaria de San Cristóbal. El Dr. Rotondaro, con dignidad y entereza, repelió al impertinente. Hubo un momento de natural exaltación. Discretamente llamamos a Rotondaro y delante de los pocos amigos que a esa hora quedaban con nosotros le manifestamos la conveniencia de llamar a las personas más responsable con las cuales discutir serena y concretamente la situación. Fue el odontólogo Domingo Vivas Sánchez quien dijo que el momento vivido debía tener solución en el Comando de la Zona Militar para saber a qué atenernos con respecto a la actitud castrense local y los hechos nacionales.

Unas diez o doce personas acompañamos a Rotondaro. En el Comando Militar fuimos atendidos por su Jefe el General David López Henriquez, quien al serle planteada la confusa situación, dijo tener un radiograma de la Junta Revolucionaria de Gobierno, de Caracas, el cual leyó seguidamente. El sentido de tal mensaje era averiguar cómo se desarrollaban las cosas en el Táchira y quien ejercía el poder civil. Rotondaro preguntó entonces a López Henriquez qué pensaba responder, a lo cual el Comandante de la Zona, con asombroso sosiego, manifestó haber contestado ya. Esto comprueba que López Henriquez era **revolucionario** quien sabe desde que hora entreguista, y no había tenido la sinceridad y menos la elegancia de hacerlo saber a quienes con la mejor buena fe estábamos empeñados en sostener el hilo constitucional desde la atalaya ya socavada por la ineptitud castrense del Táchira. Rotondaro hizo algunas consideraciones **de carácter político** y jurídico y también de afecto a nuestra tierra y a los hombres que la representaban en el gobierno ahora derrocado, con hidalguía y decoro, y concluyó diciendo que conforme a disposiciones legales en circunstancias de emergencia nacional como el sustentado en tales instantes, la primera autoridad militar estaba facultada para asumir el poder civil y que, por consiguiente, López Henriquez podía ejercer tal derecho y proceder a tomar las medidas circunscritas al estado de facto del país, deteniéndolo a él o a su Gobierno, pero que en ningún caso renunciaba a sus deberes y derechos como Encargado de la Primera Magistratura Regional. Abogados presentes en la reunión del Comando, los doctores Rafael Parra León y Abel Santos Stella, Auditor de Guerra y Procurador General del Estado, respectivamente, expresaron que sí existía una disposición —creemos haber oído que en la Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas Nacionales— dadora de la facultad citada por Rotondaro. Fue entonces cuado alguien sugirió llamar al partido "Acción Democrática" a fin de que asumiera el control civil del gobierno tachi-

rense, lo cual fue considerado inaceptable por Rotondaro al decir que si tal cosa quería hacerse correspondía primero deponer a los representantes del Gobierno contitucional o esperar siquiera que estos nos retiráramos del Comando. Discutida, pues, la situación, y conocida la realidad existente y la actitud de López Henríquez de estar dispuesto a ejercer lo que el destino le proporcionaba circunstancialmente, e inermes e insomnes por los tres días de zozobra y fatiga, abandonamos el Comando y fuimos a la Casa de Gobierno. Rotondaro reafirmó allí lo valedero y altivo de su hombría al despedirse de nosotros y al ratificar su amistad y su consecuencia al orden constitucional y a quien lo había ejercido en Miraflores. Dejamos la Casa de los Leones a las tres y media de la madrugada del domingo 21 de octubre de 1945.

Posteriormente supimos que López Henriquez hizo llamar al doctor César Morales Carrero, máximo dirigente para ese momento de "Acción Democrática" y quien, según versión generalizada, estaba en la Funeraria Ramones —por ser amigo de su dueño— ubicada en la calle 16 de San Cristóbal. En consecuencia, amaneció el domingo con una Junta Revolucionaria presidida por el General David López Henriquez. A los pocos días fue llamado éste a Caracas y hecho preso al bajar del avión que lo condujo a Maiquetía o sea que la revolución le pagaba su servicio a la misma en forma no esperada por él. Como Gobernador —ya no Presidente— del Estado vino al Táchira el Dr. Leonardo Ruiz Pineda, a quien más tarde se le negó, según lo entienden algunos de sus copartidarios, la primera Cartera Ministerial por ser oriundo del Táchira lo que de ser cierto, es inconcebible e inaceptable.

Esta es la manera como se desarrolla la "segunda independencia" —tal fue la expresión de los turiferarios para exaltar el cuartelazo del 18 de octubre— en tierras tachirenses. Quede constancia, sí, de la actitud noble y leal de un pueblo en la búsqueda de la fe nacional con el liberal y eminente Presidente venezolano Isaías Medina Angarita.

---

(1) Este día, 19 de octubre, la aviación se suma al alzamiento —no revolución— y el General Isaías Medina Angarita se encuentra en la Academia Militar de La Planicie, sede entonces del Ministerio de Guerra y Marina. A las once de la mañana aparece en la puerta principal del Despacho de dicho Ministerio y habla a los alzados, es decir, fija en sus conciencias este mensaje:

"Señores, yo estoy ahora en la desgracia y nada pido para mí. Sólo espero que ustedes se den cuenta de la tremenda responsabilidad

que han contraído al romper el orden constitucional del país y que traten que los daños inevitables que habrán de venir sean los menos posibles. Eviten ustedes el caos, el desbarajuste y la verguenza de una intervención extranjera. Restablezcan rápidamnte el orden público y llamen a los hombres ilustrados y patriotas que los ayuden a volver a la normalidad legal lo más pronto posible. No vayan a cometer el grave error de echarse en brazos de ningún grupo político".

Tal mensaje llega a la hondura del alma nacional. Pero no hay nada que hacer. El pueblo solamente tiene fe y no armas. Y el Presidente depuesto prefiere sacrificarse para evitar a ese pueblo, que lo ha querido y lo quiere, el derramamiento de su sangre. Pero la historia resarce el nombre y la obra de Isaías Medina Angarita, el gran venezolano nacido en el Táchira.

INCONSECUENCIA PARTIDISTA Y QUIEBRA DEL HACER POLITICO

CAPITULO IX

Al distorsionarse la convivencia patria con la toma del poder por un gobierno cívico-militar caracterizadamente monopartidista, al no aceptar la tesis sostenida y recomendable del partido "Unión Republicana Democrática" y amplios sectores de la opinión pública, de un gobierno de integración con el cual alcanzar la igualdad electoral posterior, la historia se escinde, es verdad, pero no para dar aliento a la soberanía como pretenden afirmarlo los sociólogos y los ideólogos del regalo servido en bandeja de plata, sino para sofrenarla con la sorpresa política y la desarticulación administrativa y envenenar la sencillez del pueblo, en vez de planificar la acción inmediata para encarar suficiente y urgentemente los problemas políticos, sociales y económicos del común, y realizar la obra que no solamente consolidara sino superara la voluntad democrática del gobierno derrocado, al solidificar la unidad nacional y dar participación a los partidos políticos actuantes entonces. Tal vez así podía justificarse, en parte, la sinrazón de la asonada. Es porque está comprobado el error de los jóvenes militares que pensaron, aún cuando sin ningún esquema fundamental, en un cambio de las estructuras política y social del Estado venezolano. La razón valedera de algunos de los conjurados con el golpe octubrista sigue asomando como la de querer o aspirar mejor paga a sus servicios, lo cual -claro está- no justifica al golpe si en verdad fue ese el caso de los insatisfechos, pues dió favorable coyuntura a un partido minoritario no sólo para fortalecerse como núcleo político sino para abrir la brecha a una generación con garra y méritos por la protesta, la cárcel y el exilio, pero signada por el enguerrillamiento y la desintegración de sus valores. Hay quienes aducen la desvinculación del Presidente Medina con la institución castrense, aún cuando es sabido que éste había fijado un día determinado de cada semana para recibir a sus oficiales y conocer sus problemas.

Es posible haya faltado al General Medina Angarita mayor dedicación al conocimiento de las necesidades militares y un marcado interés por instruir a tal institución castrense en la temperamental formación del respeto a la institucionalidad siempre burlada por los apetitos personalistas y deslastrarla de los resagos y de los resabios del gomecismo. Quizá el Presidente Medina confió más

en el pueblo, que lo quería y lo apreciaba grandemente, que en la firmeza de un ejército hetereogéneo, pues quedaban algunos de esos jefes formados en los cuarteles de la dictadura y, por lo mismo, aún jaquetones y atrabiliarios, veían con malos ojos a los nuevos y académicos oficiales -algunos especializados en el exterior por iniciativa del mismo Medina- de los cuales ya recibían orientaciones técnicas y culturales que, por la menor jerarquía de quienes las daban, mortificaban el carácter endurecido por la vergüenza y la actitud mandona, lo cual condujo a requiebros y molestias fáciles de entender. Faltó, en consecuencia, un acercamiento más frecuente del Comandante General de las fuerzas castrenses y el cordializar indispensable y sistemático en las relaciones estimuladoras de la disciplina humana, de la jerarquía y de la natural comprensión de un cuerpo institucional en progresivo proceso de ajuste, para alcanzar la unidad conciliadora y a la vez reivindicadora de ese mismo cuerpo. Lo cierto es, pues, que los militares octubristas fueron contra un compañero suyo que, pese a su descuido y carácter generacional, había permitido adelantos muy marcados en la formación y trato militares y, de manera destacada, la modesta modernización -por razones presupuestarias- y desarrollo institucional del Estado venezolano, singularmente con la renovación y estímulo de la libertad y el derecho de gentes junto con el alba del candidato civil. Negar eso es como negar que el día es más claro que la noche.

La realidad política de 1945 ofrecía las especiales perspectivas de un vigor intrínseco en el despertar de la conciencia civilista y del rescate de la opinión con el libre ejercicio de los partidos políticos, a los cuales el Gobierno del General Medina Angarita no solamente permitió volcarse sobre los adoloridos caminos del quehacer nacional -que tenían la huella del quehacer histórico, como diría Ortega y Gasset-, sino también acicateó con el calor de su tolerancia humana y la sinceridad de su entusiasmo democrático. Y si estimuló a los partidos, igual cosa hizo con el periodismo y el sindicalismo con el mejor espíritu de comprensión y respeto a todos los seres humanos y su pensamiento. Pero esta realidad fue tronchada por la intemperancia y por la impaciencia y, claro está, por la ambición al poder.

La prolongada presencia del autocratismo criollo había adormecido el espíritu de las generaciones y contenido el clamor de insatisfacción de las gentes, porque si verdaderamente hubo paz y saneamiento fiscal, en cambio faltó libertad, respeto a la dignidad humana y uso de la riqueza del subsuelo para inversiones reproductivas, por lo cual el desarrollo político, social y cultural no pudo producirse y el pueblo, perseguido por la mala suerte, tuvo

que aguantar su retraso y su explotación, especialmente la foránea, al perdurar el subdesarrollo del país como consecuencia de la falta de estadistas y de administradores.

Con López Contreras se vió la libertad pero la acción social solamente alcanzó manoteos, que, al fin y al cabo, permitieron descubrir lo útil de su proyección y echar algunas bases fundamentales al bien del porvenir. Con Medina Angarita el pueblo empezó a tener mejor conciencia de un hacer sin trabas ni persecuciones y con la práctica del mejor uso de la soberanía, y el vigoroso comienzo de las reformas tributaria, agraria y fiscal, con el sentido aleatorio de una modificación progresista de la estructura económica en el viraje que ha debido ser más audaz de la política petrolera, el desarrollo comercial e industrial, y el hecho de las inversiones reproductivas y el sentido de una educación y de una cultura con valores y normas de rejuvenecimiento, así como el empeño de la acción política y sindical. De modo que el carcomido maderamen del Estado se renueva un tanto a la vez que, consecuentemente, se hace menos pesado el soporífero y rígido sino paternalista del autocratismo. Por eso es por lo que puede afirmarse que hubo una escisión de la historia nacional, el día 18 de octubre de 1945, pero no para el bien total sino para la sorpresa de la República forjada con el alma y la sangre del pueblo, por las consecuencias inmediatas. A la vez fue desgarrado el ideal de un Táchira auténticamente democrático en el instante de devolver a Venezuela, con el candidato civil y la unidad nacional, la fe y la confianza a un pueblo siempre frustrado. Aun cuando debe admitirse que en las comunidades, en períodos lentos o demorados, se producen crisis o fenómenos sociológicos que hacen periclitar el cansancio o la chochez de las generaciones. En nuestro país el gomecismo ya no podía perdurar. Con López Contreras se resquebrajaba su fuerza. Con Medina Angarita acababan sus estertores. Una nueva generación, lamentablemente resentida por la estrechez y el dolor de su pasión revolucionaria y en discusión más de partidismo que de principios, por su disgregación, enarbolaba su ocasión en el símbolo de las boinas soñolientas de 17 años atrás, sobre la controversia de viejas y jóvenes charreteras. Parte de esa generación iba al poder y lógicamente tal circunstancia aumentaba su minoritario caudal político y asimismo el resentimiento de la otra u otras partes de la misma generación o de quienes quedaban fuera del poder tan gratuitamente obtenido. De haberse unificado tal generación y logrado planificar su acción en bien del fortalecimiento de un Estado ya liviano del lastre dictatorial, se hubiese producido la afirmación de la Venezuela que Medina Angarita había rescatado, y así instrumentar, con la convivencia nacional, la modernización de las estructuras y la valencia de los partidos para consolidar la

unidad de un destino político y vigorizar la permanencia de las instituciones.

La presencia de "Acción Democrática" en el poder -debe aceptarse- produjo esperanza en algunos sectores en razón de la espera de una iniciación franca de la revolución social, política y económica en la cual el pueblo iba a tener la vivencia plena del poder y el estímulo vital de su destino, por el diálogo que lo elevaría a la conquista de su favor como instrumento determinante de la libertad. ya que la plataforma política del dicho partido constituía en cierto modo la garantía de esa necesaria y esperada revolución para enfrentar a la torpeza y a la rapacidad, la inteligencia y la honradez, pues esto último era lo predicado públicamente en plazas y estrados como única forma de liquidar las anacrónicas y reaccionarias estructuras y el atraso semifeudal impuesto por los generales. El pueblo confiaba en el cambio prometido, pues la asonada no podía ser una actitud de simple postura ambiciosa y demagógica sino una realidad política y social de los líderes de la oposición sistemática al comenzar el año de 1936 y pregonada por los ideólogos en su esquema reformista de las normas o principios estatales. Lastimosamente los hechos posteriores provocaron desilusión en los optimistas del primer momento.

"Acción Democrática" tenía ya formada una como tradición de probidad política -lo dijimos- y su garra de lucha, no obstante su beligerancia permanentemente negadora de la obra positiva del ensayo democrático llevado innegablemente a cabo por Medina Angarita, demostraba integridad para la búsqueda del diálogo con el hombre de la calle; de la revisión de las condiciones anémicas de un Estado intervenido por los regímenes dictatoriales; de la flexibilidad para entender que la obra ha de ser común y ha de estar asistida por la cooperación de todos y por el bienestar de todos, y, en fin, de la sensibilidad suficiente para encarar con coraje y eficacia la problemática venezolana. Sin embargo, el desencanto no se hizo esperar. Es porque "Acción Democrática" no era un partido preparado para gobernar. Su fuerza era la lucha partidista en la clandestinidad y en la cohesión de la táctica política con la técnica de filosofías o teorías extrañas e izquierdizantes o mas bien por el marxismo tropicalizado de sus gestores, aun cuando la combustión de doctrinas enfervorizó la rebeldía de la mayoría de sus líderes y las masas que les seguían no alcanzaban a apreciar el verdadero sentido de esa rebeldía, pues se sentían alentadas por el calor, la intención y la estrategia de las palabras. Por ello la quiebra de su moral programática y sus fallas administrativas fueron visibles en el primer momento de su actuación, y sin gente capaz para ocupar los cargos técnicos, administrativos o de simple

rutina burocrática de las personas que por interés o ventaja política desplazaron, tenía que producirse -como se produjo- un colapso y el desajuste de la mecánica del Estado, cuyo malestar progresivo nadie esperó, porque eran muchos los que creían en la capacidad dirigente y administrativa de los acciondemocratistas. La verdad es que la mayoría de los empleados adeístas no poseían los conocimientos requeridos para desempeñar los cargos dados en el apuro de desplazar al personal oficial, si nó técnico, específicamente, si veterano y eficiente, sin contemplación alguna, para poco después tener que solicitarlo con sueldos mayores como asesores.

Por otra parte ese diálogo humano y social, tan esperado y tan necesario con las organizaciones políticas y con el pueblo, no lo estableció ampliamente "Acción Democrática", divorciándose así de sus postulados programáticos y del propio sentido político de su ideología avanzada en aquel entonces y de teórica estructura social. Prefirió tirar por la borda de su nave de papel la joven tradición de su probidad y no tuvo otro objetivo inmediato que el de sostenerse en el poder, sin aceptar la integración que, sin motivo o apetencia burocrática, fuese el expresar del pueblo en la búsqueda del diagnóstico de sus males para una adecuada recuperación por el quebranto de varias décadas de espera y la obtención del equilibrio de la alternabilidad en el poder público y preferentemente el encuentro con el camino definitivo del fortalecimiento de lo geopolítico y de lo geo-económico en la ruta tranquilizadora de una nacionalidad coherente. De modo que en las cenizas del sorpresivo golpe del 18 de octubre de 1945 asomó la brasa de la equivocación. Por consiguiente, "Acción Democrática" iba a necesitar diez años de actividad político-administrativa para darse cuenta, con la coalición y la amplia base ulteriores, de que un gobierno minoritario o mono-partidista no puede sostenerse en el poder, y menos cuando no tiene la solidez de capacidad para enfrentarse con el conocimiento de la realidad política y social y de suficiencia administrativa para no dilapidar o entorpecer el desarrollo del capital que no se sabe reinvertir o de los recursos que no se saben aprovechar para la bondad de los bienes y servicios. El presupuesto es, entonces, una feria de indiscreto entreguismo a la malversación por la ineficacia y la improvisación. Tenía gente valiosa, no cabe duda, pero muy escasa para gobernar y administrar.

Algunos de los principales gestores del cuartelazo octubrista no estuvieron de acuerdo en dar el poder a "Acción Democrática". Tal incomplacencia la demostraron a las pocas semanas de la luna de miel cívico-militar. Comenzó, por supuesto, una lucha sorda entre adeístas y militares detestándose recíprocamente. Natural-

mente los grifos de la propaganda oficialista siguieron abiertos para adjetivar en todos los tonos a "la gloriosa revolución de octubre" y al patriotismo de la juventud militar al llevar a cabo felizmente "la segunda independencia". Pero la comprensión del cuartel y la calle en los días del pre y del post golpe fue rota, y Venezuela entendió la desunión por la inmadurez y la sinrazón de los dirigentes. Los errores políticos y administrativos crecieron y ya no hubo contenido revolucionario -en la prédica calculada- sino pugnacidad virulenta para conservar el privilegio obtenido en hora propicia al personalismo y al partidarismo. La oligarquía económica, que desde tiempo atrás explota la vanidad de los hombres en función de gobierno, heredera y depositaria a la vez de esa otra de los terratenientes coloniales, aprovechó ventajosamente aquellos errores y de una vez frenó las intenciones o propósitos social-demócratas del señor Rómulo Betancourt al ganarlo para sus fines de estar indirectamente en el poder -como siempre-, con el halago a la soberbia, a la credulidad, a la conveniencia y a los complejos de los jefes de la cosa pública; pero, eso sí, sin dejarlos de la mano, es decir, a su propio arbitrio, a fin de evitar el perjuicio a sus intereses -los seculares intereses creados- y al contrario se los defendiesen y fomentasen. Igual cosa -quien lo creyera- hizo el imperialismo. De aquí el que los Betancourt prontamente saliesen de brazo con los "grandes cacaos" de la metrópoli -los que antes eran repudiados por no ser de su clase-, con los Rockefeller y con aquellos magnates que antes fueron vapuleados por los anti-imperialistas del marxismo, el muñozmarinismo o el aprismo importados.

Dijimos que "Acción Democrática" no era un partido preparado ni apto para gobernar por deficiencia de sus gentes. Así era en efecto. Tenía preparación para la clandestinidad y para la oposición sistemática con aguerrida tenacidad política como estrategia. Su dialéctica y su cólera por el saqueo de las libertades públicas y por el abandono a las clases marginadas, la superioridad táctica para atraer a las masas siempre desorientadas, con la práctica de un credo de contenido popular. Pero descuidó la capacitación de su militancia -como años más tarde lo rectificó inteligentemente- y de modo singular la de sus dirigentes medios para el ejercicio administrativo y para la función en la magistratura y el cargo oficiales, con amplitud, convivencia, suficiencia y carácter esencialmente venezonalistas. Por eso no tuvo, a la hora de llegar al poder, funcionarios para los empleos sino compañeros para **encamburar** y, consecuencialmente, el desastre no se hizo esperar. Y en vez de mostrar lucidez o permeabilidad políticas,puesto que estaba en sus manos el porvenir del país y no el del partido y, claro está, la ocasión de rectificar o corregir errores, dió un cambio profundo a la estructura popular de su programa, y haciendo caso omiso de la

opinión pública dejó de gobernar para mandar a como diesen lugar las circunstancias. Fueron impolítcios los acciondemocratistas, por carecer, entonces, de la bondad del sacrificio temporal como estrategia y la búsqueda de lo esencial de la democracia y el estímulo de la voluntad popular, según su formalidad programática. No calcularon la dimensión de su error ni tuvieron tacto para operar con racional sensibilidad logística como lo habían hecho en la oposición y como ya lo insinuaban las nuevas voces del partido —con ágil pensamiento político— o sea quienes diferían programática y doctrinariamente a fin de que "Acción Democrática" no perviviese como partido policlasista, y sectario en agonía doméstica por la intemperancia de la "vieja guardia", parte de la tan llevada y traída generación del año 1928, cuyos líderes —según decir conceptuoso de Domingo Alberto Rangel, quien conoció a fondo a dicho partido por haberse iniciado como político en él— "han captado la emoción contemporánea pero sin penetrarla a fondo" porque "en sus ideas hay liberalismo y marxismo, democracia burguesa y socialista, todo confundido en un rompecabezas pintoresco". Años después será cuando van a usar su indiscutible sagacidad política para con todos los recursos —los del halago, el compromiso, el galardón, la mejor paga, el estímulo sindical, los créditos, la tolerancia o la violencia, el enguerrillamiento y la politización— y el olfato zorruno, sostenerse en el poder, pero ya sin los "cabezas calientes" y sin los renovadores impulsivos de las jóvenes promociones políticas que fueron a ARS y a otros renovados movimientos políticos que quebrantaban su unidad, sin que nadie pueda discutir lo que esos líderes y su partido significan en el rescate y consolidación del régimen democrático venezolano, de manera singular. Sin embargo "Acción Democrática" limita y hasta niega a veces la urgente necesidad de formar y estimular líderes jóvenes que sirvan de relevo y proyección futuras. Es porque la vieja guardia es para el honor, el ejemplo y el acicate, con la orientación de su experiencia.

El nivel del gobierno con el nivel del pueblo, de 1945 a 1948, fueron metas desarticuladas y, más bien, organismos contrapuestos y enfermos. Por lo mismo el Estado y su desarrollo democrático no pudo seguir la evolución iniciada por Medina Angarita, pues sufrió no ya lujaciones sino fracturas en su anémica contexura política, social y económica, aun cuando hayan surgido y aparezcan muchos que quieran probar lo contrario con empecinado criterio negativo. Todo lo cual es lamentable, porque "Acción Democrática" ha representado, con sus dirigentes, a la clase media la cual por múltiples circunstancias está llamada a realizar la transformación armonizada de las tendencias sociales que siempre han alejado la posibilidad de promover la vertebración de la

pobreza del pueblo con la riqueza de los potentados, en una justa, dinámica y sabia proporción que, sin fomentar resentimientos clasistas, alcance el bien social, que es el bien común del país, o sea la revolución que sin dar al traste con las instituciones ni desestimar o quebrar los valores morales, permita el progreso en todos los órdenes, sin ventajismos ni privilegios y con la permanencia y la superación del espíritu, es decir, con la comprensión de los derechos y de las necesidades del hombre.

Se refiere una gran dificultad en precisar la correlación de la estructura social en Venezuela, donde las clases aparecen de pronto confundidas y sin un patrón ideológico que las defina específicamente. Esto es común a casi todos los pueblos americanos por la oscilación de factores circunstanciales y también por la fuerza influyente, a veces, de la onda colonial con su férula de agresión y al mismo tiempo por los asomos de rebeldía de quienes ejercieron el poder de la Corona y en cierto modo soliviantaron —sin quererlo— la espera de los sojuzgados. En el Táchira el ejemplo de la revolución comunera como consecuencia del aumento de los impuestos coloniales —desde 1779—, y el ejemplo provincial del descontento definidor del carácter posteriormente revolucionario de nuestro pueblo perviven como huella de integración política. Se conocen tres clases entrabadas en una abierta, discreta o morbosa discusión. Son grupos o personas culturalmente alejadas entre sí, aun cuando requiriéndose recíprocamente por necesidad profesional o laboral. Es porque el amo o patrón necesita al peón o al obrero y el de la clase media requiere la colaboración de las clases alta y baja, y ambas coinciden en mirarla mal o con recelo.

Fueron indispensabes guerras internas y externas en nuestro país para dar beligerancia a nuevas concepciones sociales y políticas, como herederos de una independencia con firme ponderación republicana, y de una guerra igualitaria donde un Ezequiel Zamora revolucionario deja el aura reivindcadora de su escudo a un pueblo con ciudadanos y no con súbditos. Pero aún son necesarias dos guerrras mundiales para despertar los fenómenos de las transformaciones sociales e ideológicas, aun cuando las confusiones y el instinto dominador prosigan por la desviación de los grupos y de los dirigentes, unas veces por no alcanzar coherencia y otras por cálculo o estrategia defensiva. Por lo tanto se abusa del concepto de la democracia y se engaña al pueblo con posturas o señuelos políticos.

"Acción Democrática", pues, ha debido recoger la bandera de su clase -como lo hizo tres décadas después- y dar al país la de-

finitiva transición del gobierno personalista al gobierno del pueblo pero con la participacón de los más aptos y de los más honestos, pues tenía en sus manos la manera de romper el cordón umblical que nos ha unido a las oligarquías, a esas fuerzas hábiles que saben alejar la identificación nacional y el progresivo transformar de las estructuras políticas, económicas y sociales, y así no tener ligaduras para reinvertir la riqueza del subsuelo y de cuanto es privilegio de la naturaleza; y con la independencia económica alcanzar la política y, consecuencialmente, la dignidad del respeto humano y el avance de nuestra evolución cultural asi como el desarrollo agropecuario e industrial sin la voracidad de los clanes del monopolio, como lo inició dinámicamente en el período 1973-78. Tal vez por inmadurez de sagacidad política y de rectificación histórica, "Acción Democrática" perdió, en su primera actuación de gobierno, tal oportunidad, y propició, sin propronérselo, el 24 de noviembre de 1948 y sus consecuencias y la frustración de los anhelos populares y de su clase.

ARREMETIDA AL PARTIDO LIBERAL Y UNA MUERTE LAMENTABLE

CAPITULO X

Con la caída del gobierno presidido por el General Isaías Medina Angarita -un régimen o lapso de fe y doctrina democrática aún sin estudiar a la luz de la razón- y la exaltación circunstancial de "Acción Democrática" al poder, hubo el recrudecimiento de antipatía a la región andina venezolana, especialmente al Táchira, un pueblo entero, sin dobleces e integralmente nacionalista. Desde la obscuridad del alma de los resentidos o de los malferidos en la cárcel o el exilio, o de esos núcleos alimentados en los conciliábulos de la injusticia, de la oligarquía o de la angustia sin vivac de las apetencias personalistas o del conservatismo más contradictorio por no decir reaccionario, y que desde las posiciones como donas expresaron su complacencia por la caída del poder andino y señalaron con el dedo a los que debían ser juzgados por tribunales de excepción o estructuraron el concepto de una filosofía vengadora para cobrar dividendos políticos o producir toxinas disolventes, surgió la negación de las virtudes y la fórmula de una causa para aminorar la responsabilidad de cuantos mayormente han contribuido a que la sociedad sea el Estado mismo y no la premisa democrática de estar "al servicio de la personalidad humana". Por eso hubo los que rasgaron sus vestiduras como protesta ante los atropellos o ambiciones políticas y militaristas, pero no tan públicamente a fin de no llamar la atención de la juventud castrense que había permitido contemplar la epopeya de la "segunda independencia", o sea que con una mano se repudiaba a los caídos y con otra se adhería a los vencedores, es decir, había el repetir del hipocritón hacer de siempre, sin querer darse cuenta de que el país perdía un testimonio de su vida en plan de libertad, sin perseguidos ni perseguidores, y, en cambio, se daba paso al sectarismo, al enguerrillamiento y a la diatriba hacia el pueblo cuya razón cultural ha sido mistificada por cuantos no han podido quebrantar su moral ni su fe en el devenir de la Venezuela que a todos nos pertenece y a todos nos duele en el corazón. Quizá quienes proceden así son los que no saben defender la libertad por escudarse en el miedo y traicionarla en la primera oportunidad.

El partido nombrado quebrantó el camino de su devoción popular y de su vocación civilista. En consecuencia, la realidad del hombre fue sacrificada para sujetar al Estado, un Estado donde

la libertad volvió a tener por evangelio la cárcel, el exilio o la persecución, en vez de la concordia, la justicia y la integración con sentido de unidad democrática. Y los partidos políticos que no se avinieron con el nuevo patrón gubernamental fueron acorralados y perseguidos sus dirigentes, a la vez que propició la formación de otros dóciles o permeables a la recalcitrancia de quienes no querían estorbos en el control de la cosa pública. Copei y Unión Republicana Democrática -años después sus aliados accidentales en el gobierno- son testimonio de la afirmación anterior, en ese período de 1945 a 1948, cuando una guerra sin cuartel entre tales partidos y el gobiernista, y por el influír estratégico fueron a la calle a denunciar el escamoteo de un gobierno humano, liberal, noble y democrático que cambió la incertidumbre de la sociedad por una faz tranquila y risueña dentro de la prédica de la convivencia. El caso del Táchira es más elocuente que los discursos altisonantes de la oposición años más tarde sumada temporalmente a la minoría adeísta. Se fundó un partido para cómoda presencia de cuantos por reserva u otra causa no convenía estar directamente y de una vez con "Acción Democrática", o sea el F.U.R., y fue desatada una campaña feroz contra el Partido Liberal del Táchira, para la época con más de 24.000 inscritos entre los cuales había campesinos, obreros, intelectuales, empleados y profesionales. El partido de gobierno veía con resquemor y hasta con encono su vigor, su influencia y su decisión a favor del gobierno constitucional medinista. De aquí el que desde el periódico, la radio y la tribuna se le atacase violentamente, en vez de buscar una actitud conciliadora o respetuosa, al menos, como afirmación cívica indispensable a la convivencia. Sin embargo, la Junta Revolucionaria de Gobierno envió de Caracas a un emisario suyo con carta blanca -son las propias palabras del dicho emisario- para lograr un pacto con el nombrado Partido Liberal, en las elecciones de 1947. Tal pacto consistiría en elaborar planchas coaligadas para los Cuerpos Colegiados o Deliberantes y, por supuesto, el apoyo a la candidatura adeísta. Nuestro partido fue receptivo (el autor de este libro era, entonces, Presidente del Partido Liberal del Táchira) en las conversaciones sostenidas con el señor Luis Troconis Guerrero -el emisario de la nombrada Junta-, y propuso un entendimiento político a base de un gobierno de integración nacional, como lo proponía Unión Republicana Democrática en escala nacional, ya que así podía alcanzarse la necesaria unidad del pueblo venezolano y evitarse el ventajismo, e ir a las elecciones con planchas propias (por sobre toda conveniencia nuestro partido aspiraba a imparcialidad e independencia). De no ser así se agravaría el resquebrajamiento de la concordia en el país. Cuanto a las planchas independientes era para no dar pábulo a la sospecha de entreguismo al partido de gobierno, porque una conducta

como la suya frente al partido mayoritario en el Táchira no era posible pasarla inadvertida, pues la dignidad, que también debe existir en política, debía mantenerla por encima del beneficio momentáneo y de toda habilidad táctica. "Acción Democrática", lamentablemente para ambas parcialidades, no aceptó la proposición liberal. Surgió una nueva insinuación de parte nuestra o sea la de convenir en un pacto de caballeros e ir a las elecciones con planchas propias pero sin ataques verbales o escritos o polémicos recíprocamente. Esta proposición fue igualmente rechazada por el partido de gobierno o, al menos, por su emisario.

La táctica liberal no era de ventaja disimulada y se fundamentaba en el simple hecho de conservar la independencia partidista y, además, en no correr el riesgo de una desintegración del partido en cuyas filas estaba acentuada la animadversión hacia los accion-democratistas por su pronunciado ensañamiento en nuestra doctrina, en nuestros dirigentes, en nuestra tradición y en nuestra virilidad, con el insulto desmedido y el ataque sistemático y con la cárcel poco después. Otras de las condiciones señaladas por el Partido Liberal era la de trasladar a otro lugar de la nación al doctor Rosendo Ovalles Durán, quien habíase comprometido a sumar nuestro partido a la política del gobierno acciondemocratista, cosa que no logró no obstante el trabajo realizado con prebendas y atracciones burocráticas y políticas. Esto más bien estimuló la unificación liberal y la decisión irrenunciable de permanecer en la oposición democrática. Ovalles Durán fue a Caracas, con Troconis Guerrero, y allí esperó el resultado de las conversaciones. Es de advertir que la presencia, en la Gobernación del Estado, del doctor Leonardo Ruíz Pineda, dificultaba aún más el éxito de cualquier entendimiento. Es porque este capaz y aguerrido dirigente adeísta se había caracterizado como temperamental adversario del Partido Liberal, a pesar de haber sido este mismo partido el que lo trajo, como Diputado, a la Asamblea Legislativa del Estado en 1938, pues desde la tribuna pública y desde su periódico "Fronteras" atacó sistemáticamente y burdamente a nuestra organización política e hizo frases ofensivas a la entereza de la misma y de sus integrantes, particularmente de sus dirigentes. Este fue un error de "Acción Democrática": atacar tan fieramente antes y después del cuartelazo a un partido cuyo programa contenía puntos coincidentes con el suyo y en el Táchira constituía una fuerza moral y política de gran solidez y prestigio, por lo cual merecía respeto, si en verdad había derecho para el ejercicio de la democracia. Pero su ojeriza al régimen institucional medinista. que le había permitido salir libremente a la calle y no continuar en la clandestinidad -como lo estuvo en el de López Contreras-, y la molestia de tener un contendiente mayoritario en el Estado y

depositario al mismo tiempo del valimiento revolucionario de Juan Pablo Peñaloza -numen del liberalismo campesino-, le hizo cometer tal error, es decir, alimentar el morbo de la exasperación y menguar su conducta democrática con la extravagancia del exceso totalitario.

Cuando Troconis Guerrero volvió a San Cristóbal a continuar sus conversaciones con los liberales y fracasó en sus propósitos —que eran los del Gobierno y los de "Acción Democrática"—, no se avino con la serena y leal posición liberal. Luego del interregno de unas dos horas o sea mientras daba cuenta al doctor Ruiz Pineda, quien según parece lo recriminó por lo que su gente juzgaba dejar salir del bolsillo a los liberales, manifestó que "habría guerra". Le dijimos entonces que la guerra entre ambas parcialidades políticas existía desde el mismo día de la instalación de su partido, años atrás, en el viejo Estadio Táchira, cuando los liberales realizamos una gran concentración pública en la Plaza Urdaneta de San Cristóbal y un desfile a la Plaza Bolívar, el cual llamó la atención al sagaz líder venezolano —uno de los principales fundadores de "Acción Democrática"—, señor Rómulo Betancourt, pues desde la puerta del Hotel América, en la Calle 8, hubo de expresar: "cuando nosotros tengamos esa fuerza tendremos ganado al Táchira". Esto era cierto. De aquí el empeño acciondemocratista en penetrar en el liberalismo y sumarlo a su militancia o control, o destruirlo. Logró lo último con más pena que gloria. Aprovechó la presencia en sus filas —para entonces, pues antes figuraban en las del liberalismo— de los hermanos Aníbal y César Morales Carrero, precisamente reestructuradores del Partido Liberal en 1936, e hijos del General Espíritu Santo Morales, el conocido Jefe liberal decadente en los días decisivos frente al gomecismo, es decir, distinto a Juan Pablo Peñaloza, el sacrificado caudillo popular con quien tenía un pique personal y de escisión circunstancial, lastimoso desde luego, por la calidad humana de ambos personajes, para atraerse a viejos militantes y amigos de la vieja guardia peñalocista y que por el decoro y la seriedad —presea también de los hermanos Morales Carrero— y por sus prendas personales siempre fueron bien vistos en los lugares de su residencia y actuación como Antonio T. Rivas, Paulino Pernía, Maximiliano Casanova, Gabriel Rivera, Benjamín Gómez, etc. Pero la mayoría de los dirigentes campesinos y de los pueblos tachirenses no estuvieron de acuerdo con el proceder de buena fe de los compañeros sumados al acciondemocratismo y, al contrario, le dieron su entusiasmo y su honestidad a un Partido Liberal rejuvenecido y robustecido con prestantes figuras de las diferentes actividades regionales.

Fracasadas, pues, las conversaciones de Troconis Guerrero con los liberales, y desbordada nuevamente la pasión política, "Acción Democrática" no tuvo otro enemigo que el Partido Liberal del Táchira, y una vez más su obsesión concentró reservas internas y externas para combatir sin tregua y sin nobleza a los indomables huestes liberales. Ovalles Durán volvió a su posición de Administrador de los Bienes Nacionales, en Rubio, y se mostró más interesado en impugnar a sus antiguos amigos y compañeros de la tolda política y como consecuencia de tal proceder su pequeña parcialidad se llamó el Partido Liberal Negro (por el color moreno de su propugnador). La intención del dirigente Ovalles, conforme a su obligación contraída previamente, era la de plegar el liberalismo tachirense al gobierno, o trabajar su división. Ninguna de las dos cosas alcanzó a pesar de su pertinaz labor, por lo que hubo quejas del acciondemocratismo rubiense en documento cuyo fotostato puede verse en la colección, de la época, del periódico sancristobalense "El Centinela". Más tarde el doctor Rosendo Ovalles Durán caía, asesinado, en la esquina nororiental del Parque Bolívar, en Rubio. Varias fueron las versiones de este censurable crimen, como varias, injustas, revanchistas y temerarias las persecuciones, los carcelazos y las torturas para justificar lo que para la fecha aún es dudoso. Lamentablemente fue segada una vida joven y enlutada una familia honorable y buena, heredera de un liberal peñalocista, como lo fue el amigo don Francisco A. Ovalles. También fue tirada al lodo —la pretensión de entonces así lo imponía— la honra de dirigentes a quienes el tiempo resarce de la felona intención. Es porque la ceguedad política hecha atropello trajo el ultraje de diez días de cárcel para quien esto escribe —lo mismo que años después, cuando fracasó la intentona del General Jesús María Castro León a quien ni siquiera conocimos personalmente— y no obstante la excusa dada para declarar nuestra inocencia con el hecho truculento, quedó la brasa de la protesta y de la tranquilidad de conciencia como un testimonio acusador del desmán.

Las elecciones, como era lógico esperar, las perdió el Partido Liberal. Pero no las ganó "Acción Democrática" sino un movimiento electoral —alimentado por este último partido— que supo aprovechar ventajosamente el error adeísta, pues su principal dirigente había llegado al Táchira en momentos en que desempeñaba el cargo de Procurador General de la Nación y en La Grita habían sido apedreadas por bandas de la tolda blanca algunas damas pertenecientes al dicho movimiento electoral. En gesto y protesta de impacto psicológico el doctor Rafael Caldera renuncia a su alto cargo oficial en la Plaza Bolívar de San Cristóbal (1) y

que las gentes tachirenses, mayoritariamente anti-acciondemocratistas para la época, creen encontrar en el estructurador de la filosofía social-cristiana en Venezuela, al hombre-clave para la oposición indispensable en aquellos días del sectarismo político y la inercia administrativa. Por eso el triunfo correspondió a ese movimiento electoral cuyas siglas fueron base para un partido político que aun cuando años más tarde fue bautizado con el nombre de Social Cristiano y que de conservador —según las actitudes y la prédica de algunos de sus dirigentes— pasa a ser socialista, sigue llamándose genéricamente "Copei". Por lo tanto el Táchira votó por Copei contra Acción Democrática.

Copei por la novedad política y psicológica, y por su oposición al gobierno de facto, absorbe la mayoría de la militancia liberal de los campos y, por lo mismo, nuestro Partido —sin recursos económicos ni libertad de acción— solamente alcanza una minoría de votos —unos seis mil y tantos— con la mengua de no existir el derecho a cuociente electoral en la Ley respectiva de entonces. Acción Democrática obtiene, consiguientemente, un triunfo pírrico sobre el Partido Liberal del Táchira, porque si en realidad se da el gusto de no ver a ningún liberal en Cuerpo Colegiado alguno, en cambio tiene que ver y aceptar por muchos años a la gente, también sectaria, de Copei, en los Cuerpos Deliberantes y medir sus escasas fuerzas con la agresividad triunfante del afortunado y estimulado movimiento que de una vez hace del color verde su grito de lucha. Tarde, en consecuencia, se da cuenta "Acción Democrática" de su política desacertada y contraproducente, pues si es cierto que derrota al liberalismo e inicia su destrucción, da fuerza mayoritaria a un partido que le seguiría ganando las elecciones tachirenses, sin darse cuenta o no querer entender que el liberalismo era una garantía para el desarrollo de la vida institucional en razón de que su doctrina y su esfuerzo, concordaban en algunos puntos con la preocupación y el interés acciónde mocratista en el campo político y en el empeño de dar cauce a la libre determinación del pueblo. Hay certeza en decir que hay triunfos dolorosos. El de Acción Democrática lo fue porque avaló a Copei, le dio vida y permanencia y, desde tal época, con excepción del período Betancourt-Caldera, ha sido su dolor de cabeza, no incluyendo el año de 1973. Nadie podrá negar que en esta tierra estuvo la fuerza y la moral del movimiento electoral convertido en partido y que, como decimos antes, de conservador al iniciarse -cuando era pregonado su derechismo y su catolicidad- al menos por sus líderes regionales y la recomendación de las sotanas entonces en plan reservado— pasó a ser socialista y a tener vinculaciones internacionales para debilitar su progra-

ma nacionalista. Sinceramente creemos que si Copei llega a perder su fuerza política en el Táchira, en la región andina toda, puede quebrantarse su moral en la República.

Consideramos que no hubo una conciencia clara en nuestros campesinos acerca de la realidad política -y, claro está, en la razón de la transformación social para obtener la reivindicación y la estabilidad del buen uso de los recursos naturales renovables—, pues generalmente se basa más en la simpatía del clero hacia determinado partido y en la índole religiosa de algunos de sus líderes, que en la plataforma política o en el verdadero contenido de su programa o proyección, sin darse cuenta en que ese mismo partido ahonda sus nexos con filiaciones políticas foráneas y su juventud no tiene inconveniente en pregonar su izquierdizmo diz que revolucionario, es decir, sus grandes zancadas al marxismo, aún cuando al pregonar o realizar la política del socialismo no ya como teoría sino como doctrina, ataquen velada o directamente a los partidos socialistas o revolucionarios, o busquen la imposición de la sociedad comunitaria. Obsérvese que en Venezuela ya son varios los partidos de tendencia socialista y marxista, con el pregón de un nacionalismo sarabiado, es decir, con tintes o definidas tendencias extrañas. Y como siempre, es el pueblo el último en saber o conocer su equivocación al seguir a las organizaciones que consideran identificadas con sus ideales y sus aspiraciones, porque el Estado le ha negado la oportunidad de aprender a entender la realidad por medio del adoctrinamiento cívico, y los ideólogos, con los dirigentes de la política, se encargan de negársela o encubrírsela con su calculada dialéctica. Faltan instrumentos, pues, que hagan o permitan superar las etapas de inconciencia política y de pobre autonomía individual. La Ley de Elecciones no garantiza el pleno derecho a actuar con entera libertad y absoluta independencia -afortunadamente está promulgada y en vigencia la Ley de Carrera Administrativa, la cual debe ser reformada para que garantice plenamente la estabilidad de empleo y no discrimine a los servidores del Estado-, para votar por los más aptos, honrados, patriotas y de conocida sensibilidad social, porque a los partidos no les interesa sino pensar por sus activistas e imponer su voluntad o conveniencia por medio de tarjetas que resringen la libre determinación con la característica de un color. Por ello se retrasa el auténtico aprendizaje cívico. Todo es una emulsión de apetencias, de cálculo, de conveniencia de los grupos traumatizadores de la moral política en el alcance de la cultura democrática.

(1) Dos occiondemocratistas de vieja data y valiente sacrificio, como que fueron huéspedes de Guasina y corrieron la ingrata aven-

tura del exilio por su coraje democrático, nos informan acerca de la circunstancia de esta renuncia. Uno dice que el poeta Andrés Eloy Blanco alguna vez sugirió que en Venezuela no podía repetirse el determinismo del partido mexicano PRI, o sea la posibilidad de que un sólo partido se alzase con el poder. La primera experiencia monopartidista, seguramente, dejaba huella de preocupación en el gran poeta cumanés. Por ello cuando el Dr. Rafael Caldera llega a San Cristóbal en función política pero investido con el cargo de Procurador General de la Nación, es el mismo señor Rómulo Betancourt quien le sugiere renunciar, para con tal actitud asegurar un grupo de oposición democrática, sin medir las consecuencias, y menguar la fuerza del Partido Liberal del Táchira. No intuyó el zamarro líder la consistencia que le daba a un movimiento que llegaría a ser un partido competidor y fuerte. La fuente de información es absolutamente seria. Obsérvese que el señor Betancourt y el Dr. Caldera mantienen vínculos especiales -ojalá siempre propicien la convivencia y no la discordia nacionales-, los cuales permiten creer al pueblo venezolano que su amistad personal influye en circunstancias especiales. No es la misma condición de otros líderes de las mismas toldas -la blanca y la verde-, pues hay flujo y reflujo de la diáspora y a veces desde las alturas del poder se hacen frases de bizantnismo político y no se respeta la jerarquía de quienes tienen mayor aliento en la construcción de la democracia venezolana, por los méritos logrados en años y sacrificios de lucha interna y externamente. Se pierde la nobleza para la contienda y se abusa de la estrategia recomendada por la asesoría extraña, hasta el punto de convertir al adversario, sin contemplación alguna, en coyuntura para la prédica de la inmoralidad administrativa. Se observa esto especialmente contra Acción Democrática y sus principales dirigentes en momentos en que el señor Betancourt va al exterior cuando su partido se debate en una hora de infortunio y las baterías son dirigidas al líder que sacó de la postración al mismo partido en otra derrota suya. (Al morir el señor Rómulo Betancourt, Francisco Salazar Martínez, en "El Nacional", dice algo contundente: "Por obra de Rómulo Betancourt, Copei, se convierte en agrupación gobernante al llevar a su fundador a la Presidencia de la Repúblcia", o sea, como lo afirma el mismo escritor aludido, que Betancuort es creador de dos partidos).

UNA EXPLICACION HISTORICA Y OTRA VEZ LAS FUERZAS ARMADAS

CAPITULO XI

El Partido Liberal del Táchira no era una organización anquilosada o tradicionalista en el sentido oligárquico porque, al contrario, había llegado en 1936 como una expresión franca de las aspiraciones populares y sociales asomadas al morir el General Juan Vicente Gómez y, desde luego, con un remozado contenido político de su doctrina, o sea que su reestructuración no se hizo para revivir los apetitos de los viejos caudillos venezolanos, cuya decadencia es manifiesta cuando por su culpa el país nacional pierde sus conquistas políticas y sociales, y la ideología liberal envejece con el desordenado interés de las pasiones individuales. El Partido Liberal de Táchira no insurge, tampoco, como entelequia ni oportunista bandería, sino como un organismo indispensable al estímulo de una democracia tímida pero con la institucional ventaja de recuperar su personalidad influyente y reivindicadora. Esto es lo que el autor de este libro argumenta, en carta pública, a Leoncio Martínez, el admirado y admirable LEO, Director de Fantoches, el mismo apaleado por los beligerantes jóvenes de UNE, cuando en 1937 su ágil lápiz criticaba a nuestro partido al considerarlo como una resurrección del liberalismo de zapato de orejita y con gallinas como credencial moral, y la cual carta hizo cambiar la actitud del travieso, revolucionario y orientador caricaturista. Es porque nuestro partido anhelaba el bien común y quería incidir en la búsqueda de una conciencia nacional alentadora de la acción equilibrada y coherente de la afirmación republicana y democrática. Además aspiraba a su formalización como entidad política, a nivel nacional, sin que pretendiese ser un partido que iba a recoger las desteñidas banderas del liberalismo anacrónico y con los resabios y los vicios del que décadas atrás había fenecido en manos de los caudillos desacreditados, los cuales no supieron sostener la evolucionada fe de sus fundadores. La dinámica y las nuevas concepciones políticas y sociales de las jóvenes promociones del liberalismo colombiano le servían de acicate y de ejemplo, sin la hegemonía —claro está— del clan oligárquico apasionadamente combatido por el gran conductor americano Jorge Eliécer Gaitán. Por ello remozó su programa y lo puso al día con la institucionalidad republicano-democrática y se acercó a congresistas y dirigentes de otras regiones del país, al comenzar el período medinista, y adelantó conversaciones tendientes a vigorizar un Partido Liberal con carácter nacional, dentro de las normas y el pro-

greso universal sin perder, por supuesto, su sentido y su contenido eminentemente nacionalista. Es de lamentar, por consiguiente, que al crearse el Partido Democrático Venezolano —por la mayoría liberal en el Táchira tal partido alcanza a ser solamente un grupo pequeño-, inspirado y dirigido por el gran presidente Medina Angarita, como era lógico se frustrase la aspiración de llevar a cabo tan aconsejable empeño en el país. El Partido Democrático venezolano, por su fundación y carácter oficialista era difícil que perdurara, no obstante la cualidad de sus dirigentes. (Es oportuno afirmar que con Medina estuvo la intelectualidad más calificada y progresista de la nación). Se le restó así al Partido Liberal la ocasión de nacionalizarse y de influir decisivamente en el proceso de fe y de seguridad del régimen democrático y de integración y unidad del alma nacional.

Quede constancia, asimismo, que al iniciarse el proceso electoral en el Táchira, después del derrocamiento del General Medina, no es solamente Acción Democrática el partido deseoso de sumar la fuerza liberal a sus apetencias políticas, pues también las demás parcialidades actuantes en la región, quieren hacerlo con activas gestiones ante nosotros. Varias fueron las proposiciones hechas en tal sentido. Pero por encima de toda contingencia y circunstancia defendimos y conservamos nuestra independencia, rechazando los halagos de cargos públicos o legislativos y otras ventajas ofrecidas a nuestros dirigentes. Sin embargo, con el fin de tener un asidero en escala nacional, y, singularmente, con el propósito de defender la tarjeta amarilla para nuestros votantes, convinimos en un entendimiento temporal con Unión Republicana Democrática, el partido con mayor solvencia política en esos días y en franca y democrática oposición ante el gobierno de facto existente. Tal entendimiento consistió en incluir candidatos suyos en nuestras planchas a los Cuerpos Deliberantes, a cambio de su apoyo en el mantenimiento de la tarjeta amarilla que Acción Democrática quería para la mínima fracción de Ovalles Durán, y asistirnos en la campaña electoral con sentido y alcance nacionales, pues considerábamos, entonces, no ser posible una lucha aislada, y menos cuando los de la tolda blanca emplazaban toda su maquinaria política y oficial contra nosotros, y Copei silenciosa pero activamente hacía lo demás. A la fracción de Ovalles Durán le es concedida una tarjeta sui generis o sea una tarjeta para votar mitad blanca (el color de Acción Democrática) y mitad amarilla (el color de nuestro partido), la cual es bautizada por el pueblo con el nombre de la tarjeta del huevo frito. Es otro ventajismo del oficialismo e incuestionablemente otro error al pretender dividir

al electorado liberal con ventaja para Copei.

Otra incidencia debe anotarse por cuanto la misma genera una característica de la ventaja del poder. Es porque al Partido Liberal del Táchira —con resonancia nacional para la época narrada— se le adjudica el color amarillo para su tarjeta electoral luego de un forcejeo tenaz entre el dicho partido y el gobierno. Era Ministro de Relaciones Interiores el militar tachirense mayor Mario Ricardo Vargas. El día que Unión Republicana Democrática —19 de septiembre de 1946— convocaba a sus gentes y simpatizantes para una concentración pública en el viejo teatro "Olimpia", de Caracas, con la exclusiva finalidad de defender el color amarillo para la tarjeta electoral liberal tachirense, al saber que el Presidente de Partido Liberal del Táchira iba a intervenir en la misma, el nombrado Ministro lo invitó a su Despacho, por intermedio de los abogados tachirenses Víctor Laviosa Colmenares y J. Guerrero Duque. Tal invitación la aceptamos en razón de que nos interesaba política y singularmente el color amarillo para las votaciones de nuestro Partido. El Ministro quiso conocer la realidad política del Táchira. Sin ambajes se la explicamos, diciéndole con absoluta franqueza —tal como nos lo pidió— que el pueblo tachirense, lo consideraba a él, al Ministro, como un militante más de Acción Democrática, con charreteras. A la vez censuraba la conducta de los militares tachirenses, propiciadores, con la dirigencia nacional adeísta, del derrocamiento de un paisano ejemplar y extraordinario en su dimensión democrática como lo fue el General Isaías Medina Angarita. La reacción del Ministro militar tachirense fue, como era lógico, de desagrado, pero prontamente se serenó y hubo de explicar su actitud como tolerante con Acción Democrática, simplemente, por motivos circunstanciales, pero que él no era ni podía ser profesional y políticamente acciodemocratista y que habría ocasión para probarlo. Dijo, además, que lo del color de la tarjeta liberal se resolvería favorablemente para nosotros. El diálogo, del cual fueron testigos los ya nombrados abogados Laviosa y Guerrero Duque, y no obstante la crudeza del mismo —con la crítica a los hermanos Vargas y demás tachirenses involucrados en el golpe de Estado—, se desarrolló en tono de altura durante una hora. Conclusión: El Ministro prometió resolver favorablemente el otorgamiento del color amarillo para la tarjeta electoral del Partido Liberal del Táchira. Dos o tres horas más tarde el diario vespertino "El Heraldo" publicaba la determinación oficial cuyo texto es el siguiente: "Que el Gobierno Nacional ha resuelto diferir toda decisión acerca del estado de división existente en las filas del Partido Liberal del Táchira, hasta después del 27

de octubre, fecha fijada para las elecciones de nuestros representantes a la Asamblea Nacional Constituyente, por considerar que cualquier resolución oficial en el presente podría perturbar o impedir la participación del liberalismo tachirense en los próximos comicios, con menoscabo de las aspiraciones generales del pueblo venezolano y de los ideales de la Revolución de octubre, expresados en la determinación de facilitar a todas las fuerzas políticas, la más amplia y libre intervención en el proceso electoral que se realiza actualmente en la República".

Cualquiera persona, desconocedora de la realidad y del monopartidismo imperante en aquellos días, podría juzgar hoy a la llamada Revolución o a sus personeros como constructores de la imparcialidad, pero la verdad es que solamente se buscaba el aniquilamiento del Partido Liberal del Táchira, que no estaba dividido, pues solamente había la escisión de Ovalles Durán con su grupo minoritario que no llegaba ni al 10% de nuestra militancia. En todo caso la determinación ofical propiciaba una coartada, es decir, hacerla conocer el mismo día de la concentración de Unión Republicana Democrática y así restarle importancia política a la misma. Sin embargo ésta se llevó a cabo con nutrida concurrencia y cabal éxito de impacto con relación al ventajismo gubernamental. Fueron oradores esa noche, en el Olimpia, el Dr. Elías Toro, Omar Freites (para la época estudiante universitario), el poeta Dr. Luis Pastori, el Dr. Augusto Márquez Cañizales, el poeta Antonio Arráiz y Rafael María Rosales.

La coyuntura de nuestra vinculación temporal con Unión Republicana Democrática la aprovechamos para sugerir su conversión en Partido Liberal de Venezuela, como ya antes hubo de intentarse en el período medinista. Así lo dijimos, primero a los doctores Isaac Pardo y Elías Toro —los primeros delegados del urredismo al Táchira—, y luego al doctor Jóvito Villalba, pues considerábamos llegado el momento de actuar nacionalmente y no seguir arrinconados regionalmente. No sabemos por cuál causa Unión Republicana Democrática no se decidió a aceptar nuestra sugestión y por tal indiferencia urredista se perdió la oportunidad —creemos nosotros— de capitalizar no solamente a las fuerzas liberales del Táchira sino también la simpatía de los hombres y mujeres liberales, de los independientes y de los medinistas del país, y así lograr la cohesión de un gran partido. De haberse alcanzado esto no se hubiese desintegrado nuestro partido ni se hubiesen visto las cosas vistas en esa baraunda del desconcierto y del desencanto. Años más tarde Unión Republicana Democrática quiso

llevar a cabo tal nacionalización con el remiendo demagógico de Partido Liberal Popular, cuando ya el liberalismo tachirense, acorralado y sin posibilidades financieras ni económicas que permitiesen su actividad normal en pueblos y aldeas, se disolvía y se silenciaba como consecuencia de la infecunda batalla dada por el oficialismo y sus líderes, los cuales menos tenían razón para proceder en la forma en que lo hicieron (nos referimos a los regionales), porque en 1937 cuando no podía legalizar al Partido Nacional Democrático— marcharon junto a nosotros en las elecciones de ese año y el año anterior algunos de ellos —como hemos dicho— habían alentado la reestructuración liberal, por así convenir al deseo tachirense de aglutinar las esperanzas generacionales y definir una posición frente al lopecismo. Recuérdese que a la Asamblea Legislativa del Estado Táchira, con el sufragio liberal, vinimos por el Distrito Junín, el doctor Leonardo Ruiz Pineda y nosotros, mayoritariamente y por encima del sorpresivo voto acumulativo. Por cierto que nuestra personal firmeza liberal quisieron interpretarla los no liberales y los pedenistas como entreguismo al gobierno, al no secundar el interesado empeño político de los dirigentes del clandestino Partido Nacional Democrático —con el cual no teníamos ningún compromiso— y, por lo mismo, denigraron de nuestra sinceridad liberal y de nuestra integridad política.

Nuestro partido actuaba con abrumadora mayoría campesina y tenía como premisa el dolorido recuerdo de ese mártir de la libertad Juan Pablo Peñaloza, para quien se acabaron los elogios y el propósito de traer sus restos de Puerto Cabello a su tierra, cuando ya no importó halagar a las huestes liberales tachirenses. Otra ocurrencia del oficialismo (1). La actitud de nuestro partido no era de soledad en el quinquenio lopecista —durante el cual estuvo más bien aletargado por las circunstancias— (2) ni de sombra en el medinismo, porque fue mas bien un vaso comunicante entre el fervor de las masas desasistidas durante largo tiempo del calor liberal-democrático, por la indecisión primero y la resolución después, de un gobierno que ya no podía actuar con la misma mano fuerte templada por la astucia mulereña transplantada a Maracay. Eso sí, en todo momento apoyó la política del Presidente Medina Angarita, por considerarla ajustada a la medida de la aspiración venezolana y en la búsqueda de la concordia y de la evolución hacia la conquista definitiva del civilismo.

Hay que repetir, pues, que la primera salida de Acción Democrática a la función o ejercicio del poder estuvo lejos de la libertad

y de la realidad social y sin hacer lo favorablemente indispensable para conseguirlo en forma convincente o de suficiencia democrática, es decir, propiciando un clima de armonía y no de persecución; una manera de dar alegría al pueblo en vez de hacerlo fruncir el ceño con el revanchismo político; haciendo una invitación a los más capaces y mejores a colaborar en el gobierno y no entronizar el monopartidismo; dando estímulo al pensamiento independiente y a la honestidad de los funcionarios, y no discutirlo egoístamente y desplazándolos indiscriminadamente; creando la vivencia de la cordialidad y no alejarla con la ventaja, la cárcel y el destierro, y eliminando la cizaña en vez de fomentarla. Es porque hizo lo contrario de lo predicado en la oposición y debilitó así su credo político al contravenir sus propios puntos programáticos. Olvidó que no es el monopolio del poder o el privilegio de la jerarquía momentánea, obtenida por el golpe de Estado, lo que permite afirmar la convicción democrática sino el hecho y la realidad de servirla respetuosa, justa, honrada y aptamente. O sea, como dice Nicholas Murrar Butler: "La verdadera democracia rechaza la doctrina de que la mediocridad es una protección de la libertad, e insiste en que los únicos peligros serios que amenazan la libertad vienen del predominio del monopolio, los privlegios y las mayorías". ¿Por qué Acción Democrática no quiso un gobierno de integración que diera imparcialidad a las elecciones y mayor fuerza moral al triunfo del gran maestro de la literatura venezolana don Rómulo Gallegos, en la hora posterior, y a la vez tranquilidad y seguridad a la familia nacional? ¿Por qué si lo hizo años más tarde cuando ya no era gobierno de facto?

Faltó, por consiguiente. liberalidad, habilidad y capacidad política a los adeístas para gobernar en el interregno de 1945 a 1948, lo cual es lamentable para el país, ya que se perdió el camino hacia el pensamiento y la lid noble, hacia la afirmación de la tregua democrática auspiciada por el ilustre tachirense Isaías Medina Angarita, y por el contrario se permitió el frenar de las instituciones y el fermento de las viejas pasiones venezolanas con el encono y la discordia domésticos. Por otra parte se frustró el anhelo de la clase media y la esperanza de comprobar la aptitud de una generación para rescatar la derrota de las que purgaron su gesto y heroicidad de libertad con el destierro o con los grillos que laceraron sus pies y enfermaron su alma. Se permitió más bien la negación del progreso político y la moral del Estado, al invalidarlo en su evolución. Además, y esto es lamentable como la pérdida del destino de la clase media, auspició -desde luego que sin proponérselo- la frustración político-administrativa de un ilustre escritor, bon-

dadoso y creyente, quien apoyado en su partido -que no quiso dar oportunidad a un Gobierno de integración para asegurar el orden constitucional, la imparcialidad en las elecciones que llevaron a ese gran escritor a la Presidencia de la República y hasta, acaso, un barniz popular al régimen de facto que posibilitó esa Presidencia— y en la amistad de un oficial culto pero inseguro por la vinculación también de amistad y de solidaridad castrenses, pues se rechazaron de plano, antes que discutir hábil y políticamente, los puntos de tres representantes de las Fuerzas Armadas y que con suma prudencia hubieran dado buenos dividendos políticos o usar la táctica o alargar el diálogo mientras se estudiaba o consultaba la estrategia o la iniciativa prudencial para afirmar o consolidar los modos de la estabilidad, por cuanto existía un Estado Mayor con atribuciones de comando nacional diferente a la facultad que al mismo partido Acción Democrática le discernió años más tarde o sea la directa ingerencia constitucional de Comandante General en las Fuerzas Armadas del Presidente de la República. Nos referimos a esos dos valiosos hombres enfrentados a la encrucijada de la historia política venezolana y cuya circunstancia merece una investigación psico-analítica: el eximio novelista don Rómulo Gallegos y el sacrificado militar Carlos Delgado Chalbaud. Por eso el 18 de octubre de 1945 tiene una pronta respuesta: el 24 de noviembre de 1948. ¿Quiénes provocaron esa respuesta ingrata? Quiénes propiciaron el nuevo cisma del orden constitucional? Se requieren muchas cuartillas para decirlo con la realidad irrebatible de los hechos. La intención de este ensayo nuestro no tiene otra finalidad que intentar decir cual ha sido la presencia de nuestra región en la política nacional y nada más. Habrá seguramente quienes escriban con toda exactitud la razón de esa respuesta si ecuánime y honestamente la interpretan. Quede claro, si, que quien da un golpe no puede confiar en la reciprocidad con sentido cristiano, o sea la de poner la mejilla ilesa para recibir otro golpe porque, al contrario, la intolerancia humana estimula la reacción agresiva.

---

(1) El Presidente Carlos Andrés Pérez rectificó la actitud de su partido al ordenar la construcción de un Panteón al fondo de la Biblioteca Leonardo Ruiz Pineda, cuyo proyectista fue el arquitecto tachirense Fruto Vivas. Ahí fueron trasladadas, desde París, las cenizas del escritor Pedro María Morantes (Pío Gil) y hay sitio reservado para los restos del mártir venezolano Leonardo Ruiz Pineda y para los del

símbolo de la revolución antigomecista general Juan Pablo Peñaloza. Ojalá que la determinación, en noble gesto, del Presidente Carlos Andrés Pérez, sea cumplida totalmente. Recuérdese, de paso, que a iniciativa del mismo Presidente fueron trasladados, de Puerto Rico, los restos del General Cipriano Castro, a su nativo Capacho el 23 de mayo de 1975. Es por la hora del reconocimiento en el instante de la convivencia.

(2) El General Eleázar López Contreras quiso establecer una fuerza aérea de apoyo a su gobierno y como para aislar la conciencia del pueblo, de lo que en la época era pavor o temor a la acción de la llamada iquierda venezolana, fundó las Cívicas Bolivarianas, grupos políticos de la más extraña heterogeneidad, pues los integrantes procedían de diferentes estamentos políticos.

LOS MILITARES DEL 18 DE OCTUBRE Y LA NUEVA CONCEPCION ADMINISTRATIVA

CAPITULO XII

A la obra integradora, a la telúriça, a la de la transición y a la de la nueva dignificación política y humana, después de la disgregación de la convivencia, al insurgir los que pudiendo haber solidificado la democracia —ese era su deber— desviaron la estabilidad política y social y dividieron otra vez el alma venezolana, siguió la condenable pero innegable etapa de progreso administrativo con la diversificación de la economía en la obra reproductiva (la petroquímica, la siderúrgica, etc., por ejemplo) y la realidad de un plan vial incorporador de extensas zonas al desarrollo del país y acercó centros de producción a los de consumo, con la responsabilidad de estimular y engrandecer la capacidad criolla, no por audacia sino por convicción de saber y de sentir que el venezolano puede realizar cosas técnica e inteligentemente, como la nación ha podido comprobarlo en las obras ejecutadas para beneficio nativo y admiración del profesionalismo extranjero. Quien tenga ocasión e interés en ver y estudiar el plan vial —cuya realización alcanzó dimensiones singulares— puede darse cuenta que en el mismo está comprendida toda Venezuela y es consecuencia de un análisis técnico.

Está muy reciente el acontecer político y la distorsión de los derechos humanos e inmeditata la realidad de esa acción administrativa -discutible en algunos aspectos sin tomar en cuenta los acentuadamente políticos-, y, por lo tanto, cualquier opinión de ese acontecer, esa distorsión y esa realidad pueden tomarse -y se tomarán por el dolor de los excesos de un régimen dictatorial que castigó a Venezuela con la violencia y la exacción con el irritado hacer político y el tremendismo que lo caracterizó- como interesada justificación del nombrado acontecer. Sin embargo, y a pesar del relativamete corto tiempo transcurrido, los hechos posteriores ya dan validez a la administración que se caracterizó, en los campos social y económico, por sus alcances civilizadores, asi pretendan negarlo los que niegan a veces lo que no tiene su personal o partidista vinculación. Tal cosa puede verificarse al hacer una reconsideración serena, juiciosa y desapasionada. Puede y debe criticarse la realización de algunas obras suntuarias, en razón de que el país requiere fundamentalmente la recuperación agro-pecuaria y la expansión o creación plena de la industria para salir del subdesarrollo y prepararnos para la era pos-petrolera.

Abultados son los errores y los excesos políticos del gobierno del tachirense que con el nacionalismo quiso fijar un propósito de conciencia. Pero esos errores y esos excesos se repitieron ulteriormente, pues no hay sino que recordar una realidad que igualmente achica el alma a través del primer período de las década subsiguiente, cuando una democracia aherrojada por el estado de sitio y la sostenida suspensión de garantías de la disimulada democracia de una coalición bipartidista, impuso la fuerza al derecho y al respeto a la dignidad humana, y así contrariar el ensayo civilista de su nacimiento y permitir la desarticulación de la sensatez y de la defensa de la riqueza cada vez más comprometida por una amplia base roturadora de la fe venezolana y la nueva coalición adecourredista, para sorpresa de un pueblo al cual se le ha negado el crear del desarrollo de sus objetivos auténticamente populares, sin desempleo, sin elevación cultural y con indigencia, y sin que tenga cuerpo su sensibilidad democrática y social, porque la clase dirigente obstaculiza su verdadera personalidad política y, al contrario, instrumenta sus elementos de combate para callar sus anhelos con unas pretendidas conquistas sociales y políticas no niveladoras en su justa necesidad de igualdad social, pues también con el sindicalismo se hace demagogia y se fomenta el desequilibrio económico. De aquí la desviación y la proliferación de las ideologías y de las parcialidades confusas, disolventes y divisoras de la unidad venezolana, junto a la atomización de los partidos, el divorcio de la responsabilidad y la desnaturalización de las reservas morales, todo lo cual imposibilita el entendimiento formal y esencial en la forja de la conciencia de nuestra cultura política y de nuestra elevación cívica. La participación de Copei en el período del señor Betancourt es consecuencia del llamado pacto de Punto Fijo, o sea que cualquier partido ganador (A.D., U.R.D. o Copei) llamaría a los comprometidos en el dicho pacto a gobernar en coalición. Por eso hubo la coalición "adeurrecopeyana", aun cuando Unión Republicana Democrática se retiró oportunamente. Se critica al partido Social Cristiano (Copei) su permanencia en todo el período del señor Betancourt, por cuanto el pueblo no estuvo conforme con su actitud y su responsabilidad en el gobierno adecopeyano, por la simulación democrática de ambos partidos. Desde luego Copei mantenía su compromiso por encima de las contingencias habidas, lo cual lo perjudicó políticamente, al constituirse en la piedra de tranca del régimen betancourista, pues de no ser así difícilmente termina su período y tal vez —afirman los observadores— el Dr. Rafael Caldera hubiese llegado antes a Miraflores. Recuérdese que insistió cinco veces como candidato a la Presidencia de la República.

Para el mes de noviembre de 1948 hay embriaguez de polí-

tica. El monopartidismo fatiga y perturba a la vez el sueño popular, atento siempre a la campanada de la vieja esperanza de la reivindicación. Pero el desencanto extravía su camino. Los líderes han entregado su influencia, su fundamental esfuerzo y su honradez a la deformación de sus prédicas programáticas y a las satisfacciones del imperialismo. Así cumple una generación con la rebeldía pregonada y mostrada en la cárcel y en el exilio, o sea que pedía ya su relevo por haber cumplido su periplo de ascendencia o actitud estimuladora de resistencia a la dictadura, según el concepto de las nuevas voces revolucionarias del mismo partido Acción Democrática. La inspiración marxista y aprista macerada en Barranquilla y trasladada a Venezuela en los grupos de Orve y demás parcelas políticas indigestas con la emulsión de los contrastes de las boínas rasgadas por la virulencia de los principales gestores de la oposición, deja la obra de la inercia administrativa y el trauma a las masas campesinas con una reforma agraria estructurada en los carteles de la propaganda electoral —en el clímax de lo que el pueblo llamó "la proclamación" por el derroche en la toma presidencial— con tierras, acueductos y créditos llegados en las brasas de una burocratización atropellada. La negación de la politizada generación de la cual eran esperadas transformaciones, promueve, a la inversa, el desconcierto y en vez de la revolución en plan de reformas sustanciales, deja una situación contradictoria. La burguesía y el imperialismo creen haber ganado puntos a su favor con la misma.

Insurgen nuevamente las Fuerzas Armadas con el deseo de contrariar el pesimismo de la historia, aún cuando ya hay intereses creados nuevamente, defensores de la deficiencia gubernamental y administraiva. Es porque se presume que Acción Democrática no tuvo tiempo de desarrollar su programa en apenas tres años de actividad oficial. Muchos consideran que el tal programa fue rasgado en la ventisca de una impopularidad a medías, pues no había fraguado del todo la inconformidad en el ambiente donde los privilegios exudaban los desaciertos. La impresión era la de que los militares del 18 de octubre habíanse enervado con la labia o la dialéctica bentancuriana, sin que el pueblo dejase de tener como víctimas a los líderes de los años 28 y 36 -esforzados luchadores por una Venezuela distinta, no hay duda-, cuya perspectiva frustróse lamentablemente con la negación de los principios revolucionarios sostenidos y promulgados. Las Fuerzas Armadas toman el poder. El Estado, tan vulnerado por la sinrazón y por los gestos pretendidamente progresistas pero solamente asaltos al escoriado muro de las lamentaciones, es otra vez un barco a la deriva. Por supuesto

que entre 1945 y 1948 no hubo Estado sino interferencia a las necesidades humanas, a la concordia, y asentamiento del rockefelianismo, el desorden y el mal gusto de una política avecindada en el régimen de facto. Hay, por lo tanto, la pasantía de los jóvenes militares tan halagados por su heroísmo y por su espíritu revolucionario en el lapso acciondemocratista y, justamente, con una cultura digna de mejor suerte. Estos fungen de jefes y de rectores en posiciones del gobierno plural desplazador del esclarecido civil con tan merecidos como indiscutibles méritos literarios pero tan impermeablemente político. Sin embargo su personalidad tiene el tono menor de sus propósitos al querer imponer el equilibrio y la fe de sus razones ante la democracia latente de quienes no confirman la valentía ni la influencia en tal ocasión, con solamente levantar un dedo y paralizar las actividades del país. La presencia de algunos tachirenses hace suponer la reactivación de la hegemonía política regional y consecuencialmente la agobiadora dictadura militar para algunos inadaptada, para otros chocante y para muchos inconveniente. Los intereses adquiridos son entorpecidos y a la vez favorecidos. Es porque el negocio político es cuestión circunstancial y los desajustes demoran a veces la nueva inclinación al poder actuante. Otros veían la protección de sus bienes y volvían a dormir tranquilos por cuanto había quienes se los vigilaran. Pero en el itinerario de esa juventud militar hay un signo fatal y su voz es quebrada un instante en la encrucijada del acontecer fortuito. Carlos Delgado Chalbaud, Ministro de Defensa y Miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno como consecuencia del 18 de octubre de 1945, cae abatido por el infortunio cuando es Presidente de la Junta de Gobierno surgida del golpe militar del 24 de noviembre de 1948. Es la derivación del destino cruel y desconcertante. Pero el hacer no tiene término. Llega a la Presidencia de la misma Junta de Gobierno un civil: el doctor Germán Suárez Flamerich, uno de los revolucionarios del año 28. Pálida es su obra, como que dos espadas vigilaban y daban sombra a sus pasos. Es porque el país siempre requiere no la clasificación de la democracia teórica y menos la demagógica o la morbosa, sino la realización de la que es emanación de la soberanía del pueblo y, por consiguiente, unifica la energía nacional con el hacer de las acciones futuristas al cambiar la soledad de los espejismos y de los artilugios por el todo democrático sin más condición que elevar, defender y estimular al pueblo. Entonces, ante la imposibilidad inmediata de ascender a la superior urgencia de devolver a la nación su confianza con el ensayo medinista, por los motivos de otra asonada sobre los basamentos del 18 de octubre, se trata de compensar con una acción administrativa que llega a los dragados, a las autopistas, los ferrocarriles, las carreteras, las re-

presas, las vías de penetración, los hospitales, la inmigración, las unidades o colonias agropecuarias, el turismo con red hotelera, las Escuelas, los Liceos, las Ciudades Universitarias, la Escuela Superior de Guerra, las Iglesias, la siderúrgica, la petroquímica, el dique seco de Puerto Cabello, los aeródromos y toda esa gama de positiva realidad venezolana estructuradora de lo económico y de lo social, para un país asaltado por las exasperaciones de encono y la dureza -agudizándose cada vez más-, en tanto los pasos libres pueden volver a los estrados de la democracia formal tantas veces escamoteada. Algunos desprevenidos dirán que las realizaciones de la dictadura perezjimenista se llevaron a efecto porque tenían que llegar. Pero alguien antes ¿las planeó o las quiso llevar a cabo? ¿Todo vino, como lo intuyen los indiferentes, por generación espontánea?

Ha prevalecido una economía en paños menores y una burguesía usufructuaria de los errores de los pretendidos estadistas cívico-militares, y de los de antes y después del golpe octubrista, y por lo mismo los poderosos aumentan el empobrecimiento o dificultan el desarrollo de esa economía. La llamada revolución de octubre y la quiebra del andinismo no son culpables directos pero si factores determinantes en el entronizamiento de una dictadura férrea, dura e intranquilizadora primero, un desbarajuste demagógico en el desenfreno de una emergencia galopante después, y luego el sectarismo de una democracia distorsionada por la reiterada suspensión de garantías como consecuencia de las perturbaciones políticas, la protesta virulenta y hasta por la incursión foránea aupada por dictadores del caribe y la América Central. Nadie lo cree pero es la verdad para quienes tarde entienden la pérdida de una continuidad que ya afirmaba la finalidad histórica con el candidato civil y la proyección del candidato de cualquier lugar del país elegido por medio del sufragio universal. Es porque el monopartidismo incuba otro mal nacional: la persecución y el resentimiento de otras parcialidades no favorecidas con el poder.

Delgado Chalbaud humaniza, en cierto modo, un trato nacional de confianza y si su actitud del 24 de noviembre desvirtúa la lealtad, en cambio el patriotismo de sus palabras pretende justificarla. Hay una nueva incertidumbre en la expectativa venezolana y cuando la sangre está aún caliente en la sombra del juego político, llega un civil de la generación más llevada y traída en la discusión verbalista de los mentideros a Miraflores. Sin embargo el ensayo civil con Suárez Flamerich es un fracaso y por lo mismo es arreada la bandera del tal ensayo. Por supuesto que faltó el hombre decisivo, de singular personalidad, persuasivo, influyen-

te y sagaz para enfrentarse al poder castrense o, mejor aún, al personalismo y a la ambición desmedida afincada en la desviación de las charreteras. Los desencantados de su propio 18 de octubre alientan al compañero de mayor jerarquía de mando, mejor poder de decisión, una no disimulada ambición de poder e influencia para sortear el turbión por ellos mismos propiciado en tres años de solidaria responsabilidad. La conspiración se bifurca por los caminos de la intemperancia y la situación nacional es destemplada una vez más en la perplejidad de los indecisos o de los cómodos. Otra vez el régimen de facto es un barco que puede encallar no obsante el viento que lo sostiene. Así, pues, es el tachirense Marcos Pérez Jiménez quien toma el timón y estabiliza un régimen represivo, eso sí, sin que la circunstancia de su origen haga pensar en un volver a la tan vapuleada hegemonía andina. Con él llega a Miraflores una nueva actitud del gobernante salido de los cuarteles para una función dictatorial y administrativa. La capacidad y la técnica venezolanas, con el impulso castrense y la ventaja del negocio petrolero mejorado por el cierre del Canal de Suez, se manifiestan en favor del progreso nacional. No es, en el sentido de la dictadura férrea implantada, un protector del Estado y la Sociedad sino un duro civilizador; un dictador que planifica la acción y la ejecuta sobre la resonancia perdida en la hojarasca de los aduladores de turno -los que silenciaron el error, acallaron la tortura y la persecución de la mal llamada Seguridad Nacional, o el abuso político y administrativo por ser, a lo mejor, sus autores, y quienes queriendo ser opositores de orilla fueron a lisonjearlo para obtener jugosos contratos o hasta simples invitaciones para el Círculo Militar, único lugar para las recepciones oficiales, pero ha de quedar fijado en la historia de un país tan poco afortunado con la presencia de auténticos estadistas en su rectoría suprema. Por ello pensamos que Venezuela en vez de ser nación subdesarrollada es un pueblo con administradores descalificados.

Lo que mayormente se discute -con plena razón- de la acción oficial del General Marcos Pérez Jiménez, es la fisonomía absolutista de su régimen al no permitir -por su carácter autocrático- la integración de los derechos políticos y sociales en una progresiva búsqueda del camino perdido de la democracia, es decir, la que al solidificar el nacionalismo permita e impulse el desarrollo pleno de las estructuras que dan al país característica propia e independiente. Esa es la desviación fundamental y discutida del régimen perezjimenista, y también su yerro al realizar un plesbicito acomodaticio ventajosamente explotado por sus adversarios, en vez de reajustar su Gabinete con figuras que habían servido en regímenes de concepción democrática y ya buscaban acercamien-

to a ese régimen; o prorrogar por dos años más su ejercicio para dar término al plan extraordinario de obras concebido para provecho del bien nacional, y durante el interregno propiciar las libertades públicas y determinar así una salida airosa o, por lo menos, inteligentemente política, como lo hizo el General Odría en el Perú, o sea permitir una transición sin alteraciones morbosas y sin la locura del larrazabalismo irresponsable. Es porque el poder ensoberbece y hace olvidar la responsabilidad histórica y el respeto a los derechos humanos.

Sí, hubo excesos en el régimen de realizaciones administrativas. Lamentablemente la vocación democrática del pueblo, del bravo pueblo venezolano, no ha tenido el apoyo oportuno en los instantes de la soledad de su orientación, y por eso la vida institucional ha sido escamoteada muchas veces y la patria no consigue su definitivo camino republicano, pues pareciera -por los años de represión y angustia- que anduviese realenga.

Después de la transición enaltecida por el espíritu culto de López Contreras y la humanización y el civilismo de Medina Angarita -dos representantes de la autenticidad tachirense-, no era posible el retorno al encono político sino el vigorizamiento de la unidad nacional y la franqueza ascendente del sistema democrático. Sin embargo, hubo nuevos regímenes de facto, rebatiña por el poder, desmedidas glotonerías individuales y la derrota del alma venezolana al estar nuevamente inmersa en la discordia, la retaliación y lo terrible de la dictadura. Pero ¿la política venezolana ha tenido alguna vez la bondad óptima de la franqueza en la defensa o el respeto a los derechos humanos? ¿Puede algún caudillo o dirigente estar desprovisto de ambiciones, de soberbia, de personalismo o de calculado interés? ¿Los atropellos y exacciones posteriores al 23 de enero de 1958 tienen algún nombre o carácter distinto o justifican el celo y la sinceridad de la democracia plenamente aplicada o indiscriminadamente practicada? Es porque no basta decir: soy demócrata, y menos es admisible la actitud de los prevaricadores y de los republicanos insinceros. En consecuencia, la discusión imparcial, fría, no favorecerá a los ideólogos y los politólogos ni tampoco a los histéricos o a cuantos buscan engañar a la opinión pública con audaces golpes de pecho, ni a los dirigentes militares -en su mayoría tachirenses- que destrozaron el ensayo medinista.

Después de la independencia, con excepciones muy marcadas y el singular experimento de 1941 a 1945 ¿cuál de los Presidentes de la República ha sido auténtica y lealmente demócrata? Y si como decía don José Ortega y Gasset, la política es un orden instru-

mental y adjetivo de la vida, la democracia -decía el mismo pensador- es una forma jurídica, ¿qué Presidente venezolano ha planificado la organización del Estado y preestablecido la dignidad de la Sociedad? ¿No son los regímenes presidencialistas, es decir, individualistas, los que han prevalecido así hayan sido electos por el voto dirigido del pueblo? En Venezuela, es lógico lamentarlo, no ha sido otra la realidad y por ello nuestra política no es sino el producto de los intereses del privilegio o del monopolio personalista de quien esté en Miraflores o de los grupos en función liberaloide o ilegítima. Y quienes mayormente rompen sus vestiduras como demócratas son los que mistifican la anemia de sus pechos con el calculado utilitarismo político, por ser profesionales de las teorías en función partidista. Por lo mismo la democracia nuestra, como casi la de América toda, es obra frustrada en el destino de la historia expectante. Pocos son los caudillos de la democracia en una América en la búsqueda de su dignidad. Afortunadamente Venezuela parece estar dispuesta a encontrarla, después del reconocimiento progresivo de los errores cometidos por los actores empeñados en el rescate institucional. Es porque a partir de 1963, no hay duda, la situación política mejora insensiblemente en Venezuela.

ANTI-IMPERIALISMO Y NACIONALISMO, SACRIFICIO DE UN VALIENTE

CAPITULO XIII

Para forjar mejor el sino de la sociedad y para darle vigor definido al Estado, es indispensable que los actos humanos estén desprovistos del fatalismo de los intereses creados, de la mala fe, de la conveniencia de los políticos y de los mistificadores de la historia, es decir, desterrar de las mentes el prurito del "quítate tú para ponerme yo", de las contradicciones y de la mentira. No se ha visto un político nuestro llegar al poder y de una vez ocuparse de la realidad social y de la aplicación de una filosofía sinceramente cristiana, niveladora de las ambiciones y de las necesidades de las clases, y entrar de lleno a resolver el problema de la indigencia humana con verdadero sentido social. Hay quienes piensan, aún cuando la tesis es rebatible, que son mas bien militares -por supuesto por el largo e influyente proceso autocrático- y no civiles los que han dado oportunidad de fomentar la defensa del bienestar social -claro que muy pobremente y atando las manos a la libertad, a pesar de la timidez o la conveniencia circunstancial e ilógica para encarar o hacer el cambio radical de las estructuras ya caducas e inoperantes en un país llamado a grandes transformaciones por su tradición y por sus recursos económicos y humanos. Es porque a los partidos interesa más específicamente la política que el bien social de la comunidad y a los militares la rigidez y no la flexibilidad del mando. Esta es la tesis -por supuesto discutible- de los imbuídos por la parcialización y ajenos a la madurez democrática. Son el repetir de las contradicciones de la vida republicana.

Los partidos políticos, que deberían ser los reguladores y los estimuladores y sostenedores del progreso democrático, en nuestro país, desafortunadamente han sido más calculadores que sinceros, algunos sin fortuna y sin oportunidad o sin fuerza o sin permeabilidad política. En su mayoría, puede decirse, son formados por individualidades heterogéneas y disímiles ideológica y convencionalmente, por ser amalgama de residuos, sedimentaciones o aluviones de los más contradictorios estamentos y estadios. Es decir, los partidos que tienen una intención o definidamente un carácter socialista o puramente marxista, pueden estar integrados, en su mayoría, por gomecistas, oligarcas y conservadores por tradición y por temperamento, o a la inversa; o, también, partidos metamorfoseados por la confesional y disconforme actitud de

firmeza y lealtad, al pasar de su realidad y conservadurismo ideológico al socialismo y a la vinculación y funcionalidad con partidos extraterritoriales, o de anti-imperialistas a tolerantes con los intereses extranjerizantes. Es cuestión de circunstancia, conveniencia o habilidad política de sus dirigentes. Por consiguiente, de esa mescolanza, de esa indigestión de ideas, propósitos o causas, se forman nuestros partidos y por eso se produce la atomización de los mismos y la proliferación de partiditos a diestra y siniestra. ¿Cómo puede esperarse, entonces, la nomenclatura social y política del Estado eficaz y fuerte, con personalidad concluyente en el bien comunal, y una Sociedad moral y filosóficamente inducida a un destino superior? ¿Y puede pedirse firmeza, mística y confianza a quienes oscilan en el capricho o en el cálculo de los dirigentes y de los gobernantes? ¿Hay una conciencia definida de la responsabilidad y de la seriedad políticas? (1).

Al viejo intelectual Laureano Vallenilla Lanz se le critica, algunas veces acerbamente, su tesis del cesarismo democrático con la resultante del gendarme necesario. Tal crítica proviene, más abultadamente, de los ideólogos y de los líderes del año 1936 para acá. Nosotros no la justificamos, pues bien claro está nuestro pensamiento liberal y democrático con relación a la vivencia del país, pero sí pedimos a quienes enronquecen su voz en la plaza pública, ante el micrófono o la televisión, vociferando muchas veces como desgarrados profetas de la revolución o defensores dialécticos y monopolistas de la fe del pueblo, que la analicen fríamente en el momento de ver y entender con absoluto patriotismo la realidad venezolana y digan cual es su criterio, íntimo y verdadero, cuando encuentran las grietas y los canjilones de la anarquía, del encono, de la justicia venal, de la violencia, de los abusos de los cuerpos represivos y de la enemistad de la familia y la sociedad o de una autoridad débil e incapaz, con discriminaciones y tolerante hasta el colmo con quienes se apropian de lo ajeno o son vergüenza política y socialmente. El país ha comprobado que muchos de esos ideólogos y dirigentes, cuando han tenido o tienen la ocasión de llegar al poder no solamente justifican el cesarismo democrático sino lo practican hasta con exacciones y deserción de sus principios, dejando atrás las invocaciones populares, cuando no se convierten en especuladores del proletariado, de la masa que quieren socializar, sovietizar o chinonacionalizar, pues interna y externamente son ductores indirectos del absolutismo y sólo han esperado una ocasión para demostrarlo o para provocar la revolución violenta o realizarla sutil e institucionalmente sin llegar, por supuesto, a la médula del asunto o sea a la solución social de la indigencia.

En esta baraunda de malestar, desconcierto y desorden político y administrativo ¿podía Venezuela volver, en 1948, a los días conviventes del pre-golpe de 1945? Desgraciadamente no. Se había perdido el hilo de la concordia y otra vez la distorsión parcelaba la tranquilidad social y quebrantaba la estabilidad política. Por otra parte, la administración pública era ya un barco bamboleante y sus proyecciones cada vez más pesimistas. Entonces surgió la rectoría castrense con patrón dictatorial para diz que garantizar o preservar el orden público y tratar de devolver al pueblo la fe más bien perdida en quienes debían ser sus verdaderos defensores por su prédica en plazas, prensa, radio y demás organismos de publicidad a partir de 1936 y por el recuerdo de lo que fue sueño en la boina azul de 1928. Ascendió nuevamente, pues, el hombre tachirense -fraudulenta y circunstancialmente aupado por muchos de los creadores del 18 de ocubre- en función de gobierno con el deseo de transformar las plataformas administrativas y empezar a reproducir en bienes y servicios la riqueza del subsuelo, es decir, a reinvertir el capital económico y utilizar el humano en realizaciones a lo largo del territorio nacional. Lo lamentable e inaceptable es la pérdida del respeto a los derechos humanos, el desprecio a la dignidad individual, la negación a los partidos y el castigo a la libertad. Esta vez no se habló -como sugerimos antes- de continuidad de la hegemonía andina que, en el concepto del tachirense ilustrado, debía concluir no con un golpe de Estado sino con el voto popular luego del candidato civil de 1945, ya que, a pesar de la obstinación negadora de los intemperantes y parcialmente de la izquierda, con Medina Angarita el país nacional se enrumbaba firmemente a la constitucionalidad plena, por lo que la insurgencia de 1945 no hizo sino romper la obra que definitivamente conducía a élla, y dar al traste con la aspiración muy diciente y clara del Táchira en la carta enviada desde Rubio a Cipriano Castro el 24 de julio de 1900. Las circunstancias distanciaban la conveniencia de la clasificación y de la intención interesada de los políticos profesionales y aún de intelectuales gratuitamente adversos a la montaña, la cual siempre genera la fuerza de su moral y de su esperanza, quiéranlo o no los mezquinos. Debía justificarse nuevamente el 18 de octubre y silenciar la credulidad castrense. Por lo menos desprestigiar su actitud frente a la insuficiencia política del ilustre hombre de letras derribado, cuyo prestigio y cuyo valor intelectual quedaron incólumes. Los clanes de la política y de la economía estaban contentos en mostrar su satisfacción por la quiebra del andinismo en el día ingrato de la caída del Presidente Medina Angarita (1), perjudicial al destino de Venezuela y no a esa mal interpretada hegemonía de los hombres de occidente, por cuanto se desintegraba una obra fraguada en años

de esfuerzo, reajuste, derrota, victoria, rebelión, orden y sacudida del alma popular para curtir la fisonomía de la patria; y por cuanto el 18 de octubre no fue revolución ni aprovechamiento eficaz para el cambio requerido por la nación en su afán de alcanzar la auténtica revolución coherente, la erradicación del germen de la dictadura, de la malversación, de la intemperancia y de la ineficacia.

Un nuevo camino y una nueva acción debían emprenderse para orientar las posibilidades del bienestar general, en tanto el pueblo volvía a alcanzar su evolución por encima de los cismas, pues el régimen salido de los cuarteles no puede ser permanente ni tiene asidero en un país de origen popularmente democrático. La responsabilidad pedía un recomenzar sobre escombros y luchas controvertidas y un rehacer sobre la discordia de las palabras, de las posturas, de las frustraciones. Había de encontrarse la potencia del tesón en los buenos propósitos. Sin embargo la fe y el respeto a las instituciones no podían ser en aquel momento un dejar hacer a la anarquía, al resentimiento y menos a los excesos del despecho de quienes no habían podido gobernar como lo esperaba Venezuela, ni tenido suficiencia para administrar y volver a la sombra a luchar por la Venezuela perdida en parte por su culpa y por su inercia al soslayar su vocación democrática, auspiciada fervorosamente por su clase y por su tradición política como medio de formalizar la revolución tantos años pensada y programada en el exilio y en el propio terreno de la realidad venezolana, y sin pensar en el inesperado 18 de octubre dador de la ventaja para resarcir el largo esperar en la cárcel y el ostracismo. A pesar de esa espera y la lógica preparación con el estudio y la formulación de esquemas para actuar inteligente y audazmente llegado el caso, no supieron aprovechar su acción de gobierno para no solamente fortalecer lo hecho por Medina Angarita sino adelantar el proceso de evolución en una nación en atraso. Tal descuido u olvido, como es obvio, fue contraproducente al país, a los acciondemocratistas y a los partidos actuantes en el dicho país.

El alma popular, tan bondadosa y a la vez tan cándida, aún con la sorpresa de ese mismo 18 de octubre, no podía seguir el espectro de los que volvían a tener la condición de víctimas sin haber sembrado la razón de su sacrificio por la rebelión de 1928, pues desconfianza, recelo y anarquía eran armas contra el actuar a espaldas de las vivencias sociales y políticas de Venezuela. Tal vez les atrajo más el negocio del poder que el trabajo por el bien colectivo, por la prosperidad y por la unidad nacional, al aferrarse

al monopartidismo cuando todavía era un partido minoritario, es decir, congruentemente débil y requería del consenso de otras parcialidades para gobernar.

Otro gobierno de facto se impuso, deploramente, así como la ascendencia de las leyes acomodaticias y consiguientes a esos estados alterados o de emergencia. Razones históricas hacían esperar lo peor. Radicales y jacobinas pugnacidades se oponían al pariotismo jerarquizado por la utilidad común y el estímulo al provecho social. Sin embargo hubo adelanto en los campos social y administrativo así como servicio a las necesidades del hombre. Es porque las actvidades administrativas y en cierta manera algunas sociales, con el tachirense Marcos Pérez Jiménez, proporcionaron progreso al país y modificación bajo férrea circunstancia los viejos moldes por el fenómeno de la agilidad, el buen sentido para aprovechar los recursos a mano -no obstante ese cáncer permanente de la corrupción y el peculado-, el aumento de la producción y el ensanche industrial, y el acicate a la capacidad del trabajo y el fortalecimiento del mismo como inicial forma a la solución en parte de las penurias humanas, o sea que según el concepto moderno de la revolución, la mano autocrática buscó en cierto modo la tímida, calculada y asustadiza salida de la indigencia del hombre, cuyo olvido es general en quienes llamándose revolucionarios entienden que el simple derecho a la libertad consiste en dejar una condicionada independencia de prensa y una propaganda costosa con el pregón convencional de esa libertad, sin ocuparse de una política nacional y lógica en favor del común y de la indigencia del individuo que, como lo dijo un tratadista, requiere más su satisfacción que su respeto.

Dentro del orden político privó más la prevención de los desajustes sociales y políticos, por la resentida aunque valiente clandestinidad y el deseo de torpedear la seguridad de la vida, de la propiedad, de la tranquilidad y de la estabilidad -como protesta y revancha-, y por ello el rencor se propuso el desconocimiento de la realidad que no era totalmente satisfactoria, pues el desempleo siguió manifestándose en un 7%, a pesar de la pujanza de la construcción, acaso porque no hubo control debido en el desplazamiento del criollo por el inmigrante indiscriminado, es decir, no sujeto a las necesidades y a las indispensables enseñanzas de los venezolanos. Es verdad que el régimen fue dictatorial -a veces tenebroso- y sin huella de consulta popular quiso ganar unas elecciones pre-frabricadas para escamotear a Unión Republicana Democrática su triunfo con 987.053 votos contra 778.031 logrados por el FEI y algún otro organismo, perezjimenista,

según Boletín dado por el mismo partido URD, el cual tuvo el apoyo de Copei y el clandestino de Acción Democrática, insensible o indirectamente dado por algunos individuos de base, a última hora, contra la recomendación de abstencionismo dada del exterior por el señor Rómulo Betancourt. En el Táchira, cuando la votación para la Constituyente en vez de votos aparecieron en algunas mesas retratos del sacrificado líder Leonardo Ruíz Pineda Es porque el régimen produjo actos irritantes de atropello y terror. Su misma naturaleza como sucesor de una etapa de angustia nacional, provocó la obcecación y la extralimitación de funciones en quienes antes habían sido vejados y escarnecidos por el gobierno de facto adeísta-militar entronizador del monopartidismo, y víctimas de venganzas y persecuciones. Es porque Acción Democrática desde el poder -tal vez sin proponérselo- propició la escisión de la concordia y no hizo sino repetir la consigna atrabiliaria del "quítate tú para ponerme yo", sin que las masas alcanzacen una conciencia lúcida para defenderse de la explosión de la demagogia en búsqueda del apoyo populista con la insuficiencia de la virtud democrática, pues en la vida no basta decir soy sincero cuando no hay lealtad para serlo. Por ello la venganza fue pródiga y muchos tuvieron que esconderse para evadirla y hasta hubieron de vestirse de sacerdotes para salir del país o librarse de la cárcel. Era la imposición de un estilo diferente al propuesto en las elucubraciones revolucionarias, tal vez por el asedio de las circunstancias o por no buscar el apoyo de otros hombres y partidos con disposición y conocimiento de la problemática venezolana y así darle consenso a la intención de forjar la Venezuela posible.

Hubo hechos de sangre y expectación alarmante en el pueblo que ya había alcanzado con el querido Presidente Medina Angarita normas jurídicas y humanas no concebidas, ni tampoco practicadas después por cuantos luego lo golpearon moralmente o sean los mismos que habían podido tener libertad de acción y le habían hecho oposición sistemática, sin reconocerle mérito alguno como civilista y como demócrata. Hay quienes no quieren hablar de esos hechos como igualmente hay quienes los especulan a su antojo, a su capricho y a su interés político. Tal, por ejemplo el que se refiere a la irreparable muerte de un varón que si cometió errores y fue combativo sin medir las consecuencias para serlo, también fue una lección irrebatible hasta para sus propios compañeros al correr virilmente los riesgos y las privaciones que otros evadieron, pues mientras él se enfrentaba con su valor y su agresividad al régimen duro y de tétricas proyecciones políticas en una clandestinidad digna de mejor suerte, otros vivían cómoda-

mente, respiraban el aire libre foráneo con hasta holgura económica -sin que puedan ignorarse las estrecheces de cuantos vagaban verdaderamente con su pobreza y su dignidad en medios difíciles o purgaban su varonil resistencia en la cárcel-, y hasta hacían negocios a expensas de la dictadura. Ese varón es el doctor Leonardo Ruíz Pineda, cuya muerte invita a reflexionar con la pérdida de una Venezuela integral, escapada de las manos de otro tachirense excepcional: Isaías Medina Angarita, y con la responsabilidad de quienes troncharon la vida y el sino del ya Jefe nato de Acción Democrática, en el crucero de los vientos, las sorpresas y las esperanzas, cuando desembocaba en la Avenida caraqueña que ahora lleva su nombre.

Se dice muy por lo bajo que esta muerte del prócer de la resistencia ocurrió como consecuencia del proyectil del arma de un allegado suyo en el instante del desconcierto. No es posible tal desgracia o monstruosidad ni que así sea frustrada la vida irreparable de un hombre sin miedo y ejemplar. Ruíz Pineda había tenido escaramuzas con las autoridades qu intentaban aprehenderlo. Muchas veces fue avisado por compañeros y hasta se dice que por militares que querían evitarle encuentros comprometedores de su vida, de su acción y de su libertad, pues andaba armado y tenía suficiente arrojo para repeler -como ya le había hecho- los intentos de su captura. El día de su muerte hubo dos heridos del cuerpo temible de la Seguridad Nacional. Era todo un valiente! Se dice también que Pérez Jiménez diz que le había enviado un papelito proponiéndole exigiese a cual país quería ir para solucionarle su salida sin problemas. La respuesta diz que fue, en el mismo papelito, de que los dos estorbaban en el país. Nosotros no creemos en la monstruosidad arriba enunciada ni tampoco en que un compañero suyo denunció el lugar por donde iba a franquear la Avenida San Agustín. Hay informaciones concretas o al menos declaraciones de testigos de como sucedió el horrendo y desgraciado crimen. Pero ha quedado una nube como queriendo cubrir algún misterio en la muerte de quien hubiese sido Presidente de la República después del 23 de enero de 1958, de lo cual no hay duda, pues bien merecía tal exaltación civil y popular el ejemplar Leonardo de una etapa que sólo él superaba con su coraje y su dignidad. Fue el prócer de la resistencia que murió solo. Nadie protestó públicamente su pérdida irreparable en un país siempre derrotado. ¡Cuánto hubiera ganado Venezuela con la rectoría del gran tachirense Leonardo Ruíz Pineda!

En torno a tan lamentable y sangriento hecho han de recordarse las circunstancias políticas de la época y también confir-

mar que en los partidos políticos existen forcejeos, fricciones, desaveniencias, ambiciones personales y actitudes controvertidas o de conveniencia generacional o ideológica (¿las divisiones de Acción Democrática, posteriormente y las de algunos otros partidos, a qué obedecieron?). Según versiones recogidas en los mentideros políticos, el señor Rómulo Betancourt no era partidario de que su partido diese sus votos, en las elecciones de 1952, a Unión Republicana Democrática, el partido que actuaba libremente y requería apoyo extraño porque con sus propias fuerzas y maquinaria electoral débil no podía hacer siquiera un papel airoso. En cambio Ruíz Pineda si diz que en cierto modo era partidario de hacerlo discretamente para alcanzar vida activa si el tal partido ganaba. Quizá la estrategia o capricho del guatireño era razonable, pero asimismo era la del rubiense que, acaso, juzgaba conveniente la posibilidad de un apoyo sin compromiso, quizá como consecuencia de conversaciones con el doctor Jóvito Villalba, el dirigente del infortunio, no obstante su trayectoria de héroe en una Venezuela que no ha creído en él a pesar de sus aptitudes.

En la época mencionada se hablaba de que Ruíz Pineda ya era un obstáculo para la jerarquía o estrategia -a control remotobetancuriana, cosa discutible porque el sacrificado líder respetaba a las autoridades partidistas. Pero lógicamente su personalidad rebasaba insensiblemente toda jerarquía, por ser el jefe natural de su acorralado partido al sostener en la resistencia la moral y la acción del mismo sin dar ni pedir cuartel a su bizarro empeño como auténtico caudillo acciondemocratista. Sus credenciales y su autoridad en la oposición clandestina al régimen del cual era adversario sincero -régimen que a su vez lo hostigaba grandemente y a la vez lo admiraba por la virtud de su sacrificio, cuando otros líderes de partidos diferentes disfrutaban de su cómoda pasividad-, elevaban justamente su jefatura política, precisamente cuando otros compañeros suyos repetían la frase de Eustoquio Gómez: animémonos y vayan, es decir, la indiferencia -para no ponerle otro nombre- para ver sucumbir a los valientes. Lo cierto es que muerto Ruíz Pineda alguna gente de su partido dió votos a Unión Republicana Democrática, el partido frustrado que no supo actuar como debía y su jefatura hubo de salir obligadamente al exilio de Panamá. Por eso cabe preguntar: ¿hubo algún mar de fondo en esa dolorosa y siempre lamentable muerte en la Avenida San Agustían de Caracas? ¡Cuántas preguntas más deben hacerse!.

Otras muertes se cargan al régimen inmerso en su terrible prepotencia autocrática, pero de indiscutible progreso adminis-

trativo. Algunas con irritante unilateralidad y muchas sin pisca de justificación. Se enfatiza el caso de centros de reclusión donde vidas humanas fueron castigadas por la fuerza y el escándalo diabólico que los convirtió en antros o campos de concentración. Pero antes y después ¿no hubo horribles hechos de sangre y la existencia de cárceles más bien aumentadas por el déficit de las utilizables para el creciente número de presos políticos y, claro, también delincuentes políticos? ¿Cómo podría explicarse, en pleno régimen de carácter democrático, lo de algunas muertes en circunstancias desesperantes también? ¿Quién puede analizar la causa de la muerte del General tachirense Jesús María Castro León, un soldado sin garra y sin capacidad política, deprimido pr el alargamiento de un juzgar caprichoso y sin sentencia? Es la resultante de las contradicciones políticas de la Venezuela imposible y, asimismo, de un gobierno débil y remiso a asumir la responsabilidad que le corresponde para avalar la justicia con la equidad y la limpieza de acción al evitar la revancha, el enguerrillamiento y el terrorismo sobreseidos más tarde. Es porque se apresa a Castro León -justificadamente por subversión, y porque lo embarcaron según el comentario general, pero sin que los tribunales actúen con la normalidad del caso -y se hacen presos a otros tantos opositores -hasta los valientes en la clandestinidad como Sáez Mérida- que con su rebeldía y su deseo de cambiar un régimen sostenido por la suspensión de garantías constitucionales, la solidaridad de Copei y la astucia betancuriana, practicaban la protesta en la forma que les era posible. Durante cuatro años unos tribunales identificados con las circunstancias dejan pasar el tiempo sin sentenciar el caso del General tachirense y surge la duda con la legalidad pregonada sin asidero jurídico y sin tomar en cuenta su jerarquía y sus servicios. ¿Cómo se explican otras detenciones con expedientes raros y muertes posteriores y masacre y sacrificios del Oriente y del Centro del país, donde hubo escenas defensoras del régimen asediado por dictaduras foráneas y esa mescolanza de la protesta y la subversión, pero acongojadoras del alma y la muerte errabunda de los ajusticiados en los campos enguerrillados y la de los cintillos de una prensa asombrada por la tragedia, junto a los muertos y desaparecidos acusadores en circunstancias sospechosas?

Un exámen ecuánime, exhaustivo, de ambos regímenes: el dictatorial y el llamado democrático daría como resultado que, tal como parece, el segundo justificó al primero, al destacarlo acaso más adentrado en el estudio de la problemática del país -hay estadísticas dicientes ya al respecto- y menos duro en algunos aspectos -quien lo creyera- de las acciones públicas por ser sin-

cero en su actitud política de opresión y no embozado o valerse de la frialdad legalizada, así el más desprevenido crea lo contrario. Es porque en la vida se es o no se es valiente y franco. El enguerrillamiento, la violencia, la distorsión de la justicia y el ultraje a la moral y a los derechos humanos, así como al peculado, la enajenación y el empobrecimiento de las clases obreras y campesinas ha superado el dolor y la sub-administración de las décadas de gobierno fuerte, lo que inclina a pensar que el pueblo tampoco ha estado conforme con el segundo y por lo mismo ha sido radical, tenaz y virulento en su oposición. Por simple curiosidad revísense las colecciones de prensa de la época.

Hay algo innegable en la realidad del gobierno regido por el tachirense extraditado y llevado a la cárcel, más por venganza política que por condena moral en razón de la tradicional glotonería gubernamental -y lo cual no hizo otra cosa que actualizarlo y revalorizarlo políticamente-, y quien como rector de los destinos nacionales movilizó las reservas para con las económicas realizar calificada tarea administrativa -la pasión de unos, la negación de otros no lo reconocen así pero el tiempo se encargará de dictar su fallo quizá más acertadamente que como ya lo hace con Guzmán Blanco-, y dejar constancia de su verdad progresista: el nacionalismo de su obra hasta en la firmeza de la soberanía en los Monjes.Después de Cipriano Castro, Juan Vivente Gómez e Isaías Medina Angarita (omitimos aquí, lamentablemente, a Eleázar López Contreras por no defender a plenitud nuestra soberanía con tratados menguadores de la venezolanidad territorial), ha sido Marcos Pérez Jiménez un Presidente tachirense de dimensión nacionalista, como ya dijimos, al comprobar que el venezolano posee aptitudes con las cuales llevar a cabo grandes empresas, pues fueron criollos los hombres utilizados y estimulados en la realización del audaz y técnico plan de vialidad y obras públicas en general. Fue la suya una posición venezolanista y de venezolanización no reconocida por la oposición y la antipatía interna y externamente. Se dice que cuando Pérez Jiménez dió a conocer al país y empezó a materializar el propósito de unir a Venezuela -ya lo había hecho con una red de carreteras- con una red ferroviaria de singulares alcances y proporciones de desarrollo, los truts contraladores de la economía del caribe mostrándose insatisfechos y molestos al comprender que tal política ferroviaria del gobierno venezolano aminoraría emolumentos millonariamente en la exportación de vehículos motorizados, repuestos y accesorios a nuestro país. Igual cosa sucedió con la negativa de Pérez Jiménez al no recomendar o aceptar contratos estadoudinenses -según se dice también- en la autopista de Caracas a Maique-

tía, la cual puso al mar cerca de la metrópoli. Un gobernante así, tan decidido a combatir el colonialismo económico, no convenía a ninguna nación comercializada y desarrollada, pues el empeño nacionalista era ahondar la urgencia de lograr el abasto propio sin tener que continuar acudiendo a las importaciones exageradas y con un torcedor en la conciencia por encontrar el camino hacia la liberación económica. No podían, entonces, los consorcios extranjeros ver con buenos ojos a un competidor resuelto. Hay quienes creen que la acción extraña tuvo que ver con la actitud cívico-militar en el golpe del 23 de enero de 1958, y muy claramente dirimir, por primera vez en la historia política de América una extradición en la cual refléjase la ingerencia personal del Presidente y de su hermano el Ministro de Justicia norteamericanos. Se considera que Estados Unidos de Norteamérica, una nación ejemplar en la lucha por la libertad universal, no puede equivocarse frecuentemente con una América que es su amiga y su pilar de solidaridad en toda eventualidad, para dejar de ser el hermano mayor y convertirse en complaciente testaferro. Los casos de Venezuela y Cuba son muy dicientes.

Por supuesto que cualquiera podría encontrar mucha diferencia entre el anti-imperialismo de Rómulo Betancourt y el nacionalismo de Marcos Pérez Jiménez. Podría hallarse, igualmente, diferencia entre un gobierno que compromete la riqueza y deja crear un clima de enguerrillamiento y discordia, y otro gobierno tiránico, ensoberbecido y duro pero progresista. Es porque hay dos hombres para el diagnóstico de la política venezolana, unidos por el cordón umbilical de una asonada y luego enfrentados enconadamente. El mérito de ambos, porque lo tienen cada uno en su circunstancia, lo juzgará la imparcialidad y la razón inapelable de la historia. Ambos hicieron obra y ambos fueron contra la unidad nacional, en su momento histórico. (2)

---

(1) En nuestros días han mejorado las cosas. Existen partidos que absorben la independencia de cuantos forman conciencia y responsabilidad políticas, o el desencanto de los insatisfechos por el desgaste e involución de las parcialidades en alejamiento con la realidad y el espíritu esencial de la venezolanidad. Sin embargo, existen parcialidades disgregadas y entrabadas en discuciones ideológicas o simpatías extrañas que no conducen sino a su estancamiento o a su disparidad para la unidad y posibilidad de avance como fuerza catalizadora de problemas e iniciativas en favor del interés comunal

nacional. Tal el caso de las llamadas izquierdas dispersas y enguerrilladas con patrones casi siempre extraterritoriales.

(1) En la puerta de la Universidad Central, frente al Congreso, algunos estudiantes recogieron el aliento de una voz influyente después en la política, puesto que fue rectora en Miraflores, que expresó su satisfacción por la eliminación del tachirensismo en el gobierno venezolano. ¿Cuántos más demostraron su complacencia?

(2) Rómulo Betancourt nació en Guatire el 2 de febrero de 1908 y murió el 28 de septiembre de 1981. Con Jóvito Villalba hace medio siglo de historia política venezolana y contribuye a la reestructuración del sistema democrático -exceptuando, claro está, su actitud al presidir un régimen de facto de 1945 a 1948-, con otros dirigentes de la generación del año 1928 y de las que siguen a la misma. Su influencia continental, como su estrategia y su táctica, así como sus pasiones discutibles, cubren largo espacio y deben ser estudiadas y analizadas para destacar lo positivo de éllas. La historia reconocerá sus méritos, por encima de sus errores y de su estilo, y le signará como uno de los dirigentes de mayor influencia en la forja de la democracia nacional igual a como el tachirense Leonardo Ruíz Pineda es el Caudillo de la resistencia y sostenedor -con Carlos Andrés Pérez- de la vida y la popularidad de Acción Democrática" y del recuperado régimen democrático. En lo nacional y en lo internacional Rómulo Betancourt se destaca entre los políticos y los estadistas hispanoamericanos. Su dimensión política, dentro de su vocación de poder y su vehemencia y su garra polémica, aupa siempre la intención democrática, aún cuando en lo administrativo la dictadura post-gomecista deja huellas de progreso indisputable.

EL MENSAJE PERDIDO

CAPITULO XIV

Por el itinerario de la niebla se llega a la tierra de la esperanza. Los montes muestran el verde de la abundancia y asimismo la herida del abandono oficial. Hay una soledad en vigilia acaso porque hay quienes niegan la patria en su grandeza maternal y la quieren parcelar en la pequeñez de su egoismo. En el ayer y en el hoy hay cambios de nombres, y las actitudes, los recelos y la tiniebla antinacional están en la misma sombra de sus gestores. Pero entre el ayer y el hoy está una obra que nadie puede negar así las pasiones obnubilen lo afirmativo del hombre montañés para acercar los caminos de la periferia al centro venezolano; vertebrar la conciencia del hombre y la aldea perdidos en la geografía; crear la unidad de voz y gesto para repeler la agresión extranjera; solidificar la paz con la eliminación de las ambiciones de los caudillos; ordenar y sanear la hacienda pública nacional; permitir el asomo de la libertad y de las bases para las transformaciones sociales y políticas primero, y el vigorizamiento de esa libertad después; el estímulo a la independencia individual y económica; la formación y la actuación de los partidos políticos y de los sindicatos; las bases para la expansión universitaria con la obtención de los terrenos de la hacienda Ibarra y el saneamiento de las ciudades; la eliminación de la cárcel y del destierro político; el cambio de la estructura estatal con la evolución en sus fundamentales características; la conquista de la mujer para elegir y ser elegida en los Concejos Municipales; la revolución administrativa y poner el medio físico en condiciones de desarrollar o, al menos, iniciar las empresas industrial y social; crear y expandir a Venezuela con carreteras, autopistas, siderúrgica, petroquímica, ferrocarriles, hospitales, hoteles, escuelas, liceos, ciudades universitarias, círculos militares, casas sindicales, unidades agropecuarias y, en fin, una obra de cuatro décadas que con tenebrosas desviaciones, lágrimas y angustias afirma el orden, el progreso y la soberanía de un pueblo luego sorprendido otra vez por una década de morboso terrorismo, de violencia, de forja del drama de las guerrillas y el relajamiento de las instituciones así como los errores políticos para traumatizar la fe -temporalmente- en la pregonada democracia representativa.

Quizá el resentimiento, la fobia o el revanchismo del venezolano asediado por la persecución y la negación a los derechos hu-

manos, y también por la enemistad y el sectarismo, que ayer como hoy envenenan el alma nacional, no permiten la reflexión fría, imparcial e inclinada hacia el amor, a ese amor leal a la patria y que en vez de corroer el corazón lo eleva y lo llena de fraternidad y de espíritu. Día llegará en que la historia sea justa y diga su palabra sincera, cuando el sereno estudio y la interpretación equitativa y real de los hechos hagan conocer la verdad de la integración y del desarrollo, a la vez que la diferencia entre los períodos absolutistas y los de iniciación democrática, y los del dinamismo administratvo, del despilfarro y la insuficiencia.

El Táchira es y será la tierra de la esperanza. Si ayer fue un pueblo olvidado y flagelado por la jaquetonería de los Delegados del gobierno central, de los que no tomaron en cuenta lo entero de su personalidad y purgó la arbitrariedad de la fuerza por rebelarse a élla como poquísimas regiones lo hicieron, hoy está con la misma devoción venezolanista de siempre oteando el horizonte de las necesidades nacionales y memorizando las palabras que han de dar aliento a la realidad perdida con el derrocamiento del Presidente Medina Angarita. La angustia de ahora es la misma del nacer republicano. Una simple mirada retrospectiva nos pone junto a la ceniza donde hay rescoldo de personalismo y pasión desorbitada para la concordia, pues los años transcurridos no han sido suficientes para limar las aristas de ese personalismo y esa pasión, y en vez de evolucionar retrocedemos a los enfermizos enconos de la discordia venezolana. Es porque esa angustia de la patria, en el drama de sus hombres y de sus mujeres, y la soledad de la raíz desnuda por la diáspora de la política, de la mezquindad y de la contradicción nacionales, la azuzamos todos con el odio y la glotonería, con la soberbia y la corrupción administrativa. Primero fue Simón Bolívar el incomprendido por las ambiciones y las pequeñeces de los héroes locales y aún aquellos de dimensión nacional envidiosos de su gloria y de su influencia universales. Luego otros y otros venezolanos perseguidos unas veces, perseguidores otras tantas, para crear el estilo permanente de los estadios inundados por los voceríos del rencor, el egoismo, la envidia y la tragedia de la Venezuela peregrina y dolorida por el testimonio de la nostalgia, la desgarrada intimidad de la sombra con cerrojos y el rigor de la impotencia o el cerco del hambre, y la presencia de las oposiciones serviles o circunstanciales.

Al concluir la independencia, piélago de penumbras y sensaciones urticantes, asoman el desconcierto y la codicia. Los caminos, aún con el vaho de los cadáveres, ven pasar los caballos transportadores de los nuevos jefes políticos. Y son Páez, los Monagas, Falcón, los Guzmán, Crespo y los subsidiarios de éstos,

el eslabón extraviado para la realidad de encontrar la nación donde debemos y podemos caber todos sus nativos sin excepción alguna, sin discriminación de sectas o de doctrinas. Es porque se atrofia la confianza de vivir en paz, de ser ciudadanos de una República libre, de saber usar la independencia para alternarnos en la función democrática de los cargos oficiales -desde el más grande hasta el más pequeño- sin sangre, negación o discordia.

También llegan los partidos. Liberales y conservadores se disputan el poder -como después otras parcialidades políticas- y también el derecho a sembrar resquemores en la conciencia nacional, aún cuando sin el camaleonismo y la atomización de nuestros tiempos, por haber mayor seriedad, tal vez, honradez y decisión en la toma de responsabilidad ideológica y política. Hay un siglo XX convulso y con altibajos. La demagogia es ya una parásita debilitadora de la integridad del presente y del futuro de Venezuela. La oligarquía es un pulpo usufructuador, como antes y como posteriormente, de los mejores proventos de la riqueza nativa. El federalismo reafirma, a medias, la igualdad proclamada por la República. Los pajonales han visto correr alegres y confiados las mesnadas de Zamora, igual a como vieron las de Páez en sus días de gloria en los llanos ululantes. Pero la Revolución Federal no pasa de los bridones, acaso por la muerte prematura del ímpetu que la impulsa, y por eso las tierras sienten el sofoco semifeudal en el clamor de los **patas en el suelo**, tan héroes y resignados siempre. Es porque los miles de muertos dejan su vapor igualitario como un acto de fe en el destino autonomista del país. Es cuando insurge el guzmancismo delirante y letrado y luego el crespismo andariego y ahogado en sangre en la Mata Carmelera. Caen estátuas y encienden fogatas los generales al acercarse los doctores en función rectora de la política y los círculos convergen al renovar expectante con el positivismo de los jóvenes con su incidencia var expectante con el positivismo de los círculos convergen al renofilosófica. Y antes es el oriente, luego el centro y el nor-occidente, y también el llano, la sombra asoladora de la concordia de la nación. O sea que hay cola en ese turnar del mando para desesperanza de la razón de los sensatos y de quienes olvidan la historia y lanzan sus venablos a los pueblos andinos sin detenerse en el conocimiento de la verdad para hacerlo. Si antes se dice: "Me quedo porque me da la gana" -en la frase fanfarrona de Andueza Palacio-, con el correr de los años la inadmisible sentencia es una patente usual en la realidad de la política venezolana. Por eso debe preguntarse: ¿Hubo antes menos lágrimas y menos lamentaciones que después? o ¿fueron bondadosos y amplios los caudillos en galope sobre la aridez de la tranquilidad, del entendimiento y de la libertad individual?

Hay, pues, una Venezuela distorsionada, y por eso lucha y agonía son sinónimos de confusión y de desencanto en los días y en los años cruciales por el roto ideal de la unidad venezolana. Falta el mensaje que no sea grito atrofiado sino incorporación de la voz de la provincia al hacer y al sentir de un Estado palúdico y en derrota, para darle dinámica personalidad. Cuando ya culmina un siglo de sombras y de cenizas en la luminosa huella del más grande de los libertadores de la América Hispana, llega ese mensaje en la errante y victoriosa legión comandada por un hombre pequeño y vivaz, romántico y valiente, con estampa y acción de caudillo, el cual logra la integración del país, lo hace convalecer y estar listo en el crucero de su esplendidez histórica. Ese hombre tiene el orgullo montañés y la sonoridad de un nombre: Cipriano Castro.

El mensaje llega en la sobria tradición de un pueblo emprendedor y civilizador, esencialmente agrícola y sin prejuicios, donde los grupos sociales se han bastado con su propio esfuerzo, en la intimidad de la renuncia al poder que, por otra parte, se le quiso negar, y al privilegio de las oligarquías, no obstante su capacidad y su aporte extraordinario al bien de la nacionalidad con su sacrificio precursor y emancipador, lo cierto de su cultura y de su protesta con sangre, exilio y entereza. Durante muchos años fue el gran ausente en ese banquete monopolista de la plutocracia en alpargatas, pues su pensamiento se circunscribió más bien a la humanización de las apetencias políticas y así hallar el camino para consolidar el Estado con la participación de la provincia en el todo creador de la venezolanidad y de la unidad institucional. Como después -en los años hegemónicos de una regionalidad discutible- a cargar su angustia con el puño en alto y el fusil al hombro por ventisqueros y ensenadas, torcer los bigotes al león fiero y participar en la socavación de las dictaduras, remora sangrante de la moral democrática y republicana.

Lo esencial de ese mensaje se atomizó, desgraciadamente, en el juego de las zalemas de los aduladores de todas las épocas y de los adulteradores de todo momento histórico para la conveniencia de sus negocios Sin embargo, su espíritu perdura debilmente en el ejercicio de la integración, en la organización fiscal, en el saneamiento y erradicación de endemias, en la tregua y en el ensayo de la democracia liberal sorprendida el 18 de octubre de 1945. Cualquiera puede observar el nacionalismo fracturado por la soberbia y la desolación en la renuncia a sostener y defender los derechos humanos, y propiciar el llanto de una década superada por la alegría del pueblo el 23 de enero de 1958. Pero para

mal de todos se impuso una emergencia delirante y despilfarradora y una democracia envalentonada, al erosionar y traumatizar la fe del pueblo al cual se le niega la legitimidad de sus reivindicaciones y de sus aspiraciones cada vez que -como él mismo dice- saca la cobija al sol llueve y se le moja.

¿Cuál ha de ser, ahora, el nuevo mensaje?

LA EVOLUCION HISTORICA Y LA DEFENSA DE LA LIBERTAD

CAPITULO XV

Hemos insinuado ya, en capítulos precedentes, la actitud del Táchira frente a los regímenes dictatoriales de la llamada hegemonía andina. Tal actitud, de rechazo permanente, con espíritu de rebeldía y vocación revolucionaria, no se analiza ni se toma en cuenta cuando se escribe la historia contemporánea de la política nacional, porque historiadores, ensayistas y sociólogos se encasillan en una realidad dúctil, es decir, distinta a la verdad con respecto a la participación directa de nuestra tierra -sin posturas ni simples idealismos- en la búsqueda formal y sincera de un cambio en el estilo y en la extructura que nuestros tradicionales gobiernos personalistas y atrabiliarios. Por tal razón aquella actitud es inadvertida o soslayada y a nuestro Táchira se lo considera -acomadaticiamente- como una región no solamente anodina o estéril sino dentro de una apatía alcahueta que hace imposible la realización de la democracia, cuando no se lo juzga como un pueblo incivilizado. Entonces su esfuerzo culturizador y su valentía revolucionaria a través de las antiguas y últimas décadas se olvidan en la interpretación de una patria mejor, sin el drama y sin la sangre de la prepotencia. Por ello la concepción de su responsabilidad ante la evolución histórica y su voluntad ante la defensa de la libertad, se desconocen o se separan del estudio obligante del acontecer histórico del país al no ahondar en la fisonomía de cada localidad y así lograr el exámen de sus características fundamentales en el temple o escoriación del alma nacional.

Hacemos algunas ligeras consideraciones tendientes a confirmar tal actitud, por cuanto su valorización debe ser hecha por la justicia y por la serena e imparcial consideración de quienes ignoran el acaecer de infortunios y de llantos de un pueblo dado con largueza al bien político de Venezuela, en días confusos y amargos o sea cuando el miedo o la indiferencia hacían claudicar conciencias.

Al ser enviado al Táchira, por el General Ignacio Andrade, el General Antonio Fernández, como jefe del ejército expedicionario a combatir la revolución del General Cipriano Castro, en 1899, el virtuoso y culto sacerdote fundador del célebre Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en La Grita, Monseñor Jesús Manuel Jáu-

regui Moreno, espontáneamente va a Colón como emisario de paz con el fin de buscar un entendimiento de los jefes, expedicionarios y revolucionario, pues considera ineficaz un derramamiento de sangre en la tierra tan cara a su afecto. Esto fue en julio del año anteriormente citado. Habiéndose inteligenciado con Fernández, Monseñor Jáuregui va a Borotá -donde acampa Castro-, con el Padre Juan de la Rosa Zambrano -quien por cierto hizo imposible cualquier éxito en la gestión de Monseñor Jáuregui, pues trató de influir en el ánimo de los jóvenes bachilleres convertidos en capitanes, alumnos del ilustre trujillano, para hacerles ver como una tragedia la llegada de Fernández- y conferencia largamente con el capachero inquieto. Este, para un avenimiento con la buena intención del sacerdote amigo, exige un armisticio y un vapor a disposición de un delegado suyo o de la revolucón para ir a Caracas y negociar con Andrade, seguramente, el reconocimiento de sus propósitos. Monseñor Jáuregui estudia en Lobatera -donde ha pernoctado- los términos de las pretensiones de Castro y desde allí le escribe una carta al siguiente día de la entrevista o sea el 24 de julio de 1899, para expresarle que al meditar su propuesta para Fernández la considera inconveniente y, por lo mismo, le sugiere una capitulación honrosa. La respuesta del jefe revolucionario, el mismo día, es la de un caudillo jaquetón pero dispuesto a triunfar por encima de las dificultades, y juzga "extraña e insolente" la carta de Monseñor Jáuregui.

El sacerdote aludido decide entonces trasladarse a su célebre Colegio de La Grita y no volver a ver a Fernández. Va con el corazón herido por el fracaso de su intervención llevada a cabo con la mejor buena fe y ante una situación que él consideró peligrosa para el Táchira -dada la superioridad de las fuerzas expedicionarias- y para la paz de la República, y por olvidar o desconocer la valentía y la frase de Castro cuando al preguntársele por las armas suficientes para la acometida, responde que éstas las tiene el enemigo. Vence a Fernández y sigue su avance victorioso hacia el centro venezolano, aún cuando molesto por la intromisión de su amigo el constructor de una avanzada cultural en el país.

Un año después, en julio de 1900, Castro ordena hacer preso a Monseñor Jáuregui, quien se halla en Maracaibo en espera de ocasión para viajar a Roma con motivo del Año Santo, pues en la ciudad lacustre encuentra una epidemia de viruela. Castro cree -o es informado así- que Monseñor Jáuregui interviene en un movimiento gestado en la capital zuliana contra su gobierno, lo cual es incierto. Varias gestiones son hechas para alcanzar su libertad. La primera la hace el Exmo. Obispo de Mérida, Monseñor Antonio

Ramón Silva, de paso por La Grita, quien ofrécece como fiador del mismo. La segunda la hace el Párroco gritense Pbro. Felipe Santiago Vidal con un grupo de distinguidos caballeros de la Atenas del Táchira. En agosto de 1900 Castro ordena al General Rafael Arias, jefe del Cuartel San Carlos, ponerlo en libertad pero "con la condición expresa de que debe salir para el extranjero". Posteriormente Cónsules de Castro en New York y el Caribe, pretenden convertir al esclarecido educador en revolucionario y hasta vincularlo con los Generales Andrade y Rolando. Así paga el gran educador trujillano, avecindado en La Grita, sus deseos de tranquilidad en la tierra que tanto agradece su obra civilizadora. Muere lejos de élla, en Roma, el 6 de agosto de 1904.

Tal desafuero de Castro crea en su propia región no solamente malestar sino antipatía a su régimen, que daba tempranamente pruebas de atropello, comenzando por el meritísimo sacerdote que había sido su amigo. Corresponde al General Juan Vicente Gómez la repatriación de sus restos y es el gran tachirense y calificado hacendista venezolano Dr. Román Cárdenas (1) el encargado de cumplir la disposición oficial y quien, además, aprovecha su estada en Europa para orientarse en obras de ingeniería y utilidad que luego sugiere al General Gómez ejecutar en bien de su tierra, según el "Boletín de Miraflores", fundado por el escritor y político Dr. Ramón J. Velásquez.

Y es del Táchira de donde sale la primera y fundamental protesta al régimen castrista, en la autorizada voz de un joven intelectual a sólo nueve meses de estar el capachero vencedor en el poder. Es Pablo María Pulido Rubio, ilustre periodista rubiense, quien recuerda con altivez serena y pundonor cívico el retardo de la esperanza ya defraduada a la patria, al redactar una carta en la cual llama la atención al Jefe de la República y comenta "resueltamente" -gesto estimulador para un país que ha debido hacer eco a tan valedera circunstancia y tono de altura política- lo vago e indefinido del programa del futuro gobierno del General Cipriano Castro. La prosa de Pulido Rubio tiene lucidez patriótica, sabiduría de respeto al poder como norma de no prevaricar contra la democracia sino construirla sobre las bases de la confianza y el deseo nacionales y, de una vez, orienta con singular sentido ci-

---

(1). La tierra tachirense está en mora con el recuerdo de este extraordinario hijo suyo, renovador de la hacienda pública venezolana. Mientras se importan o se acogen nombres para Plazas, Avenidas o instituciones, el nombre de Román Cárdenas se olvida injustamente. Es *el desinterés por valorizar lo nuestro, lo que tiene mérito.*

vilista la necesidad de la oposición, la implantación de la cultura y la concreción del pensamiento que inspiró la revolucón restauradora para que las "autocracias demagógicas" encuentren su muerte definitiva.

Esta carta abierta de Pablo María Pulido Rubio -uno de los fundadores del Ateneo del Táchira (Salón de Lectura), escrita y fechada por él en la ciudad de Rubio el 24 de julio de 1900, y suscrita también por el Dr. Pedro León Arellano y José Antonio Torres, es una crítica al programa ambiguo y demagógico de **nuevos ideales, nuevos hombres y nuevos procedimientos**, pues en un continente endémico nuestro país debe apelar al "moderno espíritu de una civilización sin ejemplo". Esta carta abierta rubiense, vibrante y medulosa -como que es la expresión de un Táchira culto y valeroso- merece el análisis de los estudiosos de la historia y de la sociología, pero especialmente merece el conocimiento de quienes pregonan alegremente el **macheterismo** como norma del pensamiento tachirense y de los que consideran a la hegemonía andina como forjada con el consenso de un pueblo más bien precursor al dar su cuota de insurrección y heroicidad en la época pre y post independista (1) y que, a través de su trajedia de abandono, supo madurar una cultura inadvertida por cuantos no han querido o sabido auscultar o estudiar nuestro pasado y nuestro presente pleno de vida espiritual (2).

Es el Táchira, por consiguiente, la tierra que recuerda al General Cipriano Castro el deber de cumplir la razón del triunfo alcanzado por la ruta hecha antes por el Libertador en 1813, a fin de que no continúe "siendo un enigma para la República". Es clara, ilustrada y contundente la carta de Rubio. Condensa la actitud del pueblo al observar cómo es defraudada su esperanza y acude presuroso y viril -antes que nadie- a pedir que esa esperanza no se retarde ni se frustre, porque al contrario, debe devolverse después de un largo proceso caudillista. Por eso la insertamos en el apéndice de este libro y por eso, igualmente, la recomendamos al conocimiento de cuantos sienten la patria en el dolor de su angustia. Demás está decir que la reacción de Castro es de amarga tortura moral, de orgullo lastimado, porque había una nación aclamándo-

---

(1) Véanse nuestro libro "El Táchira en la Emancipación".

(3) Véanse nuestros libros "Imagen Cultral del Táchira" y del habla popular".

lo como su salvador. Y esa tortura no podía mermarla la adulación. Es porque la desnuda verdad le recordaba los días sin poder volver atrás, a menos retornara a su pensamiento de auténtico restaurador de la depauperada vida nacional y cumpliera el programa de su desviada revolución.

El 6 de agosto de 1900 el General Juan Vicente Gómez, quien para la fecha está en San Cristóbal como Delegado del Ejecutivo Nacional, telegrafía a Castro comunicándole la circulación de la Carta Abierta de Rubio, asi como quienes la suscriben y le inserta párrafos de la misma y a la vez le comenta el "atentado imperdonable" de esos "ingratos" y "malvados" jóvenes "dignos discípulos de Abel Santos" (quien como nacionalista o conservador era adversario político de Castro). Posteriormente, el 10 de agosto, el mismo Gómez telegrafía nuevamente a su Jefe para informarle que tiene presos a Pablo María Pulido, al doctor Pedro León Arellano y a José Antonio Torres, y le ratifica que estos jóvenes no tienen razón para quejarse del Gobierno y que por informes obtenidos sabe que Peñaloza también los tuvo presos. Fueron enviados a la prisión del Castillo de San Carlos, en el Estado Zulia; pero por telegrama del mismo Gómez, de fecha 22 de agosto, nos imponemos que al encargarse del gobierno tachirense el General Celestino Castro, hermano de Don Cipriano, y cumpliedo instrucciones de éste, ordena su libertad (1).

Quede constancia, entonces, del reproche tachirense al olvido de Castro, al quebrar la moral de su revolución, o sea la verdad

---

(1) Conviene advertir que el General Juan Vicente Gómez había venido al Táchira a imponer la Revolución Restauradora, pues a cinco meses del triunfo del General Castro, su tierra nativa aún estaba bajo el poder del General Juan Pablo Peñaloza, representante con el General Joaquín Corona, del depuesto Presidente Ignacio Andrade. La llegada de Gómez al Táchira fue bien recibida y sumó a jóvenes oficiales del liberalismo amarillo como, entre otros, a Félix Galavis, lo cual incomodó a determinados dirigentes restauradores y hasta llevaron a conocimiento de Castro la intención de alguna maniobra o interés del Vicepresidente Gómez. Especialmente por el nombramento de Samuel E. Niño como Secretario General de Gobierno, y quien había fracasado en San Cristóbal al no alcanzar la adhesión de esta ciudad a la causa del 23 de mayo de 1899, con la cual estaba comprometido y, por lo mismo, considerarlo en cierto modo culpable indirecto del sostenido y valiente sitio dirigido por el General Juan Pablo Peñaloza.

de una región castigada por la gratuita malquerencia pero con virtudes y atributos que, aún cuando negados tantas veces, resplandecen con luz propia.

En 1901 se subleva en Caracas el Cuartel del Hoyo y es Gobernador del Distrito Federal, el General Emilio Fernández, quien lo sofoca. Nombrado el mismo General rubiense Fernández, Comandante de Armas de Valencia, va a esta ciudad y somete a los rebeldes que allí quieren ir contra Castro. Pero Fernández no anda bien con el jefe del país por intrigas de la envidia, y prefiere pedir su baja del ejército. Concedida ésta es nombrado Administrador de la Aduana de La Guaira. Al darse cuenta de la prosecución de la inquina contra él, decepcionado, abandona el país en el cual siguen agitándose protestas contra el gobierno del tachirense obnubilado.

Al ser puesto en libertad el General Manuel Antonio Matos, quien no solamente ha perdido su influencia en la Casa Amarilla sino ya anda en convivencia con el grupo económico que representa para conspirar contra Castro, va a Curazao y allí organiza un Comité Revolucionario (1). El valeroso General Emilio Fernández está allí y propone ir por la antigua vía de los españoles, sobre la capital cuando las tropas salgan de Caracas a combatir la Revolución Libertadora preparada por el dicho General Matos. No es aceptada esta conveniente proposición estratégica y se conviene en que Fernández se levante en armas desde el Táchira, invadiendo por Colombia, y vaya en su apoyo el General Domingo Monagas. Al promediar el mes de febrero de 1901 el General Emilio Fernández, el rubiense famoso por su valor y por su inteligencia desde el Comando restaurador del Batallón Junín, está en Cúcuta. Se acerca al influyente médico y político Carlos Rangel Garbiras y éste le ofrece gente del partido nacionalista o conservador para invadir. Sin embargo, Fernández no obtiene satisfactorios resultados en sus gestiones y opta por reunir, por su cuenta, 700 efectivos (2) y con los generales José Miguel Crespo, Leopoldo Méndez Montiel, Márquez, Briceño, Vizcaya, Moncada y Daza irrumpe en San Antonio del Táchira y en dos horas toma la plaza y proclama "Hemos venido sin el mito de Capacho". Desde allí pide los refuerzos convenidos a Rangel Garbiras, los cuales no llegan, como tampoco los prometidos del General Monagas.

---

(1) Dr. Pablo Emilio Fernández, Biografía del General Cipriano Castro.

(2) Dr. Pablo Emilio Fernández, Biografía del General Cipriano Castro.

El gobierno reune una fuerza superior a la de Fernández, a cuya cabeza pone a los Generales Román Moreno, Modesto Castro, Pedro Murillo y Marcelino Cárdenas. Fernández los espera en "Las Cumbres" y en cuarenta horas los vence el 25 de febrero de 1901. Este combate no fue una simple escaramuza sino una acción importante. De ambos lados hay aguerridos y valerosos oficiales y soldados contendiendo. Quizá favoreció al invasor el estar bien atrincherado y en posición dominante, según lo dice el General Baldó, no obstante la inferioridad de su fuerza. Fernández tiene graves inconvenientes por el retardo del estallido de la Revolución Libertadora y el "asesinato del General José Miguel Crespo, su hijo y otros destacados Oficiales, perpetrado por el General Leopoldo Méndez y sus partidarios, dentro de las filas revolucionarias quienes cometieron el crimen cegados por viejos rencores de partidos" (1). Eran liberales y conservadores cuya discordia podía más que el liberar a Venezuela de otro gobierno dictatorial.

Al retirarse de "Las Cumbres", el General Modesto Castro le sale al paso. El General Emilio Fernández lo ataca con 1.500 hombres en "La Mulata". Nuevamente su valentía y la de su gente le permite una retirada de vencedor hacia la frontera, pero se le ataca por otro flanco y se le envuelve al incendiar los potreros por donde avanza y sólo una estratagema le salva. Es cuando grita: "paso, que son fuerzas del Gobierno! Viva el General Cipriano Castro !" Así puede repasar el río Táchira. Es, pues, una acción victoriosa y a la vez desafortunada la del General Emilio Fernández, el bizarro rubiense que ha deseado recordar también a Castro -con su paisano Pulido Rubio- que su gobierno carece de unidad y de prestigio suficiente para el poder, democráticamente. De haber recibido el militar tachirense los esfuerzos prometidos, hubiera dado mucho que hacer al Restaurador, pues siempre se lo consideró como uno de los más capaces y decididos militares al comenzar el presente siglo.

Cipriano Castro, guerrero y estadista, tiene altibajos. En los días de su poder creciente "crispa los puños" para que nadie turbe sus sueños de epopeya, pues se siente un Napoleón dentro de su levita gris. Los godos colombianos con el poder en el país hermano lo incomodan. Por eso exalta su liberalismo restaurador -sin la total adhesión del liberalismo tachirense- así como sus humos de dominio. El General Antonio Paredes, su enemigo, ha querido fusilar al colombiano Benjamín Ruíz, quien tiene vara alta en la po-

---

(1) Dr. Pablo Emilio Fernández, Biografía del General Cipriano Castro.

lítica venezolana. "El tráfico comercial por la vía del Zulia, Catatumbo y Encontrados está cerrado. Por Maracaibo se envían pertrechos de guerra a los rebeldes del país vecino. Un gran parque se ha llevado a la frontera. El jefe liberal colombiano Uribe-Uribe ha ido a Maracaibo en un buque venezolano, **El Augusto**, y luego ha seguido para el Táchira" (1). En realidad, se ha establecido en Táriba el dicho General Rafael Uribe-Uribe, de donde debe mudarse al avanzar Rangel Garbiras. Pero hay algo más: Castro envía a Bogotá un telegrama leído antes en Gabinete, cuyo tono ampuloso e incoherente pero con intención nacionalista es como sigue: "El Gobierno Conservador de Colombia ha tendido siempre a ejercer su acción funesta sobre los genitores de sus libertades e independencia lo que es inaceptable por degradante. Es un Goierno que vive del terror, de la miseria y del oscurantismo. Venezuela quiere la paz, pero honrosa y digna de la actual civilización y progreso".

Castro está imbuído por la grandeza y pretende, además, restablecer la Gran Colombia. Por supuesto que el Gobierno colombiano decide tomar represalia contra la actitud del de Venezuela y antes de que el General Uribe-Uribe vaya a invadir a Colombia, con la ayuda de Castro y el respaldo del liberalismo, aprovecha al antiguo jefe autonomista de los Andes venezolanos, el ya mencionado médico Carlos Rangel Garbiras, asilado en Cúcuta, y en sus manos pone seis mil hombres de su ejército regular para que, con los venezolanos del conservadurismo tachirense enconados con Castro, invada a nuestra patria, lo cual hace por Ureña. Arrasa violentamente esta población, lo mismo que a San Antonio del Táchira, a donde se dirige en la búsqueda del camino hacia San Cristóbal. Avanza y acampa en las alturas de Zorca, a pocos kilómetros de la capital tachirense. Allí combina con los generales Albiem Cote, Pulido, Canal y Berti, los comandantes del ejército colombiano, la acción para tomar a San Cristóbal, sin saber -claro está- que se va a encontrar, a pesar de la superioridad de su fuerza, con la respuesta dura, soberana y denonada de un pueblo enardecido por el desaguisado de la nación vecina en la locura de Rangel Garbiras, pues hay que entender que si el Gobierno colombiano estaba molesto y ofendido por la jaquetonería del quisquilloso Cabito, debía obrar en forma diferente y no agredir con tropas suyas la soberanía venezolana o pelear de frente a Castro, quien es culpable por la provocación. Menos mal que el asunto no pasó de la invasión y el fracaso del ejército regular colombiano, y pudo evitarse una guerra innecesaria entre ambas naciones.

(1) Enrique Bernardo Núñez. El Hombre de la Levita Gris.

En San Cristóbal se pueden reunir 3.000 hombres comandados por el General Celestino Castro, a quien secundan los generarel Abel y Gumersindo Parada, Aniceto Cubillán, Francisco Antonio Colmenares Pacheco, Eulogio Moros, Adolfo Méndez, Juan Alberto Ramírez, Justo P. Mora, Segundo Lamus, Rosendo Medina, Román Moreno, Ceferino Castillo, Froilán Prato, Pedro Murillo, Manuel Angulo, Rubén Cárdenas, Teófilo Velasco, Eustoquio Gómez y Maximiano Casanova y otros oficiales. Se ha dicho, y así lo afirman algunos escritores colombianos (es de suponer que del Partido Conservador), que el General Rafael Uribe-Uribe dirigió a los venezolanos, lo cual no es verdad, pues fueron artífices de la defensa de San Cristóbal los generales Rosendo Medina, Pedro Murillo y Román Moreno, tal como lo testimonia con toda seriedad y documentación nuestro valioso historiador doctor José Abel Montilla, autor del denso libro "Fermín Entrena", el cual todo venezolano debe leer y así entender lo que es el Táchira y como fue la Revolución Liberal Restauradora. Pero es el General Román Moreno quien como Jefe del Estado Mayor del Ejército de Voluntarios, resume con su valor y su táctica la decisión del ejército que derrota a la fuerza de línea colombiana y renueva el prestigio de la bizarría regional. El General Uribe-Uribe no hizo otra cosa que ofrecerse para cualquier emergencia que hiciese indispensable su presencia y permanecer en una actitud digna de su prestigio y de su influyente personalidad. Con 115 compatriotas suyos recorrió el sur de la ciudad, en la quebrada La Bermeja, acompañado de los oficiales colombianos Justo P. Nora y Segundo Lamus, donde no fue atacado. Hizo nua inspección personal también al norte de la ciudad, con oficiales venezolanos y sin tropas, tal como lo atestigua uno de los actores de esta acción, el General José Antonio Baldó.

Iniciado el combate de San Cristóbal o más propiamente de La Parada -por ser éste el sitio aledaño, cerca del Cementerio Municipal, en la actual confluencia de las Avenidas Libertador y Cuatricentenario, en la Redoma del Educador, y donde hace una década hubo una pared inmediata al árbol alli conservado como ornamento vegetal del Centro Comercial "El Samán", con una cruz de madera indicadora del lugar donde cayó muerto el General Rosendo Medina, padre del Presidente Medina Angarita, y donde se efectuó en encuentro frontal de las fuerzas colombianas con las venezolanas-, en la mañana del viernes 26 de julio de 1901, y el cual ganan bravamente los nativos -pues ningún tachirense da un paso atrás- después de veintiseis horas de resuelta pelea. Rangel Garbiras, con sus 6.000 soldados colombianos y su gente -en total 7.000 hombres según Montilla- y con la pérdida de 800 hombres, armas

y banderas, debe retornar a su ostracismo con el alma encendida de remordimiento porque la sangre derramada no solamente ha sido inútil sino innoble en el propósito de dos gobiernos provocadores entre pueblos hermanos (1).

El Táchira da otra vez su cuota de infructuoso sacrificio y ve morir, como varón ejemplar, al pundonoroso General Rosendo Medina y a los coroneles Celestino y Miguel Velasco y Jesús Nieto, al Capitán Pedro Bustamante y 350 patriotas más. En silencio hubo de tolerar las consecuencias de dos invasiones, así como alienta después a las que llegaron por las lomas y los páramos. Castro, por supuesto, robustece su poder y algunos tachirenses más van a rumiar su inconformidad.

Años más tarde, cuando ya el poder es un sueño desesperado en la memoria y la actitud de Cipriano Castro, el nacionalista, el militar y el integrador de una hora perdida, es el "ácido" tachirense Pedro María Morantes quien con sus libros "Los Felicitadores" (1910), "Cuatro años de mi cartera" (1911), "Panfleto Amarillo" (1911), "Panfleto Azul" (1912), "Panfleto Rojo" (1913) y "Puñado de Guijarros" (1914), condena mordazmente a las dictaduras y al paisano que no supo traducir en bienes permanentes el mensaje de su tierra, y a cuantos en Venezuela ensalzan la vivacidad del "héroe invicto" o sea al "hombrecito de Capacho-Viejo, a quien la vilezade una nación enferma y decaída presentará de-

---

(1) En el Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, cuyos epígrafes de cada sección son escritos por el historiador y escritor tachirense Dr. Ramón J. Velásquez, encontramos en sus números 35 y 36 la alocución del General Cipriano Castro con motivo de la invasión del Dr. Carlos Rangel Garbiras, Jefe del Partido Nacionalista (Conservador) en el occidente venezolano, con efectivos del ejército colombiano y apoyo del gobierno conservador de la República vecina. Igualmente el Boletín Oficial del Jefe de Estado Mayor del improvisado ejército tachirense, General Román Moreno, en el cual podemos precisar los nombres, las acciones y la brillante valentía de cuantos fueron artífices del éxito para no permitir la quiebra de la soberanía nacional en momentos en que la soberbia del Cabito y la aventura de un venezolano ilustre en trance menguado provocan un cisma internacional que, para bien del sereno respeto de dos naciones amigas, no pasó del despropósito y, claro está, permitió ratificar la moral y la lección permanentes de la concencia venezolana. Ambos documentos, la alocución y el Boletín del Jefe de Estado Mayor, como el epígrafe del Boletín del Archivo de Miraflores, los incluimos en el Apéndice de este libro, cuya importancia huelga comentar.

finitivamente ante la historia con la importancia decisiva de un factor de la evolución", según lo expresa José Rafael Pocaterra.

Pedro María Morantes, el cáustico abogado convertido en Pío Gil, va a provocar el espejismo de la negación a una tierra donde se entiende su amargura como un complejo de soledad y de dolor por la vida dura de misántropo en un París alejado de su mundo interior y, sin determinarlo intencional o personalmente, da ocasión a los negadores gratuitos para, al ensalzar su obra, herir a la región nativa de Castro y suya. Todos los panfletos del intelectual Pío Gil, singularmente su célebre libro con intención de novela "El Cabito", trata de ahondar en el sistema impopular implantado y sostenido por el paisano ya ulcerado y moribundo para satisfacción de los antiguos aduladores que como "bufones cínicos" -llamados así por Mariano Picón Salas- y de quienes escúndanse en la crítica del viajero solitario del "Guadalupe", para denigrar de un pueblo que sí tuvo y tiene altas y dignas ejecutorias históricas (1).

Conviene advertir que Pedro María Morantes tuvo en el Táchira una actitud solidaria con el Partido Conservador o Nacionalista, en 1897, lo cual desagradó al General Cipriano Castro. Es porque Morantes, como redactor del periódico "El Eco de Occidente", no quiso propiciar -igual actitud tuvo Abel Santos- un rompimiento con Juan Bautista Araujo, para ese momento del conservatismo cordillerano y personero "de los intereses políticos del Presidente Crespo". Castro, desde su asilo en Cúcuta, era quien orientaba "la línea política" del nombrado periódico. Por ello la actitud de los dos jóvenes redactores identificados con el Partido Azul no le satisfizo. Pero hay algo más. Un historiador tachirense ha insinuado al autor de este libro que Morantes, a su vez, forjó resentimiento contra Castro en razón de que éste lo tuvo preso -cuando ejerció el poder regional por haber cometido algún abuso con dos muchachas sancristobalenses. Desde luego esto último es una conjetura aún sin la confirmación debida. Sea lo que fuese, en el ánimo

---

(1) El humanista Mariano Picón Salas, quien estuvo asilado en Chile -no por razones políticas-, no ahondó, lamentablemente, en la realidad tachirense. Por eso en su libro "Los días de Ciprano Castro" -que le valió el Premio Nacional de Literatura- considera a nuestra tierra tachirense como de pobres ejecutorias históricas. Es el mismo caso de la mayoría de nuestros historiadores, ensayistas y escritores, que no se han detenido a estudiar y menos a investigar la trayectoria histórica y cultural del Táchira.

de los dos personajes de la historia y la literatura nacionales, es decir, entre el integrador de la provincia venezolana a la política del país y el creador de una repulsa incisiva a las dictaduras, queda fijo el cobro de una cuenta que no puede precisarse quien ha de reconocerla a la luz de la verdad, pues el bien y el mal andan siempre parejos en esa carrera de las ambiciones y de los rescoldos de la humanidad. Hay hechos que favorecen a Castro y otros que lo condenan. A Morantes también se le alaba por sus ejecutorias como escritor y como escrutador de los arcanos de una hora escabrosa y obscura para Venezuela e igualmente se le critica por no haber adversado al dictador en su momento de jaquetona conducta, como si lo hicieron, por ejemplo, el Dr. Carlos León y el irreductible y sacrificado General Paredes.

En todo caso la actitud de Pedro María Morantes, escudado en su célebre pseudónimo de Pío Gil, el ácido escritor de una Venezuela perdida en la turbulencia de su destino por las dictaduras agobiadoras a lo largo de las hegemonías con férula de varias maderas regionales y metropolitana antes de la andina, pudo quedar como alerta y como crítica cierta, aguda y sin cartel a los desgobiernos de nuestro subdesarrollado país. Es porque, como lo califica acertadamente Ramón J. Velásquez, sus libros "se salvan por constituir testimonio de una época dolorosa de nuestra historia política y social, por el vigor de sus denuncias, por su sincera pasión purificadora. En ningún momento Pío Gil se creyó historiador y nunca reclamó para su tarea el calificativo de ecuánime. Era el acusador de malos gobiernos y el caricaturista de una época". Por lo mismo el General Juan Vicente Gómez, al saber en 1910 quien era Pío Gil, instruye a su Ministro de Relaciones Exteriores Manuel Antonio Matos -el gran derrotado por el gran militar Cipriano Castro- para destituir a Pedro María Morantes del cargo de Cónsul de Venezuela en Amsterdam. Años antes Rafael López Baralt, Jefe de la Misión diplomática para el arreglo de límites con Colombia, lo hace destituir también como Secretario de dicha Misión. La vida del tachirense Pedro María Morantes fue siempre un conflicto. Desde sus días de estudiante hubo de sufrir las consecuencias de la pobreza y posteriormente las del destino.

En la hora de la grandeza de Castro es el rubiense Pablo María Pulido Rubio quien le demanda su compromiso con Venezuela y con el pensamiento de la revolución del 23 de mayo de 1899. Caído Castro debe aceptar la quemante crítica de Pío Gil, errabundo en la lejanía de su atormentado exilio.

Es distinta la conducta de los dos tachirenses que amargan

la jactancia o la miel del poder y el supurado riñón de Castro. Es porque las razones también son distintas entre un Pablo María Pulido, digno y valiente, y un Pedro María Morantes atormentado por la pesantez de su sino y a la vez sobrecogido espiritualmente por el extravío de una revolución que pone a Venezuela en el camino de una nueva incertidumbre. Por lo mismo viaja a la capital francesa, en el vapor que también va Castro en solicitud de la ciencia para curar su mal, a incendiar la conciencia de la indiferencia colectiva o de los responsables de la desviación revolucionaria, en la creencia, acaso, de no permitir -o al menos advertir- otra fatiga a su pueblo.

Sin embargo, con la defensa de la libertad, en la voz de Pablo María Pulido Rubio y de Pedro María Morantes y la pragmática intención de Emilio Fernández, el Táchira prosigue su evolución histórica.

EN LA HORA TENEBROSA

CAPITULO XVI

Cuando el General Juan Vicente Gómez asciende al poder, como resultado del golpe de mano que sus aúlicos le preparan el 19 de diciembre de 1908, para así dar al traste con la influencia de su compadre el General Cipriano Castro, ahora viajero y enfermo, el país nacional se muestra conforme y esperanzado pues confía en el mejor tratamiento social, político y económico, sin sospechar en el sólo cambio del hombre en la Casa Amarilla y en el del denominador restauración por el de rehabilitación, y la nueva y absoluta usurpación del poder público. Es porque detrás de los bastidores de la intriga y de la conveniencia personalista y adulona se se han movilizado ocultas fuerzas que juzgan a Gómez como el intonso mandón que les ha de proporcionar todas las ventajas de la política, porque solamente será una figura decorativa o un títere comodón cargado de campechanía rural, lo que indirectamente logran en lo que respecta al cuido policial de sus intereses y de sus tradicionales privilegios oligárquicos. A la equivocación, entonces, se suma la entrega y la complacencia para ganar influencia, sin darse cuenta inmediata que es sólo Gómez quien hace y deshace políticamente en la República, con la sonrisa de quienes perplejos entran a loar al gomecismo ya entronizado, en Miraflores primero y después en Maracay, sin un alarde de escrúpulo porque logreros e intelectuales se apuran en minar la fe de la nación. Aquel cazurro campesino, dotado de una inteligencia natural y sagaz, se echa prontamente en el bolsillo de la guerrera que más que nunca ha de quitarse, a grandes y pequeños caudillos y politiqueros. Por ello en la alocución que le hacen los turiferarios y los pescadores en río revuelto aquel decisivo 19 de diciembre, se afirma que Venezuela ha logrado "una evolución dentro de la situación", aún cuando la realidad es clara: se ha solidificado la tiranía dentro de la dictadura.

Si en verdad tachirenses rodean a Juan Vicente Gómez y sirven de sustentación a su régimen, con los nativos de otras regiones, acaso mayormente influyentes que los nuestros, y la abrumadora mayoría de los intelectuales del país, también es verdad que es el Táchira la provincia más castigada por la dictadura gomecista y al mismo tiempo la sacrificada en bien de Venezuela al combatirla en diversas oportunidades y desde distintos ángulos, co-

mo puede comprobarse fácilmente. Ya vimos como lo hizo con Castro.

Al comenzar el régimen gomecista mayoritariamente los tachirenses se muestran en desacuerdo con él. No lo hacen con simples posturas, pues lo hostigan con guerrillas e invasiones, y muchos van a la cárcel y al destierro o se mantienen al margen de la baraunda de las aclamaciones o de las renovadas manifestaciones escritas y públicas. El porcentaje de adhesión es mínimo. Hay dos tachirenses que van al exilio al poco tiempo de instaurado dicho régimen, y llevan en el alma el dolor de una patria convertida en bandera desteñida. Su fe y su disciplina revolucionarias les impulsa el deseo de buscar los medios para dar cuerpo a esa fe y a esa disciplina. Tales tachirenses son los generales Régulo L. Olivares y Juan Pablo Peñaloza, figuras señeras -con el General Espíritu Santo Morales que igualmente se asila después- de un Partido Liberal sin la voracidad ni el compadrazgo oligárquico del que, en escala nacional y con ese otro conservador o nacionalista, se había detenido a agostar los ideales federalistas y los de la democracia formal, al no mantener las normas de sus fndadores y de la doctrina propugnadora del fortalecimiento de la nacionalidad y de la libertad, así como la justa aplicación e interpretación de las leyes. El primero de estos tachirenses se mantuvo todo el tiempo del mandato de Gómez en el destierro y en contacto con otros venezolanos para ver la manera de derrocar al dictador, aún cuando nunca invadió a Venezuela ni tuvo una acción resuelta para hacerlo, pues cuando se le presentó la oportunidad hubo de desencantarse con la ambición del General Román Delgado Chalbaud, quien antes de la invasión del Falke insistió en ser él Presidente de la República, porque según Olivares lo importante era tumbar a Gómez y luego escoger al hombre capaz y honesto para reemplazarlo. En cambio el segundo si mantiene en jaque al gomecismo al invadir tres veces por el Táchira hasta caer preso en 1931, y morir en el Castillo de Puerto Cabello. Recuérdese, de paso, el 24 de julio de 1929 cuando la recientemente consituída Junta Suprema de Liberación de Venezuela, presidida por el Dr. Santos A. Domínici, lanza un Manifiesto para comprometerce a sustituir el despotismo existente por un régimen de libertad al convocar una Asamblea Constituyente que haga posible el ejercicio democrático en nuestro país. Tal Junta de Liberación designa Director General de la Guerra al General Román Delgado Chalbaud y son baluartes suyos los generales Régulo L. Olivares y Juan Pablo Peñaloza. También lo son los generales Rafael María Carabaño y Francisco Linares Alcántara y otros. El propósito era estimulado por los sucesos de los años inmediatos (27 y 28), pero no pasó de un hermo-

so gesto por derrocar al General Juan Vicente Gómez. Sin embargo Olivares deja huella de su interés y de su buen sentido patriótico. Peñaloza deja también la permanente constancia de su lucidez revolucionaria y continúa preparando la ocasión para invadir, pues su corazón y su alma tienen la llama de tal lucidez.

Otros tachirenses han ido al destierro y en 1925 -cuando Gómez por insinuación de Baptista Galindo concedió la amnistía- vuelven al país y algunos sirven con Gómez a la República. Sin embargo la mayoría de esos tachirenses no regresan. Desde la atalaya de sus esfuerzos y penurias otean el destino que ha de ponerlos cerca del fusil para venir a luchar por el derrumbe del gomecismo o escriben la literatura revolucionaria alimentadora del fuego de la conspiración. Entre otros van a Colombia también los generales Patrocinio y Matías Peñuela y Constantino Pérez, los doctores Abel y Eduardo Santos y miles de familias enteras que igualmente se suman al éxodo cuando el General Eustoquio Gómez desgobierna en el Táchira. Es una caravana interminable y la frontera un camino frecuentado con los mensajes que van y vienen de los más ingeniosos modos y burlan la vigilancia rígida y sin contemplaciones del gomecismo sostenido por la dormida turbulencia de la paz.

Los hermanos Peñuela y los hermanos Santos, con otros desterrados, organizan en el Norte de Santander (Departamento colombiano) un partido político que no sea tributario del que han dejado atrás, a la hora de emigrar, o sea el nacionalista o conservador (langosta o calungo en el argot regional), sino principio renovador del antigomecismo fronterizo. Fundan, pues, el Partido Republicano Demócrata, y estando próxima la reunión del Congreso Nacional Venezolano el 19 de abril de 1919, lanzan una proclama en la cual enfatizan su vehemencia revolucionaria para forjar una nueva conciencia nacional. De la acción partidista pasan a la ofensiva insurreccional y con un ejército improvisado cruzan el río Táchira para hacer una historia que corre en el silencio de la aventura. Vienen unos cuantos venezolanos voluntarios en exilio y otros tantos reclutados -algunos colombianos- bajo el señuelo de proventos y galones una vez ganada la acción. Son los militares y los militantes del conservatismo regional disgregados los que invaden con un grupo de aguerridos oficiales ya experimentados en comandar montoneras impetuosas, pues los civiles de alto coturno se quedan en la retaguardia de su solvencia moral para el momento de actuar cívicamente.

El 22 de marzo de ese año de 1919, ya el General Eustoquio Gómez, en carta que corre inserta en el Nº 31 del Boletín del Ar-

chivo de Miraflores, informa a su primo el General Juan Vicente Gomez, que los asilados -sin determinar su ideología, aún cuando en carta del 8 de marzo del mismo año menciona al Dr. Abel Santos, amigo personal del dicho don Juan Vicente, como elemento propiciador de desequilibrios- se preparan para invadir a Venezuela, pues se les ve en actividad y algunos oficiales reparten dinero y, además, conocidos revolucionarios se han ido a Colombia a engrosar las filas invasoras. Entre éstos nombra a los hermanos Manuel y Evaristo Valero, de Santa Ana. Es porque fue costumbre, en la época gomecista, el que al prepararse alguna invasión a Venezuela, muchos comprometidos o descontentos en el Táchira viajasen también a Cúcuta a impulsar o estimular en toda forma el empeño antigomecista. También fue usual el que muchos señalados como antigobiernistas se pusiesen a salvo de la búsqueda oficial, o sea se enconchasen, es decir, se escondiesen bajo el cobijo del alma palpitante de la revolución en potencia del campesino tachirense, mientras pasaba la vigilancia tenaz y ensañada del clan **eustoquiero.**

Aparece, pues, el ejército invasor por los lados de Altogrande y Buenavista, frente a la aldea Las Dantas, donde ha de quedarse defensivamente porque la gente del gobierno, avisada rápidamente, sale de Rubio al mando del General Benicio Jiménez, a atacarlo. Comprende su jefe el General Matías Peñuela -pues su hermano el también General Patrocinio Peñuela no puede venir, por enfermedad-, que no puede avanzar y de acuerdo con el General Constantino Pérez -subjefe del movimiento- y sus bravos oficiales, opta por una estrategia o sea la de dejar fijadas las banderas en el cerro que le sirve de defensa y replegarse por la estribación suroeste hacia San Antonio del Táchira. Allí entraba combate con las fuerzas del Gobierno el día 30 de abril del referido año de 1919. Este combate lo ganan y lo pierden los invasores porque avanzan victoriosos y cierran practicamente la acción a las fuerzas gobiernistas comandadas por el General Manuel Rugeles, el cual muere al atacar denonadamente a los invasores, pues la refriega tiene caracteres heróicos por el empeño de atacar y de defender a la dictadura. Tal muerte desmoraliza a los gobiernistas, pero una mala actitud del Coronel Jesús María Matamoros, llamado el cojo por faltarle una pierna y con mucho renombre en la frontera, hace perder el último esfuerzo de los revolucionarios. Es porque Matamoros debía asaltar la Aduana Nacional en un movimiento combinado de tijera y en vez de hacerlo así se replegó hacia el cementerio de la ciudad, con intenciones no sabidas, y cuando regresó, ya repuesto el ejército defensor de San Antonio al mando del valeroso General Falcón, ve repasar el río Táchira al General

Peñuela y su gente -quienes carecían de municiones-, y ataca solo al rehecho ejército en un intento de ganar la pelea ya concluída, y es derrotado por Falcón.

Hay que advertir que en este combate del 30 de abril de 1919, cuyo recuerdo está aún en la mente de muchos ya ancianos testigos, fue temerario el valor de los invasores. Gregorio Arciniegas y Arturo Briceño, entre otros, fueron fantasmas veloces sobre una población en suspenso por algo no presentido ni presenciado en forma tal desde el año 1813, cuando el heroismo inerme era castigado por el sanguinario Bartolomé Lizón. A no ser por la actitud o traición (?) del Coronel Matamoros, la invasión habría proporcionado ventaja al avance sobre el Táchira, donde la gente de los campos y de los pueblos estaban siempre dispuestas a respaldar todo movimiento subversivo contra Gómez. El primer error de los invasores -creemos nosotros- estuvo en adentrarse por Buenavista buscando la caída, tal vez, a Rubio, de donde era oriundo su jefe, y allí apertrecharse y seguir a San Cristóbal, en la búsqueda de un mayor y decisivo fortalecimiento con hombres y armas, cuando han debido entrar directamente a San Antonio y al tomar tan importante plaza y moralmente enaltecer la invasión, avanzar a Capacho y entonces si caerle a San Cristóbal. Otro error es el no haber combinado con Peñaloza y Olivares y los liberales asilados -que eran la mayoría de la población de la Venezuela peregrina- una acción de envergadura. Naturalmente era difícil avenir a quienes doctrinaria, personal y políticamente seguían distanciados, aún en el destierro. No comprendieron estos bien intencionados tachirenses que no era la ventaja partidista lo que se buscaba sino la libertad de la patria. Lástima de esfuerzos!

El combate del 30 de abril, pues, quedó como un episodio. Eso sí, con la comprobación de la rebeldía de la región occidental al hacer rebotar en la propia cara del león que tenía bajo sus garras a Venezuela, la dignidad defendida con sangre.

Pocos días antes -el 24 de abril- el Táchira había sido espectador intranquilo del atentado contra el General Eustoquio Gómez, sujetador de voluntades pero no de conciencias. Sus desmanes crecían junto al respeto a la propiedad de las personas, o sea que al lado de la dureza había un pueblo incapaz del bochinche, el robo, el crímen o el abuso, aún cuando en tal manera de ser influía más la tradición de honradez y seriedad que el miedo al tirano. El parque Sucre -don Eustoquio siempre admiró al "blanco Mariscal de las espadas" y por eso le dió su nombre a la antigua plaza San Sebastián, así como años después construyó el bello parque Ayacucho de Barquisimeto- era el silencio mismo de una capital

entumecida y allí estaba altivo, elegante y dominador Eustoquio Gómez o don Eustoquio, como siempre lo llamó el pueblo. Acorralaba al Táchira y lo sujetaba a su temeraria prepotencia de tirano como dimensión cabalística para el espanto. Pero el Táchira no le temía. Solamente esperaba un instante propicio para asustar, siquiera, su carácter impetuoso, dictatorial, tenebroso. Por eso una mañana en que este corajudo pariente de don Juan Vicente iba hacia el sur del Estado a inspeccionar un posible aeropuerto en el lugar llamado Santo Domingo (1), por la carretera que él mismo había trazado, en el lugar denominado "La Palmita", una tarea de leña colocada en la vía por donde va le avisa el peligro inmediato. Ordena rápidamente retroceder y colocar el vehículo automotor que lo conduce a un lado de la carretera, un poco distante del preparado obstáculo. Esto desconcierta a los asaltantes escondidos en unos árboles, porque confían en que su presunta víctima forzosamente se parará junto al dicho obstáculo. Sin embargo disparan sus armas y logran herir una mano a don Eustoquio (de la cual pierde un dedo) e inutilizar al conductor del vehículo. Don Eustoquio, no obstante la sorpresa y el nerviosismo momentáneo, sale a guarecerse detrás de su automóvil y se enfrenta con temible valor a los asaltantes adentrados en desbandada en la zona rural que los protege, sin poder quitar al Táchira el dolor y el llanto que lo asediaban en aquellos días de su angustia. Entonces los Prato, los Salas y los Saladini, junto con los asaltantes, temen por sus vidas asi como los vecinos que oyen y ven los disparos y la sangre cuando ruge la rabia del hombre que tiraniza a un pueblo inerme.

Los asaltantes de "La Palmita" no alcanzan el éxito que si obtuvieron los de Michelena, cuando un día neblinoso llegan a la Jefatura Civil unos parameros de ruana, valor y audacia con un ataúd y lo colocan en el zaguán de la casa ocupada por el dicho Despacho oficial, mientras el Secretario expide el certificado de defunción de un muerto que iba a ser el mismo Jefe Civil ((2). pues al disponerse el funcionario aludido a tomar los datos correspondientes que le daba uno de los presuntos dolientes del fallecido simulado, los acompañantes destapan el ataúd y sacan las esco-

---

(1) Allí existe ahora una base aérea pero, asimismo, el aeródromo presta también servicio a la aviación civil y comercial.

(2) Antonio Quintero García, admirado cuentista, escribió el relato "El Coronel Morejón", para narrar el heroismo paramero, a propósito del asalto a Michelena.

petas de uso doméstico y de una vez hacen una descarga al bravo Coronel Mogollón, uno de los lugartenientes de don Eustoquio, sin que los atemorizados policías de la prevención tuviesen tiempo de reaccionar por el tremendo susto recibido. El intrépido Coronel trata de ganar el fondo del inmueble -disparando su revólver mientras corre- pero al trepar la pared que da a la calle, otra descarga concluye -transitoriamente- con el mando gomecista en el lugar donde la revolución es permanente. Los arriesgados parameros comandados por Rafael Moncada, entre quienes está Reinaldo Flores -después hombre temerario y conciliador del Zumbador donde crece su leyenda-, se pierden por el camino lleno de nubes y de alcores, y la población respira libremente en la soledad de su satisfacción.

Posteriormente al asalto de "La Palmita", don Eustoquio va a temperar a San Antonio del Táchira, porque el rural balneario de Aguas Calientes le queda cerca. Su salud y su tranquilidad -por estar San Antonio guarnecido militarmente- requieren reposición. La herida de su mano le exige convalecencia no por el dolor físico sino por el moral. Es alma apenada por la ofensa al poder y al valor de los Gómez.

Juan Pablo Peñaloza es un revolucionario insistente y considera oportuna otra invasión suya. Al frente de la plaza de San Cristóbal está Simón Gómez, hermano de don Eustoquio. Cree conveniente el romántico y decidido liberal aprovechar tal circunstancia para invadir. Así lo hace por los atajos favorecedores de una marcha sigilosa hasta el páramo del Zumbador, donde el liberalismo tachirense le da en toda ocasión su resuelto apoyo. Al acampar destaca al Coronel Roberto Fossi, con un piquete, a fin de indagar la situación de San Cristóbal, pues su plan comprende atacar la fuerza nacional y tomar el parque alemán que ésta tiene y hacerse fuerte en la capital tachirense. Fossi no procede tal como se le ordena sino realiza un asalto a la casa de Evaristo Gómez, otro hermano de don Eustoquio, ubicada en la esquina de la Carrera 11 con la Calle 11, para ultimarlo y así crear una confusión favorable al avance pañalocista. Pero el asalto es contraproducente. Evaristo es herido solamente porque sus secuaces repelen la feroz acometida. Fossi y los suyos -con excepción de dos asaltantes- pueden escapar. Simón Gómez no cabe en su soberbia y ordena una búsqueda afanosa y espeluznante de quienes han osado achicar el machismo del clan eustoquiero. En Zorca es detenido Francisco Gómez, un carpintero de nacionalidad colombiana que andaba herido. Veinticuatro horas más tarde es descubierto Gabriel Chacón, un venezolano valentón y confiado que, también herido, permanece en el sótano de la casa de Evaristo y el cual no se ha desangrado mucho en razón de haber cal en la misma habi-

tación donde se ha escondido. La narración de este truculento acontecimiento la hemos hecho en nuestro libro "Estampas de La Villa", publicado en 1961 (1) con motivo del cuatricentenario de la fundación de la ciudad de San Cristóbal, bajo el título de "Los Ahorcados en Pirineos". Es una crónica en la cual pretendemos recoger la monstruosa realidad del insuceso en el cual está presente el sadismo de Simón Gómez y la característica inhumana del ejecutor de apellido Quiróz. Horacio Cárdenas, notable cuentista tachirense, escribió un extraordinario cuento para antológicamente fijar en la historia la tragedia pretérita de la hoy magnífica Urbanización Pirineos.

Debemos hacer mención, asimismo, en este recorrido doloroso de la viril actitud tachirense frente al gomecismo, del alzamiento de los presos en la Cárcel Pública de San Cristóbal pero sacados a trabajar -como siempre- en la quebrada "La Bermeja", una tarde de carnaval. Cerca de La Potrera sacaban arena para su utilización en los trabajos del Hospital Vargas -entre Avenida Carabobo y la Calle 16-, y cansados de los azotes y vejámenes recibidos al no rendir sobrehumanamente en su forzado trabajo, con sus picos, palas, barretones y canaletes arremetieron contra sus guardianes, con el propósito de liberarse; pero éstos protegidos por su valor, sus machetes y armas de fuego, sometieron a los alzados que, ese día, fueron peormente flagelados por la soldadesca, y lasos y torturados por el plan de machete hubieron de formar fila y mantenerla sin esguinces, pues al no estar erectos eran obligados a hacerlo con el filo de los machetes. Esa tarde de carnaval se arrugó el ario rostro de Eustoquio Gómez, quien tanto gustaba del lucimiento de las carnestolendas, e irritarse por la falta de respeto a su terrorífica autoridad.

Ese fue el Táchira en la era gomecista: un pueblo rebelde y fustigado como el que más, porque no hay que olvidar, tampoco, el incendio de Pregonero con el cual los esbirros eustoquieros, en cierto modo controlados por los merideños llegados por la vía de Guaraque, cegaron vidas e intereses en una región permanentemente revolucionaria y donde las mujeres, en aluvión de hermoso gesto de bravura animaron -como las de San Antonio del Táchira a los comuneros de 1781- a los hombres a apretarse los pantalones y si éstos no eran capaces de hacerlos respetar, en la salvaje andanada de asaltos y nubes incendiarias, tomar éllas su puesto. Malquerida y olvidada por el gobierno la región uribantina atesoraba su indocilidad en la entereza digna de sus gentes y hosti-

(1) En 1977 segunda edición de "Ediciones de la Presidencia de la República".

gaba a cuantos la amenazaban con las bayonetas y los machetes denigrantes. Esta rebelión pregonerense provocó la ira eustoquiera. En telegrama en clave sui géneris, pues para indicar la candela que había de envolver al Distrito Uribante, en palabra epigramática lo ordenó, es decir, con el simple nombre de Candelario. Pero en las pavesas de la varonía uribantina recrudeció el fervor revolucionario y la devoción por el credo liberal peñalocista.

A Pregonero, a La Grita, a Rubio, a San Antonio, a Colón, a Michelena y El Zumbador y todos los pueblos liberales que tenían a Peñaloza como el mensaje de un día mejor, seguía Táriba, especialmente sus campos, donde el hombre y la mujer se escudaban en el atraso de sus intransitables vías para evadir la iracundia del más terrible y valiente de los gomecistas: don Eustoquio. Por eso el Táchira se despoblaba, se desangraba en el asilo y en la vigilia. Don Eustoquio mantenía su implacable política de tierra arrasada para eliminar a los indomables enemigos del Gobierno. De ahí otra de sus órdenes criminales en la zona rural de Mesa del Tigre, donde estaban protegidos por el olvido del progreso y por donde pasaban los revolucionarios del silencio: "Que se quemen las casas que hay y arrasen las huertas y no dejen trabajar a nadie para que así tengan que salirse de esos lugares". Esta orden de Eustoquio Gómez, como el incendio de Pregonero, como la persecución en los páramos y montañas, como después el latifundio y el monopolio en pueblos y campos -Rubio con el asedio económico- impulsa el éxodo de las veinte mil familias tachirenses cercadas por la férrea voluntad del compadrazgo gomecista regional inventando almanacaos (1) para quienes se rebelaran a esa voluntad. Emigraron a Colombia como único recurso de huir a las represalias de un clan haciendo de las suyas en campos y pueblos. Era cuando declinaba la recia economía de Rubio y los cafetos se empobrecían por la falta de braceros, mas la recluta indiscriminada los obligaba a huir, y de las ideas impuestas como clavos veiatorios, y donde posteriormente se formó -en la recesión de 1932 en adelante- el gran latifundio gomecista; cuando la sufrida Lobatera y la vertical Michelena y los pueblos de Ayacucho, Jáuregui y Cárdenas, y todas las tierras liberales como las de Bolívar y Junín, en peregrinaje de sombra y persecución, por no tolerar las tropelías, debían **coger el monte**, según el argot popular, y luego pasar la frontera y ponerse a salvo. Fueron, en su mayoría, familias li-

---

(1) Almanacao (de Almanaque) es una palabra inventada por Eustoquio Gómez e indica un año de prisión para el enemigo. Y así como inventó Candelario para indicar candela, también inventó los nombres de Roberto *y de* Mateo, *para significar robo y muerte.*

berales a las cuales el gobierno hizo imposible el vivir y que, al producirse la amnistía de 1925, prefirieron quedarse en el hermano país fortaleciendo una sangre y una amistad recíprocas, pues quienes mayoritariamente se acogieron a dicha amnistía fueron las familias vinculadas al ya desaparecido partido conservador. En la frontera colombo-venezolana, a pesar de las reticencias en rescoldo y que no tienen razón de ser, hay una tácita aceptación para el intercambio de los desterrados políticos, por encima del derecho de asilo, pues desde remotos años la diáspora de los enconos avienta hacia allá y hacia acá a quienes sostienen y pregonan el derecho a ser libres o el no estar de acuerdo con el gobierno de turno, y ese intercambio le ha correspondido en mayor volúmen a las parcialidades liberales de ambas naciones.

Cuando la boína azul es ya una aventura en el soñar de una generación controvertida y controversial, y el Palenque y el Castillo de Puerto Cabello son el obra y la puerta de sangre en la intimidad de una Reina llorosa ante el silencio -más bien un recuerdo- de la Semana del Estudiante en el año de 1928, por la vía de Capote va al exilio Manuel Antonio Pulido Méndez, el médico rubiense universal en humanismo. Cúcuta es la meta y allí Pulido Méndez es la revolución y la cultura de un Táchira en la espera de imponer nuevamente su espíritu y así no prosiga la equivocada interpretación de su auténtica contextura moral. Por ello abunda en generosa entrega al bien de los desterrados, con su ciencia y con su bolsillo, y, además, funda la "Cruz de Santiago", una organización política que corta los cerros limítrofes con los mensajes que conllevan la añoranza y la influencia de Pablo María Pulido Rubio, el tío-menor de Manuel Antonio. Gran amigo y admirador, el galeno revolucionario, del General Régulo L. Olivares, quien por entonces vive en Bucaramanga, lo impulsa a no desmayar en su deseo de derrocar alguna vez al General Juan Vicente Gómez, y el cual ya en 1924 había querido invadir a Venezuela. La "Cruz de Santiago" es un acicate, y su literatura instigadora a la rebeldía contra la dictadura gomecista, es repartida en las hojas volantes (el autor de este libro lo hizo cuando apenas el pantalón largo estimulaba sus arrestos juveniles) que despiertan en el occidente venezolano la esperanza de un vivir sin el martirio de la tormenta de la sangre y de la cárcel. Hacia 1935 se conjuga la conspiración abierta del General Olivares con los doctores Esteban Gil Borges, Néstor Luis Pérez y Manuel Antonio Pulido Méndez, y hasta se presume que el General Eleazar López Contreras anda en las aspas del molino que alienta la ansiedad de quien, como el último de los nombrados, es activa llama en el valle de Cúcuta donde tiene tanta importancia por su bonhomía, decisión y desprendimien-

to. Todo porque es sabida, en la confidencia revolucionaria, la amistad personal de los Generales López Contreras y Olivares y el doctor Pulido Méndez. Pero cuando Olivares despierta, en ese 1935 cargado de nubarrones desesperantes, instigado por las razones juiciosas y convincentes del doctor Amenodoro Rangel Lamus y el pensamiento luminoso de Manuel Antonio Pulido Méndez, la muerte desbarata la conspiración -como acertadamente lo dice un periodista- porque el General Gómez muere en su propia cama y es llorado por un pueblo incrédulo y perplejo aún por el sopor tiránico. La regionalidad culta y revolucionaria, sin embargo, ha golpeado la conciencia de la Venezuela viajera en el renovar de la responsabilidad para alentar a la Venezuela en agonía.

Acerca de la realidad política de 1935 y la actitud del Táchira en dicho año de agonía y despertar -como exactamente la califica el ilustre abogado y político Amenodoro Rangel Lamus-, debemos anotar la verdadera incidencia del General Régulo L. Olivares, con relación a su permanente anhelo de ver liberado a su país del vitalicio poderío de la **malhechuría.** El nombrado doctor Rangel Lamus, ocupaba un cargo oficial en el Gobierno del Táchira para tal año, estimulado precisamente por el mismo Olivares, como una manera de mantener un enlace serio y responsable a la hora de definir el porvenir venezolano. Ambos tachirenses mantenían correspondencia permanente, de la cual tenía conocimiento el General José Antonio González a la sazón Presidente del Estado Táchira. Por informaciones confidenciales se supo de la enfermedad del General Juan Vicente Gómez a principios del mes de diciembre, por lo cual González insinuó a Rangel Lamus escribir a Olivares a fin de que éste se situara en Pamplona, pues se lo consideraba una garantía en la encrucijada de una guerra civil al fallecer Gómez, a consecuencia de las ambiciones de cuantos aspiraban a perpetuar la situación sojuzgada del país, especialmente de sus familiares y concretamente del General Eustoquio Gómez, quien además de valiente tenía influencia con algunos personeros del régimen imperante. Olivares vino a Cúcuta y de allí llamó a Rangel Lamus. En previsión a una emergencia, el mismo Rangel Lamus, con ese su criterio tan lúcido, propuso al jefe militar de la plaza de San Cristóbal, Coronel José Gabriel Calderón, dar el control del Cuartel capitalino al General José Antonio González, pues así podía este último tener la defensa del Estado y avanzar en el momento oportuno hacia Mérida y Trujillo, llegado el caso. La proposición la hizo Rangel Lamus acompañado del doctor Antonio Pulido Villafañe, Secretario General de Gobierno. Al saber Calderón que a su superior el General Pedro Alcántara Leal no se le permitiría pasar a otra jurisdicción distinta a la de su residencia, en

la ocasión debida, se comprometió a aceptar lo propuesto. Naturalmente no hubo necesidad de llevar a cabo tal previsión, pues el General Juan Vicente Gómez murió el 17 de diciembre del dicho año de 1935.

Al sucederse el deceso del General Gómez, en San Cristóbal se realizan manifestaciones populares el día 20 de diciembre. En la plaza Bolívar se concentran los puños de una libertad antes aherrojada y ahora asustada pero ratificadora de la inconfundible presencia del pueblo nunca doblegado. El doctor Rangel Lamus, con autorización de González, va a la Plaza Bolívar y pone en conocimiento de los manifestantes la venida al Táchira del General Régulo L. Olivares. El día 21, en la mañana, un grupo de profesionales sancristobalenses -los doctores Angel Biaggini, Luis Loreto Hernández, Raúl Soulés Baldó y Elbano Adriani- visita al Presidente del Estado y le expresa su determinación de dirigirse al pueblo de Venezuela a fin de presentarle la renovada responsabilidad tachirense ante la gravedad de las circunstancias nacionales. Ese mismo día sale para Cúcuta el Dr. Rangel Lamus a encontrarse con el General Olivares, a solicitud de este último. Le acompaña el entonces Presbítero Delfin Moncada, otro tachirense antigomecista. La entrada del héroe de Las Pilas se hizo por la vía de Ureña y ya al atardecer estaba en San Cristóbal. Cuando la noche es una apretada sombra, en el Parque Sucre se produce una manifestación como protesta a un gomecismo todavía vigoroso en las raíces populares por la maraña ambiciosa de los hombres atados a los nudos del mando férreo. La obscuridad protege a las balas homicidas, no así a las vidas inermes. En el apuro asustadizo de los defensores de la Casa de los Leones, como es llamada la sede del Gobierno tachirense, algún oficial civil ordena hacer fuego a los manifestantes y dos caen muertos como expiación de una tierra sufrida e incomprendida: Carlos Julio Torres y Luis Silva. La expresión del General José Antonio González, Presidente del Estado, al saber lo ocurrido es la de: "Me han hundido". En verdad, la actitud oficial de González ha sido tolerante, discretamente, al buscar la paz social en una región aún caliente con las llamas de Pregonero, las contramarchas parameras y las lágrimas rubienses al ver sucumbir el fruto de su trabajo de años, pues otro Estado de la República no ha podido hacer y decir lo que el Táchira hizo y dijo, en los días del agobiador gomecismo, con la decisión resuelta de sus hombres, de sus mujeres y de sus estudiantes. Es porque González es un funcionario diferente y tiene a su lado mentalidades cultas, propiciadoras de la intransferencia del poder político a Eustoquio Gómez, llegado el caso de la debacle nacional.

La presencia del General Olivares en el Táchira, pues, alivia

la pesadilla de quienes no creen mucho en el cambio de la situación política venezolana, ya que perduran algunos de los pilares del gomecismo en el control de la cosa pública y disfrutan de la confianza del General López Contreras. Sin embargo, la región se muestra tranquila y espera la hora total de su recuperación. Olivares, por lo tanto, es un paliativo, pues se comprueba más tarde que su senil combatividad no puede imponer ya la confianza que el Táchira y Venezuela tuvieron en él cuando esperaron una invasión suya con el acicate de los asilados y de cuantos acá del río Táchira le sostenían el pedestal de su admiración. Esto es lamentable porque el General Olivares siempre estuvo dentro de la esperanza del pueblo en letargo, desde su rompimiento con Gómez, de quien fue Ministro de Guerra y Marina, y sus andanzas por el Caribe a partir de 1915; y desde cuando en 1924 concibe con Leopoldo Baptista un plan revolucionario al obtener los recursos indispensables al propósito de realizar una esperada empresa liberadora, y contar con la presencia y la acción de otros asilados como los doctores Francisco Hermógenes Rivero y Rafael Ernesto López. Todo no pasó de un vapor sin armas y algún dinero disipado luego por la espera. En Norteamérica hubo siempre un grupo de hombres que del exilio hace motivo de trabajo honesto mientras llega la ocasión de convertirlo en grito de redención. De tal grupo podemos mencionar al conocido político y hacendista Rodolfo Rojas, nativo de Rubio, quien con López Bustamante, Jacinto López, Jugo Delgado y otros, da calor e interés al movimiento gestado por el doctor Carlos León. Pero es en 1935 cuando se alcanza un serio plan revolucionario que, como dijimos antes, tiene al General Olivares como el alma de mayor poder psicológico -por haber muerto ya el General Peñaloza-, y en el cual participan los doctores Néstor Luis Pérez y Esteban Gil Borges, como decimos antes, y es motor permanente en Cúcuta quien no ceja en sostener el ideal de la revolución o sea el doctor Manuel Antonio Pulido Méndez. Y es decisivo en la coordinación, con el estímulo y el conocimiento de los factores internos de la política venezolana, el doctor Amenodoro Rangel Lamus, el candidato frustrado del General Isaías Medina Angarita, a la Presidencia de la República, en el año de 1945, cuyas consecuencias asoman como aún latentes. Olivares, pues, es la llama -como Peñaloza el símbolo y la decisión- de un Táchira antigomecista. Sólo que su espada se enmoheció en la pobreza de su vida y en la tradición de una probidad anquilosada por la revolución en agonía de inacción.

Hay algo más en el dolor de la actitud que, como otras tantas vicisitudes nuestras, tachirenses, han olvidado los venezolanos con mala memoria: las infames y tremendas torturas físicas del

Mayor Francisco Angarita Arvelo (1), el militar revolucionario al cual le fue destrozada una pierna al pasar un puente al llegar a la mantuana y atrayente Cumaná, cuando queda atrás un "Falke" apurado en botar unas armas que han podido utilizarse después, y las igualmente infamantes torturas de Argimiro Arellano, otro militar nuestro que con otros tachirenses purgaron su desafecto al gomecismo. Estos militares civilistas se sumaron a la protesta contra la tiranía y pudieron recuperarse, gracias a Dios, cuando ya los grillos eran una masa amorfa e inofensiva en el fondo del mar con la voz admonitiva de Andrés Eloy Blanco y las secuelas del sufrimiento, en órganos vitales, eran el dolor mismo de la tierra tachirense.

Pero volvamos al rastro de Juan Pablo Peñaloza, quien mantiene su lucha con la pobreza de su ilusión peregrina que es luz millonaria para la revolución. Nueve años más tarde de haber repasado la frontera, por la temeridad de un Roberto Fossi deslucido, vuelve a invadir. Ya en 1921 lo había hecho también infructosamente. Es el 2 de abril de 1931. Antes han venido escritos en género, los recados á cuantos le han ofrecido su apoyo e instado a venir. El viento enarbola la esperanza en "La Mulata", donde hay un "parque enterrado", que no aparece. Sin perder el ánimo por tal contratiempo sigue a Lobatera, abandonada por las gentes del gobierno y va a Las Cumbres, donde por segunda vez se le hostiga. Enrumba hacia Michelena y llega por esa vía al Zumbador -fiel baluarte del liberalismo regional- y planea allí la búsqueda de una mejor protección estratégica y de efectivos humanos. Marcha hacia las tierras amigas de Uribante y pasa por Queniquea y La Florida sobrellevando la mudanza del clima y el desconcierto. Las fuerzas gobiernistas le salen al paso, con superioridad numérica, y le cierran la posibilidad de una retirada prudente. Repliégase al Palmar pero la fusilería enemiga le hace imposible todo movimiento. Acampa en San Pedro y busca salida a la aldea Tenegá y luego de un mes de marchas y contramarchas, pues se le cortan todas las vías, desfallecido y desguarnecido, cuando la hemiplegia y los años curtidos por la lucha y la realidad del agotamiento de las reservas físicas, cae prisionero -un oficial de su mismo apellido y de la -según se dice- avanzada del General Arcángel Lupi lo hace preso- el primero de mayo de 1931 en momentos en que tomaba agua en una quebrada de la aldea con sabor aborigen. El telégrafo anuncia al General Juan Vicente Gómez la "captura de los facciosos y la pacificación del Estado" y en los días siguientes San Cristóbal contempla el descubierto automóvil que lleva a la Cárcel Pública

(1) *Fue colgado, con Argimiro Arellano (Capitán), de los testículos.*

entre las Plazas Miranda (1) y 19 de Diciembre, al coloso liberal en el instante de arrear la bandera amarilla de su partido y de su fe, y purgar en un calabozo el deseo de libertad para la Venezuela en soledad. Sin embargo, las gentes que le ven pasar por las calles que él defendió cuando mantuvo el sitio que no permitió la toma de San Cristóbal por el General Cipriano Castro, en 1899, le saludan en silencio de impotencia como un héroe; y, después, en la Sala de Banderas, recibe el apresurado y prudente abrazo de cuantos pueden entrar y tocar sus hombros y sus manos encallecidas por la cólera del reclamo. También lo saludan allí estudiandiantes del Liceo "Simón Bolívar", los mismos que gritan su rebeldía y escriben la prosa y el verso calientes de parabólica protesta, cuando Carlos Rangel Lamus foguea a los aguiluchos para el vuelo alto y largo, como ningunos otros alcanzan a hacerlo. Es una ráfaga de excepción aquella benignidad oficial. Peñaloza es llevado al Castillo de Puerto Cabello y al pasar por Barquisimeto, es Eustoquio Gómez quien le ofrece la condescendencia del paisanaje para un saludo de respeto al caudillo de la revolución. El 17 de junio de 1932 fallece Juan Pablo Peñaloza y se lleva la pena de ver sacrificada a su patria y la devoción de su Táchira y de los miles de liberales desterrados y ahora sin su aliento y de aquellos otros de los ventisqueros y de las lomas que tanto le quisieron. ¡Pero otros vendrán a proseguir su lucha!

Otro mensaje, desgarrado, inútil temporalmente, envía el Táchira a la nación años más tarde. Es el que asoma cuando un militarismo avanzado pero ambicioso y soberbio y un empirismo político-administrativo se enfrentan en la coyuntura de un hacer sin tregua y un sectarismo en huída. Y si la huída se lleva un tiempo a los "bueyes cansados" -indiscutiblemente forjadores con otros de otras tiendas políticas del movimiento popular venezolano pero remisos en el instante de afirmar la consigna democrática de sus luchas-, queda una juventud aflorando en la nueva esperanza política junto al remozar y el profesionalismo de las armas, lamentablemente en divorcio por no existir una filosofía de unidad para el bien colectivo y libre de susceptibilidades personales. Es

---

(1) Esta Plaza se denomina hoy "Juan Maldonado" en honor del fundador de la ciudad y la "19 de Diciembre" es la actual Plaza Urdaneta. Desde el 31 de marzo de 1977 la antigua Plaza Mayor y hoy Juan Maldonado ofrece la majestad de una estatua ecuestre del fundador salmantino, a iniciativa del entonces Gobernador del Estado, Ingeniero Luis Enrique Mogollón, y la Municipalidad sancristobalense, presidida por el abogado Gerson Rodríguez Durán.

cuando "Acción Democrática" va a la desbandada por el discutible golpe del 24 de noviembre de 1948 y algunos viejos dirigentes van al exilio, otros laboran dignamente desde la tarima técnica o profesional y otros, los pobres de siempre, amasan el duro pan de la estrechez. Igualmente otros se quedan para el juego de la politiquería y el negocio en empresas comerciales o de la construcción -que llega a ser la segunda en importancia después del petróleo- o sean los comodones que dan fuerza al refrán de "un tirito al gobierno y otro a la revolución". Del desconcierto surge una juventud moldeada en la fragua de la protesta y también en la del marxismo convertido -en algunos casos- en complaciente imperialismo por la fraseología y dialéctica de quien es aceptado como jefe o líder sagaz de la ideología y partidarismo acciondemocratista. Pero, asimismo, otra juventud recoge el mensaje extraviado y lo trueca en dinámica acción. Así no permite el escamoteo de su fe y de su lucha. Esa juventud toma conciencia y se va a la epopeya de la resistencia, como lo dice Domingo Alberto Rangel, en la búsqueda de un nuevo camino para actuar. Dos baluartes, transformados en firmeza de la más recia revolución, instituyen y sustentan esa conciencia: el tachirense Leonardo Ruíz Pineda y el merideño Alberto Carnevali. Ambos luchan en la clandestinidad, cerebral, varonil y emocionalmente, pero el primero es quien va a fondo en una arremetida de coraje e inteligencia, pues el segundo es hecho preso y una terrible enfermedad le hace sucumbir. Dialoga con civiles y militares y ve caer en la encrucijada a compañeros suyos que llegan del exterior o andan por los afilados caminos de la audacia sumados a la contienda contra la dictadura, muchos de los cuales han sido denunciados por el espionaje gratuito del anonimato dudoso, sin que nadie comprenda o quiera creer en aborrecibles delaciones. Al fin -denunciado también por gentes extrañas al oficialismo, según se dice- cae vencido por la muerte truculenta este Leonardo de la sonrisa abierta a la entrega del sacrificio. Y esa sonrisa, ahora trágica, es una protesta a la soledad de su esfuerzo y también clavel para su apostolado revolucionario. Los que nada hacen por entender lo hermoso y ejemplar de la entrega, acuden presurosos a tomar la bandera abatida en manos de Ruíz Pineda y así especular su valor y su influencia moral. Y nada más.

Leonardo Ruíz Pineda -como Luis Hurtado Higuera y otros tachirenses- es el sacrificado venezolano en la hora del militarismo ad hoc en acción de gobierno pero personificado por el terror y la ofensa a los derechos humanos, de la burguesía llenando los graneros de su holganza. Es el mensaje desgarrado que taladra las sombras de una época enrarecida por el aire del despotismo, pero no inútil como el que viene luego en la injusticia ensañada en Je-

sús María Castro León y en la obscura muerte del Capitán Bernabé Serrano, y tantos más, o como el de la turbulencia de una democracia con guerrillas embravecidas y, por lo mismo, la suspensión de las garantías constitucionales, o como el de los que van a las montañas y a los aledaños a protestar -con razón o sin élla- una política de retaliación y discordia o a evadir o responder a la terrible recomendación de "tirar primero y averiguar después". Pero Leonardo Ruíz Pineda es, como Juan Pablo Peñaloza, el símbolo de dos etapas obscuras del hacer venezolano: el perezjimenismo y el gomecismo.

A grandes rasgos dejamos consignada la actitud tachirense frente a las dictaduras de la zarandeada hegemonía andina. No ha sido una actitud de expectativa o de pasividad. Tampoco los daños recibidos pueden señalarse como una estudiada postura porque, al contrario, son físicos y morales, de vejámen, sangre, dolor, lágrimas, cárcel y destierro. Primero son los Delegados de un Ejecutivo Nacional irresponsable y provocador con la provincia saqueada en sus bienes y en sus vidas pero nunca en sus conciencias. Luego el castrismo olvidadizo y el gomecismo castigador, y después la fobia vengadora con el clima de la discordia y la negación a la libertad. Pero ahí está el Táchira: incomprendido, calumniado, odiado a veces, y sin estudio profundo de sus calidades y virtudes, y de sus aportes históricos, políticos y culturales. Ahí está viril, culto, tolerante, liberal y entero. Su mensaje es leal y de calificada fuerza venezolanista, con su anhelo permanente porque en la patria emancipada por Simón Bolívar podamos vivir en paz, sin rencores y sin retaliaciones, como en la tronchada dimensión humana y civilizada del corto gobierno del tachirense Isaías Medina Angarita.

DESTINO DE UN PUEBLO

CAPITULO XVII

Muchos venezolanos piensan, todavía, que el Táchira es un pueblo de **macheteros** por el "historicismo" de una hegemonía sin garra y sin usufructo propio, y por la visión equivocada del inventado "chacharismo" agresivo cuya raíz puede hallarse en el amasijo de una época circunstancial con levadura venezolana, pues no en balde las mayorías atáronse a la historia (1), y no con el específico testimonio andino. Se desconoce la auténtica trayectoria histórico-política del Táchira, lo cierto de su manera de ser, su responsabilidad, su honestidad, su moral y la calidad humana de sus gentes que es la recomendación misma de su sensibilidad y de su equilibrio mental superiores.

¿Cuál es la razón, entonces, para que el hombre y la mujer tachirenses hayan descollado con brillantez en las ciencias, en las artes, en las letras, en la docencia, en la diplomacia, en el periomismo, en la judicatura, en el sacerdocio, en el militarismo, en la hacienda pública, en la rectoría universitaria, en el deporte, en todas las ramas profesionales y científicas y, desde luego, en la política, la más ingrata de las actividades del hombre?

El egoismo, la envidia, el prejuicio y la mezquindad deben hacer un inventario de la vida espiritual tachirense y convencerse de que su evolución histórica tiene la perdurable robustez de la defensa de la libertad y una calificada influencia que nadie puede negar, pues la amplitud de las ideas y de las acciones son la misión

---

(1)El escritor y poeta Juan Liscano, con criterio venezolanista asienta enfáticamente: "No fue Gómez la causa de la dictadura, sino la consecuencia del mal gobernarse a sí mismo de los veneolanos. Gómez fue una expresión nacional, coherente, profunda y entrañablemente criolla. Era un resultado, en suma, lo traía la historia, no su sola voluntad personal. Poco a poco fue afincándose en el poder, hasta fosilizarse, hasta petrificarse. Y convirtió el deseo de paz, en la paz de los sepulcros". Es claro el concepto y manifiesta la inclinación de la responsabilidad nacional. Por lo que respecta al Táchira éste ve quebrantado su destino agrícola con el hacer histórico de la política, cuando el Estado está a espaldas de su verdad con el consenso de todos.

desinteresada de una conducta integralmente nacionalista, asi como de cordial y generosa tolerancia y hospitalidad por el liberalismo que las inspira.

Con todo, deben superarse los días vividos y del pasado recoger la lección que nos ponga en contacto directo con la realidad existente, y dentro de la Venezuela posible, la del amor universal, vencer los meses y los años de discordia y de atomización de la fe y de la unidad del pueblo. Un examen de conciencia nos hará conocer los errores -muchos y costosos- y la pérdida de oportunidades para la búsqueda del camino de nuestras reivindicaciones y a la vez de la permeable sensibilidad influyente en el crear de la independencia y de la prosperidad nacionales, de lo cual dimos comprobación en el ejercicio de todas las gamas de la actividad pública y privada. Ante todo, y por sobre todo, debe lograrse la unidad tachirense, pues los odios y las pequeñeces de la política y el interés de quienes nos quieren mal han enfermado el alma al no permitir la concordia y el afecto regionales. De aquí el que cada vez que un tachirense surge y triunfa por sus propios méritos, en vez de estimularlo y de señalarlo como ejemplo, búscase anularlo con el más criminal de los desprecios: la indiferencia y la duda, cuando no es la rabiosa envidia de la mediocridad adolorida, de la megalomanía intonsa. Y si cae de alguna posición social o política, y es perseguido por la jauría asustadiza o envalentonada de la aversión o de la aberración, nos complacemos en sumarnos a los negadores, a los inhumanos, y en tirarle las pedradas de nuestra cobardía para así agobiar su angustia y su decepción. Por eso es la hora de reflexionar y de darnos cuenta que intenciones extrañas conmueven el sentimiento de llamarnos hijos de una misma tierra, la cual nos obliga a entrar en razón para no desandar por los atajos de la disensión y a ser responsables con la honra del gentilicio, al acercarnos y comprendernos con viril entrega al amor que robustece la confianza de un Táchira sin grietas de desunión, sin goterones de mezquindad y sin la fobia que corroe la hermandad.

Si ayer hombres nuestros estuvieron en la institución castrense para integrar, fortalecer, regularizar y hacer prosperar la vivencia venezolana, por encima de las lagunas donde el hombre deja las salobres lágrimas de su sacrificio, hoy los nuevos hombres deben vigorizar y tecnificar esa institución, no para acciones que repriman la dignidad humana o para sostener hegemonías provincianas o sectarias, sino como fundamento de una patria admirada y respetada soberanamente, en la cual quepamos los venezolanos y los extranjeros que vengan a sembrar la semilla

del renovar progresista, sin víctimas ni victimarios, sin cárceles ni exilios, sin amenazas ni sobresaltos, sin muertes ni vejámenes, es decir, para definitivamente superar la crisis de gobierno y de democracia y a la vez estabilizar la incorporación de todos en el bien de la libertad política y económica. Por supuesto hay que matar, antes, la hidra del encono y de la retaliación, sin contemplación y sin miedo, de modo que no renazca ninguna de sus cabezas y así podamos estar exentos de vivir con el alma en vilo, amargada y vengativa, o sea cumplir y ampliar la etapa inconclusa con la asonada del 18 de octubre de 1945.

Es obvio reiterar la necesidad de institucionalizar el ejercicio democrático entre los individuos de charreteras y alcanzar su jerarquización humana y cordial con clases y soldados, dentro de la disciplina cada vez más dignificada, y así no sea el halago o el temor sino el decoro lo que prevalezca como principio fundamental en el sostenimiento de la soberanía nacional y la alternabilidad del poder público -con mayorías capaces y uniformadoras y no minorías insuficientes o soberbias-, como conviene a los intereses nacionales y a la práctica del honor y de la hombría venezolanista. Es conveniente, además, la selección rigurosa de las misiones que vengan a orientar, a capacitar o a tecnificar a las fuerzas armadas, y la escogencia de los países para cursos superiores o de Estado Mayor a objeto de que no influyan ideológica o políticamente en la mente de quienes deben ser exclusivamente profesionales de alta contextura moral en todos los órdenes, en una institución vigilante y serena, capaz y honesta en la garantía plena del libre ejercicio republicano, porque sucede algunas veces que por la confusión de ideas o deformaciones psíquicas, partidistas y políticas -la politización cunde en todas las actividades- surgen los ismos encontrados y disolventes que permiten a la oligarquía y a la demagogia el uso y el abuso de sus recursos para implantar el imperialismo o el despotismo hasta con visajes democráticos. Este y no otro es el modo de encontrar el camino perdido en la encrucijada de la incredulidad y de devolver al país la confianza extraviada. Y el propósito debe ir más allá: no caer nuevamente en la trampa de las camarillas ni tampoco enredarse en las faldas insinuadas por el servilismo, porque así conviene a la calculada conveniencia. Procede igualmente intensificar la superación intelectual por medio de la identidad universitaria o politécnica y una mayor defensa institucional de los derechos para no depender de la política cuando los ascensos deben llegar por servicios, méritos y la fuerza moral de una vida consagrada racional y cabalmente a la defensa de la soberanía y al sostenimiento del régimen democrático. Procediendo así, militares y civiles estarán solidarizados

con la estabilidad institucional y el determinismo fecundo de la voluntad comicial del pueblo para la definitiva alternabilidad de los poderes, sin pasiones, sin fraudes, sin presiones, sin ventajas, sin golpes, sin minorías engreídas o mayorías soberbias, pues Venezuela está llamada a grandes destinos si con la gloria de su independencia política asegura su independencia económica y el triunfo concluyente de sus instituciones y la reinversión progresiva y nacionalista de sus riquezas subyacentes.

Si el 18 de octubre de 1945 el Táchira anduvo en la sombra de una inquina cargada de malos presagios, de afrentas gratuitas -como en 1936- y de culpabilidad inventadas por quienes de la noche a la mañana se volvieron a convertir en enemigos del andinismo -ya lo eran con razón o sin élla, calladamente-, ahora debe reclamar, como partícipe en la forja del alma nacional, su derecho a participar en la formación del mejor destino del país y a decir a Venezuela la diafanidad de su mensaje de buena voluntad, sin titubeos y sin ambiciones bastardas, como ayer y como siempre. Y si se le niega su intervención sana, imparcial y justa en favor de un Estado digno, respetado y vigoroso, debe unir a sus hombres y sus mujeres para la obra recuperadora política, social y económica, tecnificando sistemas y capacitando científica y culturalmente a sus valores humanos en la prosecución de servir leal y eficazmente a la República. Hay que decir la verdad y avalarla con la serenidad y la sinceridad requeridas, ya que no somos un dedo sino una víscera del organismo nacional.

La incuria oficial se manifiesta al no encarar los problemas fundamentales nuestros y al permitir que la economía regional se empobrezca. Es porque el descuido y la indolencia de quienes dirigen la cosa pública asi como el resentimiento hácia nosotros no debe subsistir sino sedimentarse en la obligación de convertir el aluvión en sementera fructífera. Somos un pueblo con errores y fallas -como los demás y el que se crea exento que lance la primera piedra- pero también con aciertos y excelentes reservas humanas y morales. Nuestra moral y nuestra conciencia están sobre la distorsión de los cismas políticos y sobre la permanencia del rencor, porque nuestros sentimientos cristianos, nuestra cultura y nuestra educación y vocación de honradez, hidalguía y hospitalidad nos enseñaron a ser tolerantes, amplios y conscientes. Por ello merecemos se nos trate como a venezolanos integrales que hemos rendido y no menoscabado la acción de hacer ponderable el destino de la nación desde los días precursores de la acción conjurera con iniciativa, hombre y tierra tachirenses como ya lo

hemos comprobado en nuestro libro "El Táchira en la Emancipación".

Personas calificadas para entender y estudiar el diagnóstico fronterizo y nuestro nivel de vida -nosotros lo hemos repetido con calor de preocupación desde accidentales posiciones dirigentes-, han dicho que nuestras carencias y dificultades económicas provienen, principalmente, del mal aprovechamiento de los recursos naturales, provocadores de la erosión agostadora de la fertilidad, del desperdicio de grandes reservas, del descuido de las zonas boscosas, la falta de reforestación y la carencia de sistema para tecnificar los cultivos, así como desorientación en la industrialización y la ausencia de recomendaciones para que la tierra fructifique mejor, pues los consumidores aumentan cada día y los "suelos agrícolas, pastizales, bosques, reserva de agua" y todo cuanto es derivación de los recursos naturales, niegan la vivencia del bienestar que requieren nuestros habitantes; la escasez de vías de penetración para poner más cerca los centros de producción con los de consumo, la necesidad de censos o catastros de tierras con características, mercadeo y lo que de a conocer la realidad ambiental y las posibilidades de una integración económica ventajosa al desarrollo de zonas distantes, olvidadas y útiles y al mismo tiempo convertibles en áreas de producción y de proyección beneficiosas; la inmigración incontrolada creadora de problemas sociales y económicos en nuestros centros urbanos y campesinos, precisamente porque tal imigración se produce sin documentación y sin conocimiento de la necesidad de técnicos, mano de obra calificada y braceros, es decir, sin tomar en cuenta los vicios y problemas de la realidad fronteriza y en forma antes que espontánea, clandestina, y hasta por conveniencia política. Conviene recordar, para escarmiento, lo permitido después del 23 de enero de 1958 cuando el gobierno regional -siguiendo el ejemplo desenfrenado del nacional- estableció centros de fomento y atracción a la vagancia y especulación de los vivos de foráneas vecindades y los cuales recibían mercados, zinc, cemento y vituallas dados indiscriminadamente para hacer proliferar los ranchos e irresponsablemente apretar el cinturón de hambre; y, por último, el contrabando, el cual no puede combatirse con el simple control de las personas que transitan por la frontera, ni con medidas aleatorias de requisición o decomiso -generalmente hecho a las personas de menos recursos económicos- sino con la realidad de una integración fronteriza que intercambie renglones, fomente, desarrolle y proteja industrias, ojalá con nuevas y ejemplares realizaciones industriales con capitales mixtos y previo estudio de las condiciones inherentes al desarrollo recíprocamente ventajoso, con fuentes de trabajo que

puedan absorber el desempleo y expandir cada vez más el circulante, con revisión de aranceles con sentido práctico y técnico y, ¡claro está, con funcionarios y jueces honestos y no inclinados a sumarse al atropello del Fisco en provecho propio.

Si el General Cipriano Castro realizó la incorporación del Táchira a la vida nacional y la integración de la provincia a la realidad del Estado venezolano; si el General Juan Vicente Gómez vinculó su tierra nativa con el país al construir la carretera trasandina; si el General Eleazar López Contreras hizo conocer mejor a su tierra tachirense con algunas visitas suyas acompañado de periodistas sorprendidos con el paisaje, con el ambiente y con la cultura distintos a los conocidos a distancia y mal vistos por la prédica malsana y dió paso al confiar en la democracia; si el General Isaías Medina Angarita saneó al Táchira con cloacas y acueductos en sus principales poblaciones -López Contreras también hizo algunos- y estableció la democracia liberal para el bien de todos los venezolanos, y si el General Marcos Pérez Jiménez puso al Táchira más cerca del centro y de la metrópoli con la carretera panamericana, y le abrió las puertas a una nueva concepción agropecuaria, turística, sanitaria y social con la construcción en San Cristóbal del Hospital Central, la Unidad Sanitaria, la Casa Sindical, el Hotel El Tamá, el Círculo Militar y la iniciación ganadera en el norte del Estado, es urgente ahora insistir en la nueva obra que redima y ponga en condiciones de aumentar la despensa regional y crear los bienes y servicios influyentes en el desarrollo nacional. Esa obra es la realización de la represa de los ríos Uribante y Doradas; la integración económica fronteriza que genere la abundancia y no prosiga el déficit de esperanza y de confianza, y la creación de un Instituto Politécnico. Con la represa pueden irrigarse miles de hectáreas para el desarrollo agropecuario, intensificarse el turismo en combinación con los recursos existentes, llevar a cabo la industrialización del occidente y del centro de la República, pues no solamente son los Estados andinos los beneficiados con la represa sino también el Zulia, Lara, Falcón y hasta Carabobo y Aragua y suministro comercial a Departamentos orientales de la vecina Colombia, por poder alcanzar una influencia de hasta más de 500 kilómetros con sus más de un millón de kilovatios hidráulicos al llevarse a su máxima capacidad en tres etapas, y poder ser un complemento en un momento dado de la represa del Guri. Es una manera de salvar el fracaso de la reforma agraria con tantas manos, administraciones y extrañas experiencias metidas en su realización. Con la integración inteligente y adecuadamente llevada a cabo con aptitudes que intercambien el potencial de las reservas comunes para bienes recíprocos, se atacan los endémicos fenómenos de la economía y se pueden solucionar los

problemas derivados del contrabando y de una moneda dura frente a otra devaluada (1), y con el Politécnico puede capacitarse al hombre que ha de realizar el milagro de no permitir el quebranto de nuestra desaparición como pueblo laborioso y pujante, con irrenunciable vocación de servicio, sino impulsarlo a seguir creando riqueza y espíritu. Tenemos la Escuela Técnica Industrial, el Instituto Tecnológico y la Escuela Técnica de Agricultura o sea la ventaja para capacitar los técnicos medios. Pero nos falta el maestro de obra y el obrero especializados y el técnico a nivel universitario. La represa del Uribante, la integración, la industrialización, etc., requieren para su cabal éxito la mejor herramienta: el hombre capacitado.

Hay que fecundar más suficientemente la cultura, es decir, alcanzar un destino mejor al esfuerzo colectivo para realizarla a plenitud. Si en el Táchira hay tierras erosionadas por la falta de conservación y buen uso y fomento de los recursos naturales; también una economía desequilibrada y empobrecida y cultivos aún arcaicos por falta de estudio de suelos, orientación técnica y créditos liberales, y problemas sociales agudizados por la imprevisión y la irresponsailidad provenientes de un dejar hacer a los vaivenes o a los intereses políticos, no es suya la culpa. Tampoco es pecado suyo, exclusivamente, la consecuencia de los ciclos históricos de los últimos tiempos. Ellos fueron aupados en su acontecer por la complicidad de la indiferencia nacional al no hacerse nada por mejorar o transformar cívica o revolucionariamente la condición de esos ciclos, o no apoyar resueltamente las invasiones producidas por la rebeldía tachirense. Fueron la resultante de un poder autóctono aplicado a un pueblo rural abrochado al individualismo.

Existe en nuestra tierra una tradición de esfuerzo y de espíritu y un anhelo permanente por crear y estimular la acción venezolana sin prejuicios ni resentimientos. Por ello el Estado debe ver con interés, buen sentido y responsabilidad la situación tachirense y mejorarla con obligante proyección nacional, como una mane-

---

(1) El Pacto Andino, si se instrumenta una política justa, equilibrada y no desventajosa o complaciente, permite la realidad de la expansión y el desarrollo de la economía. Otro tachirense -Carlos Andrés Pérez- le ha dado a su tierra la posibilidad integral de alcanzar su autonomía económica para que sea baluarte -como en otros aspectos lo ha sido- de la prosperidad venezolana, con técnica, industria, educación, saneamiento y obra de infraestructura.

ra de engrandecer la autenticidad de la política democrática, esencialmente **la política del espíritu**, como diría Paul Valery.

Las nuevas generaciones al agilizar su pensamiento y al capacitarse técnica y culturalmente, deben entender que en el mundo de hoy existe una civilización en conflicto, y que Venezuela para dejar de ser subdesarrollada y subadministrada, y recuperar el prestigio alcanzado con su proyección independentista, por la ineficacia, la irresponsabilidad, desidia o soberbia de sus dirigentes, requiere inquietud y preocupación sostenidas y de buena fe en pro del cambio evolutivo de sus estructuras en lo político, en lo social y en lo económico, y con decidida voluntad como incentivo para vencer, pues no ha habido seguridad ni seriedad en alcanzar la meta de una democracia integral que, sin bochinche, despilfarro, quiebra de la justicia, desequilibrio entre profesores y alumnos, y encono, permita afirmar -en definición de Mazzini- "el progreso de todos con la ayuda de todos bajo la dirección de los mejores y más cuerdos".

El Táchira es, quiéranlo o no los descreídos, una fuerza moderadora de la razón y de la sensatez, de la realidad social y política, y de la comprensión de la historia para impulsar al país a un destino superior. Podrá pensar alguna casandra manida que este sano y sincero deseo nuestro tiene asomo o estímulo en la enfermiza intención de un repetir la hegemonía -compartida por el hibridismo y las circunstancias de una sociedad carcomida- del poder, el cual no fue un objetivo tachirense sino una circunstancia nacional. Pero se equivocan quienes así piensen. Es porque la Venezuela en conflicto con su destino histórico, debe superar de una vez por todas el parcelamiento de sus aspiraciones en la fe democrática, y las etapas tradicionales y desconcertantes de sus contradicciones. Obrando así afianzará el bien general y quemará las naves del caciquismo. político, del sectarismo y del enguerrillamiento, pues no puede proseguir la obra desarticulada y deshecha por la intemperancia, la ineficacia y el apetito desmedido. Además, la conciencia de un Táchira sincero y culto impele a un ideal colectivo, noble y civilizado en el cual cabe la proyección y la firmeza de cambiar al gamonal por el dirigente, al incapaz por el eficiente, a la ambición por el servicio, al poder personal por la democracia participativa, liberal y coherente, eso sí, sin el fortalecimiento fraudulento y monopolista de la riqueza y sí con el absoluto ejercicio de la soberanía, es decir, con el hacer de los valores específicos de la democracia sin malabarismos, sin extravagancias ni morbosidades para no llegar al castigo del pueblo. Es porque nuestro país debe equilibrar sus reservas políticas, sociales, morales, econó-

micas y culturales. Así asegurará una conciencia que nos permita practicar integramente la prédica de ese gran santo de la bondad, Juan XXIII, con ricos menos ricos y pobres menos pobres, o sea la afirmación de una filosofía social que con el estado de derecho garantice la dinámica del desarrollo en vez de la decadencia permanente en lo arcaico o en la modorra de las instituciones y la impertinencia de las discriminaciones, y así jerarquizar la liberal evolución del Estado y de la Sociedad. Es la única manera de estimular a los que tienen menos con la participación directa y progresista de los que tienen más pues hay quienes piensan y así lo proponen, modificar la sociedad capitalista burguesa por una socialista popular, sin entrar de lleno a comprobar científicamente sus argumentos o sus razones ideológicas con la consistencia de un nacionalismo auténtico, sano o, al menos, con bases sociológicas o históricas basadas en la inspiración de la realidad emancipadora, pues la libertad venezolana nació del calor de las clases privilegiadas defensoras de Fernando VII, pero luego tuvo el sacrificio heróico del pueblo y es esta sangre la que debe alimentar la permanencia de nuestro ser y de nuestra realidad republicana sin otro ismo que el pujante, perdurable e intransferible del venezolanismo democrático, con el progresivo desarrollo de la conciencia social para resarcir la angustia de la indigencia.

El Táchira ha sido y es factor determinante en el proceso de la nación. Désele, entonces, la oportunidad de revitalizar su economía con planes agropecuarios fundamentalmente y, claro está, industriales; de tecnificar sus recursos físicos y humanos; de robustecer su pensamiento y sus convicciones nacionalistas, y de influir en el carácter y la responsabilidad del Estado democrático como nivelador de ideales y realizaciones, ya que desea estar asistido siempre por la capacidad dirigente de los mejores. Sus credenciales no son -ni pueden ser- de desconfianza. Al contrario son una garantía para el progreso del país, pues nunca ha sido -ni será- una región aventurera o contrabandista del honor nacional. Así lo entienden quienes no se dejan llevar por la emoción ni por el descrédito de los demagogos o mal intencionados porque, contrariamente, se guían por la reflexión, la madurez y la verdad de la historia.

Venezuela aspira y, naturalmente, tiene derecho a una vida institucional sin penas ni enajenamientos, sin anarquías ni sectarismos, sin discriminaciones ni ventajismos, tal como lo esbozó el gran liberal Isaías Medina Angarita, el tachirense vilipendiado por la negación de los inconformes, pero exaltado por el pueblo que sabe valorar la alegría de la convivencia, y el cual será reivindica-

do por la historia, como una de las más egregias, prestigiosas e ilustres figuras del civilismo democrático americano. Unámonos, pues, los venezolanos todos sin excepción para el progreso y el bienestar de todos. Este es el mensaje de la tierra andina que sigue siendo una esperanza. Este es el destino de un pueblo que, como el tachirense, ha sido y es auténticamente nacionalista dentro de un venezolanismo incontaminado.

¿QUIEN ORDENO FUSILAR AL GENERAL PAREDES?

CAPITULO XVIII

Según el concepto de Toynbee -al referirse a Europa- ninguna nación puede presentar, aisladamente, una historia que se explique por sí misma. En el caso venezolano menos, pues la indagación o la exposición de la historia conlleva casi puede decirse que, esencialmente, alguna intención política o ideológica. Solamente lo documental alcanza jerarquía para entender la verdad, la explicación o interpretación de los hechos. Es porque no hay terreno firme para las afirmaciones decisivas y porque la historia no es una improvisación sino un testimonio y una fe en el superar los vacíos, las suposiciones o las simulaciones para fines determinados.

Cipriano Castro tuvo vicios y cometió errores, y nadie puede negar su carácter de dictador. Sin embargo tuvo momentos estelares de patriotismo y fundamentalmente de nacionalismo. Recuérdese su actitud en el Congreso Nacional, en junio de 1890, cuando al discutirse los límites de Venezuela con la Guayana Británica, en un aparte de su discurso dice: "Gran parte de nuestro territorio guayanés ha sido usurpado por el aventurero inglés; y ante semejante atentado, a los venezolanos no nos queda otro recurso digno y de satisfactorios resultados que las vías de hecho, estando cortadas, como están, nuestras relaciones diplomáticas con esa nación". De haberse tenido firmeza patriótica, conciencia nacional, entonces, ni hubiéramos perdido miles de kilómetros del territorio Esequibo, mucho antes de la liberación de la Guayana Británica, ni existiese el inaceptable Protocolo de Puerto España. Las experiencias las conocemos tardíamente siempre en todos los niveles.

Mariano Picón Salas, uno de nuestros mejores ensayistas pero adversario apasionado **a posteriori** de Castro, en su libro "Los días de Cipriano Castro", en el cual hace la biografía del mismo a su manera o lo interpreta a veces con sentido de crítica interesada, al referirse a la desmembración de nuestro territorio por el imperialismo británico, en 1895, dice: "...cuando en las plazas de Venezuela se empieza a discutir en manifestaciones y discursos, el asunto limítrofe de la Guayana inglesa, ... en Cúcuta la colonia venezolana hace flamear su bandera tricolor y protesta contra la rapacidad y codicia del viejo leopardo británico. Es Cas-

tro uno de los animadores espirituales de un periodiquito que hoy llamaríamos anti-imperialista y que se denomina "El Venezolano"... Se ha formado una "Sociedad Patriótica Venezolana" y él la representa como supremo intérprete, en el miserable caserío de los Vados...". Otros ensayistas, igualmente, han aludido -con buena intención unos y a regañadientes otros- al nacionalismo castrista. El historiador José Luis Salcedo Bastardo discrepa de éste, no sabemos por cuales razones. Pero es una realidad contundente el empeño nacionalista de Castro y el logro integracionista de la provincia a la política nacional, sin que nadie pueda negar, tampoco, la determinación posterior -con la anuencia nacional- de la autocracia y permanencia del caudillismo.

En este libro claramente aludimos al propósito de su revolución integradora y al patriotismo y al nacionalismo castrista no desmentidos, sin hacernos solidarios con su régimen dictatorial. Pero hay un hecho bastante debatido y por cierto muy lamentable, por tratarse del fusilamiento de un adversario tenaz y varonilmente ejemplar de Cipriano Castro. como lo fue el General Antonio Paredes. En capítulos precedentes, escritos años atrás, nos referimos al crimen cometido en 1907 a bordo del vapor "Socorro" y el cual se atribuye directamente a Cipriano Castro, por razones que la historia trata de explicar, ahora sí, por si misma. Mientras tanto los venezolanos seguimos lamentando la muerte del valiente contendiente de Castro y la pérdida de sus despojos en las aguas tormentosas, la madrugada del 15 de febrero de 1907, de nuestro gran río Orinoco. Posteriormente tropezamos con información convincente en "El Nacional", de Caracas, donde jurídica e históricamente es comentado el criminal hecho al cual nos referimos y de una importancia tan especial que reclama la atención del país y el análisis imparcial de nuestro pasado político. Se trata de dos juicios: el intento de asesinato de Juan Vicente Gómez y el fusilamiento de Antonio Paredes. La acometida es contra el Presidente de la República, Cipriano Castro.

Antes de referirnos a los citados juicios en los cuales la proporcionalidad de sus orígenes está sujeta a la fuerza o característica de las circunstancias políticas surgidas en Venezuela, a raíz del viaje en la búsqueda del tratamiento para su quebrantada salud, del General Cipriano Castro, el 24 de noviembre de 1908, conviene o procede sugerir la posición del General Antonio Paredes, su aguerrido adversario, propensa no específicamente a una rebelión cuartelaria sino a una protesta y oposición nacionalista imbuída de sano patriotismo por cuanto quería interpretar el deseo de gran parte del país en el cese de la dictadura cas-

trista, divorciada integralmente de su inicial realidad o sea el de dar a la provincia venezolana su participación en un gobierno "con nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos", cuando el palúdico liberalismo y el atosigante godismo eran invierno de inquietudes y zozobras, y Venezuela navegaba en un vacío de poder.

Antonio Paredes ha sido un combatiente leal a sus principios en la Venezuela perseguida por el infortunio, luego de haber alcanzado su independencia. Desde el libro de Picón Salas, tan discutido y discutible, se actualiza la figura de Cipriano Castro y se pone a leer entre líneas al país nacional y al político. Sin embargo observa el escritor que Cipriano Castro y Antonio Paredes, con intenciones y composiciones distintas en cuanto a origen y procedimientos, "fueron dos voluntades más fuertes, más trágicamente desasosegadas de la Venezuela de comienzos del siglo". El historiador Ramón J. Velásquez manifiesta que "Antonio Paredes combatió a Cipriano Castro sin tregua, ni desmayo. Desde el mes de octubre de 1899 hasta la madrugada del 15 de febrero de 1907, este es el objeto de su vida, la razón de sus acciones. Paredes estaba extraordinariamente dotado para la lucha". Habría que preguntar si igualmente lo estaba para superar la intoxicación del caudillismo y para devolver al pueblo la conquista de sus fueros y trataría de lograr -con quienes aupan su valor y su gallardía- el objetivo fundamental de la fe nacional en lo atinente a su realidad. Nos explicamos: el proceso histórico de la evolución venezolana estaba o continuaba detenido en las ambiciones personales y caudillescas. La estructura social, política y económica, tan deteriorada y mal encaminada, no interesaba a los jefes políticos de la época que no eran sino, simplemente, los generales que nada sabían -o nada querían saber- de revoluciones en el sentido de dar al pueblo libre participación en el ejercicio de sus derechos y de sus reivindicaciones, y menos permitir las reformas indispensables a la estructuración racional de la economía y la política -siempre en andas de las oligarquías o élites convencionales o politiqueras-, pues todo estriba en la toma del poder para el reparto ventajoso o para limitar las estudiadas y enmarcadas determinaciones en el matiz de concesiones a los privilegiados y al sometimiento popular, con permanente vida de privaciones y de angustias, porque ninguno de esos jefes o caudillos ofrecían o permitían nada con relación a la necesidad de revisar el proceso histórico y político del país y de ninguna manera asomar u ordenar la urgencia de regular la tenencia de la tierra, la jornada de trabajo, las garantías individuales y de sufragio, la defensa de la salud, el fomento de la educación, la tecnificación del militaris-

mo como ente exclusivo y garante de la seguridad y de la soberanía nacionales y, claro está, del resguardo de los derechos humanos y, en fin, el cambio esencialmente evolutivo con la planificación de la revolución verdadera del legado bolivariano y no su mixtificación para frustrar aún más o seguir engañando a ese pueblo siempre en espera de la democracia formal, liberal, nacionalista, que le dé tierra, crédito, tecnificación, pan y trabajo estable y sin discriminaciones. Muchos creen -con ellos nosotros- que en Venezuela, hasta la fecha, solamente es posible hablar históricamente de dos revoluciones: la de la independencia y la de la federación, creadora esta última del tan anhelado igualitarismo, pero a la vez la de la desintegración venezolana por la prevalencia de los pujos coloniales y el resquemor y el rencor de la sangre disuelta como ceniza de rabia en los pajonales. Es la permanencia del drama de la contradicción venezolana.

No hay duda de que Paredes era hombre culto y valeroso, pero sus ataduras con el caudillismo imperante (1) y el apoyo necesario de tan corrosivo ingrediente podría haber torcido su causa en defender a la Venezuela enferma y degradada entonces. Obsérvese que cuando en Curazao se entrevista con Manuel Antonio Matos, uno de los gamonales de la aventura para el sostén de sus propios intereses, le propone a éste una incursión o insurgencia, como en la guerra federal, donde Matos sería Falcón y él Zamora. El primero pretendió creer que Paredes no quería la jefatura del ejército sin la de la revolución. Asi andaban las cosas y asi lo repitió la sensibilidad quisquillosa de los ambiciosos cuando Gómez, y siempre. De haber sido Paredes el émulo de Zamora, Venezuela le estaría agradecida seguramente. Pero con el extranjerizante y calculador Matos dudamos podría haberlo sido. Acaso podría acontecer el malograr de una nueva esperanza.

En "El Nacional", pues, en sus ediciones correspondientes a los días 28 de mayo de 1977, 29 y 31 del mismo mes, y del 4 de junio

---

(1) Deben recordarse sus vinculaciones y compromisos circunstanciales con José Manuel (el Mocho) Hernández, Manuel Antonio Matos -oligarca y banquero- y Luciano Mendoza, generales responsables del desastre y de la negociación de la política venezolana, criticados por el mismo General Antonio Paredes en su libro "Como llegó Cipriano Castro al Poder", por haber tenido ocasión de derrocar a Castro y por falta de capacidad y táctica militares no lo hicieron. no obstante la mayoría de sus fuerzas y las facilidades estratégicas presentadas.

del referido año, aparecen reportajes del periodista José Emilio Castellanos referentes a libelos localizados por él en el Archivo del Registro Principal de la capital venezolana. Tales libelos o, mejor, juicios, son instruídos contra el General Cipriano Castro, Presidente de la República, ausente del país como consecuencia de una enfermedad que en Caracas no podían curarle y, desde luego, imposibilitado para regresar por la jugada política de los "asesores" de su astuto compadre y realizada más para beneficio propio que el de quien consideraron manejable a sus apetencias. Uno de esos expedientes pretende acusar al dictador peregrino de un atentado contra la vida del General Juan Vicente Gómez, a la sazón Vicepresidente encargado de la Presidencia de la República e indescartable puntal en la realización de la revolución restauradora. El otro expediente se instruye por el fusilamiento del General Antonio Paredes, cerca del Apostadero de Barrancas en el Estado Bolívar. A la hora de la verdad ambos expedientes están alimentados por el carácter político que, en el momento de hacerlos, los impulsa un calificado interés como resultado de la pasión facciosa del destino venezolano y preocupación personal de felicitadores y aúlicos que estuvieron con Castro y al separarse éste de sus funciones oficiales, temporalmente, estudiaron hábilmente la posibilidad de romper "el hilo constitucional" para disfrutar el poder -creyeron ellos- con Gómez, al cual juzgaban como un palurdo y dúctil a su antojo. Cuán equivocados anduvieron quienes creyeron tal cosa y asi la pregonaban.

El objetivo fundamental de tales expedientes es el de derrocar legalmente a Cipriano Castro y, consecuencialmente, declararlo delincuente común a fin de que no pudiese regresar a Venezuela con las atribuciones dadas por la Ley para proseguir el ejercicio presidencial, pues de hacerlo así sería hecho preso. Se trata, por consiguiente, de una coartada política madurada por aprovechadores con la mente podrida de ambiciones, y frente al espejismo de una laguna de insondables revelaciones ulteriores.

Es historia conocida, pero olvidada, el ver con indiferencia el proceso de la vida venezolana, es decir, no querer nunca ahondar en la circunstancia de nuestros ciclos políticos para conocer el virus o la contaminación de los enfermos siempre penetrados en el acontecer de las componendas con la premeditada intención de detentar el poder, o servir de comodines a quienes lo ejercen porque sí o con carácter de opereta, bien sea discreta o descaradamente, y deliberada demagogia o dentro del condicionado "constitucionalismo" remendado a como dé lugar por los asesores o protegidos del amiguismo arrodillado en la felona conveniencia.

Esa y no otra es la razón de haberse frustrado la conocida revolución restauradora, y de haberse entronizado dentro de la dictadura de Castro, la tiranía de Gómez. Las reverencias de los llamados felicitadores por el cáustico Pío Gil, y las maniobras de los consejeros con propósitos estudiados para aprender o aupar desprevenidamente la creída ingenuidad -por no haberse dado cuenta o no saber entender la astucia cazurra y telúrica mulereña- de quien, como Juan Vicente Gómez, va a realizar un gobierno de mano dura y propicia el largo suspenso del alma nacional.

Según el contexto de los expedientes hallados por el periodista Castellanos y según la opinión de destacados juristas e historiadores escudriñadores de los mismos, aparece que no fue el General Cipriano Castro quien ordenó el fusilamiento del General Antonio Paredes sino el General Román Delgado Chalbaud. Igualmente queda establecido que no fue el General Gómez quien derrocó a su compadre sino la Corte Federal, o sea la habilidad en contubernio con la injusticia siempre en volandas del interés y la pasión políticos. El historiador Salcedo Bastardo -quien cuestiona el nacionalismo castrista- afirma: "A Cipriano Castro no lo derrocaron por nacionalista, sino por la habilidad jurídica de quienes rodearon a Juan Vicente Gómez". También detrás de esta ncidencia estuvo el inmiscuir de las transnacionales con su proeder utilitario y, por supuesto, errado de los personeros de las otencias extranjeras. Es por ello por lo que el historiador Ramón J. Velásquez, agudo analizador de nuestro proceso político expresa, con relación a tal incidencia: "En aquella trama ocurrió una de las más vergonzosas intervenciones de potencias extranjeras en nuestros asuntos".

El caso es que la Corte Federal y de Casación ratifica la acusación contra el Presidente ausente, el 12 de ferero de 1915, y decide argumentar: "En virtud de las razonees expuestas, la Corte Federal y de Casación, en uso de las atribuciones 1 y 2, artículo 95 de la Constitución Nacional concordantes con la atribución 1, artículo 5 del Código Orgánico respectivo, declara que ha lugar a formación de causa contra el General Cipriano Castro, por el homicidio perpetrado en la persona del General Antonio Paredes; y en consecuencia, subsistente la suspensión de sus funciones de Presidente de la República, decretada contra el General Cipriano Castro por decisión que dictó esta Corte el 17 de febrero último, en la causa criminal iniciada contra él por el ciudadano Procurador General de la Nación. Y por cuanto el presente proceso se contrae a un delito común, se ordena, en conformidad con las disposiciones legales últimamente citadas, pasar este expediente

al ciudadano Juez de Primera Instancia en lo Criminal de la Sección Occidental de ese Distrito, para el seguimiento del juicio". A esta decisión agrega otra extraña como ésta: "En cuanto a la solicitud de extradición se declara extemporánea en conformidad con los artículos 297 del Código de Enjuiciamiento Criminal. Háganse las participaciones de Ley, publíquese en audiencia..." El Presidente Carlos Grisanti, el Vicepresidente, León M. Brito González".

No hubo, por lo tanto, derecho a la apelación y menos a la defensa del Castro peregrino y sin poder, sin amigos y sin justicia. Todo fue, como han opinado ya quienes saben de estas cosas de la política tropical, una salida rabulesca. Precisamente el penalista Rafael Naranjo Ossty acertadamente juzga -creemos nosotros- este asunto así: "El enjuiciamiento ante la Corte Federal y de Casación, del General Cipriano Castro, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, fue producto de la taimada paciencia andina del Vicepresidente, General Juan Vicente Gómez, que sus asesores jurídicos le presentaron como una hábil salida rabulesca. Ello le permitió asumir el poder político con todos sus atributos y envoltorios legales". Y concluye: "Esta circunstancia, sumada a otras que aparecen en los autos, califican de político la naturaleza del hecho imputado al Presidente Castro".

Quienes conocen la sabiduría de la ciencia del derecho han opinado que tal juicio, al declarar al General Castro como un delincuente común, "está lleno de lagunas y de errores procedimentales que de habérsele permitido al procesado su defensa, posiblemente lo hubiera invalidado". Está claro, pues, que el empeño de los parcializados asesores de calificar a Cipriano Castro como un delincuente común, era el de facilitar que el mismo no atemorizara al poder usurpado y la deleznable acción jurídica de derogar su derecho a ejercer en plenitud, nuevamente, su cargo de Presidente de la República. La patraña política insurgía como una espada de algodón ante la crítica realidad de la historia. Esta es la razón por la cual el mismo conocido penalista Naranjo Ossty señala rotundamente: "Por supuesto que el delito político en doctrina se le conoce como el delito de los vencidos y no el de los vencedores". Otros delitos políticos conoce la historia venezolana, posteriormente, sin que la verdad sea conocida en sus cabales dimensiones o intenciones, algunas veces para levantar cortinas de humo. La intromisión extranjera no puede descartarse, tampoco, en el caso del General Castro, que el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica reiteró su doctrina convencional con otro ex-presidente venezolano, al permitir que una subalterna

alcahuetería condicionara una extradición al estrabismo político y la sinrazón de la justicia en su específica función moralizadora

Cuanto al expediente contra el General Cipriano Castro en el cual consta la "acción intentada por el Vicepresidente Juan Vicente Gómez, por el presunto delito de homicidio frustrado contra su persona, el cual no prosperó -por el olfato o la intuición, decimos nosotros-, toda vez que "el Hombre de la Mulera" ordenó al Procurador de la Nación retirar el juicio". Es porque en ambos expedientes el más tonto puede observar las consecuencias personales para el compadre alzado con el poder, en la forma ya conocida.

Son las jugadas de la política al rebuscar a como dé lugar el propósito de descrédito o la apetencia caracterizada por el interés de desprestigiar o malponer ante la opinión pública a quienes tienen derecho a defensa o ascendencia en el pueblo por sus credenciales y jerarquía. Recuérdense los juicios incoados por ante Tribunales de Excepción o de retaliación -como también los llamaron- y promovidos por una Procuraduría General de la Nación resultante de un gobierno de facto y contra dos ex-Presidentes de la República que permitieron: el uno cortar el régimen tiránico existente e iniciar el derecho a las libertades públicas, y el otro dar fisonomía liberal y democrática a la transición surgida después de la muerte del General Juan Vicente Gómez. Otra recordación puede hacerse: la del ensañamiento político con un escándalo provocado ante el Congreso Nacional, por la negociación de un barco recomendado como necesario para conservación alimenticia, y ante el rechazo de la postura moralizadora con escarnio administrativo, el rencor hace temblar las mejillas de muchos encaprichados en destruir la fuerza política y popular de otro nacionalista ex-Presidente de la República. Fácil es entender, entonces, en el escondido o disimulado interés de la llama antitachirensista la agresión disolvente de la unidad nacional. Es el resultado de la comedia enmarcada en "querellas acusatorias" para la disidencia sospechosa de torcer o entorpecer el destino jurídico y moral de la verdad con ánimo solamente político.

Lógicamente el General Cipriano Castro no pudo volver a su patria. No se lo permitió el amañado juicio contra él por motivos políticos. Historiadores y juristas se preguntan ahora quien fue, en realidad, el dador de la orden de fusilamiento al General Antonio Paredes: Castro o Delgado Chalbaud. Este último era el Comandante de la Armada para la fecha.

Cuando el estudioso abogado Arturo Cardozo publica su libro "Proceso de la Historia de los Andes", asoma la posibilidad de demostrar que la orden de fusilamiento del General Antonio Paredes "la decretó el comandante de las Fuerzas Armadas, Román Delgado Chalbaud, y no el Primer Magistrado". Cuando el periodista Castellanos descubre en el Registro de Caracas los expedientes que motivan este Capítulo de nuestro libro, estudia el expediente C-10 (1909) o sea el condenatorio contra Castro sobre la muerte lamentable de Paredes, "Enfatiza que en el expediente no hay pruebas de que el General Cipriano Castro hubiese ordenado desde su lecho de enfermo en Macuto, el fusilamiento del General Antonio Paredes" y analiza en cinco puntos de vista la contradicción jurídica en el mismo. En el cuarto punto, por ejemplo, dice: "Por inspección judicial practicada en los Archivos de la Oficina de Telégrafos de Puerto Cabello se dejó constancia de un telegrama firmado por el General Román Delgado Chalbaud el 6 de febrero de 1907 al comandante de la Base Naval. Este telegrama, negado en juicio por su firmante, dice así: "Recibido. Ya dí cuenta al General Castro de su telegrama. Demás está encargar a Ud. la energía y la actividad en las operaciones que le ordené (sic) al Gral Castro. La intentona de ese loco estoy seguro que a la fecha ha fracasado y más estando Ud. por allá y ojalá sea Ud. al que le toque su suerte hacerle tener de verdad una conferencia con sus abuelos, porque ese es el mejor modo para exterminar estos sempiternos facciosos". El mismo abogado Cardozo nos hace notar que el telegrama precedente (el cual debe ser analizado cuidadosamente en sus términos) "es anterior en siete días al que se le atribuye a Cipriano Castro, que no estaba en cifrado como este último y por lo tanto ofrece menos dudas. El general Delgado Chalbaud declaró dos veces sobre este documento. La primera vez dijo no recordar si lo había enviado. La segunda presentó un copiador del telegrama. Esta omisión no implica de ninguna manera la inexistencia del telegrama". El mismo Cardozo expresa: "El mismo hecho de que el juicio hubiese quedado en el sumario y no hubiese llegado a su término por haberse negado la extradición -que se pudo haber logrado-, revela que el gobierno carecía de pruebas para demostrar la culpabilidad de Castro". Es importante, pues, examinar el "grave indicio" -lo dice Cardozo- demostrando en el telegrama de Delgado Chalbaud cuando insinúa eso de que a Paredes se le haga tener "una conferencia con sus abuelos". A buen entendedor pocas palabras faltan.

El historiador Ramón J. Velásquez, en el prólogo hecho al libro del General Antonio Paredes, titulado "Como llegó Cipriano Castro al Poder", al referirse al interés natural y lógico de su her-

mano Héctor Luis Paredes, de convertirse "en el vengador de su hermano sacrificado", concluye afirmando que "La encuesta de Héctor Luis no logró esclarecer responsabilidades". La historia no puede, entonces, probar la culpabilidad de Castro en lo referente a la orden de fusilar al General Paredes, así como a otros pesonajes de la vida política venezolana no se le pueden cargar, así como así, la muerte de cuantos con la valentía de su voz y de su acción pregonaron y defendieron el valor y la estabilidad de la democracia.

Por lo tanto, antes de emitir opiniones apresuradas o interesadas políticamente con relación a los juicios formulados contra el General Cipriano Castro, singularmente a los referentes al fusilamiento del General Antonio Paredes, conviene leer cuidadosa e imparcialmente el contenido de tales juicios, el trabajo del periodista José Emilio Castellanos y el libro "Como llego Cipriano Castro al Poder" del mismo General Antonio Paredes, en el cual constan perspectivas, proyecciones y realidades del acontecer nacional, y el señalado libro del Dr. Arturo Cardozo sobre el "Proceso de la Historia de los Andes".

Se suponía o se sabía que Castro ya navegaba hacia su país a recuperar el poder dejado en manos de su compadre Juan Vicente. Por lo mismo, como consta en los escritos contra él, la requisitoria no demoraba la actividad de quienes debían hacerla cumplir, pues el 10 de abril de 1909 la Gaceta Oficial publicaba "la criminal averiguación instruída con motivo del fusilamiento del General Paredes y dos de sus oficiales". El destino cierra asi las aspiraciones de cuantos estuvieron solícitos en irritar el nostálgico y desconcertante vagar de un Presidente al cual, los turiferarios de todos los tiempos, rompieron su derecho institucional igual a como habían torcido la responsabilidad histórica con la revolución integradora de la provincia a la política nacional, y a la vez estimulado su arrogancia y sus excesos.

El Presidente Cipriano Castro, al cual le han tratado de negar los méritos que le corresponden, indudablemente, muere en Puerto Rico el 4 de diciembre de 1924, como un peregrino más de esa diáspora que tanto ha desunido al país a lo largo del camino sin término de la espera por la democracia integral, civilizada.

AFIRMACION DEMOCRATICA

CAPITULO XIX

Terminamos de escribir los capítulos precedentes hacia 1969 y ninguna gestión hicimos para publicarlos en el libro que siempre quisimos dejar a las generaciones tachirenses, en razón de que aspirábamos a revisarlos y ver si nuestras apreciaciones sobre el quehacer político regional y nacional inmediatos, lograban el espíritu de ecuanimidad y de verdad que siempre quisimos darles. Es porque la historia a veces inunda los espacios creados por la pasión o resta justicia al tiempo que en los hechos tienen realización. Y cuando procede el estudio político, antes que el social o el psicológico, por las causas determinantes en el proceso integrador y cierto de una región del país nacional -como es el caso en la clara intención del presente libro-, no puede soslayarse la unidad de la esencia de la nacionalidad, pues Sociedad y Estado son el todo de la organización democrática de un sistema que da a Venezuela el derecho y el deber para establecer y mantener las normas de la crítica y del análisis en toda coyuntura histórico-política, con amplia liberalidad, si se busca la coherencia, la interpretación con sana mentalidad independiente, la consecuencia e influencia de los ciclos alternadores de la convivencia de la vida nacional cuando ha sido golpeada duramente por el mal gobernar y el encono y, a la vez, la ha templado para la búsqueda de la realidad de su destino democrático.

Decimos lo anterior porque hemos tratado de trazar un perfil de esos ciclos en lo referente a la presencia del Táchira en la política nacional, y también porque nos hemos detenido en un intento de ensayo radiográfico, en la secuencia tachirense y vinculación nacional -luego de un ligero análisis del proceso regional a partir de 1899-, del partido "que llena la mayor parte del espacio político del presente siglo", por su influencia, su batalladora decisión y su vocación de poder y que, como lo definió el periodista Néstor Mora, "sigue viviendo la tragedia de su indefinición doctrinaria". Esta última circunstancia le ha llevado a varias y significativas divisiones. Nos referimos al partido Acción Democrática en su vida característica de desbordar algunas veces su filosofía política o su falta de sensibilidad para encarar sus crisis internas con escamoteos a la sinceridad democrática, siendo como es el partido más importante en la historia política del país en lo que va del siglo. La primera división la tuvo en 1960 y perdió la diri-

gencia juvenil que formó el MIR y es considerada esta escisión como de rebelión ideológica. En 1963 una nueva división, encabezada por el Dr. Raúl Ramos Jiménez, le hace perder sus mejores dirigentes medios; y cuando discute internamente la escogencia de su candidato presidencial en 1968, y gana las elecciones primarias el Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa, un enguerrillamiento entre el máximo dirigente y el Secretario General de entonces, de dicho partido, hace imposible el reconocimiento de la candidatura del Dr. Prieto y se produce otra escición que le hace perder las elecciones nacionales, no obstante haber presentado como candidato a un reputado venezolano, y permite el triunfo del candidato de Copei o sea el Dr. Caldera. Esta última división le resta dirigentes magisteriales y sindicales, temporalmente, pues la mayoría vuelven a Acción Democrática, el partido que continúa siendo una fuerza política de ganados y positivos méritos y el cual requiere vigorizar su doctrina y dar paso a nuevas figuras y capacitar más y mejor a su calificada juventud para la renovación constante y fluída de su actuar político.

Al pretender hacer la revisión deseada y concatenar las incidencias de la controversia, proceso y destino del acontecer entre los años de 1899 a 1958, en lo que respecta a la participación tachirense en el mismo, Venezuela acude, no ya como simple espectadora sino como entidad directa de participación, a unas elecciones libérrimas, para llevar a la Presidencia de la República, nuevamente, al hombre tachirense, sin rebetes o intenciones de regionalista hegemonía o monocracia, sino al líder nacional de mayor estatura política en ese momento, sin discusión alguna; y, por lo mismo, los votos sufragados en su favor alcanzan una excepcional característica de fe democrática. Es la traslación del poder político y partidista -en limpia alternabilidad republicana- al dirigente que en diciembre de 1973, aglutina no solamente el fervor de su partido Acción Democrática sino también la simpatía e identificación de la nación que, a través de su imagen, sin proponérselo, avala la ponderada serenidad del pueblo montañés en su empeño de sostener y comprobar su "vocación venezolanista", para usar el concepto de Ramón Díaz Sánchez. Es porque la elección del tachirense Carlos Andrés Pérez Rodríguez es el triunfo de la Venezuela expectante ante la convalidación de la política liberal de un pueblo -el tachirense- que nunca ha estado a espaldas de la realidad histórica en su dimensión fortalecedora de la credulidad y de la vigencia del sistema republicano y democrático. Por eso el pueblo venezolano, atormentado por la incoherencia y el desmán, decide quemar etapas irritantes y busca el relevo de las actitudes contrapuestas a la salud de su esperanza -con la

quiebra de la heterogeneidad politiquera, personalista y sectaria y confía en la disolución de la mal llamada hegemonía andina, cuya historia no tiene el carácter regional que se le ha pretendido dar por cuanto el silencio de todos los estamentos venezolanos la sostuvo cuando los dirigentes claudicaron o se frustraron, sin olvidar a las otras influídas no solamente por su intemperancia y rigor regional y metropolitano sino por el juego del caudillismo no superador de los anhelos generacionales, por estar atado a lo antinatural de la evidencia de los conflictos de todo orden y frenador de la evolución y de los derechos del pueblo inerme y abatido.

Carlos Andrés Pérez, tachirense, surge, pues, con sólida estatura nacional. El mito de la hegemonía da al traste con la aparición del dirigente con sangre, pasión y emoción venezolanistas. ¡Qué bien el que la convivencia democrática propicie el cierre de la herida del resentimiento y la incredulidad para y en una región siempre lista y firme robustecer la unidad nacional!.

Observemos algunos antecedentes acaso pesimistas para los calculadores de las ventajas personalistas o de grupo, y las especulaciones políticas proyectadas a un interés o un beneficio distantes al requerimiento de un país en ascenso democrático y económico. Al ser presentada la candidatura del ilustre rubiense Carlos Andrés Pérez, quienes la adversan de una vez acuden al expediente de señalar su imagen como la del Ministro Policía, en razón de haber desempeñado el cargo de Ministro de Relaciones Interiores, en el período desconcertante -muy cuestionado y cuestionable por cierto- y cargado de dificultades del señor Rómulo Betancourt, con la participación de Copei. Algunos inventaron la especie de no ser venezolano por nacimiento (1). Otra duda se hizo circular en el sentido de que por el hecho de haber tenido siempre no solamente el aprecio sino el estímulo político del hombre fuerte de Guatire, no le sería posible liberarse de su influencia y, por lo mismo, ser un instrumento de Betancourt para gobernar con su estilo y un país con el deseo de evadir el personalismo y de ver forjada la acción participativa de la venezolanidad civilizada. Otras especulaciones fueron hechas por la incredulidad y el sectarismo y la misma desconfianza del pueblo. Tales juicios a priori hacen surgir las siguientes preguntas: ¿Podría librarse, verdaderamente, de la influencia del señor Betancourt, su orientador

---

(1) Nació en Rubio, Estado Táchira, el 27 de octubre de 1922 y el número de su partida de nacimiento, en el Libro de Registro Civil, es el 656.

y compañero? ¿Se fortalecería, con su presencia en Miraflores, la democracia representativa y aumentaría la cuota de la democracia social? ¿Quitaría a las izquierdas la bandera populista y propiciaría el beneficio directo del pueblo al eliminar las contradicciones para una mejor participación de los bienes producidos por la riqueza del subsuelo? ¿Lograría la transformación social con el estímulo a la clase media? ¿Reaccionaría coherentemente y con definida personalidad contra los privilegios de la oligarquía económica? ¿Podría realizar la racional y eficaz política petrolera? ¿Reinvertiría la riqueza en el desarrollo industrial y agropecuario? ¿Podría ser el representante del Táchira culto y daría a éste el apoyo indispensable a su desarrollo? ¿Sería el civilista que borrase la imagen dictatorial de un pueblo revolucionario, como ya la había desdibujado Isaías Medina?

Fácil es advertir que la vigoroza, simpática y polémica personalidad del Presidente Carlos Andrés Pérez se impone a las circunstancias con cálido aliento humano y clara buena fe. Al adelantar su campaña presidencial -popularmente identificada como la de Carlos Andrés o CAP, simplemente, en todo el país- y consustanciarse con el pueblo en largas y entusiastas caminatas, el electorado venezolano comprende, mayoritariamente, que debe seguir a este líder con personalidad y simpatías propias. Sus discursos, arengas y programa ofrecen el caudal de una esperanza distinta a la proclamada por sus adversarios políticos, y compulsan que la estrategia de sus oponentes no es otra cosa que la invención del cálculo político y electoral. Por consiguiente el expediente del Ministro Policía fracasa ante la evidencia de sus cualidades carismáticas al no ser por si mismo un destructor del poder civil sino un constructor. De ahí el que capitalice el consenso popular y descalifique la imagen pre-fabricada con la seguridad y la seriedad de un líder nacional robustecedor de la democracia de una nación con altibajos y frustraciones colectivas, y afirma la conciencia del hombre en su función de ciudadano libre y catalizador ya de las ventajas del régimen democrático. En consecuencia, Carlos Andrés Pérez obtiene una votación extraordinaria y aún cuando su triunfo debe abonarse a su partido Acción Democrática, que lo postuló, corresponde a él como líder y ejemplar venezolano preocupado por el bien de su país, la verdad y el entusiasmo de ese triunfo.

Es el mismo Rómulo Betancourt, señalado como sectario pero en todo caso, dirigente de influencia en la vida venezolana, quien en entrevista con el periodista Carlos Croes en Berna, Suiza, en septiembre de 1974, desmiente la tesis de su influir sobre

el Presidente Carlos Andrés Pérez, al hablar de éste como el hijo que no tuvo y enfáticamente expresar: "Carlos Andrés Pérez es un hombre que toma sus propias decisiones y asume sus responsabilidades. Sabe lo que le conviene a Venezuela. O dicho en criollo no se deja embarcar por nadie". El concepto es real y definitivo. Hay algo más decidor de la independencia personal y política del Presidente de una Venezuela de amplitud. El 11 de noviembre de 1961 el señor Rómulo Betancourt, como Presidente de la República, anuncia al país el rompimiento de relaciones diplomáticas y consulares con Cuba. El 9 de noviembre de 1974 Venezuela, Colombia y Costa Rica toman la iniciativa, en Quito, de reanudarlas. ¿Son las circunstancias de la conveniencia o de la liberalidad diplomática, o es la libre determinación del Presidente venezolano frente a una actitud periclitada de Betancourt? Sin embargo el 13 de noviembre del mismo año de 1974 fracasa el propósito de levantar sanciones a Cuba. Por cierto el ex-Canciller Dr. Aristides Calvani critica -como posteriormente en otras ocasiones- la política de la Cancillería venezolana. ¿Quién tiene la razón? El tiempo lo dirá.

Algunos especuladores de la política nacional entienden que el éxito de la candidatura de Carlos Andrés Pérez tuvo conexión con el alto costo de la vida -característica de la inflación mundial que continúa galopante y difícil de superar-, la desintegración del MEP, la imagen discutible de su polarizado contendiente, las caminatas y su condición de andino. Tal vez tales coyunturas tengan que ver en el análisis circunstancial de las deducciones políticas. Pero no hay duda de que su fuerte personalidad -discutida con pasión precisamente por tratarse de un líder fuera del rasero común- se impone como la mejor carta de crédito en el negocio de la política electoral de 1973, es decir, con la más aceptable y recomendable opción para ser el candidato de la venezolanidad. Efectivamente su gestión ya como gobernante, le da mayor poder político y social a la democracia y propicia satisfacción al anhelo popular al proponerse la búsqueda de la solución de los ingentes problemas del país constantemente agudizados por la urdimbre e incidencia social y política del desarrollo y su misma complejidad. Estimula la acción de la clase media y actúa con discreta objetividad con relación al poder económico, sin llegar a términos de hostilidad, pero defendiendo primero los intereses nacionales. Recuérdese una de sus afirmaciones: "Debemos cuidarnos de que a nivel nacional no haya grupos que insensiblemente vayan creyendo que ciertos privilegios son derechos y pretendan desarrollar niveles excesivamente altos en su bienestar, sin tomar en cuenta el de otros sectores de la comunidad nacional". Esta afirmación

-como otras tantas de sano entendimiento de la problemática venezolana- la hizo al referirse a un cuestionamiento de Fedecámaras, organismo poderoso de las fuerzas económicas siempre solícitas en el mantenimiento de sus intereses. A lo largo de su período -no obstante las presiones y la oposición algunas veces obcecada- tuvo una actitud de razonable firmeza para defender al Estado que gobernaba, sin hostigar porque su tendencia fue la del diálogo. De ahí el que estuviese pronto a sostener la convivencia como premisa del sistema democrático. En una oportunidad hubo de expresar: "Solo por el camino de la convivencia la democracia se hará firme, sólida y perenne en la patria venezolana". Otra característica suya fue la conciliación en momentos oportunos para eliminar o atenuar conflictos. Por eso Pedro Sotillo, sereno escritor y excelente poeta pudo decir: "Estoy lejos de ser pro-adeco, pero reconozco ampliamente que el Gobierno de Leoni fue conciliador, y lo es el actual Presidente Carlos Andrés Pérez" (1).

Cuanto a la realización de una racional y eficaz política petrolera, comprobada está su decidida gestión, su agresiva y encomiable actitud frente a la dependencia de las transnacionales, su positivo y real venezolanismo al nacionalizar la industria del petróleo el día primero de enero de 1976, cuando en tal histórico día recupera, para reafirmar la independencia económica, la definitiva exploración, perforación, explotación, refinación, transporte y comercialización del producto energético nacional, así como también un año antes, el primero de enero de 1975, a las 10 y 20 minutos de la mañana "enarboló la bandera tricolor en el Cerro Bolívar, decretando así bajo un cielo alegre e intensamente azul, que la industria del hierro pasa a manos, definitivamente y para todos los tiempos, del Estado venezolano". Y hay algo más: "En ese instante y para todos los tiempos que vendrán cesó el imperio de dos empresas norteamericanas, Orinoco Mining y la Iron Mines" (2). Este día y el de la nacionalización del petróleo, el entusiasmo popular, en todo el país. estalló en el más leal de los aplausos a Carlos Andrés Pérez, el más nacionalista de los Presidentes venezolanos, al propiciar la realidad más esperada por nuestro pueblo o sea que el Estado pasase a ser el único dueño de su propia riqueza. Esta sola actitud suya le hace pasar con singular jerarquía popular a la historia.

---

(1) Véase El Nacional del 18 de octubre de 1975.

(2) Véase El Nacional del 2 de enero de 1975.

Referente al desarrollo industrial y agropecuario bien conocidos son, ampliamente, no solamente el apoyo, el estímulo y el fomento industrial, como afirmación de su potencial futurista y reinversión geográfica, al llevar a cabo la revisión de su proceso a todo lo largo y ancho del país con resultados optimistas y pragmáticos, sino también su acción directa en favor de la agricultura y la cría, como manera responsable de estabilizar la democracia económica y equilibrar "las variables reales y financieras de la economía" venezolana.

Cuando en junio de 1974 Fedecámaras realiza su XXX Asamblea anual en San Cristóbal, el periodista C. R. Chávez informa que en la misma pudo recogerse "El franco optimismo que anima a los agricultores venezolanos". Es porque el gobierno regido por Carlos Andrés Pérez crea el Fondo de Desarrollo Agropecuario, la Ley de Revisión, Reconversión y Consolidación de la Deuda Agrícola; permite la libre importación de insumos agrícolas y subsidio a los mismos; crea incentivos fiscales para quienes se dediquen a invertir en las explotaciones agropecuarias; fija precios mínimos a veintidos productos agrícolas; solicita una política agrícola por programas específicos; impulsa a las actividades agroindustriales; dispone la reestructuración de la Corporación de Mercadeo Agrícola y del Banco de Desarrollo Agropecuario, y la incorporación de agrotécnicos a la faena rural, y frente al drama agrícola, donde su interés toma características prioritarias, la expectativa de la industria observa el reordenamiento económico, especialmente al referente al sector comercial, por el detenido análisis y la ponderada evaluación de sus problemas" (1). En esta misma Asamblea el Presidente Carlos Andrés Pérez dice que la rapidez de las decisiones responde a un desafío de la historia. Su estilo de gobernar fue ese: el dinamismo ejecutivo.

En el mismo mes de junio de 1974, al instalar en San Felipe la III Convención de Fedeindustria el Presidente venezolano dice: "La responsabilidad del gobierno no es la de parcializarse por ningún sector de la producción; busca la indispensable conciliación de intereses, pero defendiendo necesariamente los derechos de la mayoría" y agrega: "La grandeza de una política no puede estar nunca en la inflexibilidad, sino por el contrario, en el reconocimiento de la equivocación". y como corolario de su sentido venezolanista dice: "No se recuerdan transformaciones fundamentales en la vida de los pueblos, que no hayan costado grandes sa-

---

(1) Véase El Universal del 30 de junio de 1974.

crificios" (1). Es la suya una vocación de servicio en pro de los intereses nacionales, así se le critique justa o injustamente.

Cuando se realiza en Puerto La Cruz otra Asamblea de Fedecámaras, en mayo de 1976, los expertos al servicio de tal organismo realizan un diagnóstico y destacan las fuertes inversiones oficiales, y no obstante la lentitud de los resultados por la propia naturaleza de la economía agropecuaria, es reconocido el estímulo del gobierno nacional, con medidas adelantadas en 1975, a la agricultura, al reorientar el desarrollo de Venezuela, y se juzga que la prioridad dada a tan importante actividad de la economía, es "uno de los mayores esfuerzos realizados por gobierno alguno en los anales de la explotación agrícola venezolana" (2). El periodista C. R. Chávez analiza los resultados de la XXXII Asamblea de Fedecámaras, en lo concerniente al Fondo de Crédito al distribuirlos (los créditos) en todas las regiones del país". El Economista Luis Fernando Yepez, conocedor de la implementación oficial a favor del agro, significa que Carlos Andrés Pérez es el "Presidente que a través de la historia ha sido el más preocupado por la agricultura en Venezuela". En realidad su política agropecuaria alcanzó bienes inestimables en el tiempo de su gestión gubernamental, con programas de investigación, técnica, asistencia, créditos, saneamiento, obras hidraúlicas, infraestructura y medidas tendientes todas al favor de la dinámica del desarrollo. Tal política la proyectó con visión futurista. Una simple muestra de lo obtenido podemos hallarla en los siguientes datos estadísticos correspondientes a un aspecto de tal política, durante los primeros cuatro años de actividad administrativa: Sorgo: en 1973 se produjeron 8.600.000 kilogramos; en 1977: 326.000.000. Arroz: en 1973: 302.000.000: en 1977: 508.000.000. Papas en 1973: 123.638.000; en 1977: 195.00.000. Maíz: en 1973: 454.000.000; en 1977: 798.000.000. Caraotas: en 1973: 14.728.000; en 1977: 31.000.000. Uvas: en 1973: 1.155.000; en 1977: 3.712.000. Cochinos: en 1973: 827.531 cabezas; en 1977: 1.483.430 cabezas. Aves: en 1973: 86.418.000 cabezas; en 1977: 121.131.000. cabezas. Sobre este último renglón la prensa informó que para 1978 ya no hubo importación de pollos ni de huevos, y así en las demás necesidades de la dieta diaria la producción progresó favorablemente y, claro está, de seguir el estímulo interesado a la producción en todos los renglones deficitarios pronto estaremos normalizando el equilibrio de la dieta nacional.

---

(1) Véase el Universal del 22 de mayo de 1976.

(2) Véase El Universal del 22 de mayo de 1976.

Fácil es comprobar el crecimiento y la especializada técnica de la industria en sus diferentes campos, con moderna y acelerada estrategia y en algunos casos con medidas de emergencia y actuando con claro sentido nacionalista y ritmo económico favorable totalmente a la comunidad. Es porque el Presidente Carlos Andrés Pérez incrementó la riqueza interna del país y fortaleció su acción de estadista al no detenerse en la contemplación de los esquemas mínimos de las necesidades, con medidas aleatorias, sino con la dimensión de lo práctico para afirmar el futuro y robustecer responsablemente el patrimonio del Estado.

En lo referente a la representación del Táchira culto, Carlos Andrés Pérez dió una imagen clara de lo que es y ha sido nuestra región dentro de la realidad nacional, como factor de avance y de apoyo a la esencia de la capacidad y del progreso asi como del vigor de su seriedad para el hacer, sin veladas intenciones. López Contreras y Medina Angarita adelantaron el camino para la reconsideración del análisis justo, pues no era posible aquella imagen distorsionada y parcializada de algunos como incubadora de macheteros, cuando la pasión política y la inercia o el propósito dañino de historiadores deformadores o desconocedores de la verdad la flagelaban por la presencia circunstancial del dictador o el duro régimen conculcador de los derechos humanos, para fabricar una hegemonía que el Táchira, precisamente, fue el que con mayor ahínco la combatió decidida y virilmente. José Abel Montilla, medular historiador y escritor venezolano, dejó su estupendo libro "Fermín Entrena", el cual debe ser leído por los obnubilados o no para conocer la trayectoria de un Táchira desconocido. Fermín Entrena es el nombre del imaginario y a la vez real tachirense de la revolución de 1899, la cual anhelaba la grandeza, la integración y la convivencia democrática de Venezuela. López Contreras inició el logro de tal anhelo. Medina Angarita lo adelantó grande y liberalmente con la fresca bonhomía de su civilismo progresivo. Carlos Andrés Pérez lo deja transitado no ya como hombre de partido sino como venezolano en la plenitud de su energía humana y al dinamizar así la inquietud de la opinión pública y la libertad para ejercer el derecho que dan las instituciones, pues su palabra y su acción construyen el mejor porvenir de la política, la cultura y la economía social de su país. Es, por lo tanto, un relevante personero del Táchira en el momento de quemar las etapas de los fraccionamientos y afirmar su fe en la jerarquización nacional e internacional del triunfo de la venezolanidad. Su sensibilidad democrática permite el desahogo de cuantos, avalados por el régimen respetuoso de las garantías constitucionales y su libertad personal, lo agreden con razón o sin élla.

En junio de 1974, al cumplirse cien días de la gestión político-administrativa del Presidente Pérez, hay quienes consideran favorable el balance de la misma y quienes no adelantan opinión todavía pero ven con interés el desarrollo de tal gestión. El visceral crítico Dr. Alfredo Tarre Murzi (Sanín), quien no dejó una columna sin aludir adversamente al Presidente Pérez y periodista dedicado a tiempo completo al cuestionamiento del período 1974-1979, reconoce que los dichos "cien días es positivo (el balance) para el Presidente en lo que atañe al respaldo popular", pero cuestiona los "fondos de inversiones, fondos de protección, préstamos internacionales, aumentos de sueldos y planes de presupuesto aumentados para conjurar la inflación reinante" (1). Esto último comprueba la inflación existente al iniciar su período constitucional, circunstancia que nunca será un descubrimiento. Desde luego Carlos Andrés Pérez da un tratamiento distinto, dinámico, al problema inflacionario -que no es asunto exclusivo de Venezuela sino mundial- con medidas especiales, pues el fenómeno no puede ser enfocado con dilación ni con criterio de negación o drama político, sino con conciencia lúcida y equilibrada para la búsqueda de la defensa del hombre y del país donde, como lo dijo un político mexicano, "las causas profundas de la escasez, de la inflación y del agotamiento de las riquezas del planeta, se encuentran en las injusticias de la sociedad de consumo" (2) Recuérdese que Venezuela no ha estado -ni lo estará con carácter inmediato y menos si se desestima la dinámica, la eficacia y la audacia en la economía- al margen del fenómeno inflacionario mundial. Por lo mismo debían tomarse las acciones a costa de los riesgos. No hacerlo así hubiese provocado la crítica con los consiguientes cognomentos de irresponsabilidad o inercia. Es por ello por lo que el 29 de abril de 1974 el Presidente va al Congreso "a solicitar poderes extraordinarios -sin ofensas subalternas- para poner en marcha una serie de medidas que van a delinear la política de gobierno; se dictan las medidas y crean un ambiente de optimismo en unos sectores, pero de expectativa e inquietud en otros, hasta llegar a la fecha actual cuando los derechos y reglamentos han caído en el terreno de la controversia, bajando sensi-

---

(1) Véase El Nacional del 18 de junio de 1974. (Otros dos viscerales críticos son el Dr. Jorge Olavarría y Rafael Poleo. Este último convierte el interés moralizador en morbosa pasión personal).

(2) Véase El Universal del 19 de Julio de 1974.

blemente la popularidad del régimen (1). El tiempo dice la verdad sobre los aciertos y los errores en materia tan difícil de objetivizar conforme a los vaivenes y las alternativas del proceso económico. Sin embargo Venezuela pudo, con otros países en desarrollo, recuperarse del receso económico mundial de 1974-75, según el Atlas Económico y Social del Banco Mundial y por ello en 1976 ocupa el segundo lugar en América Latina, con un crecimiento per cápita del Producto Nacional Bruto de 1.000 dólares a 2.820 dólares (2).

Hay una actitud sostenida de sincero nacionalismo en su gestión como Presidente, de Carlos Andrés Pérez.. Recuérdese su importante y aplaudida carta al Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Gerald Ford, con relación a las alusiones de éste en la ONU sobre la política petrolera venezolana en septiembre de 1974. En tal carta defiende los intereses de América Latina en general y los de Venezuela en particular. En un aparte dice: "La confrontación económica la han creado los grandes países que se niegan a darle participación igual a los países en desarrollo en busca del equilibrio indispensable en los términos del intercambio". En otro expresa: "Esta política de nuestro país, respaldada por todos los partidos, grupos de opinión y por nuestro pueblo, ha sido desarrollada como parte de la educación nacional ya que lleva y difunde la convicción de que Venezuea es país petrolero, productor y vendedor de un bien de valor creciente y escaso y de importancia estratégica fundamental. No encontramos otro camino para enfrentar el totalitarismo económico que se ha venido apoderando de la dirección de los negocios y del comercio mundial y que tiende a crear tantos males al mundo como los que pretendió imponer el totalitarismo político del nazifascismo frente al cual su gran país dió y prestó al mundo servicio tan heróico como grandioso para merecer la gratitud de la humanidad entera". Esta carta tuvo repercusión internacional y todos los partidos venezolanos apoyaron el contenido de la misma y la actitud presidencial. El Dr. Gonzalo Barrios (AD) dijo: "El mensaje toca el fondo del problema del petróleo y los precios". Eduardo Fernández (Copei): "Expresamos apoyo a los conceptos fundamentales de la carta". Jesús Faría (PCV): "El Presidente Pérez merece y necesita el respaldo unánime del pueblo".

---

(1) Véase El Universal del 21 de julio de 1974.

(2) Véase La Razón, de Buenos Aires, del 23 de febrero de 1979.

Humberto Bártoli (URD): "Es un documento que merece el respaldo de todos los venezolanos". José Vicente Rangel: "Interpreta un vasto y dilatado sentimiento nacional". Siuberto Martínez (MEP): "Adecuada y oportuna respuesta del Presidente de la República" Eduardo Machado (VC): "Por su fondo nos parece positiva la carta del Presidente". Américo Martín (MIR): "Evidentemente refleja la actitud general del país". Pompeyo Márquez (MAS): "Es una clara réplica al descaro de Ford".

El 5 de noviembre de 1974 es al Presidente de la Confederación Mundial de la Alimentación, en Roma, a quien se dirige para esclarecer que los "países industrializados construyeron su bienestar sobre la explotación y miseria de los países débiles", y hace un enfoque del problema agrícola para afirmar: "La agricultura es el sector más débil en los países en desarrollo y por paradoja es también el sector del cual depende el desarrollo. Para contraste, la política agrícola en los Estados Unidos de Norteamérica, en la Comunidad Europea o el Japón ha logrado los objetivos que en vano han buscado los países en desarrollo: limitar las disparidades entre los ingresos agrícolas y los no agrícolas, incrementando salarios y retribuciones a los agricultores". En otro aparte de su interesante carta dice: "La Conferencia Mundial de Alimentos para buscar las causas eficientes del hambre en el mundo y encontrar las soluciones justas y definitivas, tiene que partir de claros supuestos morales y de fundamentos verídicos".

Ambas cartas son la consecuencia de la actitud francamente nacionalista y responsable de un Presidente venezolano nacido en el Táchira. A esa actitud responsable el Congreso Nacional le da poderes extraordinarios en 1974. Por ello lleva adelante su política audaz en favor de la economía criolla. Desde luego la oposición combate duramente tal política, pues cada parcialidad de acuerdo a su filosofía y a su irrenunciable derecho a discrepar expuso su criterio -a veces negativo-, pero la democracia económica y social acopia los méritos de su vivencia. La Venezuela rural, no hay duda, se liquidaba en las viejas concepciones y los líderes pregonaban la convicción superadora de una nueva mentalidad ya fortalecida con el esfuerzo positivo de los últimos años. Y un dirigente de la honestidad, el Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa, desde el Senado, al intervenir en el debate sobre la Guía del Consumidor, en julio de 1974, no solamente critica a Acción Democrática sino también a Copei, y hace una metáfora muy digna de ser tomada en cuenta por ambas parcialidades políticas: "Es necesario -dice- que Acción Democrática (partido del cual fue fundador) y Copei se guarden las hachas de la guerra y se vayan

al campo a producir para resolver los problemas del abastecimiento a la población". Lógicamente que tal determinación no correspondería únicamente a los partidos del status sino igualmente a las demás organizaciones políticas.

Graves e históricos problemas hubo de enfrentar el Presidente Carlos Andrés Pérez. Tales, por ejemplo, el secuestro del industrial norteamericano William Niehous y la muerte del joven dirigente político Jorge Rodríguez y la del abogado Ramón Carmona. Estos sucesos repercutieron hondamente en la conciencia nacional. Sobre el primer caso nada pudo saberse del secuestrado durante el período del Presidente Pérez. (1) Fueron detenidos, sí, dos Diputados: Salón Meza Espinoza y Fortunato Herrera. La Corte Suprema de Justicia, el 26 de agosto de 1976, dictó su fallo en el sentido de calificar tal secuestro como un delito militar, lo cual avaló la actitud gubernamental frente a tal hecho incómodo y lamentable. Cuanto a la muerte del líder de la Liga Socialista -hombre clave para la pista del desaparecido Niehous, tan controversial, tan dudoso y tan privilegiado- el Presidente Pérez no solamente la calificó como deplorable sino condenó a los ejecutores, juzgados luego por un Tribunal de la República, y declaró: "Es un ciudadano, un ser humano que recibió un tratamiento por parte de autoridades que no solamente está condenado por la Ley sino que lo repudia el sentimiento humano". Sobre el caso Carmona también los Tribunales lo escudriñan y hay detenidos cada vez más complicados entre sí. Ojalá la justicia resplandezca y no haya entredichos para sombra de quienes están exentos de

---

(1) La administración que siguió a la suya tiene la fortuna de rescatar al industrial norteamericano a los pocos meses de iniciar su gestión. Pero no están bien claras las circunstancias que rodearon tal hecho, pues hubo precipitaciones y actitudes muy cuestionadas por la oposición y los órganos de comunicación. Entre otras la de no propiciar las debidas y obligantes declaraciones del industrial; dejar en el aire la aclaratoria legal del asunto, así como así, y aducir simples motivos humanitarios, como si la justicia y la conciencia no estuviesen sujetas a la verdad. Es porque a las pocas horas del rescate del industrial Niehous, a éste se le permite salir del país como si se tratase de un turista. La determinación del gobierno, pues, permite especulaciones o dudas acerca de su comprometida indiferencia con uno de los hechos de mayor dimensión en lo que podría llamarse esquema para una novela policíaca. La seriedad del país esperaba -y espera- una clarificación de este hecho cuya naturaleza huelga comentar.

culpabilidad. En tan escabrosos casos la responsabilidad presidencial afrontó serenamente los hechos y comprobó su temperancia dentro de la Ley.

La política económica de la administración del Presidente Pérez fue cuestionada por los partidos de oposición. Pero no descansó en su energía tertimonial para dar cuerpo a lo que él mismo llamó democracia funcional y su compromiso con Venezuela a objeto de incrementar la riqueza nacional, robustecer el patrimonio físico del Estado y sacar a la agricultura de la marginalidad. Es así como realiza nacionalizaciones y sorprende al país con operaciones ágiles y audaces por su novedad y personal entrega y que, al dejar el poder, suscitan debates económico-políticos y por negación son desaceleradas en su acción dinámica para el riesgo de una recesión que algunos asesores desprevenidos llaman enfriamiento, cuando la verdad es que se trata de un recalentamiento de la ineficacia para desprestigio de los nuevos técnicos oficiales.

En mayo de 1976, al reunirse con el Comité Directivo Nacional de la Federación Campesina de Venezuela, explica las razones de su gobierno para tomar medidas en el campo económico, y razona: "Se aumentaron los precios a los productores agrícolas de maíz, sorgo, soya, caraotas, ajonjolí, copra, maní y girasol sin que este aumento incida sobre los consumidores por cuanto el gobierno nacional asume su costo, pagando como subsidio los incrementos efectuados para estimular la producción de estos artículos básicos en la dieta de los venezolanos, sobre todo de los venezolanos de menos recursos". Sus argumentos son claros y como él mismo dice, al asumir el gobierno había carencia de muchos de los mencionados productos, lo cual afectaba directamente a la clase popular. Igualmente explica: "Se eliminó el subsidio al trigo que en este año hubiese llegado a cerca de 400 millones de bolívares. Y este subsidio, pagado a productores extranjeros, se trasladó a los productores agrícolas venezolanos para mejorar sus ingresos y estimular la producción de los renglones a que me referí". Hace razonamientos pormenorizados, pues, de cuanto es empeño por mejorar y estimular la producción nacional (1).

En su mensaje del 12 de marzo de 1976 al Congreso Nacional, analiza su gestión de gobierno en dos años de iniciativas y realidades. Ratifica su optimismo en la estabilidad interna de la eco-

---

(1) Véase El Nacional del 15 de mayo de 1976.

nomía y su solidez externa, con la toma de decisiones básicas al logro de la independencia económica, social y política. Anuncia la reforma arancelaria para una política industrial y también que el 52% de las 136 industrias de Caracas han presentado su programación y fecha de traslado al interior del país y así atender las exigencias oficiales de relevar a la metrópoli de los inconvenientes de las fábricas en una urbe complicada y compleja en su organización.

El periodista norteamericano Joseph Mann, del New York Times, justiciera y acertadamente dice: "Después de décadas como silencioso transeúnte por el teatro de los asuntos internacionales, Venezuela, en los dos últimos años, se ha transformado en un actor principal. La nueva altura de Venezuela en organizaciones internacionales tales como la OPED y el Fondo Monetario Internacional ha eclipsado parcialmente la prominencia tradicional de México, Argentina y Brasil en los asuntos latinoamericanos" (1). Es porque la política internacional de Carlos Andrés Pérez, no obstante la crítica de quienes pudieron y debieron y no hicieron, deja profunda huella y convierte la expectativa de Venezuela en voz cantante y acción actuante en el mundo exterior para bien del país nacional y de otros países dentro del llamado Tercer Mundo, o sea los pueblos subdesarrollados. Carlos Andrés Pérez fue -y lo seguirá siendo- líder de ese Tercer Mundo y, claro está, de Hispanoamérica. Este es un honor alcanzado por su simpatía, por su entusiasmo en defender a esos países tercermundistas y hasta por sus imprudencias al confundirse popular y valientemente con el pueblo en los lugares por él visitados. Hasta ahora ha sido el Presidente venezolano que en la historia nacional ha viajado más al exterior y no precisamente como turista o a disfrutar merecido descanso. Por el contrario, a cumplir misiones de patriotismo, a ratificar devota admiración por héroes y hechos de redención americana, a vigorizar relaciones con el mundo europeo y asiático, y a promover y defender la política petrolera. Igualmente ha sido el Presidente de la República con mayores visitas de tipo administrativo y para atender obligantes invitaciones de la provincia venezolana. Su estilo, como en todas sus actividades oficiales, rompió la rutina y las tradiciones al imponer el suyo personal tan influyente y decisivo al entendimiento-al convencimiento y a la ventaja de los intereses nacionales, con vigorosa y cordial personalidad. Según el periodista J. Lossada

---

(1) Véase El Universal del 6 de julio de 1977.

Rondón, simpático cronista de El Nacional, en "Miraflores a la vista", realizó 22 giras al exterior y 219 al interior de Venezuela. Fue el incansable caminante de la comprensión y la sana definición de entendimiento dentro y fuera del país. Con ello correspondió al mensaje del poeta Antonio Machado.

Algunas de sus giras al exterior fueron cuestionadas por la oposición, como por ejemplo, la del Medio Oriente, cuyo principal propósito fue la de tratar aspectos fundamentales sobre los problemas de petróleo en la OPED. Con relación al preocupante conflicto árabe-israelí, entonces, el Presidente Carlos Andrés Pérez expresó el 23 de abril de 1977 en Kuwait: "Nuestra posición es decididamente al lado de la paz. La paz no se puede lograr si no se busca un punto de equilibrio y de justicia dentro del conflicto como se ha planteado". En ningún caso fue quebrantada la neutralidad venezolana. Se cumplió así el deseo del dirigente de Copei, Dr. Abdón Vivas Terán, cuando dijo: "La gira será positiva si se cumple en los marcos estratégicos de los intereses específicos de la OPED".

La palabra serena, comprensiva y conciliadora estuvo presta a conjugar la reflexión con las normas éticas para evitar escoriaciones a la vida social del país. De ahí sus palabras convincentes en el llamado a los pilotos de la empresa aérea Línea Aeropostal Venezolana en la oportunidad de una ilegal y rara huelga (1).

Tuvo siempre el Presidente Pérez un sincero deseo por cumplir su responsabilidad de gobernante y de ciudadano. Por eso pedía al país no soslayar la suya. El 5 de julio de 1977 dice: "Que nada interrumpa el camino, es responsabilidad de todos en la obligante tarea que se nos impone. Venezuela no es obra, producto ni consecuencia exclusiva del Gobierno". Y agrega: "Si la pobreza y la miseria aún cubren con su sombra de dolor y desamparo a centenares de miles de venezolanos, la responsabilidad es global, de la sociedad entera. El afán de acumular riquezas, lujo y despilfarro, entraba la acción cuando no se encuentra la cooperación para la política social que debe cubrir extensa responsabilidad de todos los sectores de la colectividad nacional" (2). Son expresiones suyas para recordar el deber de todos, con fuerza

---

(1) Véase 2001 del 22 de septiembre de 1976.

(2) Véase El Nacional del 6 de julio de 1977.

de doctrina nacional, para que no prevalezca el paternalismo del Estado ni la demagogia de la politiquería.

Los problemas socio-económicos tuvieron su especial preocupación. Al enfocarlos o estudiarlos lo hizo con franqueza y con vocación de estadista. Así, por ejemplo, en Maracay, al inaugurar la XXXIII Asamblea de Fedecámaras, significa su interés por el problema de la escasez que, para sufrirlo menos, se imponían obligadamente las importaciones para resolverlo, y señala la necesidad de mantener sana a la economía nacional y así no frustrar el esfuerzo en pro del desarrollo. En tal Asamblea pormenoriza las medidas oficiales tendientes a garantizar ventajas futuristas dando "un gran salto en el crecimiento, al sobrepasar los parámetros de la economía nacional, al aumentar la capacidad adquisitiva del pueblo, al establecer el salario mínimo, al aumentar el empleo" (1) y, claro está frenar muchos abusos entre ellos los sobreprecios inmobiliarios y otros característicos de la rapacidad de la glotonería. Por algo el señor Antonio Díaz Martínez, como Presidente de Fedecámaras, hubo de decir: "El país está rebasando. Se nos fue de las manos a los venezolanos" y al referirse al cambio de la dimensión económica nacional, expresa que "en tres años, entre 1972 y 1975, la economía venezolana ha experimentado un cambio de dimensión sin precedentes en su historia". Afirma también el señor Díaz Martínez algo muy digno de tomarse en cuenta: "Las 56 empresas del Estado plantean el mayor problema gerencial que confronta el país", lo cual es innegable. Y agrega: "la explosión que hay en la demanda como consecuencia de las medidas económicas, laborales, etc., está poniendo al sector productor a una velocidad tremenda en la producción. Eso no se puede negar" (2).

En su alocución de Año Nuevo el primero de enero de 1978, el Presidente Carlos Andrés Pérez, concreta los grandes logros de su administración así: "La nacionalización del hierro y del petróleo ; la modernización de la legislación financiera y tributaria; la reforma institucional del Estado venezolano; la reforma administrativa; la acelerada expansión del desarrollo; la transformación de la agricultura; la política de pleno empleo, la industrialización del país; la revitalización de la pro-

---

(1) Véase 2001 del 12 de julio de 1977.

(2) Véase El Universal del 15 de febrero de 1977.

vincia; la incorporacón del artesano y del pequeño industrial al disfrute del crédito estatal; las grandes obras de infraestructura; la construcción de viviendas populares y para la clase media de bajos recursos; las reformas a la Ley del Trabajo y a la Ley de Carrera Administrativa con sus reivindicaciones allí incorporadas, entre ellas la consagración como derechos adquiridos, de la antigüedad y la cesantía, y el pago de intereses a los trabajadores por sus prestaciones sociales; la construcción de hospitales y centros de salud, la defensa exitosa de la salud y del medio ambiente, son logros indiscutibles de un gobierno popular". Pero hay algo más: realizaciones de su política social, como la pensión de por vida a los venezolanos mayores de 65 años y que estén en la indigencia, y la extensión a los Jueces, Secretarios y Alguaciles, Defensores Públicos y Personal del Servicio Exterior, la antigüedad y cesantía como derechos adquiridos. En tal Alocución menciona la marginalidad y la delincuencia como elementos negativos o sea que no tiene temor en aceptar los males sino empeño en buscarles soluciones.

El 2 de agosto de 1978 con su Gabinete Ejecutivo en pleno pone, en Maracaibo, el ejecútese a la Ley sobre el Desarrollo Carbonífero y Siderúrgico de tan importante región venezolana, con una inversión prevista para ambos complejos de catorce mil novecientos cuarenta y un millones de bolívares, en el Fondo de Inversiones. Todo con el propósito de ir dependiendo menos, progresivamente, del petróleo.

A propósito de la política petrolera llevada a cabo por el Presidente Carlos Andrés Pérez, el entonces Presidente Electo Dr. Luis Herrera Campíns, en entrevista concedida el 18 de diciembre de 1978 expresa, con referencia a la novedosa y favorable situación planteada con la resolución de la OPED, "Que el Gobierno actuó bien: se logró el aumento de los precios y se conservó la unidad de la OPED" (1). Tal política y la ventaja de los nuevos precios en el primer trimestre de 1979, un segundo aumento acordado por la misma OPED en junio del mismo año y el aumento de la producción en cuatrocientos mil barriles diarios, el aumento de las exportaciones del hierro y el acero, la revalorización de la Faja Petrolífera del Orinoco. etc., permiten al nuevo Gobierno no solamente **deshipotecar** a Venezuela, sino impulsar satisfactoriamente los encontrados esfuerzos del desarrollo en marcha si se

---

(1) V'ase El Universal del 19 de diciembre de 1978.

saben administrar los bienes del Estado con criterio patriótico y gerencial y no con sentido político o inercia administrativa.

El 27 de diciembre de 1978 el Presidente Pérez va a Santo Domingo para atender una invitación del Presidente Antonio Guzmán, y allí le es dada una bienvenida de "héroe al máximo defensor de la democracia de América Latina". Es porque el Presidente venezolano no solamente afianzó moralmente con su influencia el triunfo electoral de Guzmán, con su persuación en pro del sostenimiento del régimen democrático hispanoamericano y como conciliador en los asuntos inherentes a la libre determinación. Recuérdese, también, su posición frente a la necesidad de que el Canal de Panamá fuese, como es lógico, automáticamente panameño, al menos en su primera exitosa tentativa. Asimismo su decisión propulsora en favor de la tierra de Rubén Darío hasta encontrar el camino de su reivindicación democrática. Son jornadas estas de prestigio intercontinental y colocan su nombre y el de Venezuela en la constante del auténtico humanismo y solidaridad democráticos.

Actúa y gobierna Carlos Andrés Pérez con espíritu de preocupación nacionalista -sin perder la universalidad de su pensamiento- y definida y clara buena fe. Por eso cuando envía su Mensaje al pueblo venezolano el primero de enero de 1979, puede expresar que su conciencia lo persuade de la rectitud de su acción pública y que la construcción de la gran Venezuela es la meta transferida a su sucesor en la Presidencia de la República (1). Al dar al país lo mejor de sí mismo, con dinamismo difícil de superar, inaugura otro estilo en la transferencia del poder al sugerir la creación de comisiones de enlace a fin de orientar al Presidente Electo y a sus colaboradores o asesores en las complejas y fatigantes actividades del poder. Esto lo hace con fervor de amplitud, sin mezquindades, sin pequeñeces, sin egoismos, lo cual convalida su personal manera de actuar y hasta sorprende a los medios donde el resentimiento, el sectarismo o la duda están propensos al desconocimiento de la nobleza y del interés por el país nacional y, por lo mismo, más bien al enguerrillamiento y a la desabrida inelegancia.

Hay escrito un libro por Pierre Salinger sobre el Presidente y el hombre, en el cual es mostrada la trayectoria discutida pero

---

(1) Véase El Universal del 2 de enero de 1979.

sobresaliente por su espíritu de servicio y devoción democrática del excepcional líder venezolano e hispanoamericano que impone un ritmo dinámico, audaz y progresista para gobernar y administrar, y siembra infraestructura diversificadamente para acelerar el desarrollo presente y futuro de Venezuela sin que en ello quepa la menor duda. Tal premisa lo hace afirmar "consciente y convencido": "No tengo nada de que arrepentirme, no hubiese podido hacer nada de otra manera. Dejo la Presidencia feliz y satisfecho" (1).

Dirigente nato -lo dijimos y lo repetimos-, no sujeto a las presiones sino a las decisiones, podríamos añadir gerenciales, y luego de las experiencias del diálogo da validez consciente y suficientemente al pragmatismo de su buena fe en la grandeza de Venezuela y, naturalmente, de la estrategia evolucionada de su partido, al cual se ha dado rotunda y desprendidamente. De modo que nadie puede pensar que de Miraflores sale a la sede de Acción Democrática en la búsqueda de su liderazgo, pues éste lo mantiene intacto desde cuando recobró la bandera herida por la derrota de 1968 y la sostuvo en alto con clara inteligencia y ejemplar valor hasta verla nuevamente airosa y victoriosa, igual a como lo hace ahora por encima de reconcomios y de eventuales e inevitables forcejeos políticos reñidos con la convivencia y la sensatez. Es porque supo recoger a tiempo y avalar, con su integridad regional, el mensaje venezolanista de su paisano y compañero Leonardo Ruíz Pineda.

Conviene dejar constancia de un hecho singular en la historia de Acción Democrática: su auspiciosa supervivencia en dos momentos de depresión política. El primero cuando el 24 de noviembre de 1948 debe pasar a la clandestinidad; y el segundo cuando en las elecciones de 1968 es derrotado a pesar de haber presentado la candidatura presidencial de un prestante miembro suyo como lo es el Dr. Gonzalo Barrios. Son jornadas pesimistas y traumatizantes por la pérdida del poder y de la influencia sobre una colectividad en la búsqueda de la vivencia y de la afirmación democrática. En el primer momento era aún Acción Democrática un partido minoritario pero aguerrido. Es Leonardo Ruíz Pineda, entonces, quien va con el denuedo y la gallardía de su juventud honesta y brillante a sostener la vigencia de su partido y a luchar valientemente contra un régimen de fuerza. A él, al Leonardo del sacrificio, corresponde totalmente la responsabilidad tomada por

---

(1) Véase La Nación (San Cristóbal) del 4 de enero de 1979.

sí mismo, al desbandarse crucialmente la dirigencia, para equilibrar la seguridad del timón y no dejar a la deriva a la militancia disgregada y perseguida. Por eso, en el instante trágico de su muerte, era ya el Jefe, el caudillo indiscutible de Acción Democrática y el promotor y altivo símbolo de la resistencia venezolana. Nadie le hubiese discutido su derecho -después de la obscura década- a ser el Presidente de Venezuela, asistido también por la emoción del pueblo que lo admiraba y lo quería.

Al sucederse la derrota de 1968, Acción Democrática ya es un partido mayoritario pero con grietas y escisiones que le hacen perder el poder nuevamente. La desmoralización no se hace esperar. Pero al siguiente día de la pérdida de las elecciones, Carlos Andrés Pérez toma el comando de las decisiones para sacar a su partido de la postración. Desde las primeras horas de la mañana, luego de su tradicional trote y ejercicios, hasta altas horas de la noche, no da descanso a su actividad partidista tanto en la metrópoli como en todos los centros poblados de la provincia para conversar, discutir y convencer. Así rehace la confianza de sus compañeros, de sus amigos y de los simpatizantes de su partido. En consecuencia, al acercarse las nuevas elecciones indudablemente su carácter de líder nacional e influyente en la moral de la democracia, insensible e indiscutiblemente impone su candidatura presidencial. El resultado bien lo conoce el país, pues es el Presidente que ha ido a Miraflores con la más abrumadora cantidad de votos.

Por consiguiente, Leonardo Ruíz Pineda y Carlos Andrés Pérez, rubienses de acción y prestigio nacional, son los mayormente calificados afirmadores de la vida y vigenca de Acción Democrática y del sistema democrático venezolano en dos cruciales etapas: las de los años 1948 y 1968.

Por ello es por lo que el liderazgo de Carlos Andrés Pérez o Carlos Andrés o CAP simplemente, porque el pueblo lo identifica así con el más cálido sentido popular, es indiscutible. La dinámica de sus audaces e indispensables decisiones en favor de las necesidades colectivas y su influencia en el exterior y el llamado tercer mundo, son credenciales difíciles de superar por cualesquiera otros dirigentes.

Cuando ya está para concluir su período constitucional va al Estado Apure y deja constancia allí de que su gobierno ha invertido más de quinientos millones de bolívares en vialidad, pues "es el factor condicionante para la transformación real, auténti-

ca del Estado Apure y para crear el bienestar de la región". Dice que "Hay cerca de cien hectáreas que ya tienen sus módulos (compendio de medianos productores y agrotécnicos de empresas campesinas) y que aspiro entregar antes de que termine el gobierno a otras treinta empresas. Sin embargo se nos han presentado un cúmulo de problemas producto de todo lo acumulado a la largo de tantos años en Venezuela por la imprevisión y la improvisación con que hemos actuado" (1). Es la manera de comprender las incidencias de una Venezuela sub-administrada.

En su Mensaje al país en marzo de 1979 -al transferir el poder- deja delineada la trayectoria de su gestión oficial, y aún cuando se cuestione su mandato constitucional algunas veces con carácter agresivo, aún cuando se critique el vigor de su realidad administrativa -lo cual es natural en un régimen democrático que él ha contribuido a construir, bien sea por estrategia política, por desbordado encono político o por oposición irritada por no tener el poder- su obra contiene real beneficio para Venezuela y una proyección futurista, pues operó no solamente en presente sino previendo el devenir. El tiempo y la historia reconocerán su obra, la cual abarcó grandes cosas como, entre otras, la racionalización del gasto, el saneamiento administrativo, la nueva política industrial con duplicación del índice de crecimiento y la perspectiva del aliento de la independencia, el desarrollo agropecuario, la estabilidad interna de la economía, la austeridad en los gastos corrientes, la estabilización de la producción petrolera, la creación de los Ministerios de Transporte y Comunicaciones, del Ambiente y los Recursos Naturales Renovables, Equipamiento Urbano, de la Juventud y Turismo con miras a un trabajo de mejor concepción administrativa, la creación de nuevos empleos, la dinamización de las relaciones internacionales, la nacionalización del hierro y del petróleo, la capacitación del hombre para la mano de obra especializada con el Programa Venezuela 5.000 y así formar mejor los recursos humanos, el Programa de Becas Gran Mariscal de Ayacucho para más de nueve mil jóvenes seleccionados para carreras técnicas, la creación de la Comisión de Raíces Culturales la fundación de la Biblioteca Ayacucho como homenaje a los 150 años de la Batalla de Ayacucho, la Comisión preparatoria del Bicentenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar y, en fin, el aumento de los sueldos y la eliminación de los subsidios inoperantes, la creación del Fondo de Inversiones de Venezuela, la conclusión de la Siderúrgica del Orinoco para producir unos cin-

---

(1) Véase El Nacional del 9 de febrero de 1979

co millones de toneladas de acero, la conclusión de las etapas primera y segunda del Proyecto del Guri y el adelanto de la etapa final para una producción de nueve millones de kilovatios, el llevar a Alcasa a producir ciento veinte mil toneladas de aluminio, la iniciación del desarrollo del yacimiento carbonífero del Guasare, la creación de la industria Siderúrgica y carbonífera del Zulia, el desarrollo industrial de La Fría en e Estado Táchira, la industria de artefactos eléctricos en Rubio del mismo Estado. Es la suya una obra de grandes alcances y beneficios para Venezuela que, lógicamente, requería para su realización el financiamiento en parte del exterior, pues de otro modo no era posible alcanzar la dimensión de su proceso audaz. Por lo tanto no puede hablarse de una Venezuela hipotecada -en la desaliñada inelegancia de una Alocución oficial- sino de una Venezuela pujante en su desarrollo y no en la miopía de su inercia. Esto lo entiende hasta el más aldeano de los habitantes del país politizado, si se analiza la obra de Carlos Andrés Pérez con buena fe y serena conciencia.

Desde luego toda administración pública tiene fallas y no puede estar exenta de errores, pues nadie -menos un político en función de gobierno- puede ser perfecto. Pero los hechos del período 1974-79 revelan la esencia, los basamentos y la realidad de una obra singular. Lo eficaz es lo que salva esa obra y no el lastre del hacer humano en la acción de conjunto, pues el barco siempre llega a puerto cuando lo alimenta el viento de la función genuina de un decidir dinámico y bien intencionado por encima del encrespado mar de las contradicciones y de la oposición sin otra doctrina que la de negar sistemáticamente para obtener malamente dividendos políticos. Por eso Carlos Andrés Pérez puede decir, al dejar la rectoría del gobierno venezolano, que tiene la conciencia tranquila como estadista, como dirigente y como ciudadano que merece respeto y no rabiosas agresiones de la incultura.

El Eminentísimo Cardenal José Humberto Quintero, desde la Catedral de Caracas, antes del Tedeum con el cual finaliza su gestión presidencial el venezolano nacido en Rubio, en una brillante alocución para con élla reconocer los méritos del gobernante comprensivo, cordial y respetuoso con la Iglesia, y el estímulo dado devota y serenamente a las relaciones con la misma. El Príncipe de la Iglesia avala, en gesto de sincera espontaneidad, la actitud oficial del Presidente ante el poder espiritual que cobija el sentimiento mayoritaro del país. Además, el Eminentísimo Cardenal, juzga magníficamente bien la disposición presidencial de condecorar a la Patrona de Venezuela, pues la considera como el ex-voto del gobierno a la Virgen que protege a la religiosidad vene-

zolana. Ya antes el señor Obispo de Trujillo, Monseñor José León Rojas, al ser inaugurado el mercado campesino de Boconó, también le ha dicho: "Deseo mucho que cuando usted emprenda el viaje de regreso a Caracas, lleve un gran consuelo y una gran fortaleza en su corazón de venezolano, de trabajador, de patriota y de hombre de fe. Usted ha dado a través de su vida, de su gobierno, muchas pruebas de actos de fe. Es la fe de su mamá y de su papá. Es la fe de su Rubio. Es la fe de Los Andes venezolanos. Es la fe que siempre nos ha unido".

En todos los ambientes, pues, la influyente obra política, social, económica y cultural de Carlos Andrés Pérez se manifiesta con profunda pasión venezolanista. Cada quien pudo expresar con libertad su opinión favorable o desfavorable. A lo largo de su período no hubo escoriaciones en los valores y formas del sistema democrático -con las imperfecciones naturales en proceso de superarse-, pues en ningún momento algún sector de la vida nacional tuvo siquiera el pensamiento de romper la firmeza de los ideales y de la vivencia del orden institucional, no obstante la virulencia verbal o escrita de los momentos exaltados por la intemperancia del apuro por saltar el vacío de la intolerancia. Fue el suyo un gobierno respetuoso del estado de derecho.

Cuando una década atrás concluimos esta intención de interpretar el proceso político del Táchira, en la larga etapa de 1899 a 1958, dijimos que procedía la unión de nuestros hombres y mujeres para la tarea de recuperación política, social y económica -la cultura más o menos la hemos sostenido- con la tecnificación de los sistemas y la capacitación científica y cultural de sus valores humanos para vigorizar su irrenunciable vocación de servicio. Y en el Capítulo XVII de este libro hablamos de lo necesario y fundamental para el desarrollo de nuestro Estado nativo como, repitámoslo de una vez, la represa de los ríos Uribante y Doradas, la integración económica fronteriza y la creación de un Instituto Politécnico. Ahora podemos decir, complacidos, en nuestro anhelo permanente por la grandeza del Táchira, que Carlos Andrés Pérez como Presidente nacido en la tierra de la esperanza, asi como no tuvo reservas para incorporar la provincia al dinamismo y a la realidad de su administración diversificada, tampoco las tuvo para impulsar el progreso regional al dejar casi concluída la primera etapa de la represa nombrada y fue más allá de las aspiraciones inmediatas de su región nativa al propiciar el complejo industrial de La Fría y la mediana y a la vez efectiva industrialización de San Cristóbal y Rubio; al iniciar y dejar terminada y adelantada la primera y la segunda etapa de la autopista San Cristó-

bal-La Fría, la cual favorecerá la expansión industrial, comercial, agropecuaria y turística de la región suroeste y sus zonas de influencia, como crucero para el impulso de la realización del Pacto Andino; al disponer la realización de los complejos lácteos de Coloncito y La Pedrera, y de la Planta procesadora de Papa en La Grita. Además genera el saneamiento con Centros Médicos en Rubio, San Antonio, Pregonero y el Hospital de La Grita, el Ambulatorio de Puente Real en San Cristóbal, el Hospital del Seguro Social en San Cristóbal, la Unidad Geriátrica de Ureña, y las bases para el Hospital de La Fría. También deja muy adelantado el gran Acueducto del Táchira y la realidad de muchas obras de infraestructura las cuales no son simples nominaciones u ofertas sino servicios establecidos para dar a la verdad social una fisonomía creadora, con la defensa del hombre y el incremento del patrimonio físico. Igualmente deja en la capital tachirense, para el desarrollo del deporte y de la cultura física el Velódromo de San Cristóbal -donde se efectuaron las competencias mundiales del ciclismo en 1977- y el Estadio Olímpico de Pueblo Nuevo casi concluido y los Gimnasios de La Grita y de Colón. Construye un magnífico Parque en La Alquitrana, en el mismo lugar donde fue instalada la primera y venezolana refinería del petróleo, el cual, si hay inteligencia para la proyección y la acción turísticas, es centro de atracción, de estudio y de enseñanza. En San Pedro del Río renueva su memoria colonial y lo deja en condiciones de armoniosa estampa para recordar el Táchira de ayer. Programa el rescate de Pueblo Viejo (en Rubio), aún cuando INAVI no adelantó los trabajos oportunamente y es ahora cuando una parte de los viejos corredores se reconstruye, con la autenticidad que debiera tener. Deja en su fase final la fachada del maravilloso templo de su ciudad nativa, de tantas y controversiales opiniones, terminados los jardines laterales del mismo templo y pagada una estatua ecuestre del Libertador para el Parque de su nombre en la misma ciudad de Rubio, así como al barrio La Victoria de dicha ciudad le deja un polideportivo y tres bloques de INAVI.

Con respecto al Instituto Politécnico -un sueño particular nuestro- cambia la esperanza regional por la vivencia de una Universidad Experimental con carreras técnicas y la realidad de presentar al país a fines de 1979 -a no ser por la intransigencia política- las primeras promociones. Esta Universidad, como lo dijo el periodista tachirense Longobardo Lozada Roa, en El Nacional, prepara a los líderes de la Venezuela post-petrolera. Es porque la UNET afirma la calidad, la capacitación y el rendimiento humano e institucional de la región y del país. Aún más: deja en pleno afán de utilidad y de eficacia, en Bramón, el Instituto de Inves-

tigaciones Agropecuarias para la orientación técnica y necesaria de la región occidental, al hacer el estudio de suelos, forrajes y evaluación de sistemas para la defensa y el aumento de la productividad, especialmente del café y de los pastos para la ganadería. Asimismo deja próxima a dar sus frutos la Planta Liofilizadora de Café en Rubio y entre esta ciudad y La Tuquerena la perspectiva de un Laboratorio para minerales que, seguramente, el interés político o la enemistad con el Táchira en 1979, no han de cometer el error de llevar a otra parte y perder lo ya hecho.

Muchas otras obras se nos escapan. Todo es consecuencia de la preocupación por dar cuerpo a la dinámica presidencial, en la ágil y progresista colaboración de sus personeros en el Táchira, lo cual es fácil comprobar. Pero no podemos olvidar la creación de la Región Suroeste Andina, la cual, una vez en marcha y sin ataduras de ninguna índole, consolidará el desarrollo tachirense y sus zonas de influencia, en parámetros económicos y geo-políticos de vasto y seguro adelanto, pues concentrará ambiciosos alcances como el de impulsar el programa integral de los llanos occidentales y, además, servir de base al desarrollo del sur venezolano con la navegación por el sistema Orinoco-Apure-Arauca, otra de las grandes previsiones futuristas del Presidente Carlos Andrés Pérez con su Decreto 1.913 del 5 de agosto de 1976, con motivo del cuatricentenario de La Grita. Una Comisión designada al efecto e integrada por técnicos y conocedores de tan auspiciosa previsión, oportunamente presentó el estudio, organización y explotación integral del transporte en el sistema fluvial antes aludido, para el desarrollo de Ciudad Guayana, los recursos de la Faja Petrolífera del Orinoco, la formación Imataca, los llanos occidentales, la recuperación de tierras en el Estado Apure y la misma ya citada Región Suroeste que la pequeñez mental del antitachirensismo ve con menguada preocupación de caprichoso antinacionalismo por negligencia o irresponsabilidad al no ahondar en la profundidad del bien occidental y los llanos o por simple ojeriza a una tierra en plan de dar a Venezuela su mejor aporte al desarrollo y facilidades al Pacto Andino. Ya en otra ocasión se le negó al Táchira -como en otras tantas ocasiones- su participación en el PRIDA, pues siendo un Estado Agrícola no tuvo ninguna ayuda en el mencionado plan. Ahora la Región Suroeste Andina no puede ni debe negarse. Ha sido creada por un Presidente previsivo y otro, en días de solicitud de apoyo electoral, lo prometió en su programa de gobierno. Los amigos de Mérida consideran que esta Región acabaría con Corpoandes y esto no es así, pues queda el recurso de instrumentar su nueva formalización y convertirse en un organismo, además de promotor, en ejecutor de ideas e inicia-

tivas. Recuérdese que cuando se hablaba de crear una Universidad en el Táchira, muchos creyeron que la meritísima Universidad merideña vendría a menos. Nada sucedió y hoy tenemos los tachirenses Universidad y dos extensiones universitarias, y los merideños continúan en auge con su noble casa de estudios.

Por lo dicho y confirmado anteriormente, con relación al progreso de nuestra tierra, consideramos que el Táchira sería muy desagradecido si no reconoce la preocupación y la obra administrativa de su ilustre hijo Carlos Andrés Pérez, lo cual da rotunda definición al destino de un pueblo servidor y pujante.

Cabe una última apreciación. Carlos Andrés Pérez agiliza el poder político y la gestión administrativa. Fortalece la capacidad rectora de su partido y la misma ascendencia de la democracia en las dos últimas décadas, es decir, da mayor vitalidad al proceso democrático y a la evolución institucional con un enfrentamiento audaz a la ortodoxia tradicionalista y a las predecesoras contingencias, para el desafío de la perdurabilidad de Acción Democrática como fuerza política influyente y decisiva en la vida nacional, a pesar de las perturbaciones del turbio y degenerado juego de las apetencias políticas y sociales, el cual juego propicia el vacío de la solidez y de la madurez para ventaja del poder económico y de cuantos están inmersos en la intemperancia. Sin embargo, el nuevo giro socio-político alcanza mejores logros al reafirmar la restauración, dentro de la dimensión nacionalista, de la democracia que no puede ni debe quedarse en la mera contemplación histórica de su realidad sino avanzar como bandera airosa, igualitaria y digna hacia la auténtica consolidación del progreso y de la nítida concepción de la libertad. Es porque Acción Democrática, ahora heredera de la experiencia en agonía de la resistencia, da validez a una nueva generación -que ahora ni después debe permitir el ser sofrenada por la oligarquía, la burguesía y las achacosas bravuconadas- y comprueba, con su vocación de lucha, tener los recursos indispensables para el ejercicio de las funciones del poder, tantas veces enajenado por dirigentes imbuídos por la soberbia y carentes de sacrificio y desprendimiento. En cinco años, pues, continúa progresando interna y externamente con el liderazgo de las nuevas generaciones -que deben formar y capacitar, lo mismo que estimular, a las del futuro con delineada y progresista doctrina- para reformar esquemas, superar etapas y acumular vigencia y confianza en la modernización del Estado.

Naturalmente -repetimos- hubo fallas y errores en la adminis-

tración del Presidente Pérez. La perfección humana es inconcebible. Pero antes y después los hubo y los hay. Las circunstancias y las implementaciones entraban muchas veces la buena voluntad y la fe, por las complejidades de las costosas imprevisiones del acontecer político a lo largo de nuestra geografía y de nuestra historia. Algunas de esas fallas, por ejemplo, pudieron mostrarse en el equipo gubernamental al no responder plenamente a la agilidad y a la celeridad del espíritu gerencial y ejecutivo del quinquenio presidido por un estadista siempre dispuesto a tomar las grandes decisiones en favor del país. No hubo la adaptación suficiente a ese espíritu de "la hora del deber venezolano" o por no actuar conforme a la necesidad de los intereses nacionales y al estilo bien intencionado de la rectoría. Los Ministerios de Agricultura, Fomento y Sanidad, pongamos por caso, anduvieron un tanto resagados de la acción optimista y dinámica del Presidente Pérez. Acaso el primero, además de la habilidad e iniciativas humanas tan necesarias en toda actividad pública o privada, por la falta de un estudio a fondo en su implementación para darle mayor poder económico y racional en sus funciones específicas, pues marchan paralelamente tres organismos que padecen su jerarquía ministerial. Ellos son el IAN, el ICAP y BANDAGRO, sin contar el Fondo Nacional del Café -que debería ser un Banco con suficiente poder de acción, sin intermediarios ni Paccas- y otros. O sea que existe diversificación o divergencia de criterios y actividades, cuando lo lógico sería -creemos nosotros y si no es así se nos disculpe por solamente guiarnos por el sentido común- que el MAC fuese el sector exclusivo de la política agropecuaria como responsable nacionalmente de tal política en el Gabinete, y los citados organismos fuesen Direcciones especializadas y dependientes de un patrón equilibrado y técnico para no dilapidar tiempo ni tener directrices distintas y distorsionadoras de la cohesión administrativa. No obstante la política agropecuaria, por la preocupación, la responsabilidad, el conocimiento y el dinamismo presidenciales, supera fallas humanas y alcanza lo que se considera, según el análisis exigente, el mayor adelanto de la agricultura y de la ganadería en los últimos veinte años de régimen democrático, al transformar lo errático por lo progresista, o sea que este renglón tuvo la misma efectividad del avance del proceso de industrialización, y de otros renglones de la vida nacional que cuantifican y califican la dimensión de la obra y del esfuerzo administrativos del Presidente Carlos Andrés Pérez. El Ministerio de Fomento, tal vez, por las variaciones de la incidencia inflacionaria y la misma naturaleza de los intereses económicos tan complejos, no cumplió labor eficiente como menos la ha cumplido posteriormente al perturbar la economía nacional.

El Ministerio de Sanidad no pudo superar con eficacia el déficit de técnica y organización heredado -como se sabe- de la politización implantada por la alegre y temporal pasantía de un partido, durante la llamada ancha base, que maltrató el ritmo de ascendencia enteramente profesional y científica -respetado hasta por la diligencia administrativa de la dictadura- y, por lo mismo, el titular hubo de estar en aprietos para adaptarse a la ágil y dinámica acción presidencial. Sin embargo, en el país proliferaron los Centros Médicos, los Hospitales y los Centros Ambulatorios cuyas fallas podían señalarse en su implementación progresiva. Ojalá el carácter técnico pueda recuperarse, sin que la política intervenga para nada, y así evitar los conflictos asistenciales, las estrecheces económicas y la agudización de los problemas profesionales y laborales.

El país reconoce que Acción Democrática quedó, como partido, acreditado para la función del poder y con una gestión favorable -a corto y a largo plazo- a los intereses políticos, económicos y culturales de Venezuela. Tal función puede y debe discutirse como secuencia robusta del sistema democrático -se discute ya con propósito y caracterizada y hasta ensañada negación por algunos; con mezquindad, espíritu de encono y una descubierta estrategia de aérea sospecha por otros-, pero nada podrá hacer desmerecer el beneficio del potencial administrativo y nacionalista para sacar a Venezuela del subdesarrollo. El que perdiese el poder en 1978, por el desgaste normal de todo gobierno; la equivocación, estrategia o conveniencia de la izquierda, el abstencionismo de parte de su militancia y otros sectores de la comunidad por el empeño de descrédito al partido que con Copei mantiene la seriedad y la firmeza del status, o cualesquiera otras causas, no es motivo para asegurar ahora, después de sus fallas de 1945 a 1948 y de 1958 a 1963 cuando estuvo aliado con Copei -pues el Presidente Leoni humanizó la imagen y mejoró las condiciones de gobernar de Acción Democrática-, que su obra no fue aceptable ni estuvo asistida por el calor humano y el carácter emprendedor de un militante suyo que desbordó la confianza y la solvencia de la venezolanidad con sentido de irreversible fe en la prosperidad del país. La historia deja en blanco páginas para el balance político y administrativo de Acción Democrática en el período 1974-1979 y de la gestión del tachirense Carlos Andrés Pérez, pues la euforia de unos, la inconformidad o lo negación de otros, se confabulan para el enguerrillamiento, el atropellado denuncio o la diatriba como arma de táctica política. Mientras tanto la nación observa y siente en carne propia cómo la inercia oficial permite, apenas comienza otro período constitucional, la contracción de

la liquidez monetaria que ocasiona restricciones a la actividad crediticia bancaria, y perturbaciones a la economía nacional con los perjuicios y perspectivas consiguientes, por el retardo en definir, dar vigencia o vigor a una política económica encuadrada a los compromisos y obra en marcha de la administración pública, a la desaceleración del gasto público y del endeudamiento, pues el status no puede perder continuidad por el cálculo interesado del partidarismo. Es porque Venezuela confía en la buena fe y sensatez de sus dirigentes y, por lo mismo, espera que la iniciación de un mandato con estilo resentido no dé los frutos contraproducentes pues, al contrario, debe superar las fallas de otro período estimulado en el dinamismo y en la realidad nacionalista. Por otra parte, no debe subsistir la tesis de país hipotecado porque con ello solamente se agudiza la siembra de desconfianza a un país suficientemente acreditado, sino enfrentar con equidad, sana intención y propósito de enmienda la más eficaz acción administrativa. Recuérdese la versión del Banco Central según la cual egresan del país, en el primer trimestre del nuevo período 236 millones de bolívares diarios de las finanzas privadas (1). Tampoco el país puede soportar la inseguridad con la política de precios, la cual amenaza el compromiso de combatir la pobreza. La libertad de los precios cambia la condición socialista por la del neoliberalismo que, al fin y al cabo, tiene vigencia en pueblos adelantados y con producción suficiente.

El Estado requiere la marcha progresiva de las instituciones y la evolución anhelada de las transformaciones sociales y económicas y, claro está, la convivencia venezolana para esa marcha progresiva de la evolución.

XXXX

El Táchira, pues, ha cumplido con la sinceridad de su vocación civilista y de su devoción al sistema democrático. Además ha dado fuerza a la cohesión de la venezolanidad. Primero propicia la incorporación de la provincia a la política nacional con la revolución de 1899. Luego asiste al saneamiento de la deuda pública, a la eliminación del caudillismo, a la organización de las finanzas públicas y a la reforma de la educación con Román Cárdenas y Rubén González, así como apoya decididamente el paso a la transición con libertades públicas y deja clara y rotundamente definido el quehacer de la Venezuela posible, sin presos ni persecuciones, y con la alegría de la convivencia. Asimismo da mérito a los grandes planes de desarrollo, aún cuando sin solidarizarse con el tremendismo que los aupó. Igualmente afirma su

(1) Véase amplio reportaje de La Nación del día 13 de agosto de 1979.

convicción y participación en el proceso democrático con el abra del civilismo y sostiene la nacionalización de la riqueza del subsuelo y el desarrollo nacional con la virtud de las extraordinarias realizaciones. A la vez deja constancia -antes y después- de su protesta y de su lucha contra las dictaduras y tiranías cada vez que fue necesario hacerlo, y se siente satisfecho al solidarizarse con el fervor popular para llevar a Miraflores el candidato civil, sin poses o envalentonado o manido regionalismo, y así confirmar el gran deseo de llegar con absoluta lealtad a la convergencia democrática de un país con grandes recursos humanos y físicos.

Queda nuestra región, pues, en paz con su conciencia e incólume en su verdad histórica y democrática; con su empeño en combatir los excesos y la glotonería, y con su decisión en sostener el equilibrio de la unidad nacional. La realidad del candidato civil, con el triunfo sin precedentes de un destacado hijo suyo, avala su conducta y su constancia en no desear otra cosa diferente a la grandeza de Venezuela por sobre toda contingencia. Por eso su destino está en la forja del buen nombre venezolano.

El hombre tachirense cumplió -y cumplirá conviventemente toda responsabilidad- el anhelo y el deber civilista del país, desde la difícil e incómoda magistratura cuyo señuelo está en los signos controvertidos de la dura y a la vez frágil silla de Miraflores, luego de cuatro décadas de espera.

El rumbo ahora y siempre es a Venezuela. A élla vamos con voluntad de servicio. En élla estamos con el mensaje de la convivencia republicana y de la confianza porque el vocerío de los espejismos, asi como la soberbia y la innobleza, no perturben más el amor y la bondad del alma nacional.

San Cristóbal, 1981

APENDICE

PROCLAMA DEL GENERAL CIPRIANO CASTRO, AL EMPRENDER SU CAMPAÑA (1899)

VENEZOLANOS:

La mayoría numérica del Congreso Nacional, rompiendo sus credenciales y olvidándose de sus sagrados deberes para con sus comitentes y para con la Patria, ha cometido el gran atentado de romper e infringir la actual Constitución de la República, en su desgraciado Acuerdo, sancionado el 22 de Abril, sobre cuyas bases reposan el actual orden de cosas y del cual debiera ser su más celoso y fiel custodio.

Ha cometido, pues, el delito de prevaricato, previsto en nuestras leyes y el de lesa patria; y ha decretado la dictadura, que ya se venía vislumbrando desde que tuvo la desgracia de sucumbir el impetuoso General JOSE MANUEL HERNANDEZ, víctima de su arrojo.

Y el ciudadano Presidente de la República, General IGNACIO ANDRADE, al sellar con el sello nacional tan monstruoso Decreto y autorizarlo con su firma, ha pisoteado también la Constitución, que había jurado sostener cumplir y hacer cumplir, haciéndose perjuro y responsable de la dictadura que acepta con todo su cortejo de desgracias.

Porque, en efecto, ante la situación que se ha creado, en que hay que volcarlo y revolverlo todo, ¿qué queda del mecanismo de la República?, ¿qué de su estructura, según la Constitución vigente?. Nada. El nombre de una constitución más que pasó al archivo de nuestra desgraciada historia: un nuevo sonrojo para los venezolanos y un Dictador más.

Afortunadamente, para honra, gloria y prez del pueblo venezolano, 25 Representantes, que por su valimiento no son de igual naturaleza, salvarán al país.

¡Loor, pues, a esos campeones de la Libertad y del Derecho, veteranos del verdadero liberalismo venezolano!.

No sólo equilibran a los traidores, sino que los superan. Cumplieron con su deber salvando su voto; lo que es prueba tangible

y alentadora de que, en esta como en otras ocasiones, ha quedado a salvo el honor de la Patria.

No podía ser de otra manera: los verdaderos liberales no podían aceptar, para el partido de las grandes ejecutorias en Venezuela, esa inmensa responsabilidad.

Y si el General ANDRADE, por circunstancias especiales, apesar de su origen, había asumido la dirección de dicho partido, hoy, por este hecho, ha perdido su absoluta confianza.

Tomar como medio de consumar la dictadura la popular idea de la autonomía de los Estados de la Federación, es inaudito, es un sarcasmo irritante.

Por que está bueno que se consume la autonomía de los antiguos Estados por ser una necesidad, y porque así lo deseamos la generalidad de los venezolanos; pero que el proceso se llene de una manera legal, sin arrebatos ni intemperancias y, sobre todo, sin pisotear la Constitución y las leyes vigentes.

Las consecuencias desastrosas de esa dictadura ya se dejan entrever con el proyecto del monopolio de una de nuestras principales industrias, como es la del tabaco y, por ende, el establecimiento del papel moneda.

....¡Ah! Hemos Retrocedido 70 años

Venezolanos:

Dado el terrible golpe y consumado el gran crimen, no queda más dilema que éste: o esclavos impasibles, renegado de nuestro glorioso pasado y de nuestros derechos, u hombres libres y dignos, aún cuando para ello sean precisos grandes sacrificios.

Por lo que a mí toca, después de haber cumplido con el deber de conducir a la Capital de la República, al simple llamado del ciudadano Presidente, exponiéndole con sinceridad y con franqueza mis opiniones en el sentido de la salvación del país, haciendo un buen gobierno que devolviera la confianza al pueblo, satisfaciendo sus legítimas aspiraciones, como que lo que principalmente se necesitaba era una buena administración, y en el de ofrecerle con la lealtad de un hombre honrado mi humilde cooperación, dados mis antecedentes, ante el atentado que hoy se consuma, mi camino y mi actitud no pueden ser otros que los que el patriotismo, el honor y del deber me demarcan.

Sí. El cumplimiento de mis sagrados deberes, cualesquiera que sean las circunstancias....

En el estado de quebranto en que está el país y ante los desastres de una nueva guerra, mi opinión habría sido, como ha venido siendo hasta hoy, la de conservar la paz a todo trance, partiendo siempre del principio de que "es preferible un mal gobierno a la mejor de las revoluciones", y también con la esperanza de mejorar al verificarse la transición del período. Pero cuando con este golpe muere en absoluto toda esperanza y no queda sino ignominia, no sólo para los que explícitamente lo apoyen, sino hasta para los que guarden un silencio culpable, no puede haber vacilación de mi parte: mi puesto está señalado de antemano.

Compatriotas:

¡No más farsas, no más tiranías, no más opresión!.

Empuñad las armas, con el único y exclusivo fin de reinvindicar vuestros derechos conculcados y de salvar la honra de la nación venezolana, que es vuestra propia honra; pero juremos ante el sagrado Altar de la Patria, a la vez que olvidar nuestros justos resentimientos, no deponer las armas hasta no ver coronadas nuestras legítimas aspiraciones.

Así, pues, nuestro único móvil debe ser: **el cumplimiento del deber**; nuestro único lema: **la justicia:** y nuestra única enseña: **la libertad** Soldados:

Vosotros me conocéis bastante; y sabéis que, siempre vencedor, jamás vencido, al cumplimiento de mis sagrados deberes de patriota y de liberal, lo he sacrificado todo: sabéis que soy incapaz de una cobardía o de una infamia.

El árbol de la libertad exige vuestro contingente de sangre una vez más: volad a ofrendarlo, con ese valor legendario que os es peculiar.

Vuestra consigna es: VENCER o MORIR.

Cuartel General, en Independencia, 24 de Mayo de 1899.

CIPRIANO CASTRO

LISTA NOMINAL DE LOS 60 VALIENTES QUE INVADIERON DESDE COLOMBIA POR LA FRONTERA CON EL ESTADO TACHIRA, EL 23 DE MAYO DE 1899.

1.— General Cipriano Castro
2.— General Juan Vicente Gómez
3.— Manuel Angulo
4.— Melecio Bello
5.— Patricio Bello
6.— Macedonio Benavides
7.— Carmelo Briceño
8.— Antonio Cárdenas
9.— Gregorio Castro
10.— Raimundo Castro
11.— Horacio Epaminondas
12.— Azael Gámez
13.— Gregorio Gámez
14.— Manuel Gámez
15.— Mateo Gámez Velasco
16.— Pedro Antonio Gámez
17.— Jesús García
18.— Aníbal Gómez
19.— Eustoquio Gómez
20.— Aparicio Gómez
21.— Canuto Gómez (tío de Don J. V. G.)
22.— Hernán Gómez
23.— Román Gómez
24.— Ovidio Gómez
25.— Jesús González
26.— Lauro Matute
27.— Gregorio Méndez (llegó a Cnel. el último fallecido hace unos 20 años en Caracas)
28.— Rafael Molina
29.— Pedro Molina (Padre de los Molina Herrera)
29.— Pedro Molina
30.— Faustino Moros
31.— Jesús Moncada
32.— Casimiro Nieto
33.— Cornelio Nieto
34.— Felipe Nieto

35.— Flaminio Nieto
36.— Isaías Nieto
37.— Nicolás Nieto
38.— Pedro Nieves
39.— Carmelo Parra
40.— Avelino Pérez
41.— Aureliano Pérez
42.— Severiano Pérez
43.— Ceferino Ruíz
44.— Claudio Ruíz
45.— Ismael Ruíz
46.— Julio Ruíz
47.— Pedro Ruíz
48.— Cipriano Sánchez
49.— Cruz Sánchez
50.— Earisto Sánchez
51.— Juan Bautista Sánchez
52—. Juan de Mata Sánchez
53.— Teotiste Sánchez (masculino)
54.— Pablo Sánchez
55.— Pedro Sánchez
56.— Ramón Sánchez
57.— Natividad Santana
58.— Julio Santander
59.— Jesús Soto
60.— Secundino Torres (muerto de la batalla del GUAPO) 1903.

La mayoría de éstos eran trabajadores de las haciendas de don JUAN VICENTE. Los Gámez sí eran netamente de Capacho y acompañaban a don Cipriano en el exilio.-

CARTA ABIERTA

Ciudadano General Cipriano Castro, Jefe Supremo de la República.- Caracas.- Rubio, 24 de julio de 1900.- Muy respetado General: Si la voz del ciudadano, como lo ofrecen los distintos documentos en que anuncia usted su integridad de magistrado, puede muy bien llegar a ser oída por el alto funcionario, nosotros, como hijos del Táchira, queremos que no sea la nuestra la que llegue postrera; y como jóvenes, esperamos hallar en su juventud un eco a nuestro amor ingenuo a la verdad y una noble complacencia con nuestro desprecio por la adulación y la mentira.

Usted sabe por sí mismo que en las almas jóvenes se refleja mejor la voluntad de los pueblos, precisamente porque son almas nuevas que vienen a la arena sin ideas preconcebidas y que no tienen pacto con ningún pasado bochornoso, y sólo sí con Dios y el porvenir. Esto bastará a explicarle porque nos atrevemos a llamar hoy su atención y a comentar, resueltamente, en la verdadera significación que él encierra, su programa de futuro gobierno.

Hay algo indefinido en él, que juzgamos no ha querido Ud. dilucidar por sorprender a un pueblo a quien crueles escarmientos han enseñado a desconfiar, o acaso por no provocar las inconsultas protestas del patriotismo impaciente. Es algo muy ambiguo y que repugna al espíritu idóneo y franco del republicanismo; porque "nuevos ideales" no implica que sean los ideales del Pueblo, ni los buenos; "nuevos hombres", no es el molde de los aptos, ni de los que tienen el deber por norma, ni "nuevos procedimientos", augurio cierto, que vaticine el término de esta larga serie de vergüenzas.

Lejos de nosotros la mezquina idea de denigrarlo por su ambigüedad; vemos en élla una condición que se impone siempre por la naturaleza de las turbas psicológicas, porque algo que brilla despierta su esperanza y las deslumbra; y en mucho se nos parece a los programas, tácitos o expresos, conque han surgido casi todos los grandes reformadores que necesitaron conmover una sociedad para orientarla.

Por eso queremos ver en esa misma ambigüedad la prueba de que la revolución encabezada por Ud., se halla en su infancia

y es todavía dócil a las influencias del espíritu público, inspirado en las ideas del siglo; que lo informe como alma de niño, nimbo crepuscular y caótico en que se incuba un porvenir. Ella misma abre ancho cauce a su política y la deja en posibilidad de determinarse en cualquier rumbo y de dar a su propia personalidad cualquier carácter.

No dudamos que estas ventajas las empleará Ud., en favor de las tendencias de la cultura moderna, las cuales son a establecer cada día más perfecto equilibrio y armonía aún entre los elementos antagónicos que antaño separó un odio mezquino y torpe y que hoy solo en el nombre recuerdan su antigua enemistad.

I ellas rechazan todas esas exageraciones tan absurdas como irreconciliables, hijas de pueblos bárbaros ò en formación propia de otros tiempos de horrible obscurantismo, cuando por boca de los hombres solo hablaban el fanatismo y las pasiones, erigidas en patria y religión, las que solo por un atavismo lastimoso han logrado privar en algunos pueblos de la América, donde, alentados por la incidia, suelen llevar su empecinamiento y su saña a grado tal que, para encontrar algo que se le asemeje en la historia, sería preciso ir hasta la edad media, y prescindiendo de la cuestión ideales, que son otros, por no decir otra cosa, poner oídos a las murmuraciones y gruñidos conque Güelfos y Gibelinos se amenazan y maldicen entre sí, a las persecuciones en que se vengan y a las carnicerías en que se sacian.

A Dios gracias ya no se halla Venezuela a tantas leguas de esa altura moral y de esa atmósfera de serenidad y de cultura que permite a los partidos acercarse, darse la mano y conversar amigablemente para dilucidar sus ya pequeñas disidencias. Tenemos una Constitución de todos aceptada que a toda Venezuela constituye en un solo partido bien definido, y dentro del cual no caben más distingos que los que separan hoy, por ejemplo, los dos grandes partidos norte-americanos. Distingos muy secundarios, apenas suficientes como para mantener viva una oposición, ciudadano General, es necesaria a todo buen gobierno para su propio bien y su estabilidad y debe en todo momento ser oída. Es que ella es condición para la justicia completa, porque si el sectario ve los méritos y prodiga fácilmente la alabanza, el contrario ve la falta, escandaliza justamente, señala las circunstancias agravantes y es perspicaz para prever la larga serie y el encadenamiento de sus infaustas consecuencias. Más este examen completo y juicioso de los hechos como signo del tiempo, así como la aplicación del remedio, requiere tres factores que tenemos y que solo resta jun-

tar y combinar: Partidos moderados; hombres públicos ilustrados y dignos, y un gobierno fuerte en la ley y capaz de garantizar la Libertad como servir de hogar común a los partidos y seleccionar sus hombres entre todos.

La nueva edad es ecléptica y tiende naturalmente a la confraternidad universal. I este moderno espíritu de una civilización sin ejemplo, aún más humanitaria que la misma religión que la ha engendrado, toca ya a las puertas del Continente enfermo y, decimos más como un fluído sutil se difunde ya en su seno y empieza a obrar rápidamente una saludable reacción en todos los cerebros, modificando los criterios, cuya poderosa resultante es la opinión pública, a la cual se deben en último análisis todos los cambios sociales y políticos que presenciamos; y caracterizando en Venezuela esta reacción de que Ud. ha querido ser la clave, porque está llamado a serlo; la cual significa un cambio tan radical en las ideas y en las prácticas, tan nuevo y superior, que a su lado cualquiera de las ideas y los gobiernos que acaban de pasar aparecían ya como un escandaloso anacronismo.

Los pueblos son siempre lógicos en sus grandes tendencias y, por la misma confianza que tienen en bondad de sus instintos, son facilmente sugestionables. Esto explica el fácil triunfo de los hombres nuevos que ayuda la fortuna y de los programas indefinidos y vagos. El mismo éxito de su brillante carrera, General, significa la esperanza de toda Venezuela en que su regeneración debe de venir del espíritu levantado y joven que, con promesas en que cabe todo porvenir, se abre camino hasta dar un centro a las tendencias y a las discordes ambiciones.

Pero es lo cierto que su programa en sí mismo no dice nada si no fuera que en sus manos puede decir mucho. En manos de Carujo sería la ruina; pero también en las de Vargas, providencia, redención y porvenir. Los pueblos de Venezuela han tenido razón en acogerlo y rodearlo a Ud., porque en tan críticos momentos para la Patria, solo un corazón desnaturalizado podría no ser una esperanza de salvación; pero sepa también, General, que los pueblos han tenido razón de hacerle la guerra y desconfiar, porque un país en el cual existen ya inoculados algunos gérmenes de republicanismo, siente el deber de rechazar todo elemento misterioso o poco conocido, y esto, señor General, está en la esencia misma de la República, que hasta los triunfos de la fuerza exige satisfagan las condiciones del Sufragio Universal. I sabemos que Ud., no solo era, sino que continúa siendo un enigma para la República, porque su gobierno no refleja, ni sus ejecutorias trans-

parentan fielmente ese noble carácter y aspiraciones honradas que Ud. protesta a diario y de que estamos ciertos los que le conocemos personalmente (1), ni ese espíritu suyo serio y levantado, en el cual creemos se halla toda la reacción que anhela de corazón Venezuela, porque ha de ser como una protesta contra la farsa vil y la comedia política, esa perpetua zambra en que vivimos, de que está hastiado el país y que lo tiene enfermo y a la muerte.

Ya que la fortuna de la fuerza aunada a la pericia y al talento ha logrado Ud., vencer las dificultades que se oponen siempre que aquel requisito falta, no debiera ser más tardío en demostrar, con los grandes recursos que le brinda su elevado puesto, su predestinación de Cincinato y su misión de Cromwel: que al calor del patriotismo, pueden fundirse en su alma con el valor del invencible la integridad del magistrado.

I todas las excelencias de carácter que sabemos existen en su rara personalidad, cual debe ser la del genio que en la aurora del siglo XX haya de restaurar para la civilización esta patria querida que, muy cerca de la cuna del siglo XIX, nació grande para la República y la libertad; todos esos nobles rasgos de su fisonomía moral, son los que sentimos no ver reflejarse en la situación que se enorgullece con su nombre.

Porque ese programa que va dentro de Ud., sabíamos que había de ser la muerte definitiva de nuestras autocracias demagógicas. reivindicación de la dignidad del Magistrado, que si es brazo de una secta no puede ser corazón de la República; anatema solemne de la adulación, aún más degradada hoy, si un tiempo pudo un Dn. Cecilio Acosta llamarla bizantina, al trazar con mano maestra el cuadro de una era que ha dejado escuela y tiene herencia y que se dice brillante porque tuvo la brillantez del sofisma; enmienda, bajo el correctivo de su noble indignación, de esa prensa servil y baladí que hace cada día la lisonja más cínica y banal; el reaparecimiento en la escena pública de nuestros sabios y hombres dignos, esos mentores queridos de la juventud que hace ya tanto tiempo yacen relegados, porque el dolo no tolera ni necesita de esos consejos y, siendo un negocio la política,

---

(1) Muy joven vivió en Rubio Cipriano Castro, pues cuando circula en dicha ciudad el periódico "El Album", en 1870, es él quien funge de Administrador. En 1892 don Pablo María Pulido funda el notable vocero "El Reflector", en la misma ciudad, de resonante influir cultural.

cada uno mejor que nadie entiende el suyo; la educación y disciplina del Ejército, para que lo sea de la República y pierda ese carácter que ha tenido de Guardia Pretoniana del autócrata; la conversión de escuelas del delito que son, en penitenciarías en donde se corrijan y enseñen nuestros reos, que son todos reos de ignorancia; la organización de las escuelas y colegios, no para tener a donde enviar los importunos de palacio, sino para que sean hogares de luz donde se forje la juventud civil del porvenir. La Agricultura, esa infortunada madre de todas las industrias, también espera algo que la salve en su agonía, porque ella presiente que su muerte acarreará la muerte de todos los negocios y de todos los progresos. La propiedad esperando garantías estables, el pensamiento libertad, estímulo de las artes, las ciencias, órganos idóneos, y la familia, y la sociedad, que haya al fin término a sus duelos, y sus zozobras, y a sus luchas, y a sus disenciones, y el pueblo todo deseando la paz, y que no haya necesidad de más horrores, y que no vuelva a verse en el deber terrible de apelar a las armas fraticidas.

Todo esto, ciudadano General, le mostrará a Ud., la grave y sublime esperanza de que defrauda a la Patria, cada día, cada mes, que su anunciada regeneración sigue tardía. Y la dilación de todo eso, tal vez causada por inconvenientes que no vemos del todo en nuestra experiencia de neófitos, es lo que ha venido dando hasta ahora a su gobierno, a pesar suyo, el triste aspecto de una estéril dictadura.

No se nos escapan muchas de las grandes dificultades que entraban la realización de sus propósitos: la persistencia de la rebelión que no le ha concedido un momento de serenidad y calma, cual conviene, para iniciar la magna obra, y más que todo, los vicios de que ha encontrado Ud., inficionada la atmósfera que de largo tiempo respiran nuestros hombres y nuestras sociedades, con la funesta herencia de una general conformidad y complacencia con el deshonor ya crónico, que hace incompatible con la elevación la dignidad y contra la cual toda vez en vano lucha y se ingenia su carácter ileso y un tacto Catoniano. Más no parece haber, ciudadano General, más salvación para Ud., y la República en medio de este caos que hace crisis, sino en una sabia lección como la que hemos insinuado nuevamente, y que sabemos fue la primera inspiración y la más moderna y generosa.

CIUDADANO GENERAL:

Esta patria querida nació a la vida independiente y digna al

calor de inmaculadas virtudes y nobles sentimientos, y para su verdadera regeneración no pide mas programas ni ideales, sino virtud también y patriotismo. Por eso vamos a buscar en sus propios sentimientos y alma de repúblico las positivas bases de una restauración nacional: porque si para ello se necesita elevación de carácter y rectitud de conciencia, mal podría Ud. no tenerlas, cuando con ellas ha despertado la conciencia de un pueblo, que no puede defraudar.

I, Quienes más que nosotros podrían mostrarse orgullosos al reconocer en Ud., aunados el invicto guerrero y el magistrado sin tacha?.

Sus attos. servidores y compatriotas,

PABLO Mª. PULIDO - Dr. PEDRO LEON A. - J. A. TORRES

REVOLUCION DE RANGEL GARRIRAS

El doctor Carlos Rangel Garbiras, quien fue brillante profesional de la medicina y figuró antes de 1899 como Presidente del gran Estado de Los Andes, Ministro de Venezuela en España y Presidente de la Cámara de Diputados, con ascendientes en el procerato venezolano y Jefe del Partido Nacionalista en el Occidente del país, figura en el Archivo Histórico de Miraflores, en numerosos pasajes a propósito de su invasión a territorio venezolano por la frontera del Táchira el 26 de julio de 1901.

Antes, en 1898, durante la Presidencia de Andrade, el mismo personaje, amigo de las invasiones, había llevado a efecto otra irrupción armada que fue debelada por el gobierno que en el Táchira presidía el General Juan Pablo Peñaloza.

Desde julio de 1900 empezaron a llegar al General Cipriano Castro, Jefe Supremo de la República, tanto del interior como del exterior, informaciones sobre los preparativos revolucionarios que Rangel Garbiras adelantaba con el apoyo de los conservadores colombianos, quienes miraban con malos ojos al régimen instaurado en Venezuela por Castro. La invasión que duró pocos días causó serios descalabros a la región tachirense, contó con siete mil hombres, en parte tropas del ejército colombiano comandadas por sus propios jefes nacionales y enarboló como distintivo la bandera azul y blanca del partido conservador del vecino país.

Se ha dicho que sólo ochocientos venezolanos acompañaron al General y doctor Rangel Garbiras, quien vino comandando entonces un movimiento que podríamos conceptuar de formidable por el abierto apoyo del conservatismo colombiano que en ese momento era gobierno.

Los puntos de invasión fueron San Antonio y Rubio en el Táchira y Encontrados en el Zulia. Los invasores saquearon las poblaciones de Rubio, San Antonio del Táchira, Capacho y Táriba. El Gobierno Restaurador se concentró en San Cristóbal con cerca de dos mil quinientos hombres y Rangel Garbiras estableció su cuartel general en Táriba para empezar el asedio de la capital tachirense que duró hasta el día 29, en que libró la batalla de La Parada, en las afueras de la ciudad por el norte.

En el Táchira actuaba Celestino Castro como Comandante de los ejércitos gubernamentales, cuya jefatura de Estado Mayor se confió al General Román Moreno, uno de los que con Castro había hecho la campaña del 99. Entre los defensores de la plaza figuraron los Generales Ceferino Castillo, Pedro Molina, Rosendo Medina y Pedro Murillo. El General colombiano Rafael Uribe Uribe asilado en el Táchira, ofreció sus servicios al gobierno de Venezuela. El día 3 de agosto de 1901, en el Boletín de Guerra suscrito en San Cristóbal por el General Moreno, se informó acerca de las operaciones militares realizadas con motivo de la invasión del 26 de julio. Allí se dice que ochocientas bajas tuvo el enemigo, entre muertos y heridos. Figuraron entre los muertos del gobierno el General Rosendo Medina y los Coroneles Celestino y Miguel Velasco y Jesús Nieto. En los hospitales de sangre, organizados de urgencia, se vió entonces a Monseñor Felipe Rincón González, Vicario de San Cristóbal, y después Arzobispo de Caracas, en su misión de prestar auxilio a los heridos y moribundos. En la documentación que publicamos se conoce al detalle la manera como Castro y los suyos reaccionaron ante aquella invasión que produjo, aparte de otras consecuencias desastrosas, la tirantez de relaciones diplomáticas entre dos pueblos limítrofes.

Rangel Garbiras vuelto a su exilio colombiano hubo de ir a refugiarse en una ciudad de la costa atlántica en donde permaneció hasta diciembre de 1908 cuando regresó a Venezuela a raíz del golpe de Estado del 19 de diciembre.

(Epígrafe tomado del Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, números 35 y 36. 1965).

CIPRIANO CASTRO

Presidente Provisional de los Estados Unidos de Venezuela

General en Jefe de sus Ejércitos, etc., etc., etc.

A LOS VENEZOLANOS

Compatriotas:

El sagrado Territorio de la Patria ha sido invadido por un Ejército de colombianos comandado por el traidor Carlos Rangel Garbiras, penetrando por las vías de Ureña y San Antonio.

Al anunciaros este atentado, que afecta el honor y la paz de la República, cumplo con mis deberes de primer responsable de

la suerte de Venezuela, diciéndoos que ya a esta hora han sido dictadas todas las disposiciones que tan grande atentado reclama. De modo que, para facilitar el ejercicio de mi autoridad discrecional, como Comandante en Jefe del Ejército venezolano, y conciliar a la vez con aquélla, mis deberes de Presidente de la República, el Ejecutivo Federal ha hecho uso de la atribución 21 del artículo 89 de la Constitución Nacional, suspendiendo aquéllas garantías individuales, cuyo ejercicio pueda ser incompatible con la defensa del orden público.

Al propio tiempo, he ordenado que diez mil veteranos del Ejército de Occidente marchen inmediatamente sobre San Cristóbal a apoyar la autoridad del gobierno del Estado Táchira, y hacer respetar la Soberanía y la integridad del Territorio Nacional.

Estamos, pues, de pies, el gobierno y el Ejército; y al participároslo, juro por ambos en nombre de la República, que todos nuestros deberes serán cumplidos.

Así, pues, compatriotas, pido y reclamo en nombre de Venezuela, en estos momentos solemnes, el concurso debido de todos sus hijos que no sean -como Rangel Garbiras- traidores a la Patria, y que tengan exacta noción del honor y del deber.

Palacio de Miraflores en Caracas, a veintiseis de julio de 1901.

CIPRIANO CASTRO

PROCLAMA que Dirigió al País el 9 de Diciembre de 1902 el GENERAL CIPRIANO CASTRO

Restaurador de Venezuela, a la sazón Presidente de la República

VENEZOLANOS: ¡La planta insolente del Extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria! Un hecho insólito en la historia de las Naciones cultas, sin precedentes, sin posible justificación, hecho bárbaro, porque atenta contra los más rudimentarios principios del Derecho de Gentes; hecho innoble, porque es fruto del contubernio inmoral y cobarde de la fuerza y la alevosía, es el hecho que acaban de realizar en la rada de La Guaira, hace pocos momentos las Escuadras alemanas e inglesas; sorprendieron y tomaron en acción simultánea y común, tres vapores indefensos de nuestra Armada que habían entrado en dique para recibir reparaciones mayores. ¡VENEZOLANOS! El duelo es desigual porque el atentado ha sido consumado por las dos naciones más poderosas de Europa contra este nuestro país que apenas convalece de largos y dolorosos quebrantos y porque ha sido realizado de aleve manera, pues Venezuela no podía esperar tan insólita agresión desde luego que no habían precedido las fórmulas de estilo en semejantes casos. Pero la Justicia está de nuestra parte, y el Dios de las Naciones que inspiró a Bolívar y a la pléyade de héroes que le acompañaron en la magna obra de legarnos, a costa de grandes sacrificios, Patria, Libertad e Independencia, será el que en estos momentos decisivos para la vida de nuestra nacionalidad, nos inspire en la lucha, nos aliente en el sacrificio y nos asista en la obra también magna de consolidar la Independencia Nacional. Por mi parte, estoy dispuesto a sacrificarlo todo en el altar augusto de la Patria; todo, hasta lo que pudiera llamarse mis resentimientos por razón de nuestras diferencias intestinas.

No tengo memoria para lo que de ingrato pueda haber en el pasado. Borrados quedan de mi pensamiento de político y de guerrero todo lo que fue hostil a mis propósitos, todo lo que ha podido dejar una huella de dolor en mi corazón. Delante de mi no queda más que la visión luminosa de la Patria, como la soñó Bo-

lívar, como la quiero yo. Y puesto que esta no puede ser grande y poderosa sino en el ambiente de la confraternidad de sus hijos, y las circunstancias reclaman el concurso de todos estos, en nombre de aquellos mis sentimientos y de estas sus necesidades, abro las puertas de todas las cárceles de la República para los detenidos políticos que aún permanecen en ellas; abro así mismo las puertas de la Patria para los venezolanos que por iguales razones se encuentran en el Extranjero y restituyo al goce de las garantías Constitucionales las propiedades de todos los revolucionarios que estaban embargadas por razones de orden público. Más todavía, si sobreviviere a los acontecimientos y fuere preciso para la salud de la Patria despojarme del elevado carácter con que me han honrado los pueblos y con el cual voy a la lucha, estoy listo a mi separación a la vida privada, quedando siempre mi espada, por supuesto, al servicio de la República y podéis estar seguros de que me retiraré satisfecho sin sentir las nostalgias del Poder, porque mi aspiración mayor es ver a mi Patria grande, próspera y feliz.

VENEZOLANOS! El sol de Carabobo vuelve a iluminar los horizontes de la Patria y de sus resplandores surgirán temeridades como las de Las Queseras del Medio, sacrificios como el de Ricaurte, asombro como el del Pantano de Vargas, heroismos como el de Ribas y héroes como los que forman la constelación de nuestra grande epopeya. Y hoy que por una feliz coincidencia conmemoramos la fecha clásica de la gran batalla decisiva de la Libertad Sud Americana, la Batalla de Ayacucho, hagamos votos porque nuevos Sucres vengan a ilustrar las gloriosas páginas de nuestra historia Patria.

CIPRIANO CASTRO

Caracas: 9 de diciembre de 1902.

BRAVUCONADA SILENCIADA EN TOCUYITO

Ignacio Andrade
Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela
Decreta:

Art. 1º De conformidad con la atribución 7ª del art. 77 de la Constitución Nacional asumo el mando del Ejército y me declaro en campaña.

Art. 2º Nombro Jefe de Estado Mayor al ciudadano Gral. Víctor Rodríguez.

Art. 3º Nombro Generales de guerra a los ciudadanos Dres. Pedro Vicente Mijares y Agustín Garrido.

Art. 4º Nombro Comisario de Guerra al ciudadano G. Henrique Chaumer.

Art. 5º El ciudadano Gral. Domingo de Monagas concurrirá a la campaña con su carácter de Inspector General del Ejército y cumplirá además de las atribuciones que le señale el Código de la materia, las instrucciones que le comunique la Presidencia de la República en campaña.

Art. 6º Nombro Médicos Cirujanos Mayores del Ejército Constitucional a los ciudadanos Dres. Rafael Revenga, Manuel A. Fonseca y José Mercedes López. Los Médicos Cirujanos Mayores al Estado Mayor General, organizarán el cuerpo de cirujanos y todo lo correspondiente a sus funciones en la campaña.

Art. 7º El Ministro de Obras Públicas ciudadano Dr. Alberto Smith concurrirá a la campaña con el carácter de Jefe del Cuerpo de Ingenieros del Estado Mayor General que al efecto organizará convenientemente. Unico: En el Ministerio de Obras Públicas despachará con el carácter de Ministro Interino mientras dura la ausencia del Dr. Alberto Smith el ciudadano.

Art. 8º La Guardia del Presidente de la República en Campaña se compondrá de siete batallones y será mandada por un 1º y 2º Jefe con su plana Mayor correspondiente.

Art. 9º Nombro 1º y 2º Jefe de la Guardia del Presidente de la República en Campaña a los Generales Augusto Lutowsky y Natividad Mendoza.

Art. 10º El Ejército Constitucional de la República se organizará por Cuerpos de Ejércitos conforme a lo dispuesto en los artículos siguientes, obrarán bajo las inmediatas órdenes del Presidente de la República en Campaña, sus Cuerpos de Ejército bajo la denominación de 1º, 2º 3º, 4, 5º, 6º y el Cuerpo de la Guardia.

Art. 11º Nombro Jefe del 1º Cuerpo de Ejército al ciudadano Luciano Mendoza, y del 2º Cuerpo de Ejército al ciudadano Gral. Angel M. García Fuentes.

Del 3º Cuerpo del Ejército al ciudadano Gral. Lorenzo Guevara.

Del 4º Cuerpo de Ejército al ciudadano Gral. Antonio Fernández.

Del 5º Cuerpo de Ejército al ciudadano Gral. Gregorio Segundo Riera.

Del 6º Cuerpo de Ejército al ciudadano Gral. Ignacio Avendaño.

Nombro respectivamente 2º Jefes de los cinco Cuerpos de Ejército a que se refiere el Art. a los ciudadanos Generales Manuel M. Montañez, Celestino Peraza, Juan de Dios Marcano, Braulio Yaguaracuto, Ceferino Castro y Eloy Polanco.

Nombro respectivamente Jefes de Estado Mayor General de los cinco Cuerpos de Ejército a los ciudadanos Generales, Julio F. Sarría, Manuel M. Roo. Leopoldo Baptista, Leopoldo Sarría, Gregorio Cedeño y Fraco. Díaz Grafe.

La organización complementaria en cada cuerpo de ejército se hará en todo lo demás por los jefes respectivos conforme al Código Militar.

Los Ministros de Guerra y Marina y de Relaciones Interiores dictarán sus órdenes para formar en los Estados de la Unión el Ejército de reserva, que se acantonará de conformidad con lo que al efecto disponga el encargado de la Presidencia de la República de acuerdo con el Presidente en Campaña. El Ministro de Hacienda pondrá a disposición del Comisario de Guerra del Ejército Constitucional, la suma quincenal que sea necesaria disponiendo que se cargue a la cuenta de Orden Público.

Las sumas que se giren por la Comisaría de Guerra contra el Tesoro Nacional, llevarán la nota de conformidad del Jefe de Estado Mayor General del Ejército y del Secretario General en Campaña y tanto en el despacho de la Jefatura de Estado Mayor General como en el de la Secretaría General en Campaña se llevará un libro en que tome de los giros correspondientes; la Comisaría General de Guerra llevará sus libros conforme a lo dispuesto en el Código Militar y tanto esos libros como los de la Jefatura de Estado Mayor General y de la Secretaría General en Campaña pasarán a la sala de examen a los efectos correspondientes junto con los comprobantes respectivos. Por Decreto separado se dictarán todas las demás disposiciones concernientes a la campaña.

Mi Secretario General quedará encargado de comunicar este Decreto y de su estricto cumplimiento el Jefe de Estado Mayor General del Ejército.

Nombro Jefe de la Artillería del Ejército al ciudadano Gral. Alejandro Ibarra. Las caballerías que se organicen formarán un Cuerpo de Ejército de esta arma.

Nombro 1º y 2º Jefes del Cuerpo de Caballería a los ciudadanos Generales Pablo José Pérez y Felipe Ramos, respectivamente.
Nombro Jefe del parque del Ejército Constitucional en campaña al ciudadano Gral. José Mª González.

Nombro Jefe del Cuerpo de Edecanes del Presidente de la República en Campaña al ciudadano Gral. Domingo Caño.

Dado, firmado de mi mano sellado con el sello del Ejecutivo Nacional y refrendado por el Secretario General en el Palacio Federal del Capitolio en Caracas a los 9 días de septiembre de 1899. Año 89 de la Independencia y 41 de la Federación.

OFICIO AL CONTRALOR GENERAL DE LA NACION

ARH-95-2740 San Cristóbal, 2 de abril de 1973.

Ciudadano
Contralor General de la República,
Caracas.-

Yo, Rafael María Rosales, mayor de edad, casado, con domicilio y residencia en San Cristóbal, portador de la Cédula de Identidad Nº 152925, haciendo uso del derecho que me consagra el Artículo 67 de la Constitución Nacional, ante usted, respetuosamente, ocurro y expongo:

Tengo conocimiento extraoficial de que oficios dirigidos por mi, en apelación ante ese Superior Despacho conforme al Artículo 159 de la Ley Orgánica de la Hacienda Pública Nacional, debieron -al parecer- ser extraviados en la Receptoría de la Contraloría, pues no fueron tomados en cuenta para la medida que corresponde tomar -o ya tomó ese Despacho-, lo cual no solamente perjudica mi moral sino podría hacer injusta la acción de su Despacho al condenar sin juzgar.

Tales oficios dirigidos por mi son los que especifico a continuación:

1º.- El Nº ARH-05-2740-1.504 de fecha 6 de noviembre de 1972, enviado por la Línea Aeropostal Venezolana según Guía Nº 8893666, de la misma fecha al ciudadano Jesús Petit Da Costa, Contralor Delegado;

2º.- El oficio Nº ARH-05-2740-1.511 de fecha 7 de noviembre de 1972, enviado por la Línea Aeropostal Venezolana según Guía Nº 8893805, de la misma fecha, al mismo ciudadano Jesús Petit Da Costa, Contralor Delegado, y

3º.- El oficio Nº ARH-05-2740-0096 de fecha 25 de enero del presente año, enviado por la Línea Aeropostal según Guía N: 9072908, de la misma fecha, enviado directamente a usted, ciudadano Contralor, en razón de que no había obtenido ninguna respuesta a mis anteriores oficios, y el cual era una ratificación del contenido de los dos primeros. Hago constar que el oficio Nº POST

-3-1646 de fecha 25 de octubre de 1972 lo recibí retardadamente por haberlo enviado a San Antonio del Táchira y no a San Cristóbal donde estoy nuevamente domiciliado desde hace dos años. Y como quiera que los oficios antes mencionados, al parecer no fueron recibidos por ese Superior Despacho, produzco, anexas, copias fotostáticas de los mismos para que previa confrontación con el original se le dé por recibidos; igualmente me permito acompañar copias de las Guías de carga de la Línea Aeropostal Venezolana. Respetuosamente pido a usted se sirva extenderme certificación de estas copias.

Apelo nuevamente ante usted directamente, ciudadano Contralor, para que su comprensión y justicia produzca una reconsideración de mi caso, pues según la circunstancia anotada parece que estuviese incurso en algo no digno de mi trayectoria de honestidad y en perjuicio de mi seriedad y honradez como funcionario en más de veinticuatro años de servicio oficial y más de veinte en actividades periodísticas y comerciales, todo lo cual desdeciría de mi decoro, de mi dedicación al servicio público y de mi obra hecha por mi propio esfuerzo.

Atentamente,

Rafael María Rosales
Administrador de Hacienda

ACTA

En la Ciudad de San Juan, Capital del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, a la una de la tarde del día miércoles veintiuno de mayo de mil novecientos setenta y cinco, previa convocatoria, se reunieron en el Cementerio de Santa María Magdalena de Pieazzis las siguientes personas: Dr. Rómulo Moncada, mayor de edad, casado, abogado, de tránsito en San Juan de Puerto Rico, vecino de Caracas, República de Venezuela; Dr. Amos Alemán, mayor de edad, ingeniero, de tránsito en San Juan de Puerto Rico, vecino de Caracas, República de Venezuela y el Sr. Juan Elbi Henriquez, mayor de edad, casado, de tránsito en San Juan de Puerto Rico, vecino de Caracas, República de Venezuela, miembros de la comisión nombrada por el Gobierno Nacional para encargarse de los trámites de exhumación de los restos del General Cipriano Castro, Ex-Presidente de la República de Venezuela y el Dr. Víctor Brito Alfonso, mayor de edad, casado, Cónsul General de la República de Venezuela en Puerto Rico, vecino de San Juan, Puerto Rico y el Sr. Ramiro Lázaro Castro, sobrino del extinto, mayor de edad, casado, vecino de San Juan, Puerto Rico. Estaban presentes en representación del Estado Libre Asociado de Puerto Rico las siguientes personas: Sr. Santiago Ortiz, Subsecretario de Estado, mayor de edad, casado, vecino de San Juan, Puerto Rico; Sr. Rafael A. Rubín Bonay Secretario de Estado, mayor de edad, casado, vecino de San Juan, Puerto Rico; Sr. Noel Estrada, Asesor del Municipio de San Juan, mayor de edad, casado, vecino de San Juan, Puerto Rico y el Sr. Enrique Maldonado, Ayudante del Administrador del Cementerio, mayor de edad, casado, vecino de San Juan, Puerto Rico.

La tumba fue localizada en el referido cementerio mediante información suministrada por el Sr. Enrique Maldonado, Ayudante del Administrador del mismo y ratificada por el Sr. Ramiro Lázaro Castro. Dicha tumba está identificada por una lápida de mármol con el nombre del General Cipriano Castro con su fecha de nacimiento y muerte. Seguidamente se procedió a la excavación correspondiente y abierta la fosa se encontró una urna en cuyo interior estaban los restos mortales del Ex-Presidente de la República de Venezuela, General Cipriano Castro, cuya autenticidad se puso al manifiesto por la exactitud de los datos recopilados al efecto. Los restos fueron extraídos ante la presencia de los testigos que suscriben la presente Acta, depositándose en una urna donada por la Dirección del Ceremonial y Acervo Histórico de la Nación del Ministerio de Relaciones Interiores de la República de

Venezuela, la cual fue debidamente cerrada y cubierta con la Bandera Nacional y trasladada a la funeraria Puerto Rico Momorial en la Ciudad Capital de San Juan de Puerto Rico en donde dichos restos serán velados en capilla ardiente hasta el día 22 de los corrientes, cuando en acto solemne, con la asistencia de altos funcionarios del Estado Libre Asociado de Puerto Rico y de la República de Venezuela, de los que suscriben la presente Acta, familiares del extinto, y de invitados especiales, serán conducidos a la Catedral de San Juan donde se celebrará una misa de responso y se procederá a bendecir los restos para luego ser trasladados a la Base Aérea Muñiz de la Guardia Nacional Aérea de Puerto Rico, donde se le rendirán los honores militares correspondientes y serán llevados en avión de la Fuerza Aérea Venezolana que los conducirá a territorio venezolano.

Rómulo Moncada
Víctor Brito Alfonso
Juan Elbis Henríquez
Ramiro Lázaro Castro

Santiago Ortíz
Rafael A. Rubín Bonay
Noel Estrada
Enrique Maldonado

AFFIDAVIT NUM. 154

Jurado y suscrito ante mí por el Dr. Rómulo Moncada, Dr. Víctor Brito Alfonso, Dr. Amos Alemán, Sr. Juan Elbi Henríquez, Sr. Santiago Ortiz, Sr. Rafael A. Rubín Bonay, Sr. Noel Estrada y Sr. Enrique Maldonado, de las circunstancias personales antes expresadas, a quienes doy fe de conocer.

En San Juan de Puerto Rico, a veintiuno de mayo de mil novecientos setenta y cinco.

Ronaldo Rodríguez Osorio

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE ESTADO

San Juan, Puerto Rico

Yo, GLORIA I. SILVA DE DIAZ, Secretaria Auxiliar de Estado de Puerto Rico, POR LA PRESENTE CERTIFICO:

Que de acuerdo con los antecedentes obrantes en este Departamente, RONALDO RODRIGUEZ OSSORIO, cuya firma aparece en el adjunto documento, era, en la fecha de la expedición del mismo, Notario Público en y para el Estado Libre Asociado de Puerto Rico y su autoridad como tal está registrada en este Departamento. Y CERTIFICO, ADEMAS, que su firma en el mencionado documento es auténtica.

EN TESTIMONIO DE LO CUAL, firmo la presente y estampo en ella el Gran Sello del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, en la Ciudad de San Juan, hoy día veintidós de mayo, A.D., mil novecientos setenta y cinco.

GLORIA I. SILVA DE DIAZ
Secretaria Auxiliar de Estado

REPUBLICA DE VENEZUELA

Consulado en Puerto Rico

Se legaliza la firma que antecede del sello a GLORIA I. SILVA DE DIAZ, Secretaria Auxiliar de Estado del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, sin prejuzgar acerca de ningún otro extremo, de fondo ni de forma.

Puerto Rico 9 de octubre de 1975.

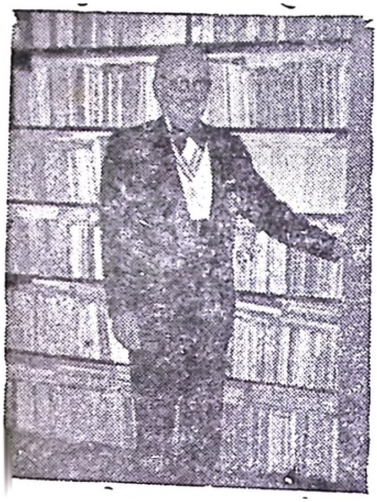
DR. VICTOR BRITO
Cónsul General

(Hay un sello de autenticación)

BIBLIOGRAFIA

José Antonio Baldó, Cincuentenario de una batalla.
Boletín del Archivo Histórico de Miraflores.
Pablo Emilio Fernández, Biografía del General Cipriano Castro.
José Giacoppini Zárraga, Conferencias.
César González Martínez, Discursos.
José Abel Montilla, Fermín Entrena.
Enrique Bernado Núñez, El Hombre de la levita gris.
Luis Eduardo Pacheco, Orígenes del Presidente Gómez.
Antonio Paredes, Cómo llegó Cipriano Castro al poder.
Mariano Picón Salas, Los días de Cipriano Castro.
Domingo Alberto Rangel, Los andinos en el poder.
Laureano Vallenilla Lanz, Cesarismo democrático.
Ramón J. Velásquez, La caída del liberalismo amarillo.
El Nacional, Caracas.
El Universal, Caracas.
2001, Caracas.
La Nación, San Cristóbal.

NOTICIA DEL AUTOR



RAFAEL MARIA ROSALES nació en Rubio, Estado Táchira, el 13 de diciembre de 1910. Estudió en la Escuela Federal Junín y en el Colegio María Inmaculada de Rubio, hasta el cuarto grado. Actividades periodísticas: Director de El Pillete, El Carapo, La Estrella del Carapo (Revista) y El Andino, en Rubio; El Liberal, Acción Oficial y La Hora, en San Cristóbal; Redactor de El Táchira Geográfico y Humano (Revista), y miembro de la Comisión editora del Boletín del Centro de Historia y Director del Boletín del Rotary Club, San Cristóbal. Ha colaborado en El Universal, El Nacional, La Esfera, Elite, Progreso y Cultura, La Calle, El Heraldo, la Revista Nacional de Cultura y el Boletín de la Academia Nal. de la Historia, de Caracas; Diario de Occidente (del cual fue Secretario de Redacción) y Panorama, de Maracaibo; El Impulso, de Barquisimeto; El Diario, de Carora; en todos los periódicos de San Cristóbal y Rubio y en otros más del país. Columnista en Diario Católico, Diario de Occidente, La Hora y La Nación. Ha publicado los siguientes libros y opúsculos: La Ciudad Pontálida, 1944. Crónica del Táchira, 1949. Reyes Vargas, Paladín del Procerato Mestizo, 1950. Semblanza del Club Demócrata, 1951. La Visión Errante, 1951. La senda heróica, 1955. Los Juegos Populares en el Estado Táchira, 1954. Marco Antonio Rivera Useche, 1954. Rubio, la Ciudad del Pueblo, 1957. Documentos y Descripciones de la Ciudad, 1960. Bajo el alegre Cielo, 1961. Estampas de la Villa, 1961. Caravana del Recuerdo, 1961. Indice Biográfico de Músicos Tachirenses, 1962. El Táchira en la Emancipación, 1964. La Ciudad Iluminada, 1966. Raíces Silenciosas, 1966. La Virgen que alumbró una historia, 1967. La Tuquerena, 1967. Esta San Cristóbal, 1971. La Virgen que alumbro una historia, 1972 (Segunda edición). Vigilia del alba, 1972. Imagen Cultural del Táchira, 1973. Del habla popular, 1974. El mensaje de La Petrólia, 1975. Los Andes en la historia de Colombia, 1976. El mensaje de La Petrólia, 1976 (Segunda edición-Presidencia de la República). Estampas de La Villa, 1977 (Segun-

da edición-Presidencia de la República). Nostalgia Viajera, 1979. Sombra para una luz, 1980. Cenizas en el agua, 1980. Nostalgia Viajera, 1981 (Segunda edición-Cuadernos de Estudios Machengos, Ciudad Real, España). Encendido Atardecer, 1981.

Ha sido miembro de los Grupos Literarios Yunke y Signo. Director de la Peña Literaria Luis López Méndez y co-Director fundador de la Radio-Revista El Táchira Geográfico y Humano. Miembro fundador del Grupo Juan Maldonado. Primer Cronista oficial de la ciudad de San Cristóbal y miembro de Asociación de Escritores Venezolanos (AEV).

Actualmente es Individuo de Número del Centro de Historia del Táchira (del cual ha sido Presidente), Individuo Correspondiente por el mismo Estado de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, Socio Correspondiente de la Academia de Historia de Santander, Correspondiente del Centro de Historia del Departamento Vargas, Correspondiente del Centro de Historia del Estado Trujillo. Es miembro fundador de la Peña Literaria Manuel Felipe Rugeles y miembro del grupo literario El Parnasillo.

Ha sido, además, Presidente del Ateneo del Táchira (Sociedad Salón de Lectura), del Club de Leones, del Rotary Club, del Demócrata Sport Club, del Partido Liberal del Táchira, de la Asamblea Legislativa del Estado, de la Cámara de Comercio y desempeñado todas las Direcciones de la Secretaría General de Gobierno del Estado Táchira. Ha sido Diputado varias veces a la Asamblea Legislativa y Diputado al Congreso Nacional y Director de Hacienda (Región Los Andes), y Ministro Consejero para Asuntos Culturales en las Embajadas de Venezuela en España y La Argentina, etc.

En el concurso Ensayo Biográfico sobre el Lago de Maracaibo, ganó primera Mención Honorífica. En el concurso histórico-literario promovido por la Municipalidad de San Cristóbal, en el 407 aniversario de la ciudad, ganó el premio único. En el concurso literario promovido por la III Feria Internacional de San Cristóbal ganó el primero y el segundo premios. Condecorado con la Medalla Honor al Mérito por la Casa de la Cultura de San Antonio del Táchira y con la Orden de Andrés Bello (Segunda clase). Placa de plata del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de San Cristóbal de La Laguna como Mantenedor de la Fiesta de Arte, en septiembre de 1978 (Tenerife-España).

La XII promoción de Comercio del Instituto GREGG, en 1967, lleva su nombre. También lo lleva la promoción de Bachilleres en Humanidades del Liceo Carlos Rangel Lamus, de Rubio, año de 1968. Es Correspondiente del Instituto de Cultura Hispánica, Caracas.

INDICE

		Pág.
Prólogo		5
CAPITULO I.-	Integración de la Provincia a la Política Nacional	15
CAPITULO II.-	Antecedentes del 23 de mayo	23
CAPITULO III.-	El Táchira frente a la pérdida de la Revolución	33
CAPITULO IV.-	La dimensión del Caudillo y los ataques discriminados	43 43
CAPITULO V.-	El gomecismo, una pesadilla. El Táchira, una víctima	49
CAPITULO VI.-	El militarismo se humaniza con el ensayo democrático	59
CAPITULO VII.-	Una nueva conciencia para un error sin precedentes	67
CAPITULO VIII.-	La llamada revolución de octubre en el Táchira	77
CAPITULO IX.-	Inconsecuencia partidista y quiebra del hacer político	89
CAPITULO X.-	Arremetida al Partido Liberal y una muerte lamentable	101
CAPITULO XI.-	Una explicación histórica y otra vez las Fuerzas Armadas	111
CAPITULO XII.-	Los militares del 18 de octubre y la nueva concepción administrativa	121
CAPITULO XIII	Anti-imperialismo y nacionalismo, sacrificio de un valiente	131
CAPITULO XIV	El mensaje perdido	145
CAPITULO XV	La evolución histórica y la defensa de libertad	153
CAPITULO XVI	En la hora tenebrosa	169
CAPITULO XVII	Destino de un pueblo	189
CAPITULO XVIII	Quién ordenó fusilar al General Paredes?	201
CAPITULO XIX	Afirmación democrática	213
APENDICE		247

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL DIA 14 DE DI-
CIEMBRE DEL AÑO MIL NO-
VECIENTOS OCHENTA Y UNO
EN LA TIPOGRAFIA CENTRAL
DE SAN CRISTOBAL